

Selecta

French Kiss

Alina Covalschi



French kiss

Alina Covalschi

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

A vosotros, lectores y amigos.

Introducción

Amelia

Cerré los ojos con nervio. Mi corazón se sintió repentinamente fracturado cuando los vi juntos. Me negué a creerlo, pensé que mi hermano solo quería separarme de él, sin embargo, me había equivocado. Él tenía razón cuando me decía que Iván no era de fiar y que lo había visto docenas de veces flirteando con otras chicas.

—Me encanta cómo besas —dijo mi novio y la agarró por la cintura—. Amelia no sabe besar, solo mueve los labios sin sentido. Sus besos son fríos y no siento nada.

—Es una inexperta —contestó mi mejor amiga—. Eres el primero que la besó hasta ahora.

—Vamos a tu casa —susurró en su cuello—. No quiero que nos vea juntos.

—Tranquilo, hoy está en su club de lectura. —Se echó a reír.

—No entiendo cómo sois amigas. Tenéis gustos diferentes.

—Pero... —Ella tocó sus labios—. Parece que nos gusta el mismo chico. — Se apretó contra él.

Enderecé mi cuerpo y me escondí tras la pared, tratando de respirar. Quería gritarles, quería decirles que se equivocaban, pero no lo hice. La cabeza me daba vueltas y me temblaban las piernas. Dejé escapar un sonido, entre un

suspiro y un lamento, antes de salir corriendo. Ese brutal encuentro, entre mi novio y mi mejor amiga, cambió el rumbo de mi vida.

Capítulo 1

Amelia

Mi hermano sacó la pasta fresca del agua hirviendo y comenzó a lanzarla a través del pollo frito. Añadió un poco más de aceite de oliva y limón. Mientras el aroma llenaba el aire, puse un mantel blanco encima de la mesa y me senté.

Era un sábado soleado y había decidido quedarme en la casa en vez de salir con mis amigas Hannah y Sarah. Ellas no sabían que Iván me engañaba con Chelsea. Me sentía desolada y triste, y no quería preocuparles.

Ellas eran las únicas personas que no me habían fallado. La vida las había colocado en mi camino y estuvieron a mi lado en cada momento. Con ellas compartí miles de instantes buenos y alegres, risas y lágrimas, horas interminables conversando hasta quedarnos dormidas.

La amistad que había tenido con Chelsea fue diferente. Cuando ella y su familia se mudaron a mi barrio hace cinco años, era una chica tímida y retraída. Nadie quería hablar con ella y la ignoraban constantemente.

Un día la invité al club de lectura que tenía lugar cada viernes después de clases. Me gustaba la literatura y los libros me fascinaban.

Hannah y Sarah eran las cofundadoras del club. Fueron las que tuvieron la idea y se lo propusieron a nuestro director. No obstante, cuando vieron a Chelsea, protestaron. Solo se podía inscribirse a través de una petición y una breve carta de presentación, nombrando los últimos libros que habías leído.

Después de la primera clase, hablé con ellas y decidieron aceptarla.

—Sabes que hay una lista larga de espera, no podemos aceptarla — comentó Hannah.

—Lo sé, pero esta chica es nueva y necesita integrarse, hacerse amigos. ¿No ves que nadie quiere hablar con ella? —susurré.

—Amelia tiene razón. Deberíamos darle una oportunidad. Parece buena chica, y además dijo que leyó bastantes libros estos meses —dijo Sarah con entusiasmo—. Necesitamos nuevas opiniones en los debates.

Los meses pasaron y Chelsea se convirtió en mi mejor amiga. El club de lectura la ayudó a integrarse y hacer nuevos amigos.

Sin embargo, siempre me llamó la atención que, a pesar de ser bastante guapa, no tenía buena suerte con las relaciones sentimentales. Duraban poco o algunas no llegaban a concretarse.

Cosa contraria a mí. Iván se mostraba cariñoso conmigo y tenía todo lo que un chico de su edad debía poseer para ser un buen novio. Todo hasta que se lo presenté a Chelsea. Al principio pensé que ella era celosa, porque me pedía que la llevara conmigo a las citas. No vi que estaba prendada por él y que le hacía ojitos. No vi que él la miraba con deseo y que prestaba atención solo a lo que ella decía. Hasta que los vi besándose a escondidas.

Fue entonces cuando mi mundo se derrumbó y me costó afrontar lo sucedido. Descubrí que no todo aquello en lo que creía era tal y como había pensado.

Súbitamente, no sabía cómo sentirme. Todos los días me preguntaba si podría volver a confiar en alguien y en mi criterio. Estuve sumida en una relación en la que creí cosas inciertas, pero lo que sí existía y sentía como verdadero fue aquello vivido por mí. Y fue auténtico en mi mundo porque lo palpé de algún modo.

—Amelia... ¿Estás bien? —Mi hermano empujó el tenedor y me miró con atención—. ¿Pasó algo? Puedes contármelo.

Finalmente, levanté la vista de mi plato.

—Estoy bien —suspiré dolorosamente—. Solo un poco cansada, nada más.

—La semana que viene es la fiesta de tu graduación y no he visto a Iván por aquí.

—No quiero ir, bueno, no lo sé.

Desvié la mirada, me costaba hablar y mantener mi tono sin romper a llorar. Sentía tristeza por haber sentido, por haber creído y por haber confiado en Iván. Atesoraba rabia y resentimiento contra él por aquello que no existió en su corazón. Todo aquello me llevaba a una sola pregunta: «¿Y ahora qué?».

—Como quieras, yo no puedo obligarte. Pero no quiero que te arrepientas de no haber ido.

El timbre de la puerta sonó y él dejó de hablar. Suspiré con alivio y me puse de pie.

—Seguro que son mis amigas. —Empujé la silla y salí de la cocina.

Caminé hasta la puerta y la abrí sin mirar por la mirilla. Me quedé helada cuando me encontré frente a Iván.

—Hola, preciosa. —Esbozó una sonrisa y se apoyó en el marco de la puerta—. No me contestaste a los mensajes.

—No tuve tiempo, lo siento.

Me resultaba doloroso verlo de nuevo. Respiré de manera profunda, una cantidad inmensurable de pensamientos y emociones se agolpaban en mi mente de forma contundente, ampliando mi rabia. Fueron incontables las veces que me insté a mantener la mente en blanco y que meforcé a prestarle atención a las conversaciones que tenía con mi hermano diariamente para olvidarlo. En este momento estaba frente a mí como si nada hubiera pasado, apareció justo cuando había comenzado a tener un poco de paz.

Iván era un chico guapo y carismático. Se le daban muy bien las palabras, y siempre me había tratado bien. Su problema eran las mentiras y el engaño.

Mientras lo miraba, me preguntaba si continuaba respirando. Todo sucedía a cámara lenta y no me encontraba bajo control.

Su cabello estaba totalmente revuelto, pero en vez de verse horrible, se veía

adorable y lo odiaba.

—Quería asegurarme de que vas a ir al baile conmigo. —Estiró una mano y acarició mi mejilla.

Tragué duro y apreté los puños. Mi corazón latía en el pecho, desesperado, y no sabía por cuál de tantas razones era; si por verlo, por la rabia que sentía por haberme engañado con mi mejor amiga o por sentirme tan indefensa delante de él.

Una sensación de temblor invadió mi cuerpo. Se congregaron tantos sentimientos en mi mente que me había quedado sin saber qué decir o hacer.

—¿No me invitas dentro? —susurró.

—No sé si voy a ir al baile —dije tajante—. Te llamaré.

Me aparté y le cerré la puerta en las narices. Me quedaba muy poco para romper a llorar y no quería que él me viera así. Planeaba plantarle cara, pero necesitaba encontrarme mejor y con fuerzas para hacerlo.

—¿Qué ha sido eso? —Harry me miraba con los brazos cruzados—. ¿Por fin rompiste con él?

—No, bueno... no quiero hablar.

Pasé por su lado y subí las escaleras corriendo.

—¡Es un idiota! —chilló mi hermano—. Pronto te vas a dar cuenta.

Cerré la puerta de mi habitación y me tiré en la cama. Miré fijamente el techo mientras la soledad de la habitación me embargaba. Un sollozo escapó de mis labios y mis sentimientos se apagaron. Imágenes de ellos dos burlándose de mí pasaban en mi cabeza como una grabación, y los temblores de mi cuerpo aumentaron.

Iván había sido mi novio durante un año y nunca había dudado de él. Fue el primer chico que se había fijado en mí; me había ilusionado muchísimo. Cuando murieron mis padres, rechacé a casi todos los que querían conocerme. Estaba rota, destrozada y pensaba que no merecía ser feliz.

Sin embargo, Iván rompió todas esas barreras que había levantado y me ganó el corazón. Fue hermoso mientras duró.

Nuestra historia de amor llegó a su fin y él tenía que saberlo cuanto antes.

Capítulo 2

Amelia

Me despertaron unos incesantes golpes en mi puerta. Parpadeé varias veces para ubicarme y cerré los ojos.

—Está abierto —dije con voz somnolienta.

Harry entró en la habitación y se acercó a la cama. Se quedó en silencio por un momento, mirándome, y luego dijo:

—Te quedaste dormida. Tienes que comer algo.

—Bajaré enseguida. —Mis hombros se desplomaron.

—Tus amigas están abajo y no paran de hacer preguntas. Sabes que eso me incomoda.

—¿Sarah y Hannah? —Me incorporé y quité la manta que cubría mi cuerpo —. Pero... oh, diles que suban.

—¿Qué pasa contigo últimamente? —Sus ojos recorrieron la habitación antes de volver a los míos—. Te noto distraída y no me gusta verte así. No soy papá, pero puedes hablar conmigo.

—Gracias, Harry. Lo haré.

Me deslicé fuera de la cama y me estiré para besar su mejilla. Asintió con la cabeza, parecía complacido. Sabía que podía contarle todo lo que había pasado, pero prefería esperar. No quería preocuparle y, aún más, no quería darle la razón. Harry siempre decía que Iván era un idiota y que no me quería.

Él salió de la habitación y me acerqué a la mesa para echar una mirada a los

mensajes que tenía en mi móvil. Todos eran de Iván pidiendo explicaciones. Los borré, no quería saber nada de él, no me sentía capaz de afrontar la situación.

La puerta de la habitación se abrió y dejé escapar un sollozo cuando las vi. Sentí que mi alma se separó de mi cuerpo y una emoción se disparó a través de mí. Rompí a llorar y corrí para abrazarlas.

—Amelia... —Sarah soltó un suspiro—. Me ahogas, ¿qué pasa?

—¿Por qué lloras, amiga? —preguntó Hannah y se separó para mirarme a los ojos—. ¿Es por ese idiota?

—Todos lo llaman idiota. —Forcé una sonrisa y me sequé las lágrimas con el dorso de mi mano.

—Porque lo es. —Sarah se sentó en el borde de la cama y me miró con el ceño fruncido—. ¿Qué hizo ahora?

—Me engañó... con Chelsea. Ellos están juntos.

—¿Qué idiotez es esta? —Hannah se cruzó de brazos y apretó los labios—. ¿Cómo puede hacerte esto? Sabía que esa víbora trama algo. Hace unas semanas la pillé saliendo de los vestuarios de los chicos.

—Lo siento. —Sarah se puso de pie y me abrazó—. Sé que lo querías y también sé que ella era tu mejor amiga. ¿Pero sabes qué? Nosotras también somos tus amigas. No has perdido nada, nos tienes a nosotras.

—Así es —dijo Hannah—. Y tenemos que afrontar esto juntas. Mañana me puede pasar a mí...

Nos miró con el ceño fruncido y se echó a reír.

—Las amigas no se traicionan. —Sarah sonrió.

—Gracias, chicas. Soy afortunada por teneros a mi lado.

—Bien, ahora cuéntanos qué pasa con tu hermano.

Hannah se acercó a mi escritorio y tomó la única fotografía que se encontraba al lado de mi ordenador.

—¿Qué quieres decir? —Me acerqué hasta allí.

—Es tan guapo... —suspiró—. ¿Por qué no tiene novia? Yo me ofrezco y...

—Ay, por Dios. Siempre lo mismo —gruñó Sarah—. Cada vez que venimos aquí, no paras de decir lo mismo. ¿No ves que no le gustas? Y además es mayor que tú.

—Ya, pero puedo soñar. ¿Verdad?

—Mi hermano sale mucho con sus amigos. —Me aclaré la garganta—. Nunca trajo a una chica a casa, y eso también me preocupa. No sé si es porque no quiere molestarme, o porque le da vergüenza o porque no tiene una. Cuando murieron nuestros padres, todo el peso cayó encima de sus hombros y tuvo que hacerse cargo de mí, de mis estudios, de los gastos... prácticamente de todo. Se sacrificó bastante.

—Es un buen hermano —comentó Hannah.

—Sí, lo es. No sé qué haría sin él —añadí.

—¿Qué piensas hacer con Chelsea y con ese idiota? Tienes que plantarles cara. Mañana es el baile, y tengo una idea. —Hannah me guiñó un ojo y sonrió.

—Tus ideas acaban mal —dijo Sarah.

—Esta no. Lo primero que tienes que hacer es ir a la casa de Chelsea y decirle que Iván te propuso matrimonio.

—¿Qué? —La miré, sorprendida.

—Y le enseñarás un anillo de compromiso. Así no irán al baile juntos. Se lo merecen.

—No lo sé —pronuncié cada palabra lenta y deliberadamente.

—Es una buena idea.

Sarah aplaudió y sonrió de oreja a oreja.

Las miré con nostalgia y me pregunté por qué había dejado que Chelsea se metiera entre nosotras. Ellas dos eran mis mejores amigas, fueron las únicas que me ayudaron a superar la muerte de mis padres.

Me sentía afortunada por tenerlas a mi lado.

Capítulo 3

Amelia

Meses después

Me senté en el sofá jugando con los botones de mi camisa. No podía evitarlo, me sentía triste y con ganas de desaparecer por un tiempo. Tenía diecinueve años recién cumplidos y no sabía cómo manejar mi vida. No era una chica atractiva, ni siquiera sensual; sin embargo, muchos decían que mi cara era bonita y que tenía una vibrante alegría en mi expresión.

Vivía con mi hermano en un apartamento de tres habitaciones en el centro de la ciudad. Teníamos suficiente dinero para cumplirnos cualquier capricho, sin embargo, no me sentía afortunada. Mi hermano y yo tuvimos que pagar un precio lamentable por aquello hace dos años. La muerte de nuestros padres en un trágico accidente de tráfico nos dejó una gran fortuna, una que no habíamos esperado.

Los recuerdos se detuvieron de golpe y las emociones tomaron su lugar, aferrándose a mí con tesón. Presa de esas emociones, intenté borrar para siempre las imágenes de aquel fatídico día, pero se mantenían, atormentándome y llevándome hacia las tinieblas. Había perdido el control sobre mi vida y los sentimientos dañaron mi cuerpo impidiéndome pensar con claridad.

A todo ese dolor irremplazable se asomaba la decepción de Iván. Me

arrepentía de haberlo conocido, me había mentido y me había engañado con mi mejor amiga.

Evité los ojos de mi hermano, había una parte de mí que deseaba salir corriendo.

—Tu situación tiene remedio —dijo Harry y estiró las piernas para tocar las mías.

—Déjalo. Solo quiero olvidarlo. Tenías razón, se estaban burlando de mí y yo ni siquiera me había dado cuenta.

—Son tal para cual. Olvídalo, hermanita. —Pasó un brazo alrededor de mi cintura y se acercó un poco más—. Eres muy guapa, ya verás como los chicos harán cola detrás de ti.

—¿Y los vas a dejar? Te conozco. —Entorné los ojos.

—No, pero quería animarte.

—Decías que tienes una solución, ¿cuál es?

—Es una idea loca que tuve, déjalo.

—No, dímelo —insistí, tras soltar un suspiro.

—Puedes aprovechar estas vacaciones para ir a París. Hay dinero en el banco, nuestros padres nos dejaron una buena fortuna.

—¿Por qué a París? ¿Vendrás conmigo? —Lo miré directamente a los ojos.

—Irás sola. Tienes diecinueve años y puedes viajar por tu propia cuenta.

—Pero quiero ir contigo —dije, titubeando un poco—. ¿Tú a dónde vas a ir?

—Yo iré a Las Vegas —contestó riendo—. Tengo dinero para gastar.

—Yo también quiero ir. —Me levanté del sofá—. Esto no es justo. A mí me envías a París donde todo es aburrido y tú te vas a Las Vegas donde está toda la diversión.

—Ey, no soy yo quien no sabe besar. —Levantó las manos en el aire.

—Eso dolió. —Agaché la cabeza.

—Lo siento. —Esbozó una sonrisa de compasión y se acercó para abrazarme.

—No tenía que decírtelo, ahora esto es un motivo de burla para hacerme

daño.

—Nunca, hermanita. Solo que esto tiene que ver con tu viaje a París. —Se alejó para mirarme—. Hay una academia que se dedica a enseñar a besar. Es el lugar perfecto, aprenderás a hacerlo como una verdadera francesa.

—Estás bromeando, ¿verdad? —pregunté y al ver que no contestó a mi pregunta, seguí hablando—. Es verdad...

—Sí, lo es y ya tienes una plaza reservada.

—¿Estás de broma? Una academia para aprender a besar... ¿y qué se supone que tengo que hacer? ¿Besarme con todos? —Lo miré con desconfianza.

—No lo sé, solo intenta no suspender. —Se echó a reír.

—¡Idiota! —grité mientras intentaba golpearlo.

—Luego me lo agradecerás. —Empezó a correr y tiré los cojines detrás de él—. Prepara tu maleta, tienes el vuelo para mañana por la tarde —gritó desde lo alto de la escalera.

—No iré, esto es una locura.

—Puede que sea una hermosa locura... —dijo con encomiable calma.

—Puede que sí.

Dejé caer mis manos hacia abajo y sentí debilidad en las piernas. Lo que quería y deseaba era captar la atención de un chico bueno y que no me hiciera sufrir. Envidiaba a mi prima. Tenía una relación estable con Thomas. No era un chico guapo, pero la trataba con cariño y la quería con locura.

Yo era una causa perdida.

El único quien confió en mí fue mi padre, pero él ya no estaba. Se esfumó de mi vida y se llevó a mi madre con él. El accidente de coche y el duelo fueron, probablemente, los hechos más grandes que he enfrentado. Manejaba mi madre y el informe policial dijo que estaba bajo influencia del alcohol. La culpaba, y mi hermano también. Ella nos arrebató la familia. Desde que la despidieron del trabajo, no dejó de beber. Mi padre la ignoró, pensando que volvería a su sensatez, y siempre nos decía que era solo algo temporal.

Ellos ya no estaban con nosotros. Mi hermano era el único pilar de mi vida,

la razón por la que sonreía todos los días. Era el hermano perfecto, cariñoso y protector.

Capítulo 4

Amelia

El sol se hundía más y más detrás de los árboles. La luz del día se volvía dorada, luego gris. Mi mente estaba corriendo. No dejaba de pensar sobre las cosas que habían sucedido durante los últimos meses. Cómo mi novio me engañó con mi mejor amiga, cómo me fui a la graduación y les planté cara, cómo mi hermano planeó un viaje para mí a París.

Tomé aire y desvié la mirada hacia la izquierda. La tristeza anegó mi pecho. Había crecido junto a mi hermano en aquel barrio y en aquella misma casa. Los recuerdos se aferraron a mí con desesperación y en mi interior brotó una cascada de imágenes. Era extraño cómo se quedaron intactas en mi memoria y lograron sobrevivir con la ayuda de mis propios sentimientos.

Mientras estaba pensando en eso, cerré la maleta y me senté encima. Me había informado un poco sobre el curso y había mirado fotografías en Internet. Era un lugar agradable, con bonitas vistas y sin demasiadas pretensiones. Durante dos meses tenía que acudir todos los días a clases y, mientras, se nos daba la oportunidad de aprender a hablar el francés.

—¿Lo tienes todo preparado? —Mi hermano se irguió frente a la puerta.

Harry era alto y delgado como mi padre. La misma expresión risueña y los mismos ojos azules.

—Creo que sí. —Hice un esfuerzo para sonreír—. Voy a echarte de menos.

—Yo también. Es la primera vez que nos separamos. —Se sentó en el borde

de la cama y miró a su alrededor—. No has cambiado nada en la habitación, ni siquiera este color tan feo.

—Me gusta el color naranja. —Puse una mueca—. A papá también le gustaba.

—No me acostumbro a esto —suspiró—. Hay días que me adentro en los recuerdos y los veo por la casa.

—Yo sueño con ellos por las noches. —Sorbí mi nariz—. Esto es injusto.

—Te tengo solo a ti y ahora nos tenemos que separar...

—No precisamente, me puedo quedar —dije con rapidez—. No hace falta que vaya a ese estúpido curso.

—Vas a ir, Amelia. Lo necesitas, tienes que distraerte con algo. Te veo triste y no me gusta. Me siento culpable —susurró en una rara admisión.

—No. —Me puse de pie y me agaché delante de él—. Tú eres quien me cuida. Deberías estar orgulloso porque lo haces muy bien.

—¿Tú crees? Apenas nos vemos, yo salgo con mis amigos y tú... ni siquiera sé lo que haces todos los días.

—Eres el mejor hermano del mundo. —Apreté sus manos—. Sabes que a mí me gusta mucho pasear, ver lugares peculiares y a veces me pierdo por el camino. Ayer fui a ver la casa del Almirante Hansen. ¿Sabes que antes de morir escribió dos poemas en la pared de su habitación? Eran de amor, para su amante...

—Estas cosas me aburren. —Entornó los ojos.

—Me alegro de tenerte en mi vida. Te quiero mucho.

—Yo también te quiero, hermana. —Besó mis manos y sonrió—. Quiero que vuelvas renovada y con más confianza en ti misma.

Me senté a su lado y coloqué mi cabeza en su hombro. Delante de nosotros, había un retrato de nuestros padres, colgado en la pared. Deberían de estar orgullosos de sus hijos. Habíamos terminado los estudios con brío y mi hermano encontró el trabajo de su vida. La arquitectura siempre fue su gran pasión y no dejó de soñar hasta que lo consiguió.

Yo amaba a los niños y quería ser maestra. Pero me había tomado una pausa de dos meses para hacer el curso en París y prepararme mentalmente para lo que vendría.

Echaba de menos a mis padres, la ausencia dolía; sin embargo, su recuerdo siempre estaría presente en mi mente. Los llevaba en mi alma.

Capítulo 5

Amelia

—Lámame cuando llegues —dijo con cierta calidez en su tono—. Te esperan en el aeropuerto, no te preocupes. —Me agarró por el brazo.

—No sé qué decir...

—¡Wow! Esto es nuevo. —Me miró con una ceja elevada—. A ti las palabras nunca te abandonan.

—Aún no lo tengo asumido. Irme sola a París y además... —suspiré—. No sé hablar francés.

—En eso no hay problema. Hablan inglés. —Sacó el billete y lo miró con atención—. Te queda media hora para facturar. Vamos.

—Espera. —Tiré de él—. Creo que me quedaré aquí.

—Oh, no. Irás, yo ya tengo planes con mis amigos.

—Pues iré contigo. —Me aferré a su cuello.

—No seas tan niña. —Quitó mis manos y me separó de él—. Es una experiencia única y tienes que aprovecharla.

—Es una tontería.

—Lo que tú digas, pero tienes que irte. —Agarró la maleta—. Vamos, hermana, vas a perder el avión.

Lo seguí en silencio y, mientras caminaba, mi estómago se retorció por la duda. Consideré tomar el viaje como un cambio de aires, pero por mucho que no quería pensar en ello, no podía ignorar la otra posibilidad, la que había

estado intentando no considerar. ¿Podría aprender a besar?

Después de facturar, me despedí de mi hermano. Su verano tenía mejor pinta que el mío y eso frustraba bastante. Lo único que me hacía ilusión era visitar París. Siempre deseé hacerlo porque allí fue donde se conocieron nuestros padres.

Hice cola para subirme al avión y, cuando llegué a mi sitio, guardé la maleta y me deslicé en el asiento. Estaba cansada, no había conseguido pegar ojo en toda la noche. Me sentía extraña, nunca había viajado sola y era la primera vez que me separaba de mi hermano.

Cerré los ojos y dejé que el sueño profundo me aprisionara en sus brazos de plumas suaves que se movían a merced de los pensamientos que rondaban en mi cabeza.

—Señorita, despierta. —Sentí una fuerte sacudida—. Hemos aterrizado y todos los pasajeros han bajado del avión.

Abrí los ojos de golpe y miré a mi alrededor.

—¿Qué? —pregunté en silencio—. ¿Hace mucho tiempo?

—Hace unos diez minutos.

Se echó a un lado para dejarme pasar.

—Gracias. —Me estiré para coger la maleta.

Bajé del avión y corrí hacia la salida. Se suponía que tenían que venir a recogerme, no quería quedarme abandonada e incomunicada en un país extranjero. Cuando salí por la puerta, no vi a nadie esperando. La sala estaba prácticamente vacía y empecé a sentir pánico. Intenté tranquilizarme. La lógica indicaba que tenía que llamar a mi hermano y no actuar en caliente.

—Disculpe —dijo alguien detrás de mí—. ¿Es usted la señorita Amelia? — Su acento francés me hizo sonreír.

—Sí, soy yo. Salí tarde del avión... —Empecé a explicar, pero dejé de

hacerlo al ver que se agachó para coger la maleta sin prestarme atención.

Decidí callarme y seguirlo.

Aunque no parecía una idea inteligente. No sabía quién era ese hombre, no me había dicho su nombre y tampoco que la academia lo había enviado. La duda se dibujó en mi rostro, pero no protesté.

Fuera había un coche lujoso, negro y brillante. Mis ojos se fijaron en la matrícula. Abajo había una frase con el nombre de la academia, justo lo que necesitaba para alejar el miedo.

El hombre guardó mi maleta y luego me abrió la puerta trasera, forzando una sonrisa. Supuse que no sabía hablar inglés y me subí en el coche en silencio. Sin embargo, le devolví la sonrisa.

Mis ojos se fijaron en el paisaje y en la cantidad de turistas que se movían como hormigas. Por alguna razón, deseaba estar allí con ellos, visitando cada rincón de este país tan grande donde los museos, los monumentos famosos, el *glamour* y la moda ofrecían una visión diferente de cualquier otro país.

Me gustaba, era algo nuevo y distinto a Nueva Jersey. Las personas parecían tener otro ritmo de vida, eran más risueñas y más tranquilas.

—¿Queda mucho? —pregunté y lo miré expectante.

Suspiré cuando no recibí respuesta; el hombre solo se limitó a sonreír y seguir conduciendo.

Después de media hora de viaje, el coche giró hacia la derecha, tomando una curva estrecha y paró delante de una puerta de hierro. Había una inscripción en grandes letras, pero como no sabía leer francés, no le presté atención.

Cuando las puertas se abrieron, el chofer arrancó el motor y siguió por un camino de piedras. Al final del todo, había un par de casas pequeñas y de color blanco. Estaban muy bien cuidadas y encajaban a la perfección con el paisaje que las rodeaba. Cuando giré la cabeza, vi cómo una mansión de tres plantas aparecía delante de mis ojos. La casa de piedra que se alzaba sobre la cima de la colina era una maravilla. La entrada circular estaba repleta de rosales en flor y el paisaje periférico me impresionó. No obstante, las

persianas estaban todas bajadas, como si intentaran protegerse de algo.

El chofer detuvo el coche y mi cuerpo se puso tenso. Se bajó y me abrió la puerta. Una ráfaga de aire fresco heló mis huesos y mis labios empezaron a temblar. No hacía frío, pero el escalofrío que había sentido al bajarme del coche fue extraño.

Justo en ese instante, la puerta principal se abrió y una señora de mediana edad salió a mi encuentro. Se paró delante de mí y no se molestó en disimular ni un ápice su descarado escrutinio.

—Mi nombre es Brigitte. —Estiró una mano—. Bienvenida a la academia *Amour et lettres*[1], Los demás alumnos ya están dentro.

Ella se enderezó de forma rápida y me dio una media sonrisa.

—Gracias. —Sacudí su mano con movimientos bruscos.

—¿Tuviste un buen viaje? —Ella miró directamente hacia mí, sosteniendo fácilmente mi mirada.

—Es la primera vez que viajo sola y me sentí un poco extraña, pero bien.

Cuando intenté retirar mi mano, ella la apretó con fuerza y paseó su mirada inquisitiva por mi cuerpo, poniéndome aún más nerviosa de lo que estaba.

Por la mirada triste y apagada que ella tenía, parecía que la vida la había castigado duramente. Sin embargo, poseía una belleza poco común. Su cabello negro carbón caía sobre su cuello y hombros, acentuando el color blanco de su piel. Unos ojos azules brillantes y místicos, resaltaban como dos piedras preciosas en su rostro, mientras una piel perfecta la hacía lucir como un personaje de cuentos.

—Sígueme, *mademoiselle*[2] —dijo entre dientes y soltó mi mano.

Dio la vuelta y empezó a caminar.

La brisa fresca agitaba mi cabello y la repentina claridad me hizo entrecerrar los ojos, distrayéndome por momentos de las preocupaciones que insistían en atormentar mis pensamientos. Contemplar los alrededores mientras caminaba detrás de aquella enigmática mujer también ayudaba a tranquilizarme.

Vi por el rabillo del ojo cómo el chofer la siguió por las escaleras cargando

con mi maleta.

—¡Este lugar es increíble! —exclamé.

—Pronto vas a cambiar de opinión. —Brigitte me disparó una sonrisa torcida.

No entendía por qué ella me hablaba así, y me sentía algo confusa. Sabía que algunos directores podían ser bastante exigentes, sin embargo, había algo más detrás de esa frialdad y pensaba descubrirlo. Me gustaban los misterios, y se daba en gran parte a mí curiosidad. También al gusto por las sorpresas. Me repugnaban la monotonía y la rutina.

Capítulo 6

Amelia

—*Bonjour mademoiselle*^[3] —Su voz me sobresaltó. No lo había oído acercarse y estaba a solo unos centímetros de distancia. Me permití el lujo de examinarlo detenidamente. Era bastante bajito, regordete y con una calva incipiente.

—Eh... *Bonjour* —saludé aún sorprendida por su llegada. Antes de que hubiera terminado de pronunciar la palabra, el hombrecito ya se alejaba con mi maleta en su mano.

—La llevará a tu habitación —explicó Brigitte con brusquedad al ver mi cara de desconcierto—. Ahora sígueme y, por favor, mantente en silencio.

Casi como un robot, hice lo que me ordenaba y la seguí por el pasillo. Aquel lugar no tenía nada que ver con lo que yo me había imaginado.

Todas las persianas estaban bajadas de forma que solo dejaban que se filtrase una brizna de luz que apenas iluminaba para saber por dónde pisabas. El aire era espeso y eso, unido al olor a incienso, hacía que te costase respirar.

El silencio que nos rodeaba hacía que resonaran aún más los latidos de mi corazón, desbocado por los nervios. Aquel pasillo parecía interminable, al igual que los cuadros que lo adornaban cada dos metros y que cubrían las paredes casi hasta el techo. Solo podía luchar por mantenerme concentrada para no caerme con los escalones que nos encontrábamos de vez en cuando.

Aún así, mi concentración no fue suficiente y tropecé con una alfombra roja que había en el suelo. Los flecos que la adornaban se habían enredado con mis cordones sueltos. Brigitte no se sobresaltó, pero se dio la vuelta para mirarme.

—Silencio —bramó—. Aquí existen una serie de reglas y si yo te digo que te calles, te callas.

Lentamente levanté la cabeza para encontrarme con su intensa mirada. Sus ojos claros se clavaban en mí como si fuera una cazadora a punto de atrapar a su presa. La oscuridad acrecentaba aún más su piel pálida carente de expresión.

—Lo siento, no suelo tropezarme aposta para acabar con el silencio. —Mi intención no era sonar sarcástica, pero lo cierto es que me había molestado. Ni siquiera había preguntado si estaba bien o si me había hecho daño.

—Te he dicho que no hables. —Me sostuvo la mirada hasta que yo la bajé, entregándole la victoria en esa pequeña batalla. —A menos que yo te lo diga.

Asentí con la cabeza. No quería discutir más por ese motivo, estaba claro que yo tenía las de perder. Mientras proseguimos la marcha, comencé a pensar si realmente deseaba quedarme en aquel lugar o no.

Toda la belleza que yo había visto en Internet no existía por ningún sitio, además, el trato no era que dijéramos algo espectacular. Estaba empezando a pensar que yo era la única patética que había accedido a ir a ese horrible lugar. ¿En qué academia no había alumnos entrando y saliendo de sus aulas? Aunque pensándolo bien... Con la oscuridad que había por todas partes, podrían estar cerca y yo ni siquiera los vería.

El suelo crujía bajo mis pies y el sudor ya hacía mella en mi frente, pero no quería decir nada al respecto. Lo único que mi mente se empeñaba en decir sin parar era que me encontraba en el lugar equivocado.

El ambiente era tan tenso que no tragaba ni saliva para no perturbar el silencio. Ese lugar era espeluznante.

Brigitte se paró delante de una puerta y se giró para mirarme.

—Aquí tienes la llave. —Estiró una mano—. La regla número dos es

mantener las puertas siempre cerradas.

—Está bien. —Tomé la llave y ella atrapó mi mano.

—Nada de salir por la noche —dijo mirándome fijamente a los ojos.

—¿Por qué? —Me atreví a preguntar, estaba harta de tanto misterio.

—No querrás saber la respuesta. —Soltó mi mano—. Dame tu móvil. Esta es la regla número tres. Nada de móviles.

—¿Perdón? ¿Cómo que nada de móviles? Es la única forma que tengo de comunicarme con mi familia. —Miré como el hombrecito dejaba la maleta en el suelo y se escabullía por el pasillo.

—¿Estás cuestionando nuestros métodos? —preguntó susurrando y apretando los dientes—. A los rebeldes se les castiga.

—¿Qué clase de instituto es este? —Metí la llave en la cerradura—. Lo que veo es distinto a las fotos que había en Internet. Yo solo vine para... Para aprender...

—A pecar. —Terminó la frase por mí.

—No, yo...

—Tu móvil. —Estiró la mano impaciente.

—¿Y si no quiero? —Giré la llave en la cerradura.

—Estarás castigada durante una semana —contestó con tono mordaz.

—¿Qué clase de castigo? —Abrí la puerta y me tapé la nariz.

Un fuerte olor a moho se hizo presente y el aire se atascó en mi garganta. Sorbí la nariz y parpadeé varias veces. Miraba a esa mujer con incredulidad pero ella ni se inmutaba, estaba claro que estaba tan acostumbrada a ese olor que ya ni siquiera lo notaba.

—El castigo es simple. No saldrás de esta habitación.

—¿Y quién me lo prohíbe? —Levanté una ceja.

—Tu profesor. —Estiró de nuevo la mano—. Dame tu móvil.

—¿Mi profesor? —Empujé la puerta con el pie—. ¿Dónde vive? Porque dudo que él...

—El móvil —insistió—. Es la última vez que te lo pido.

—No te lo voy a dar. —Me agaché y tomé la maleta con más decisión de la que realmente sentía. Si ya me había costado un mundo separarme de mi hermano, no quería ni pensar en lo que sería no poder hablar con él y más teniendo en cuenta que tendría que llamarle para que me sacara de este horrible lugar.

—Pues esta noche vas a tener una visita. Ah, y mañana vas a venir solita a traerme el móvil. —Sonrió con malicia.

—No lo haré...

—De todos modos, te quedarás sin batería —comentó con indiferencia—. En esta casa no hay enchufes.

—Mañana mismo me iré de aquí. —Cerré la puerta en sus narices y gruñí.

Recién había llegado y ya quería irme de allí, esa mujer me había sacado de mis casillas y normalmente nadie lo hacía.

Esperaría hasta al día siguiente y llamaría a mi hermano para que me comprara un billete de vuelta.

Cerré la puerta con llave, como ella me dijo, y saqué el móvil de mi bolso para encender la linterna. Suspiré cuando vi la extremada sencillez de la habitación; estaba prácticamente vacía, solo había una cama y un armario. Me extrañó no ver un escritorio o una mesa para escribir y hacer los deberes o ejercicios típicos de una academia. Lo único que había era una pequeña mesita, adornada por una vela y dos cerillas. Genial, también tendría que ahorrar en la luz de mi propio cuarto.

Dejé el móvil encima de la almohada y me deslicé debajo de las mantas. Agradecí en silencio que olían a detergente y no a mugre.

Solo habían pasado unos minutos cuando dos golpes sonaron en la puerta. Alcé la cabeza, sobresaltada, y aparté las mantas de mi cuerpo como si tuvieran fuego. Eran bastante cómodas y suaves, pero eso no había ayudado a

que conciliara el sueño.

Mientras caminaba de puntillas, rezaba en silencio para que no fuera Brigitte. Si algo se le había olvidado, iba a tener que esperar hasta mañana. Ya había tenido suficiente con ella y la verdad era que no me apetecía ver de nuevo su cara de amargada.

Llegué delante de la puerta y deslicé las manos tanteando en la oscuridad hasta que encontré la cerradura. Solo tenía dos cerillas y no pensaba desperdiciarlas. Giré la llave y tiré del pomo con cautela.

Una linterna me cegó por completo y cerré los ojos.

—Déjame pasar —dijo una voz gruesa con un fuerte acento francés.

—¿Quién eres? —Abrí los ojos, pero no veía nada, él había apagado la linterna.

—Soy tu profesor, *ma petite*[4] . —Me empujó suavemente y cerró la puerta detrás de él.

—Ya lo sé, estoy castigada —dije y retrocedí, sentía su respiración en mi cuello—. Mañana me iré de aquí, así que ahórrate los sermones.

Llegué al lado de mi cama y busqué con las manos el móvil. Encendí la linterna y, cuando iluminé su rostro, dejé de respirar.

Capítulo 7

Amelia

—¿Pasa algo? —inquirió el profesor, mirándome fijamente.

El hombre era impresionante y tentador. Parpadeé dos veces mientras contemplaba con detenimiento las facciones de su rostro. El tiempo parecía no pasar. De hecho, ni siquiera sabía cuánto había pasado desde que abrí la puerta.

Me había quedado embobada mirándolo. Tenía el pelo rubio y ojos azules, hombros anchos y un cuerpo fuerte. Mi respuesta hacia él era alarmante.

¿Estaba tan desesperada por atención masculina? Mierda, tal vez mi hermano tenía razón, necesitaba tener más experiencia y salir de mi cascarón.

Él parecía tener una pregunta en la punta de la lengua, pero se quedó en silencio también, y me observó durante un largo momento. Me sonrojé ante la obvia atención que había dirigido hacia mí, pero me sentía hipnotizada por su belleza.

—*Mademoiselle...* —murmuró.

—Amelia —contesté mientras miraba cómo la luz de la linterna temblaba, debido a mi nerviosismo.

—Amelia... —Mi nombre sonó tan sensual en sus labios que dejé de respirar por unos segundos—. Estás castigada, pero si quieres irte, por mí no hay problema. —Se acercó—. Es raro...

—¿Qué es raro? —Empecé a jugar con mi móvil para no mirarlo.

—Que una chica tan hermosa como tú y tan joven no sepa besar.
—Eso no es verdad —dije rápidamente—. Sé hacerlo.
—¿Y por qué estás aquí? —Se acercó un poco más.
—Por... por, bueno fue la idea de mi hermano.
—¿Por qué? —insistió y arrancó el móvil de mis manos.
—Yo... mira, no tengo que darte explicaciones. —La situación me parecía bastante vergonzosa.
—No me digas que te estás sonrojando. —Iluminó mi rostro y cerré los ojos—. Lo estás... —Bajó la linterna y paseó la luz por mi cuerpo.
—Quiero que te vayas. —Coloqué las manos en su pecho y lo empujé—. Mañana me iré de aquí —aseguré.
—¿Tan rápido abandonas?
—No abandono, solo que este lugar me asusta. Las fotos que vi en Internet mostraban un lugar elegante, con luz y con espacios abiertos. Y esa bruja... — Me callé.
—¿Brigitte? —preguntó riendo.
—Mhm..
—Es mi madre, pero no importa.
—¿Qué? —pregunté gritando—. ¿Cómo es posible? Ella habla muy bien el inglés y tú no.
—Ya lo sé. —Agachó la cabeza—. Es una bruja de verdad —susurró en mi oído y sentí un ligero escalofrío.
—¿En serio? —Me alejé un poco.
—Es broma... —Rió.
Tenía una atractiva sonrisa y eso no ayudaba. Causaba un frenesí en mi estómago y luchaba contra la necesidad de calmar mis nervios.
—Bueno, si no te importa... Me gustaría meterme en la cama. —Me di cuenta de que estaba arrastrando un poco mis palabras.
—¿No quieres seguir aquí? Puedes aprender muchas cosas.
Sus ojos parpadearon mientras me estudiaba.

—Lo dudo.

—¿Por qué? —Apagó la linterna y nos dejó a oscuras—. ¿De qué tienes miedo? —Sentí el roce de su mano en mi mejilla.

—No tengo miedo, solo que esto me parece una tontería y... y tu madre, me asusta —dije, con un ebrio encogimiento de hombros.

—No le hagas caso, Amelia. —Sus dedos me hacían cosquillas placenteras—. Yo seré tu profesor, no ella. —Su mano viajó hasta mi cuello.

—No entiendo nada.

—¿Qué es lo que no entiendes? —Apartó el cabello que cubría mis hombros.

—¿Cuántos alumnos hay? ¿Cuántos profesores?

Dejé de hacer preguntas porque su mano había agarrado mi cuello con delicadeza. Mi respiración se aceleró mientras en silencio rogué que no la quitara. Mis mejillas ardían y tragué saliva.

—Hay cinco alumnos y cinco profesores —explicó, y sus dedos empezaron a acariciar suavemente mi piel. Su contacto quemaba y mi corazón latía frenéticamente en mi pecho—. No admitimos más de cinco alumnos. Cada profesor, o profesora, se dedica por completo a su alumno o alumna.

—¿Y en qué consiste la enseñanza? —Intenté alejarme, pero empezó a tirar suavemente de mí.

—En aprender a sentir con los ojos cerrados. —Sentí cómo su otra mano agarró mi cintura—. En aprender a disfrutar y a devolver el placer. —Presionó su cuerpo contra el mío—. En aprender a usar la lengua... —Sentí su respiración en mi cuello—. Los labios y los dientes.

Dejó de tocarme y noté mis piernas flojas, como de gelatina. Me aferré a su brazo y él rio.

—¿Quieres irte mañana? —preguntó suavemente.

—Yo... lo pensaré. —Tragué saliva.

—Mañana quiero la respuesta. —Encendió la linterna—. Ah, y el examen final consiste en besarme. —Se alejó y abrió la puerta—. *Bonne nuit*[5].

Me froté las manos para entrar en calor y me metí en la cama, pero no había manera de que me estuviera quedando dormida en un corto plazo con todos esos pensamientos girando alrededor y dentro de mi cerebro. Ese hombre había despertado en mí sensaciones extrañas pero agradables. Me di cuenta de que no se había presentado y eso frustraba. Había contestado a todas sus preguntas, pero yo no fui capaz de hacer lo mismo. En ese momento, había dejado de pensar. Fue como si me hubiera hechizado con sus deleitosas palabras, como si hubiera tomado el control de mi propio cuerpo.

No quería abandonar porque despertó en mí una curiosidad extrema. Deseaba conocerlo y deseaba aprender a besar de la manera que él me la había descrito. Nadie me habló con tanta sensualidad y nunca me había excitado de esa manera solo escuchando unas palabras insinuantes.

Capítulo 8

Amelia

Un golpe en la puerta me sobresaltó. Abrí los ojos y me estiré en la cama.

El sol se filtraba por las persianas iluminando la habitación a medias. El cuarto en sí era pequeño. Una alfombra trenzada decoraba el suelo y mi maleta ocupaba todo el espacio. Miré el pequeño armario desgastado y suspiré. Si decidía quedarme, tenía que guardar mis cosas allí y no me hacía ninguna gracia.

Me deslicé fuera de la cama y subí las persianas. Lamí mis labios secos y sacudí lejos el sueño. La habitación no era tan acogedora como la de mi casa, no había enchufes, objetos personales, ni cortinas. La ventana estaba sucia, pero se podía ver a través de ella.

Sonreí, el paisaje era en su mayoría árboles, un bosque disperso a ambos lados del pavimento. Árboles que movían sus ramas con los susurros del viento y dejaban entrar la luz del sol a raudales por las ramas.

—¿Quieres abrir la puerta? —dijo una voz chillona.

Fruncí el entrecejo y me pregunté quién podría ser.

—Ya voy —contesté y me alejé de la ventana—. ¿Quién es?

—Soy Mary, tu compañera de clase.

Giré la llave en la cerradura y abrí la puerta. El rostro de una chica alta, morena y de ojos marrones apareció delante de mis ojos. Llevaba una camiseta que se ajustaba a su cuerpo mostrando un amplio escote, combinada

con una falda vaquera, de color rojo. Era muy risueña y eso me dio buenas vibraciones.

—Yo soy Amelia —dije despacio.

—Lo sé —susurró y me guiñó un ojo—. Escuché a Brigitte hablar de ti.

Solté un bufido.

—¿Y qué decía?

—No quieres saberlo. —Se encogió de hombros—. Ven a desayunar. Los demás ya están abajo.

—¿Los demás?

Cerré la puerta y seguí sus pasos. Ella gesticulaba mientras hablaba y eso me hizo gracia. Me recordó a Hannah, siempre movía las manos cuando nos contaba resúmenes de libros que había leído. La echaba de menos, y a Sarah también. Cuando me despedí de ellas, les había prometido llamarlas todos los días.

Lástima que no podía hacerlo, tenía que entregarle mi móvil a Brigitte si quería quedarme.

—Mark, Anthony y Julia —contestó con una serenidad de envidiar—. Son geniales, ya lo verás.

—¿Cómo llegaste aquí?

—Esto te va a gustar. —Sus ojos brillaron y sonrió—. Pero no se lo digas a nadie.

—Sé guardar un secreto.

—Vine aquí por una apuesta. Vi que los profesores de este instituto son guapos y quise comprobarlo con mis propios ojos. Mis mejores amigos dijeron que no sería capaz de fingir que no sé besar... —Me miró a los ojos y dejó de hablar—. Lo siento, si te incomoda...

—No, sigue hablando. No me importa —aseguré—. Pero, ¿cómo sabías que los profesores son guapos?

Le había mentado. Me sentía inexperta a su lado, ella estaba allí por diversión, no como yo, aprendiendo a besar de verdad.

—Por la foto. ¿No la recibiste? Nos la envió junto con la respuesta de la solicitud.

—Mi hermano se encargó de todo. Yo no vi nada.

—Luego te cuento más. —Señaló la puerta de la cocina—. Brigitte no nos deja hablar.

—Esa bruja... —murmuré y ella rió.

—Es verdad. Parece una bruja.

Ella sonaba un poco infantil, pero no me importaba. La verdad es que me sentí aliviada de tener compañía.

Abrió la puerta de la cocina y entré detrás de ella. Los chicos levantaron la mirada, pero no dijeron nada. Se limitaron a asentir con los ojos y luego siguieron comiendo.

Los dos eran bastante atractivos y se veía claramente que no eran unos mojigatos o unos inexpertos, sino todo lo contrario. Estaban allí por otra razón, como Mary.

Miré de reojo a la otra chica, Julia. No era muy guapa, un poquito gordita y llevaba gafas. Ella estaba allí con el mismo propósito que yo y sonreí porque había encontrado una amiga.

Ella me devolvió la sonrisa tímidamente y continuó de comer con la cabeza agachada.

—Quiero que la cocina quede limpia —dijo Brigitte mirándonos atentamente—. Algunos de vosotros tenéis clases con vuestros profesores hoy.

Me miró con los ojos entrecerrados y aparté la mirada, esa mujer me asustaba. En sus ojos lucía una oscuridad profunda y mustia. Parecía que la humildad y amabilidad eran conceptos extraños para ella.

—Veo que decidiste quedarte, Amelia. Sigo esperando que me des tu móvil.
—Colocó las manos encima de la mesa.

—Sí, me quedo. —Limpié mis labios con una servilleta y asentí brevemente—. Ven a mi habitación luego y te lo doy.

Ella levantó las cejas hacia mí y se encogió de hombros. Mi respuesta la

había molestado, pero intentó disimularlo.

—Te arrepentirás de haberte quedado. —Dio la vuelta y salió de la cocina a grandes zancadas.

Sentí que la sangre me subía a las mejillas, estudié mi plato como si fuera la cosa más fascinante que había visto jamás.

—¿Qué fue eso? —Mary dejó caer su tenedor en asombro—. Parece que te odia.

—Es la madre de mi profesor.

Levanté la mirada de mi plato, ignorando el dolor de abdomen que me dificultaba respirar. Iba a necesitar toda la energía posible si quería enfrentarme a Brigitte otra vez.

—No jodas... perdón. —Se tapó la boca—. ¡Wow!

—Mucha suerte con eso —dijo uno de los chicos—. Por cierto, soy Mark y estoy aquí porque me quiero tirar a la profesora.

Mis ojos miraron los suyos. Eran de un marrón oscuro, a pesar de ser muy comunes, eran muy bonitos. Estaba esperando que dijera algo, pero ¿qué iba a decir? Yo no entré en la academia por diversión, sino todo lo contrario.

Me guiñó un ojo y puse los ojos en blanco. Era el típico chico guapo que no entendía que la gente podía tener sentimientos. Eso significaba que te dirían la primera cosa que se les pasase por la cabeza sin importar si era ofensivo o no. Y casi nunca decían algo agradable.

—Y yo soy Anthony —dijo el otro chico—. Y estoy aquí porque... bueno, quería probar algo diferente. No voy a negar que me intriga conocer a mi profesora, pero hay algo que quiero comprobar.

Me dio una media sonrisa y me pregunté cuál era su historia. Era alto, vestido con pantalones y una camisa blanca. Nadie de su edad vestía tan elegante y eso era extraño.

—¿Tú por qué estás aquí? —preguntó Mary mientras recogía su plato.

—Yo... —Aparté la mirada—. Yo... bueno, fue idea de mi hermano. Él piensa que me vendría bien...

—Así que estás aquí para aprender —comentó Anthony y esbozó una sonrisa de secretos que me hizo temblar—. Esto es una tontería. ¿Quién no sabe besar?

Vi a Julia agachando la cabeza avergonzada y mi estómago se retorció de repente, con malestar.

—Será mejor que nos pongamos a recoger —sugirió Mary—. No quiero problemas con Brigitte.

Me acerqué a Julia y le toqué suavemente su hombro. Ella sonrió tímidamente y tomó mi mano.

—Gracias —susurró.

Capítulo 9

Amelia

Los demás estudiantes me cayeron bastante bien y estaba segura de que terminaría por sentirlos como unos verdaderos amigos. Era un curso de dos meses y teníamos prohibido abandonar la academia los fines de semana. Las reglas me parecían bastante duras, como si ese lugar no se hubiera adaptado a la libertad y a las nuevas tecnologías. Deseaba hablar con mi hermano y contarle todo, pero tuve que entregarle mi móvil a Brigitte.

Miré con curiosidad el libro que había encontrado delante de la puerta de mi habitación y la nota que había encima.

Te espero en la habitación número 4.

Tu profesor.

Me fijé en el título y la portada del libro. Una imagen de una chica abrazando a un chico, en blanco y negro, y al lado de ellos había una frase: *El beso es un secreto que se dice en la boca.*

La frase me gustó, pero sentí que había algo escondido detrás de aquellas palabras. No obstante, el título lo decía todo: *El beso y los efectos secundarios.*

Sonreí con tristeza, mis besos sí que tenían efectos secundarios y uno de ellos era el rechazo.

Me preguntaba cómo alguien podía enseñar algo así. En el instituto nos obligaron a asistir a clases de Sexología y nos enseñaron todos los métodos anticonceptivos y de protección contra las enfermedades de transmisión sexual. ¿Pero aprender a besar? Eso era algo muy extraño. Me sentía en otra década, donde solo existía el romance.

Caminé despacio con el libro en la mano y miré con atención las puertas de ese largo pasillo. Todas tenían un número escrito encima y del pomo colgaba el típico cartel de hotel: «No molestar».

Una nueva tormenta de nervios apareció en mi estómago y me sentí mareada. Me temblaban las manos y mi cerebro intentaba ordenarse a través de las emociones mezcladas. Frenéticamente, apreté el libro contra mi pecho y me dispuse a tocar la puerta número 4.

—Pasa.

Cuando escuché su voz, se me aceleró el pulso y mi respiración se volvió menos profunda. Abrí la puerta y cerré los ojos instintivamente.

—Siéntate y guarda silencio —dijo mi profesor.

Abrí los ojos y miré al frente. Mi aliento se trabó en mi garganta mientras caminaba hacia la silla.

Él estaba recostado en su asiento y giraba un bolígrafo en la mano sin parar. Tenía el cabello recién lavado y unos ojos azules, penetrantes. El botón superior de su camisa estaba abierto y podía ver una cadena de plata con eslabones grandes, brillando hacia mí. Recordé la primera vez que lo vi y me estremecí. Era mucho más joven de lo que pensaba, no obstante, tenía la confianza de alguien mucho mayor.

Desvié la mirada para recobrar la compostura y me fijé en la pequeña biblioteca que había al lado de la ventana. Todos esos libros tenían un papelito pegado en el lomo con un número.

Las persianas estaban subidas y las rejas daban la impresión de que me encontraba dentro de una prisión. No me importaba, tenía delante de mí a un hombre guapo y encantador. Lo miré de nuevo y noté una opresión en el pecho,

seguida por una descarga eléctrica que me erizó el vello. Sus ojos conectaron con los míos y se puso de pie. Llegó delante de mí y miró el libro que se encontraba escondido debajo de mis brazos.

—Ábrelo y lee el primer párrafo.

Me quedé helada, paralizada por su orden. Su voz sonó menos nítida y eso hizo que mi corazón diera un vuelco inesperado.

Me senté bajo su mirada severa y, antes de empezar a leer, me sequé las palmas sudadas, frotándolas contra mis pantalones.

Abrí el libro y las pequeñas letras bailaban delante de mis ojos, haciéndome imposible leer las frases.

—Lee en voz alta, Amelia.

Enfoqué mi vista y empecé a leer:

— El primer beso no se da con la boca, sino con la mirada.

Me enderecé de forma rápida y miré a cualquier parte excepto a mi profesor. Él estaba esperando, probablemente dándome la oportunidad de procesarlo todo.

—Levántate. —Su orden fue un susurro, una súplica—. Todo lo que vas a leer lo vas a poner en práctica conmigo.

—¿Eh? —murmuré incrédula—. Nadie dijo que tengo que practicarlo.

—Este libro lo tienes que leer y practicar... —Sus ojos miraron los míos— conmigo.

Se acercó solo un paso y metió las manos en los bolsillos de sus pantalones. Mi corazón saltó hasta mi garganta y bajé la vista a la hoja.

—Pon en práctica la primera frase.

Leí de nuevo la frase en voz baja y asentí con la cabeza, pero permanecí callada. Me puse de pie y alcé la mirada. Inspiré, presa del nerviosismo lancé un suspiro ahogado y el sonido activó algo en él. Sus ojos brillaron y sentí un escalofrío abrirse paso a través de mi cuerpo. La forma en la que él me miraba me puso nerviosa, bueno... en realidad todo me puso nerviosa.

Bajó la vista hasta mis labios y luego se apoyó en la mesa.

—Repite lo que hice —dijo y me palpitó el corazón tanto por sus palabras como por el tono con que las dijo—. Sentiste algo, ¿verdad?

—Sí —reconocí.

—Haz lo mismo y bésame con la mirada. A ver si consigues el mismo efecto.

—Lo intentaré.

Tomé aire para tranquilizarme, me recompuse y se hizo un breve silencio entre los dos. Sus ojos siguieron mis movimientos mientras cruzaba los brazos sobre su pecho. Mi boca estaba demasiado seca y mi cuerpo demasiado caliente. Respiré profundamente y fijé la mirada en sus labios. Me mordí los míos mientras miraba los suyos y en ese instante algo cambió. Deseaba esa boca recorriendo mi cuerpo, comiendo la mía y deseaba un beso más que cualquier cosa en ese momento.

Él se movió y levanté la vista. Encontré sus ojos y me sentí completamente desnuda. La forma en la que me estaba mirando era maravillosa y aterradora.

Las comisuras de su boca se levantaron y dijo:

—Muy bien, Amelia. Puedes retirarte. —Señaló la puerta.

—¿Ya está? —pregunté con el pulso latiendo a martillazos.

—Sí, pero tienes que hacer tareas.

—¿Tareas? —pregunté mirando atentamente cómo agarraba una hoja de papel que había encima de su mesa—. Lee las primeras cinco páginas y luego responde a las preguntas que te dejé. Solo escribe lo que sientes en un pequeño resumen.

Tomé el papel y, como estaba doblado, aproveché y lo metí dentro del libro. Me di cuenta de que lo estaba mirando fijamente y aparté la mirada con un chasquido de lengua. Mi estómago aleteó. Todo lo que sentía era abrumador, nada comparado con lo que experimenté cuando salía con mi novio.

—Mañana a la misma hora, y trata de pensar en lo que hicimos hoy. Quiero que lo hagas mucho mejor, quiero que me lleves al límite. —Por el tono de su voz, pude notar que estaba sonriendo.

Se sentó en su silla y abrió un libro. Todo lo que hacía era sensual, incluso la

manera en la que sus manos lo sostenían me fascinaba y me hacía cruzar las puertas de un mundo prohibido.

Tomé aire y di la vuelta. Llegué delante de la puerta y la abrí sigilosamente. Una refrescante sombra cayó sobre mí y entrecerré los ojos hacia arriba para ver a Brigitte mirándome.

—Estás castigada —dijo ella, sin apartar la mirada.

—¿Por qué? —pregunté molesta. No me gustaba como me hablaba y sus castigos no me hacían mucha gracia.

—Dejaste la puerta de tu habitación abierta. —Acercó su rostro y me estudió con descaro—. Vaya... tienes las mejillas coloradas y los ojos brillantes —susurró—. Esta noche cenarás en tu habitación, sola.

Se apartó y dejó de mirarme. Metió las manos en los bolsillos de su falda de color negro y empezó a silbar mientras caminaba tranquilamente. Esa mujer era espeluznante y parecía que me guardaba rencor. Yo no tenía la culpa de que su hijo fuera mi profesor, yo no elegí a nadie, ellos lo hicieron por mí. Sus castigos me fastidiaban y alimentaban mi odio hacia ella. Esa mujer me desquiciaba mientras que su hijo me tenía prácticamente embobada.

Capítulo 10

Amelia

Salí de mi habitación de puntillas. Brigitte me había castigado, pero no me gustaba quedarme encerrada en la habitación. El pasillo estaba a oscuras y la puerta que daba a la biblioteca estaba al final de todo. Lo bueno era que la academia parecía inofensiva.

Me moví sigilosamente y solté un suspiro de alivio cuando doblé la esquina; había llegado. Mantuve los ojos y los oídos abiertos.

Una puerta se abrió en una de las habitaciones que había al lado, así que me arrimé a la pared. No quería encontrarme con Brigitte y tampoco correr algún riesgo.

Pisadas fuertes martillaron a través del suelo y una mano se posó en mi hombro. Intenté ver quién era la persona que me arrastraba con ella, pero la oscuridad me impidió reconocer su rostro. La mano me soltó bruscamente y caí al suelo al perder el equilibrio. Antes de que pudiera levantarme, la misteriosa mano cerró la puerta de sopetón. Acabé encerrada en una habitación. Me levanté corriendo y tiré del pomo con toda mi fuerza, pero no sirvió de nada. Las persianas de la habitación estaban bajadas, por lo que me encontraba en completa oscuridad.

—¿¡Hola!?! —pregunté, aporreando la puerta—. ¿Hay alguien allí? Ayuda.

Intenté forzar el pomo para liberarme del encierro en aquella habitación sumida en tinieblas.

Tras varios segundos sin conseguir avance alguno, me di por vencida y dejé de golpear la puerta. Tan pronto como lo hice, pude escuchar una voz débil.

—¿Amelia? ¿Estás bien?

—Julia... —dije sin aliento—. Ayúdame. Alguien me encerró aquí.

—Voy a buscar ayuda. No tardaré.

Sin más preámbulos, decidí tantear las paredes en la oscuridad hasta que pude encontrar las correas que subían las persianas.

La luz que entró por las ventanas era escasa, pero suficiente para distinguir perfectamente los objetos que había a mi alrededor. La habitación era idéntica a la mía, quien me había encerrado podría haber pensado que quería entrar allí.

Tragué saliva; aquello no me gustaba.

Antes de que pudiera recuperar el aliento siquiera, escuché un ruido y luego un golpe seco en la puerta. La cerradura hizo clic y tembló contra mi mano.

Me aparté y vi como chocó contra la pared.

—Amiga. —Julia iluminó mi rostro—. ¿Estás bien?

—Sí, creo que sí —dije. Hice un gesto frenético en dirección a la puerta—. Alguien me arrastró y me encerró aquí.

—¿Qué hacías fuera de tu habitación? —preguntó Mark.

—Brigitte me castigó y quería ir a la biblioteca. ¿Cómo habéis abierto la puerta?

—Con esto. —Mark me enseñó una tarjeta de crédito—. Tengo amigos que fueron encerrados por delitos graves.

Me dio una pequeña sonrisa.

—Gracias. Si no fuera por vosotros me habría quedado toda la noche aquí. Este lugar esconde algo, los guardias están vigilando los pasillos, ¿pero por qué? —dije y me quedé inmóvil, escuchando. Esperando. El sonido de mis rápidos latidos de corazón palpitaba con fuerza en mis oídos.

—Tienes razón, pero la verdad es que no me apetece averiguarlo ahora. Os dejo, me voy a dormir.

Mark le dio a Julia su linterna y se alejó.

—¿Quieres que te acompañe a la biblioteca? —Julia rompió el silencio con un susurro.

—Sí, por favor. Quiero coger algún libro para entretenerme.

—Está bien. Sígueme. —Me dio la espalda y empezó a caminar.

Asentí y seguí sus pasos. Sentí una sensación de miedo e inseguridad. Temerosa, caminé pausadamente hasta la puerta de la biblioteca.

Al abrir la puerta, Julia iluminó la habitación y pude ver lo que había a mi alrededor. Los muebles se encontraban en perfectas condiciones. Había estanterías de libros hasta donde alcanzaba la vista y mesas de estudios repletas de papeles y lápices.

Me acerqué hasta la mesa y encendí dos velas.

—No entiendo por qué no tienen electricidad —murmuró ella y se dejó caer en una de las sillas.

—¿Para ahorrar? —Respiré, tratando de superar el triturante miedo.

—Llevo mucho tiempo sin leer. Antes me pasaba horas en la biblioteca de mi instituto —hizo una pausa, sus ojos se entristecieron—. Allí me sentía segura.

Cerró los ojos y suspiró.

—Da pena pensar que eso pueda estar normalizado dentro de una institución donde su principal propósito es la educación y la formación de niños y adolescentes. —Me apoyé en el borde de la mesa y la miré—. ¿Cómo llegaste aquí?

—Vi un anuncio en Internet. Al principio desconfié. No había viajado nunca. —Su nariz se arrugó con las palabras.

—Te entiendo, yo tampoco había salido del país.

—Esta academia enseña a seducir y a besar y es justo lo que necesitaba para recargarme de buenas vibras. Mi vida no fue fácil, mi madre me odiaba y mi padre no me hacía caso nunca —dijo con voz trémula—. Todos me consideraban gorda e inútil. En el instituto, todos los días recibía insultos y

apodos. Era un infierno constante y nadie me ayudó a superarlo. Fui el centro de todas las miradas y burlas. Me hubiese gustado que las cosas hubieran sido de otra manera, porque todo eso dolió.

—Tuvo que ser muy duro. Los niños pueden ser muy crueles. El abuso es algo horrible y la experiencia puede ser amarga —susurré.

—Bastante, y cuando llegué a este lugar, quise salir corriendo, pero no lo hice. Necesitaba aprovechar esta oportunidad para vencer mis miedos —suspiró—. Soy bastante tímida debido al *bullying* que sufrí.

—Yo también soy bastante retraída y vergonzosa. Solo tuve un novio y ese me engañó con mi mejor amiga —exhalé.

—Esa es la peor traición de una amiga.

—Así es, pero no sirve de nada lamentarse. Es necesario seguir adelante.

—Parece que tenemos mucho en común —dijo limpiándose las lágrimas. Su boca se convirtió en una sonrisa.

—Sí. —Asentí.

—Nunca me permití a mí misma ser una víctima porque no tuve miedo. Tú tampoco deberías de tenerlo. Tienes que enamorarte de nuevo y darle otra oportunidad al amor, Amelia.

—Lo intentaré —dije en voz baja—. Me gusta mi profesor; su voz y su mirada me hacen sentir mariposas en el estómago.

—¿Es guapo?

—Es guapísimo y su acento... —suspiré—. Me encanta.

—Oh, me alegro. Yo estoy nerviosa. La foto que había en Internet no era muy clara, pero mi profesor se veía bastante apuesto. —Me miraba como si estuviera pensando en salir corriendo—. Sería todo un reto no meter la pata como siempre lo hago.

—Tienes que confiar en ti. Eres hermosa y tienes unos ojos preciosos.

—Gracias, Amelia. Eres una gran amiga. —Me abrazó—. Mañana hablaremos más, buenas noches.

—Buenas noches.

Me acerqué a los estantes de libros y recorrí con la mirada los miles de títulos. Nada me llamaba la atención, y los que estaban en inglés ya los había leído. Tomé uno al azar y me apresuré a salir de la habitación, pero no sin antes apagar las dos velas que había encima del escritorio. La oscuridad se hizo presente y sentí cómo un escalofrío me sacudía violentamente. Presioné el libro contra mi pecho y salí corriendo.

Capítulo 11

Julia

El primer encuentro con su profesor, al día siguiente

Cerré la puerta detrás de mí y caminé con pasos lentos; apenas podía vislumbrar el pasillo.

Hace una hora, Brigitte me había avisado que tenía clases y estaba preocupada. Ella parecía molesta conmigo y me preguntaba si sabía que anoche había salido de mi habitación.

No obstante, no entendía cómo nadie más había escuchado los gritos de auxilio de Amelia.

La ligera luz que entraba por las vidrieras que había al final del pasillo permitió que distinguiera la sombra de uno de los guardias merodeando de un lado a otro. Tragué saliva y apresuré el paso; no quería terminar encerrada en una habitación.

El hombre ni siquiera me miró cuando pasé por su lado y eso me había resultado bastante extraño. Sin embargo, decidí no darle más vueltas al asunto y me prepararé mentalmente para mi primera reunión con mi profesor.

Llegué delante de la puerta número 2 y limpié mis manos sudadas con el borde de mi camiseta preferida. Esa prenda sencilla y de color negro era la única que no se moldeaba a mi cuerpo relleno.

Golpeé la puerta con el puño y, cuando escuché su voz, me congelé. Nunca había estado a solas con un chico y nunca tuve un novio.

Los chicos nunca me prestaban mucha atención porque siempre había chicas más guapas y más delgadas. Los únicos que se fijaron en mí estaban desesperados o simplemente querían burlarse como los demás. Ellos nunca me veían guapa, y cada vez que alguien se acercaba y me decía palabras bonitas, sabía que era mentira. Odiaba la forma en que los chicos pensaban, solo porque estuviese gorda no significaba que estaba desesperada.

Mi última experiencia con alguien parecido fue una verdadera pesadilla. Sabía que intentaban burlarse de mí, pero fingí y les seguí el rollo. No cabía en ninguna cabeza humana el hecho de que el chico más popular del instituto se fijara en mí. Salí un par de veces con él y a pesar de la mentira y el engaño, me ilusioné. El chico se dio cuenta porque, cada vez que intentaba tocarlo, se alejaba asustado. La última vez que lo vi, él se sinceró conmigo y me dijo toda la verdad. Planeaban llevarme a una fiesta y emborracharme. Desnudarme y tomarme fotos. Le agradecí, sabía que tramaban algo, sin embargo, su confesión me cayó como un balde de agua fría.

Desde entonces, intenté evitarlos a todos y empecé a faltar al instituto. Mis padres se volvieron locos, pero ellos no sabían el infierno que tenía que aguantar todos los días.

Abrí la puerta despacio y fruncí el ceño cuando me encontré envuelta en una oscuridad absoluta. Mis ojos se movieron de un lado a otro para encontrar un interruptor.

—Cierra la puerta, por favor —dijo con una voz siniestramente suave.

—Eh, sí... ahora. —Empujé la puerta y me quedé quieta.

—Siéntate.

—No veo nada —comenté con voz trémula.

Escuché un crujido y busqué con la mirada su cuerpo.

—Lo siento. A veces se me olvida.

Un golpe seco hizo que la luz llenase la habitación y cuando lo vi delante de mí, retrocedí. Su mirada estaba vacía, como si para él la vida y la alegría hubieran dejado de existir, dejando las cenizas de los recuerdos a su

alrededor. Miré atentamente su cuerpo y suspiré bajito, era magnífico. No obstante, me conmovió. Su belleza contrastaba con el enojo y el grado de tristeza que se reflejaba en su cara.

—Gracias —susurré.

Su expresión cambió, no podía estar segura, pero lucía tranquilo. Sin embargo, cuanto más lo miraba, más sentía que mis preguntas aumentaban de número.

Todavía era consciente de mis preocupaciones anteriores, pero ellas se estaban deslizando lejos con cada segundo. El destello de tristeza que había percibido en su rostro había desaparecido.

Bajé la vista hacia el bastón de madera que apretaba su mano derecha con empeño y fruncí el ceño.

—No quiero dar pena, Julia —dijo con irritación—. Siéntate para que podamos empezar la clase.

Asentí y me moví de mi sitio para sentarme en la silla. Era ciego... ese hombre hermoso con la mirada vacía era invidente.

Rodeó el escritorio rozando la madera con sus dedos y luego tomó asiento.

—No puedo ver, sin embargo, puedo escuchar todo lo que me rodea y tu respiración entrecortada me distrae.

—Lo siento, es que estoy nerviosa —contesté y miré atentamente sus labios.

—Supongo que es normal. —Estiró una mano—. Mi nombre es Julien.

—Tu nombre y el mío se parecen —susurré mientras estrechaba su mano.

—Tienes una piel muy suave —dijo y levantó la mirada.

Sus ojos miraban a la nada, pero por una extraña razón me ruboricé.

—Gracias. —Retiré la mano.

—Hay un libro encima de la mesa, quiero que lo abras y que empieces a leer. Yo decidiré cuando puedes parar.

Se dejó caer hacia atrás y cruzó los brazos encima de su pecho. Mordí mis labios y me obligué a dejar de mirarlo. Abrí el libro y mis ojos se posaron en las letras, intentando leer las frases.

—La magia de un beso es el acto de juntar los labios para expresar amor, para expresar deseo. Los besos pueden hablar...

Dejé de leer para mirarlo. Había cerrado los ojos y había relajado su cuerpo. Parecía que mi voz aliviaba algo en su interior.

—¿Por qué has dejado de leer? —murmuró con voz ronca.

—Lo siento, pero las frases me parecen...

—¿Qué tienen de malo las frases? —Se movió en la silla.

—No tienen nada malo, solo que me parecen demasiado románticas y cursis.

—¿Y no te gusta lo romántico? —Se puso de pie.

—Supongo que sí.

—¿Supones? —preguntó extrañado—. ¿No sabes lo que te gusta?

—No podría saberlo. —Me tensé.

Había llegado a mi lado y estiró una mano. Tocó mi hombro y apretó con ligereza.

—¿Por qué? A todas las chicas les gusta el romanticismo. —Deslizó la mano hasta mi cuello—. Las frases las escribí yo.

—Son hermosas, solo que...

—Sigue leyendo, por favor. Me gusta tu voz. —Acarició mi cuello—. Y tu piel... es tan suave.

Ese roce me provocó un estremecimiento que se prolongó hasta mis pies y su voz, nublada de intensidad, puso mi sangre a arder. La sensación era tan milagrosa que podía llorar de felicidad.

Un ligero toque en la puerta rompió la magia de ese momento y él dejó de tocarme.

—¿Sí? —dijo con voz grave.

—Soy Brigitte. Te necesito para la reunión.

—Sabes que no me gusta que interrumpas mis clases —gruñó y apretó los puños.

—Lo sé, Julien y lo siento. No podemos empezar sin ti.

—Dame cinco minutos. —Se giró y buscó con las manos el bastón que había

dejado encima del escritorio.

Me levanté enseguida y guié su mano.

—No necesito ayuda —dijo molesto—. Puedo solo.

—Lo siento...

—Coge el libro y prepara un resumen para mañana. Solo tienes que leer las primeras cinco páginas.

—Mhm... —Tomé el libro y me acerqué a la puerta.

—Y mañana quiero que leas sin interrupciones.

—Lo haré. —Abrí la puerta y salí rápidamente.

Mi cuerpo chocó con el de Brigitte y la miré extrañada. Ella, mucho más alta que yo, parpadeó hacia abajo en dirección a mí a través de sus lentes de alta graduación.

—Mira por dónde caminas —dijo.

Tomé aire, tratando de frenar mi acelerado cerebro para así poder conseguir las palabras adecuadas.

—Lo siento, intentaré hacerlo.

—No salgas de tu habitación hasta esta noche —dijo mirándome de arriba abajo—. Y ponte algo de ropa más alegre. Estos sacos de camisetas que tienes son feos.

Asentí, no me quedaba más remedio que hacerle caso, su voz me asustaba. A pesar de que seguramente estaba tratando de parecer amable, su tono dejaba mucho que desear. No obstante, para mi sorpresa, su mirada no era de disgusto. La baja autoestima significaba que odiaba que la gente me mirase y me juzgara. Sentía como si estuvieran viendo mis defectos, dejándome desnuda delante de ellos.

Esperé a que dijera algo más después de eso, pero no lo hizo. Giró sobre sus talones y se alejó con la barbilla en alto. Esa mujer era una bruja.

Apreté el libro contra mi pecho y caminé intentando dejar de pensar en Julien. Se había colado en mis pensamientos con rapidez y eso me asustaba.

Brigitte mencionó una reunión y eso me intrigó bastante. En la academia solo

había cinco profesores, pero nadie mencionó si había un director. Recordaba haber leído en Internet que el responsable del funcionamiento diario de la academia era un hombre de negocios muy conocido en Francia, pero su nombre no estaba señalado.

Cuando rellené el formulario para la inscripción, me resultó chocante que, aparte de eso, tuve que escribir un pequeño resumen sobre mí.

Después de una semana recibí la respuesta, junto con una fotografía del que iba a ser mi profesor, y al lado una breve descripción del lugar. Pero nada más, ni siquiera la firma de aquel director. La situación parecía irreal e increíble, y lo único que calmaba mi mente era que todos mis amigos eran muy buenos conmigo.

Capítulo 12

Amelia

La luna brillaba con tanta fuerza que podía ver mi propia sombra. Aún así, encendí la única vela que tenía en la habitación para no sentir el peso de la soledad. Echaba de menos a mi hermano, a mis amigas y los simples detalles que me sacaban una sonrisa.

El mundo exterior estaba en silencio, como si hubiera dejado de existir. Me pregunté si todo lo que había pasado solo fue un sueño. La clase que tuve con mi profesor fue extraña, intensa y bastante cargada de tensión. Mi timidez me frenó mucho y me sentí torpe.

Un golpe en la puerta sonó ruidosamente y salté de la cama. Caminé hacia la puerta y coloqué mis manos en el pomo. Dándome una charla mental, reuní el suficiente valor de abrir la puerta, apenas unos centímetros. Últimamente me asustaba hasta de mi propia sombra.

—Hola, ¿puedo pasar? —susurró Mary. Su voz era cautelosa, sin querer presionarme.

—Por supuesto.

Ella entró detrás de mí y cerró la puerta despacio.

—Me resulta extraño encender velas por las noches —murmuró—. Las sombras que bailan en el techo son siniestras. No puedo conciliar el sueño y más después de lo que te pasó. ¿Hablaste con Brigitte? ¿Cómo se les ocurre encerrarte dentro de una habitación?

—No, no hablé con Brigitte. No la vi en todo el día. Hablaré mañana después de la clase de Francés —suspiré—. Tengo miedo de los guardias. Estoy segura de que fue uno de ellos.

—Me pregunto qué vigilan. Nosotros somos inofensivos.

—No lo sé, pero me gustaría averiguarlo. —Me senté en la cama y coloqué las manos encima de mis rodillas.

—Creo que deberíamos respetar las reglas.

Mary se sentó a mi lado y noté que sus ojos se veían tristes.

—Tienes razón —dije en voz baja—. Cuéntame algo de ti. ¿Cómo llegaste aquí?

Ella suspiró. Entonces un destello apareció en sus ojos y sus labios se volvieron hacia arriba.

—Perdí una apuesta, pero no me arrepiento. Me gusta este lugar, a pesar de las incomodidades. Es justo lo que necesito para distraerme. —Su rostro se iluminó con entusiasmo—. Tú tienes una personalidad peculiar, tierna... te pareces a un ángel. No me miras como si estuvieras juzgándome.

—¿Por qué lo haría?

—Las amigas de mi antiguo instituto eran diferentes, malas y envidiosas. Todo lo que hacía o decía les molestaba —dijo con total naturalidad—. Pero no tenía la culpa de que mis padres tuvieran dinero y pudiera permitirme comprar ropa y joyas.

—Hay personas muy falsas. Tienes que ignorarlas para no tropezar con ellas.

—Yo me aislé de ellas y tomé la vida como una diversión. —Resopló y cruzó los brazos sobre su pecho.

—¿Tienes novio?

No miré hacia ella cuando pregunté. Miré hacia la ventana, sabiendo que me tocaría recordar a Iván.

—Tuve uno, se llamaba Chad. Cuando lo conocí, aparte de su físico impresionante, me enamoré de su voz. En aquel tiempo, solo buscaba diversión, algo que me distrajera y me hiciera olvidar el infierno que vivía en

mi casa. Él resultó ser una persona reflexiva. Rompió el estereotipo del típico chico deportista que solo pensaba en sexo y fiestas. No obstante, tenía un problema: se aprovechaba de las personas.

—¿A qué te refieres? —La miré con los ojos entrecerrados.

—Sabía que el dinero no era un problema para mí. Mi tarjeta de crédito quedaba en cero cada vez que salíamos juntos.

—Entiendo —dije, y miré hacia un lado—. Mi exnovio Iván me engañó con mi mejor amiga.

—Ouch, eso es peor. Pero no tienes que venirte abajo, no todos son iguales.

—Lo sé... —suspiré—. Mi profesor es diferente. No quiero sacar conclusiones precipitadas, pero hay algo que me hace confiar en sus palabras.

—A veces, tenemos que ir con los ojos cerrados y dejar de pensar y de dudar. Tener fe en las personas y en el destino. Mañana conoceré a mi profesor. Espero tener la misma suerte que tú.

Un gran pliegue se formó en el medio de su frente.

—Estoy segura de que sí —respondí débilmente con una sonrisa.

Después de un momento de silencio, exhaló. Se puso de pie y se aclaró la garganta.

—Buenas noches y gracias por hablar conmigo.

—Buenas noches. Descansa, aquí me tienes para lo que sea.

Mary abandonó la habitación y me hundí en la almohada. El silencio era abrumador e incómodo.

Mi mente deambuló, pensando en todo lo que había pasado desde mi llegada a la academia. Saltó de un pensamiento a otro. Pensamientos de mi hermano, mi profesor y su madre, mis nuevos amigos y el silencio que me acompañaba por las noches. Todo fue un cúmulo de cosas que cambiaron el rumbo de mi vida y me llevaron a París, el lugar donde se enamoraron mis padres.

Capítulo 13

Mary

El primer encuentro con su profesor

Inspiré con una profunda respiración e intenté relajarme, pero mi estómago retorciéndose lo hizo casi imposible. Había llegado la hora de la primera clase con mi profesor y me sentía nerviosa.

Hormigueos escalofriantes y un sudor frío cubrieron mi cuerpo. Mi cuerpo temblaba, la sensación que sentía era nueva para mí, una que nunca había experimentado y no podía explicar.

Coloqué mis temblorosos dedos en el pomo de la puerta y reuní el suficiente valor de abrirla. Mientras mi corazón martilleaba, me obligué a moverme de mi sitio.

La puerta chirrió cuando la abrí un poco más. Mientras me acercaba al escritorio de mi profesor, mi corazón dio un brinco.

—Deja el libro encima de la mesa —dijo sin levantar la mirada—. Hoy quiero conocerte.

Me quedé donde estaba. Traté de tragar, pero no pude. Mi garganta estaba demasiado seca. Esperé a que levantara la mirada, pero no lo hizo. Su fuerte voz gruesa tuvo un impacto inesperado, el mismo que había conseguido mi último novio Chad.

Me acerqué a la silla y me senté con gentileza. El sol que se filtraba por la media persiana levantada bloqueaba mi vista y era imposible ver sus ojos.

Sabía que era guapo, había visto las fotos en Internet, pero necesitaba descifrar esa mirada misteriosa que me había impactado.

—Tu nombre es Mary y tienes veinte años... bastante joven —susurró y colocó un dedo en sus labios—. Eres guapa... ¿por qué te inscribiste? Estoy seguro de que se te da bastante bien besar.

Se levantó y contuvo el aliento.

Parecía que había esperado una eternidad para verlo todo de él. Estudié su bonita cara y su espeso cabello rubio, dejando que mi mirada se deslizara tranquilamente a sus anchos hombros y brazos fuertes.

—Necesitaba distraerme con algo este verano. Quería probar experiencias nuevas... —dije y tragué saliva al verlo parado delante de mí.

—¿Estás segura de querer seguir?

Se movió un poco y el sol se escondió detrás de sus hombros, y lo primero que vi fue su sonrisa seductora y su boca apetecible. Luego mis ojos encontraron los suyos y sentí un placentero escalofrío.

—¿Por qué no lo haría?

Mi pregunta lo hizo sonreír y cruzó los brazos encima de su pecho, desafiante.

—Porque vas a suspender —contestó y recorrió mi cuerpo con su mirada ardiente—. Todas mis alumnas han suspendido.

—Pues yo no. —Me levanté y me acerqué a él—. Pienso sacar buenas notas. Te sorprenderás cuando mis labios toquen los tuyos. Sentirás algo que nunca sentiste en tu vida.

Descruzó los brazos y dio un paso hacia delante.

—¿Y qué es lo que voy a sentir, Mary? —Agachó la cabeza—. No vas a conseguir sorprenderme —susurró en mi oído.

Su cálido aliento me sacudió el cuerpo entero, y cuando sentí esos labios apetecibles en mi cuello, gemí bajito.

—En cambio... —susurró—. Yo te haré vivir una experiencia única.

Me alejé un poco porque no podía pensar y miré atentamente cómo se

humedecía los labios. Tragué saliva e imité su gesto.

—Con un solo beso, te haré vibrar de deseo, te haré callar las palabras... — Coloqué mis manos en su pecho para llamar su atención—. Tu alma se mezclará con la mía, robaré tus sueños y haré que sonrías contra mi boca.

No dijo nada, solo agarró mis muñecas con sus dedos firmes y presionó mis palmas contra su pecho.

—¿Sientes mi corazón? Golpea y palpita con fuerza en mi pecho —susurró—. Si has conseguido esto con hablarme así, seguro que conseguirás hacer que pierda la cabeza cuando te bese. Tú decidirás si será un beso de despedida... —Deslizó mis manos por su pecho y jadeé—. Dejaré que tomes las riendas de estas clases solo porque me interesas mucho. Dejaré que seas mi profesora, ¿crees que podrás hacerlo?

—Sí... —Mi voz sonó ahogada. Se sentía como si me hubieran sacado todo el aire del estómago.

—Sedúceme, Mary... pero solo con palabras. —Colocó mis manos en su rostro y cerró los ojos—. Revive mi alma, pero solo con miradas. —Abrió los ojos y sonrió—. Sorpréndeme, pero solo con gestos.

Dejó de sostener mis muñecas y dio un paso hacia atrás. Mis manos cayeron hacia abajo y sentí un gran vacío.

—Lo haré... —dije suavemente.

Asintió ligeramente con la cabeza y se alejó.

—Si lo consigues, tendrás el beso y una buena calificación. —Se sentó en su silla—. Y espero sentir todo lo que me dijiste.

—Mhm...

—Puedes retirarte. Deja el libro aquí, por lo que veo... no lo necesitas. Te espero mañana a la misma hora. Deja la puerta entreabierta cuando salgas. Brigitte quiere saber cuando termino la clase.

—Una cosa... —dije, observándolo con curiosidad—. ¿Las otras alumnas pasaron por lo mismo? ¿Por qué suspendieron?

Sacudí mi cabeza alejando mi cabello de mi rostro y me enderecé un poco.

Él no paraba de mirar mis gestos y me ponía nerviosa.

—Esas son dos cosas, pero voy a contestarte.

Él estaba tan relajado mientras yo estaba completamente temblando, y él sabía que tenía todo el poder, que causaba ese efecto en mí.

—Bueno, tengo más preguntas.

—Suficiente de momento. —Se quedó mirando al espacio, como si recordara el pasado.

—Tenemos tiempo.

—Las otras alumnas no eran mayores de edad y las clases consistían en aprender la teoría sin practicar —sonrió con picardía.

Estaba jugando conmigo, provocándome. Me enderecé mirándolo de vuelta con desafío.

—No leí en ningún sitio que tengo que hacer prácticas —solté.

—Si quieres seguir aquí, tienes que hacerlo. Las otras alumnas suspendieron porque se lo tomaron como una diversión.

—Entiendo. Así que yo soy tu primera... —Estaba sorprendida pero también sonrojada.

—Lo harás bien. Confío en ti.

Su expresión cambió, no podía estar segura, pero lucía complacido.

—Hasta mañana. —Froté mis manos temblorosas y abrí rápidamente la puerta.

Miré por encima de mi hombro antes de salir y vi como su mirada recorría mi cuerpo con una intensidad ardiente. Ese hombre era puro pecado, uno que me tentaba a errar con él.

Capítulo 14

Amelia

Solté una exhalación profunda y me dejé caer hacia delante sobre la pequeña mesa.

—Quiero que me lo cuentes otra vez. —La voz de Brigitte fue cuidadosa—. Quiero todos los detalles.

—Era muy oscuro, solo recuerdo las manos grandes y firmes que me arrastraron hasta la habitación —dije inclinándome hacia delante—. Esas manos me empujaron y me encerraron...

—Amelia... estabas castigada. —Sus ojos me miraron—. No tenías permiso para abandonar la habitación. Y además, te dije que por las noches no se puede salir.

—Aquí me aburro. Necesito hacer algo para entretenerme. —Mi voz goteaba desdén.

—Son solo dos meses, si no quieres quedarte, házmelo saber cuanto antes.

Ella dio la vuelta y salió de la biblioteca.

Me levanté rápido de la silla y empecé a caminar con mis brazos cruzados con fuerza.

La luz del sol llenaba el espacio, calentándome. De día teníamos permiso para entrar en la biblioteca y los guardias no estaban a la vista. Aún así, me sentía como una presa.

Me preguntaba qué estaba haciendo mi hermano, si se divertía con sus

amigos en Las Vegas. Seguramente estaba preocupado por mí, le había prometido llamarlo todos los días y no lo había hecho.

—Esta mujer es un verdadero misterio —Mark apareció ante mí y sonrió—. Me la encuentro a todos lados. Algo esconde, ¿verdad?

—Sí... —suspiré.

—¿Cómo estás? ¿Averiguaste quién te encerró en la habitación?

—No, Brigitte no me dice nada. —Mi voz salió tensa—. Gracias por salvarme.

—No hay de qué, amiga.

La calidez y simpatía en sus ojos era inconfundible.

—Tienes clase ahora, ¿verdad? —pregunté en voz baja—. Quedáis Anthony y tú...

—Sí, y tengo muchas ganas. Es hora de conocer a mi maestra. —Sonrió abiertamente—. Al principio me sentí atrapado aquí, entre estas paredes frías. Pero recordé que había guardado una foto de ella en mi maleta y eso alivió mis horas de silencio y soledad. Es muy atractiva... una más que añadiré a mi lista de conquistas.

Soltó una carcajada.

—¿Qué? —pregunté con sorpresa—. ¿Tienes una lista de... de conquistas?

—Mhm...

—¿Es larga? —pregunté, sacudiendo la cabeza—. Digo, ¿cuantos nombres tienes hasta ahora?

—La lista empecé a hacerla cuando mi última novia me dejó. Quería vengarme. Luego seguí apuntando nombres para mí, para recordar los momentos.

Escuché estupefacta su confesión.

—Esos nombres tienen un rostro, esas chicas mostraron cierto cariño... —Me miró a los ojos por un momento—. Sin embargo, todas decían lo mismo. Que no sé... besar con sentimiento. —Su voz quedó atrapada en la última palabra—. Por eso estoy aquí.

Se enderezó y se aclaró la garganta.

—No sé qué decir. —Me mordí los labios—. Espero que aprendas a besar.

—Tranquila, lo haré.

Me guiñó un ojo y se alejó silbando. Mark estaba en la misma situación que Julia y yo. Me sorprendió bastante, pero también me alegró. No era la única inexperta.

Al principio la idea me pareció absurda, y sentí vergüenza reconocer que mis besos eran malos. Esperaba mejorar y aprobar el curso.

Capítulo 15

Mark

El primer encuentro con su profesora

Ignorando la particular sensibilidad que me estaba abrumando, me paré frente a la puerta número 3. Hice una agonizante respiración tras otra y enderecé mis hombros.

Sentí un impulso de confianza. Sí. Podía hacer esto.

Toqué a la puerta y entré. La habitación estaba escasamente amueblada, el escritorio de madera y una silla de cuero ocupaban la mayor parte del espacio. Las paredes estaban pintadas de blanco, mientras que las ventanas estaban tapadas por unas cortinas de lino azul.

No sabía qué decir, así que me quedé en silencio, mirando a la mujer que estaba parada delante de mí. Se sentía extraño. Confuso.

—Cierra la puerta y siéntate —ordenó mi profesora.

—Es usted muy guapa...

—¡Silencio! —Golpeó la mesa—. No quiero que hables sin mi permiso. ¿Entendido, Mark?

—Sí, señorita —contesté secamente.

Era muy bonita, sin embargo, no me gustaban las mujeres mandonas o dominantes. Me recordaba a mi tía Joana, ella siempre me controlaba y me pegaba cuando le ocultaba cosas a mi madre. Era un infierno de mujer y la odiaba.

Mi profesora sonrió y mis músculos se tensaron. Se veía que le gustaba tener el poder y que los hombres obedecieran sus órdenes. Pensé que no estaría mal probar algo nuevo y dejarme llevar por la situación.

Podría ver el mundo desde otro ángulo y disfrutar de todo lo que esa hermosa mujer estaba dispuesta a ofrecerme. Su cabello negro con fuertes mechas rubias estaba recogido de una forma seria y llevaba una falda de tubo de un rojo estridente. Lucía inmaculada y fría.

Tomé asiento y me recosté casualmente en la silla.

—¿Por qué estás aquí, Mark?

Su pregunta me tomó por sorpresa y dudé de contarle la verdad. Decirle que mi propósito era poner su nombre en mi lista, podía hacerla cambiar de opinión. Sabía con certeza que a las mujeres no les gustaba mi enfermizo método de tenerlas conmigo para siempre.

Abrió un libro y me miró de reojo. Sus labios se curvaron en una media sonrisa y entrecerró los ojos.

—Quiero la verdad, Mark.

—La verdad... —Toqué mis labios con el dedo índice y cerró el libro de golpe.

—No me gusta esperar. —Levantó las cejas y colocó las manos encima de la mesa, inclinándose hacia delante.

Tragué saliva y fijé la mirada en su escote. Los senos eran una de mis pasiones. Todos ellos me parecían perfectos ya fueran pequeños o grandes. Pero los suyos... los suyos habían sido capaces de conquistar mis deseos más subrepticios.

—Si no me dices la verdad, haré que te expulsen —espetó con un tono cortante.

Rodeó el escritorio hasta situarse delante de mí. Separó un poco las piernas y se mordió el labio.

Ambos estábamos demasiado conscientes del otro, nuestros ojos encontrándose y apartándose solo para volver a atraparse otra vez.

—Digamos que me gustan las experiencias nuevas. —Mi voz era más aguda de lo que había previsto—. Y que usted se ve muy caliente... —Relamí mis labios.

—Me gusta la sinceridad. —Sus labios jugaron con una sonrisa—. Y me gusta ganar.

—Entonces yo seré su premio. —Me levanté de golpe y ella estiró una mano para luego colocarla en mi pecho.

Pareció tomarse un minuto y respirar profundamente antes de contestar:

—Te arrepentirás. No seré para nada amable.

—No le estoy pidiendo eso. —Agarré su mano y la apreté con fuerza contra mi pecho—. Puedes ser mala conmigo. Me gusta jugar...

—No hay reglas y me gusta hacer trampa para ganar. —Su voz era un jadeo, un susurro brusco y pesado—. Y más aún, cuando tú eres mi premio.

—Acepto. —Miré sus labios; deseaba quitarle ese llamativo pintalabios con mis dedos y besarla con fervor.

—No tan rápido, Mark. —Su boca se crispó—. Tenemos dos meses por delante para conocernos mejor. Y guarda ese beso para el examen final. —Me empujó suavemente y me miró a los ojos. —Tienes una mirada sincera y unos ojos preciosos. Conquistame con ellos, hazme desearte y conseguirás una experiencia inolvidable conmigo.

—Eh... lo haré. —Tragué saliva y apreté los puños.

Necesitaba controlarme, no quería apresurarme y estropearlo todo, como siempre hacía.

—Eres un idiota, Mark —gritó Gisele—. Quita tus asquerosas manos de mis pechos.

—Vamos, Gisele. No te pongas así. Solo quiero...

—Meterme mano, eso es lo que quieres. Como todos. Ni siquiera sabes besar.

—Te equivocas.

—¿Crees que no sé que tienes una lista de conquistas?

—¿Mark?

Levanté la mirada y fruncí el ceño. No me gustaba recordar el pasado, pero esa situación removía todos los recuerdos con empeño. Las chicas decían que en la cama se quedaban satisfechas conmigo, pero luego se quejaban de que no sabía besar y que no tenía un lado romántico. Ninguno de mis amigos lo sabían, había guardado esos detalles solo para mí.

—No escuchaste lo que dije, ¿verdad?

—No, lo siento —contesté y recorrí todo su cuerpo con la mirada—. Estaba recordando algo...

—Quiero que prestes atención a lo que pasa aquí. —Su tono de voz apenas había cambiado pero, en cierto modo, se había vuelto más duro.

—Lo siento, señorita.

Ella se acercó al escritorio y estiró la mano para coger un libro. Mis ojos siguieron sus movimientos como un lobo hambriento y metí rápidamente las manos en el bolsillo para no mostrar mi nerviosismo.

—Quiero que leas el libro entero y hagas un pequeño resumen, resaltando lo que piensas, lo que harías... —dijo y miré el libro—. Te aseguro que no es para nada aburrido.

—Lo haré. Me gusta leer.

Cuando me dio el libro, aprovechó para tocar mis manos.

—Tienes una piel muy suave y unos dedos muy largos —murmuró—. Puedes hacer magia, si quieres...

—Es verdad. ¿Quiere comprobarlo? —levanté una ceja y ella rio.

—Eres muy impaciente. Tendré que trabajar muy duro contigo. —Señaló la puerta—. Hasta mañana, Mark.

Con el libro en la mano, salí por la puerta y me crucé con Brigitte.

—Perdón —dije sorprendido—. No la había visto.

—A tu habitación ahora mismo —ordenó y se alejó con la cabeza bien alta.

Esa mujer estaba en todas partes y aparecía cuando menos te lo esperabas. Algo escondía, sin embargo, su mirada era triste. Nadie se había dado cuenta,

solo habían visto el lado malo. Conocía muy bien esa mirada, era la misma que tenía mi madre cuando se enteró de que había dejado de estudiar. Decepción, la misma expresión que tenía Brigitte en su rostro.

Mi madre tuvo grandes esperanzas conmigo, quería que me dedicara a estudiar medicina, como lo hizo ella, pero odiaba los hospitales y los médicos. Desde que me habían diagnosticado con un asma crónica, pasaba más tiempo en cuidado de los médicos que en casa, con mis padres. Muchas veces tuvieron que llevarme a urgencias porque no podía respirar. La presión en el pecho y la tos eran insoportables.

Odiaba dar lástima, por eso no le decía a nadie que estaba enfermo, y esperaba que no se dieran cuenta.

Capítulo 16

Mark

Al día siguiente

La clase de Francés me dejó un poco débil. Tuve que ir a la habitación porque me costaba respirar. En la academia había un olor a moho que provocaba mis crisis asmáticas sin previo aviso. Suerte que tenía conmigo medicamentos de alivio rápido. También estaba tomando medicamentos de control a largo plazo para prevenir las crisis asmáticas. Pero a veces no había manera de controlar lo que estaba pasando.

Salí de la habitación. Mis emociones se encontraban bajo control y mi corazón latía con normalidad. Ignoré las miradas inquisitivas de los guardias mientras caminaba por los pasillos, pero tan pronto como entré en la biblioteca, sentí que alguien me vigilaba. Eché un vistazo a través de la habitación y vi a Anthony sentado con los pies en alto.

—¿Qué haces aquí? —Me aclaré la garganta—. Tenías clase con tu profesora después de la hora de francés.

—Dentro de media hora... —Su rostro permaneció impassible. Bajó los pies al suelo y se puso de pie—. ¿Estás bien?

—Sí, ¿por qué? —Mis ojos se estrecharon ante su pregunta.

—Tuviste una crisis. —Se encogió de hombros—. Eres asmático, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes? —Mis cejas se levantaron en desafío.

—Toses mucho y tu respiración es a veces sibilante. Mi padre es asmático —explicó.

—Estoy bien, gracias —dije y bajé un poco el tono de mi voz—. Estoy tomando medicamentos.

—Este lugar no te conviene. Las ventanas están siempre cerradas, hay polvo y olor a moho.

—Lo sé, pero son solo dos meses. Sobreviviré. —Puse mi mano sobre su hombro y lo miré a los ojos—. No se lo digas a nadie, por favor.

—Tranquilo, no soy un bocazas. —Su voz se suavizó.

Se pasó las manos por el cabello y suspiró. Supe enseguida que algo estaba mal. Usualmente, Anthony tenía una clase de expresión seria pero feliz en su rostro. No era la clase de chico que siempre caminaba con una gran sonrisa, pero nunca mostraba inseguridad.

—¿Estás preocupado por algo? —le pregunté.

Él parpadeó hacia mí. Se veía como si fuera realmente complicado pensar en una respuesta. Luego dijo:

—Mis experiencias con chicas fueron escasas. Solo tuve tres novias y una de ellas terminó por engañarme con medio instituto. —Sonrió tristemente—. No sé cómo lidiar con mi profesora. Mi confianza en mujeres es poca. Todas acaban mintiendo y decepcionándome.

—Entiendo...

—No, no entiendes. Me enamoro con facilidad y entrego mi corazón sin miedo. —Presionó sus labios con fuerza—. Me gusta llevarlas de paseo, de pícnic y quedarme horas y horas hablando. Ellas son como la música, necesitan que alguien las escuche, que les dedique toda la atención, sentirse respetadas y apoyadas. Admiro a las mujeres y me gusta estar enamorado, pero hasta ahora todos mis esfuerzos terminaron en la basura. No quiero pasar por lo mismo.

—No tiene por qué.

—Ella es hermosa, Mark. Me voy a enamorar —dijo con frustración.

—Si tienes miedo, intenta apagar tus emociones. Tienes que actuar con frialdad.

—Es fácil decirlo —suspiró—. No creo que pueda hacerlo.

—Entonces déjate llevar y disfruta mientras. ¿Qué puede pasar?

Me miró por un momento y tomó una profunda respiración.

—Lo haré. Espero que no sea otro intento fallido de encontrar el amor.

—Suerte, tío. Voy a ver si encuentro a Mary. Necesito un poco de ayuda con mi resumen. —Golpeé su hombro dos veces y abandoné la habitación.

Capítulo 17

Anthony

El primer encuentro con su profesora

Estaba aburrido. Mi vida era insípida y nada me llamaba la atención, nada conseguía hacerme sentir la adrenalina fluyendo por mis venas como hace unos años.

Quise probar nuevas experiencias y estaba más que seguro que la academia podría despertar mi ser dormido.

La profesora era una mujer hermosa, algo que solo podía ver en las revistas, y me sentía privilegiado por haberme elegido entre tantos estudiantes. Sin duda saldría renovado y con nuevas expectativas después de las clases.

Entré en la habitación y caminé hasta la silla. Me senté y pegué mi espalda contra el respaldo, con demora.

Mi profesora se paró delante de mí y alcé la mirada. Lucía como una supermodelo francesa. Su cintura era pequeña, y sus caderas se curvaban lo justo para mostrar unas piernas de infarto. Su cabello era oscuro y tenía un peculiar flequillo que tapaba la mitad de su rostro. Llevaba puesta una camisa blanca, remangada hasta los codos y una falda angosta negra.

—Encantada de conocerte, Anthony. Espero que podamos llevarnos bien. Mi último alumno suspendió y lo expulsaron. Me pasé los últimos meses del curso sola.

Ella apartó la mirada, pero antes de ver la ansiedad en sus ojos.

—No suelo meterme en problemas —dije en voz baja.

Me puse de pie y ella quedó a mi altura. Y eso era debido a sus altos tacones negros. Esa mujer era impresionante, pero no podía llevarme por la emoción, sabía que al final todas terminaban fallándome.

—Me alegro. Ahora quiero saber por qué estás aquí. Tienes más de veinte años y eres guapo. Estoy segura de que las mujeres no faltaron de tu vida íntima —dijo con voz apenas audible.

—Así es, sin embargo todas acabaron mintiéndome y engañándome —confesé.

—Entonces estás aquí con otros propósitos.

—No confío en las mujeres. He perdido la fe en el amor, odio cuando juegan con mis ilusiones. La única a la que le tuve mucho respeto fue a mi hermana Alice. A los diez años la diagnosticaron con un cáncer de piel, pero su fuerza y sus ganas de vivir no le borraron la sonrisa y luchó hasta el final. Murió el año pasado y mi vida dejó de tener sentido. Me sentía perdido, triste y amargado. Ella fue la única razón por la que acepté entrar en la academia. Antes de morir me hizo prometerle que intentaría recuperar la confianza en las mujeres y pensar que todo comienza con una amistad. Sabía que antes de comprometerte en una relación, era fundamental tomarte tu tiempo para conocer a esa persona desde un plano amigable donde podrías observar su modo de ser, su conducta y sus valores sin implicarte a nivel sentimental. Para mí eso no funcionaba, era algo incompatible con mi corazón. Yo me enamoraba con facilidad de cualquier mujer hermosa y siempre terminaba herido y con los sentimientos machacados. Cuando vi el anuncio en Internet, no dudé ni un instante pedir la plaza. Pensé que había llegado el momento de asumir mi parte de responsabilidad y tomar ciertos riesgos. Mis padres consideraron que había hecho una buena elección y que era una excelente oportunidad para conocer personas nuevas que podrían ayudarme a sentirme mejor conmigo mismo.

—Entiendo, pero yo no doy clases de psicología. Aquí se viene a aprender a

besar, a seducir y a ser una persona romántica.

—Pensé que...

—Pensaste mal, pero... —Hizo una pausa para alargar una mano y coger un libro—. Si consigues poner en práctica todo lo que viene escrito aquí, te prometo que voy a intentar hacer que recuperes la confianza.

—¿Práctica? ¿Qué tengo que hacer? —Meforcé a decir, incapaz de apartar mis ojos de ella.

—Tienes que leer el libro y meterte en la piel de ese hombre que me esforcé en inventarlo. Dale vida, Anthony, y te haré feliz —explicó con una sonrisa cálida.

—Usted pide mucho...

—Si no lo haces, tendré que expulsarte —me informó en un tono que implicaba que no habría discusiones.

Dejé escapar un suspiro irregular y aparté los tristes recuerdos girando en mi cabeza. Sabía que nada podía impresionarme y que nada podría cambiar mi opinión sobre la vida, pero parte de mí se preguntaba si podía estar equivocado. Empujé ese pensamiento tan rápido como apareció.

—No me importaría.

—Te hicieron mucho daño. —Dio un paso hacia delante y colocó una mano en mi pecho, encima de mi corazón—. Pero sobreviviste, eres un guerrero. No te rindas ahora.

—Usted no sabe nada. —Agarré su mano y la aparté.

Sus dedos se entrelazaron con los míos y tiró con fuerza. Mi cuerpo se pegó al suyo y me quedé sin aliento. Llevaba meses sin tocar o besar a una mujer. No había sentido la necesidad, estaba tan roto por dentro que ninguna me llamó la atención.

No obstante, la mujer que tenía en mis brazos era diferente. Tenía agallas y me hablaba con ternura. Me recordaba a mi hermana, ella era la única que me trataba así, la única que me levantaba el ánimo y la única que me amó incondicionalmente.

Miré nuestras manos unidas y tragué saliva. La extraña sensación que sentía había despertado mi ser dormido, mi verdadero yo. El que se había escondido detrás de una máscara fría y sin escrúpulos.

Ella parpadeó hacia mí y suspiré. Algo dentro de mí se removió y deseaba besarla, tocarla y sentirla, para sanar mis heridas.

Ella había intuido mi deseo, porque había soltado mi mano y había retrocedido.

—¿Me prometes algo? —Me dio el libro y giró sobre sus talones.

—Depende...

—Es para tu propio bien —respondió de inmediato—. Prométeme que lo intentarás con todo tu corazón, con ese corazón hecho pedazos que sigue latiendo desesperadamente en tu pecho. Uno que busca una cura, un antídoto contra toda la decepción que tuvo que aguantar.

—Eso puedo prometerlo, pero lo que no voy a poder hacer es dejarla entrar. Mi corazón está cerrado.

—Encontraré la entrada yo sola, no te preocupes. —Se giró para mirarme yladeó una sonrisa—. Un hombre tan guapo y encantador como tú tiene que tener una preciosa sonrisa. Y quiero verla cuanto antes.

Caminó hasta la puerta y la abrió.

—Ha sido un placer conocerla. —Levanté el libro en el aire—. Empezaré a leerlo.

—Mañana a la misma hora, y no olvides que la vida es corta y hay que aprovechar cada oportunidad que se cuele en tu camino.

—He dejado de recogerlas hace tiempo.

—Haré que cambies de opinión. —Se inclinó hacia delante y acarició mis labios con su dedo índice—. Conseguiré ese beso y vas a ser tú quien me lo va a pedir.

Retiró el dedo y se apartó para dejarme pasar.

—Hasta mañana —dije y tiré de la puerta para cerrarla.

Respiré profundamente y miré el libro. El título me extrañó «Mi verdadero

caos». Se trataba de una novela romántica bastante corta y agradecí en silencio. Odiaba leer y más aún si eran novelas largas y aburridas. A mi hermana le gustaba leer, recordaba los fines de semana que tuve que quedarme en casa porque le quedaban páginas por terminar. Lo hacía con mucho cariño, ella significó todo para mí. Leería el libro y le daría vida al personaje masculino, pero solo porque le había hecho una promesa a mi hermana.

Capítulo 18

Amelia

Salí de la habitación y me encaminé hacia la cocina. Odiaba madrugar, me quitaba las mejores horas de sueño. Agradecía que las habitaciones tuvieran un cuarto de baño porque me gustaba tener intimidad.

Cuando nuestros padres habían comprado la casa, olvidaron ese hecho y tuve que compartir mi baño con mi hermano. Se dejaba todas las cosas en el medio, pero lo que más me cabreaba era cuando dejaba el suelo mojado después de ducharse. Más de una vez resbalé y acabé con moretones.

Empujé la puerta de la cocina y me sorprendí de que estuviera vacía. Me acerqué a la ventana y miré por el cristal. Había llovido y se veía a lo lejos un brillante arcoíris. Detrás de la academia había un pequeño jardín lleno de rosales y me pregunté quién los cuidaba todos los días, porque no había visto trabajadores ni entrando ni saliendo. Y tampoco había visto a las mujeres de la limpieza. Solo a los guardias que cruzaban de vez en cuando los pasillos con sus imponentes uniformes azules.

Era como si todo se hiciera a escondidas con intención de ocultar algo muy comprometido.

—Veo que somos los únicos madrugadores —dijo alguien a mis espaldas—. Buenos días, preciosa.

—Buenos días, Anthony. —Me giré para mirarlo y le sonreí—. ¿Preciosa? —Enarqué una ceja hacia él.

—Mmm, bueno. Me gusta etiquetar a las mujeres —murmuró mientras abría el frigorífico.

—Ajá, ¿y las otras chicas también tienen una etiqueta?

—Por supuesto, y mi profesora también. —Empujó la puerta y tomó asiento—. Qué aburrido todo esto, no hay ni siquiera una cerveza.

—Es una academia. Estamos aquí para aprender a...

—A besar. Es una tontería.

Agitó su cabeza, su sonrisa había desaparecido.

—Entonces, no entiendo por qué estás aquí —dijo honestamente.

—Necesitaba tranquilidad. Esto para mí es como una terapia. No tenemos que estudiar, solo leer. Es relajante.

—Esto es aburrido. Solo tenemos acceso a la biblioteca, pero los libros son en francés. No hay electricidad, y las únicas personas que vemos son los profesores y los empleados.

—No te olvides de Brigitte —dijo sin romper el contacto visual.

Hice una respiración tan profunda como pude antes de hablar.

—Esa mujer no me termina de convencer. Se cree la dueña de esta academia.

—No hay que juzgar a las personas. Estoy seguro de que ella es así por algo —puntualizó.

—Mm, sí. —Me moví incómoda—. Hoy tenemos de nuevo clases de Francés.

—Algo me dice que esta mujer no tiene paciencia. Espero aprender algo, porque me gusta este país —expresó en voz baja.

—Lo bueno es que estaremos todos juntos. —Me quedé mirándolo.

—Sabes, este lugar me recuerda a una serie de televisión que emitieron hace años. Toda la acción tenía lugar en un internado. Había pocos alumnos y los profesores escondían un secreto. Pero no recuerdo cómo se llamaba. —Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás.

Mis ojos se posaron en su cuello y en las pequeñas cicatrices que tenía alrededor de la oreja. Me acerqué para verlas mejor y dejé de respirar.

—Sé qué me estás mirando.

—¿Qué te pasó? —Me senté a su lado y él abrió los ojos de golpe.

—¿Sabes por qué me gusta etiquetar a las personas?

Negué con la cabeza.

—Tendrás tus motivos, y si no quieres decírmelo no pasa nada. Todos tenemos derecho a guardar secretos —dije con un pequeño asentimiento de cabeza.

—No es un secreto. Lo hago porque me siento seguro.

—No lo entiendo...

—Cuando tenía diez años, a mi hermana la diagnosticaron con un cáncer de piel. La quería mucho, éramos inseparables. Me odiaba a mí mismo por estar sano y quería ser igual que ella —dijo con voz ronca—. Me hice cortes en todo el cuerpo para tener la piel enferma como ella. Era un niño y mi estupidez me llevó al borde de la muerte.

—Oh, por Dios. Eso tuvo que doler. —Me llevé una mano a la boca y puse cara de asombro.

Tragué lentamente ante su declaración.

—Bastante —suspiró—. Cuando me curé, me di cuenta de que mi hermana seguía igual, que nada de lo que hacía podía curarla. Ella fue la primera que recibió una etiqueta. —Hizo una pausa para tomar aire. Su pecho subió y bajó con rapidez—. La llamé *Ángel*...

—Qué bonito.

—Cuando ella murió, intenté encontrar a alguien como ella, buscando la manera de poner la misma etiqueta a otra chica, pero acabé por colocar otras, más desagradables. Me di cuenta de que, al nombrarlas de alguna manera, podía deshacerme de ellas antes de que me hicieran daño.

—¿Por qué creo que te quemaste? Alguien te hizo daño, ¿verdad? —agregué haciendo una mueca.

—Sí, mi exnovia Alexia. —Se encogió de hombros.

—A mí también me hicieron daño.

—Buenos días —dijo Mary con una voz somnolienta. El momento que había compartido con Anthony perdió intensidad y tuve que hacer un gran esfuerzo para mirarla—. Qué sueño...

—Buenos días, gruñona —contestó Anthony y me guiñó un ojo.

—No me llames así. —Se tiró en la silla que había a mi lado—. No me gusta.

—Te pega de maravilla...

—No quiero discutir contigo. Ahórrate las palabras. Anoche no pegué ojo. No me gusta este lugar.

—Tranquila, no quiero molestarte —le dijo él en voz baja—. Yo tampoco estoy de humor.

—No me apetece ir a la clase de Francés —ella bufó y me miró con ojos llorosos—. ¿Crees que podría escabullirme?

—Lo veo difícil, Mary. —Me acerqué a ella—. La clase es con Brigitte, por si lo olvidaste.

—Os veo allí —dijo Anthony y abandonó la cocina.

Me acerqué a Mary y le puse una mano en el hombro.

—Solo son dos horas. Pasarán rápido, ya lo verás.

—Si tú lo dices —bufó y se puso de pie—. Te acompaño a la habitación, así charlamos un rato.

Capítulo 19

Amelia

Bajé a la biblioteca con muchas ganas de aprender francés. Era un idioma que me llamaba mucho la atención y eso era debido a mi profesor. Me gustaría escucharlo hablar y también entenderlo.

Giré el pomo de la puerta y un murmullo de voces llenaron el silencio.

—Anoche tuve pesadillas y soñé con la bruja de Brigitte. Ella me había encerrado en la habitación y no paraba de reír —decía Julia mientras gesticulaba y ponía mala cara.

—Uy, eso tuvo que ser horrible —comentó Mark y agarró un mechón de su cabello—. Tanto que parece que te peleaste con la almohada, ¿o fue con esa bruja?

Él se echó a reír.

—Cállate. —Julia se puso de pie y lo empujó—. Así que tú eres el bromista del grupo, ya me encargaré de darte tu merecido.

—Qué miedo me das —Se burló él—. Antes, pierde un poco de peso...

—¿Qué dijiste? —Ella lo miró anonadada.

—Lo que oíste, ¿o eres sorda?

Mary se levantó de su asiento y le plantó cara a Mark. Empujó a Julia suavemente con su mano y luego estrechó los ojos.

—Me parece que eres el idiota del grupo —comentó ella.

—Tu opinión me da igual, malcriada.

Mark se acercó solo a un paso de ella y la miró con furia contenida.

—Ya basta. —Anthony se colocó en el medio y los miró con el ceño fruncido—. Discúlpate con Julia, Mark. No se trata así a una chica solo porque tiene un poco de sobrepeso. ¿Qué te pasa? ¿Solo buscas la perfección?

—Entiendo, os habéis vuelto contra mí. —Levantó las manos al aire—. Me da igual...

—Discúlpate. —Anthony lo agarró por el cuello de la camiseta.

—¿Y a ti qué más te da? Dijiste que todas las mujeres son iguales.

—Pero hay que tratarlas con respeto.

—Está bien —gruñó—. Perdóname, Julia. De verdad que no fue mi intención. Es que este lugar me agita y no puedo pensar con tranquilidad.

—Estamos igual, así que es mejor si nos llevamos bien —dijo ella en voz baja.

Entré en la habitación. Los muros contenían gruesos estantes de madera con miles de libros que llegaban hasta el techo.

Ellos se volvieron hacia mí y me saludaron con la mirada, luego tomaron asiento en las dos filas de sillas.

La puerta se abrió detrás de mí y giré la cabeza.

—*Bonjour*[6] —dijo Brigitte—. ¿Por qué hay tanto alboroto? Sentaos y guardad silencio.

Caminó hasta la ventana y se acercó al escritorio de madera. Abrió el primer cajón y sacó unos libros.

—Para aprender el francés, tenemos que empezar por el principio. Por eso hoy he traído estos manuales escolares.

—No somos niños —protestó Mark.

—Por supuesto que no. Y no vais a aprender a escribir y leer, solo a mantener una cierta conversación y entenderla —expresó ella y se acercó a Julia.

Le dio uno de los libros y repitió el proceso con los demás. Cuando llegó a mi lado, trató de sonreír. Tomé el libro y le devolví la sonrisa.

—Antes de empezar con la clase, os tengo que dar una sorpresa. Vamos a organizar un baile de máscaras como fiesta de bienvenida.

—Está bromeando, ¿verdad? A nosotros no nos va el baile, queremos una fiesta de verdad y con música de discoteca —habló Mark con cierta chulería.

—Eso no va a ser posible. Si no quieres asistir, no puedo obligarte. Cada uno recibirá un traje y una máscara. Es mañana a las ocho de la noche. Vuestros profesores también van a estar presentes. —Nos miró con atención—. Hoy, las otras clases quedan suspendidas.

—¿Y qué se supone que tenemos que hacer? No hay alcohol —bufó.

—Ya te dije, si no quieres asistir, es tu problema, Mark. Pero yo te aconsejo que le des una oportunidad. Te puede sorprender la magia de un baile de máscaras.

—¿Usted qué sabe?

—Sé bastante. —Golpeó la mesa con la mano—. Ahora guarda silencio.

Miré de reojo a las chicas y las vi contentas. Yo también me alegraba, tenía la oportunidad de ver de nuevo a mi profesor y encima bailar con él. Si es que teníamos permitido hacerlo.

Capítulo 20

Mark

Me paré frente a la puerta de Anthony y miré a mi alrededor, no quería encontrarme a Brigitte. Esa mujer me caía bastante mal y su arrogancia era insoportable.

Golpeé la puerta hasta que la abrió con un crujido.

—¿Podemos hablar? —Enarqué una ceja hacia él.

—Pasa.

Se echó a un lado y esperó hasta que entré en la habitación. Cerró la puerta y se apoyó en el marco, mirándome con intriga.

—¿Pasa algo? Tenemos prohibido salir de las habitaciones por las tardes — dijo él mientras se tocaba la barbilla.

—¿Y tenemos que hacerles caso? Ya no somos críos, tenemos veinte años — expresé, intentando enojarme lo menos posible.

—No, pero cada instituto tiene reglas y este tiene las suyas.

—Aquí exageran... Necesito hablar con alguien. Dime que no estoy loco...

—¿De qué hablas? —Se acercó con cautela mientras me miraba intrigado.

—Este lugar es un poco macabro y la bruja de Brigitte está tramando algo — solté con un hilillo de voz.

—Lo sé, quiere cogernos de uno en uno mientras dormimos y luego comernos —se burló.

—Muy gracioso, pero estoy hablando en serio.

—A mí tampoco me gusta este lugar, pero solo llevamos tres días aquí. Hay que darle una oportunidad porque nos puede sorprender. Yo vine con un propósito y no me iré hasta que vea que llego a perder el tiempo. —Se giró hacia la ventana y metió las manos dentro de los bolsillos de los pantalones.

—Entiendo, yo también tengo uno, bueno, lo tuve antes de ver este lugar por dentro. No me gusta, y creo que me iré de aquí, aunque...

—¿Eh? —Me miró por encima del hombro.

—Me gustó el encuentro que tuve con mi profesora, fue muy intenso. Es muy guapa, y creo que solo nos llevamos un par de años.

—Entonces, quédate, ¿qué puede pasar? —dijo con voz débil—. No tienes nada que perder. Yo, desde luego, no.

—No lo sé, tío. ¿Tú por qué estás aquí?

—Hice una promesa a alguien y quiero cumplirla.

—Entiendo... Creo que me quedaré, pero no pienso cumplir esas estúpidas reglas. Voy a intentar recuperar mi móvil.

—Te recuerdo que no hay enchufes. No te sirve de nada. —Se giró y me miró a los ojos.

—Me aburro aquí —bufé—. ¿Qué se supone que tengo que hacer mientras estoy encerrado en la habitación?

—¿Leer ese dichoso manual de Francés? —sugirió, burlón.

—Y un cuerno... Tiene que haber algo interesante por aquí. Esta casa es grande y nosotros habitamos solo la mitad, me pregunto que hay en la otra mitad. ¿Qué esconden allí?

—Las puertas están cerradas con llave. Créeme que las probé de una en una. No hay manera de cruzar al otro lado. Y los guardias están por todas partes.

Se sentó en la cama y se quedó mirándome.

—Este lugar es una fortaleza.

—Mira, mañana es el baile de máscaras. Seguramente, algunas puertas estarán abiertas. Vendrán más invitados.

Levantó una de sus cejas hacia mí.

—Tienes razón, voy a probar suerte.

—¿Vas a ir al baile? —Se aclaró la garganta.

—No lo sé. —Me encogí de hombros y me dirigí en dirección a la puerta—.

No me van estas chorradas.

—Yo tampoco creo que iré. Si sales de la habitación, ten cuidado.

—Lo haré. Gracias.

Cerré la puerta detrás de mí y me estremecí. Tenía delante de mis narices a unos de los guardias mirándome con el ceño fruncido.

—¿Qué haces fuera de tu habitación? —preguntó con un fuerte acento francés.

—No es de tu incumbencia.

Dirigió sus ojos a los míos, intentando descifrar mis palabras. Aproveché el momento y pasé por su lado, intentando no tocarle. Me encaminé hacia mi habitación sin mirar atrás, haciendo caso omiso a las pisadas que se escuchaban detrás de mí. Tenía que encontrar la manera de averiguar qué había detrás de las puertas cerradas sin ser descubierto.

Capítulo 21

Julia

Miré el traje que me había dejado Brigitte encima de la cama y cerré los ojos intentando borrar los malos recuerdos que se empeñaban en atormentarme. El vestido era de color rojo y corto, lo que significaba que mis piernas quedarían al descubierto. Y yo las odiaba, eran feas y llenas de estrías. Podría ponerme medias, pero no había traído conmigo porque pensé que no iba a necesitarlas. Desde que adelgacé, nunca me puse un vestido. Mi peor pesadilla se había convertido en realidad.

Cuando empecé a faltar al colegio me pasaba el tiempo mendigando alrededor del hospital; buscaba una oportunidad para hablar con un médico y encontrar una solución a mi estado.

Pensé en quitarme la vida, en desaparecer, pero eso significaba rendirme y darles las razones a todos.

Un día, cuando estaba comiendo mi bocadillo delante de ese hospital, un hombrecito mayor se acercó y me habló.

—Estás triste —dijo con serenidad y se sentó a mi lado—. Llevas semanas así, puedo verte por el cristal de mi ventana. Quiero saber por qué. Eres una chica joven y hermosa.

—Estoy gorda. —Dejé de masticar para mirarlo—. ¿Usted no lo ve? Todos lo ven.

—Solo veo lo bonita que estás. —Sonrió.

—Gracias —le contesté.

Esa fue la conversación que tuvimos el primer día. El hombre se sentaba todos los días a mi lado, incluso compartía su merienda conmigo. Me contó su vida, tenía dos hijos y era viudo. Era un médico cirujano, y cuando le dije que quería operarme y que no tenía dinero, se ofreció para ayudarme. Me llevó con él a su despacho y me sometió a distintas pruebas hasta que me dio una buena noticia. Había una solución para todos mis problemas.

—Tengo una buena noticia para ti. —Dejó un informe sobre la mesa—. Podemos operarte.

Lo miraba con lágrimas en los ojos, sin poder articular palabras.

Todo lo que hice fue en secreto. Mis padres pensaban que me pasaba los días yendo al instituto y que de vez en cuando me quedaba con una amiga. No tenía amigas, esa era mi triste realidad. Lo único que tenía era la soledad que me acompañaba a todas partes.

La operación fue un éxito y perdí alrededor de cuarenta kilos. Nunca había estado más feliz.

Había logrado poner una sonrisa en mis labios y recuperar la confianza quebrada. Mi aspecto había mejorado visiblemente y mis padres empezaron a verme con otros ojos. Los del instituto no tuvieron la oportunidad de ver mis logros porque había pedido el traslado. Necesitaba empezar de cero y conocer gente nueva.

Aunque había bajado considerablemente de peso, seguía viéndome gorda en el espejo. La inseguridad y el miedo nunca se esfumaron. Y eso fue un gran obstáculo para conseguir un novio, o atención por parte de algún chico. Me daba miedo enamorarme porque sentía que mi identidad era frágil.

Sabía que tenía que salir de esa creencia y aprender a mitigar los sentimientos negativos, tomar el amor como un desafío y afrontar todos los temores. Por eso me había apuntado a ese curso, para encontrar el sentido de

mi vida.

—¿Podemos pasar? —preguntó Mary mientras golpeaba ligeramente la puerta.

Abrí los ojos y miré el vestido de rojo. Tuve que reconocer que era bonito. Brigitte tenía buen gusto y había acertado con el color. Me gustaba el rojo, solo que nunca me atreví a llevar nada tan estridente.

Caminé hasta la puerta y la abrí. Las chicas tenían una sonrisa en los labios, se veían felices. Las dejé pasar y luego me atreví a preguntar:

—¿Creéis que soy fea?

—¿Qué dices? —Amelia frunció el ceño—. ¿Quién te dijo eso? ¿Fue Mark? Ese idiota...

—Nadie me lo dijo, bueno, no recientemente —suspiré—. Ahora estoy un poco más delgada, pero hace cuatro años pesaba ciento diez kilos. En el instituto era la burla de todos...

—Somos tan crueles a veces —dijo Mary—. Tuvo que ser difícil para ti, ¿verdad?

—Lo fue, y mis padres tampoco me apoyaron. Pero conocí a un médico que me ayudó a cambiar mi situación. La operación fue un éxito, pero me quedaron marcas por el cuerpo y no me veo bonita sin ropa. Brigitte me dejó un vestido corto y mis piernas van a quedar descubiertas. ¿Qué van a decir los demás? Yo no quiero salir así... —Mis ojos se humedecieron y sorbí la nariz.

—Nada de llorar —dijo Amelia—. No somos perfectas y si alguien tiene algo que decir o protestar, vamos a contraatacar.

—Sí, estamos contigo. Somos amigas y nos tenemos que apoyar. Y te voy a decir una cosa, amiga... —Se acercó y colocó las manos en mi cintura—. Eres una chica preciosa, con un corazón brillante. Un cuerpo solo es un cuerpo. No cambia lo que eres. Lo de fuera capta la atención de la gente, pero al final la cuestión está en el interior.

Me quedé mirándola con los ojos abiertos mientras sus palabras se revolcaban en mi corazón. Era cierto, pero no lo podía creer. Tener algunos

kilos de más no debía de ser una carga. La forma en que mi cuerpo estaba hecho no estaba en mis manos ni en las de nadie. Algo que no estaba a nuestro alcance no debería de ser juzgado, porque ser más gorda que las demás personas no te hace menos que nadie.

—Gracias, chicas —dije con sinceridad—. Voy a ponerme este vestido, y si alguien no le gusta es su problema, no el mío.

—Esa es la actitud. —Amelia tomó el vestido y lo miró con atención—. Es precioso, creo que Brigitte lo eligió especialmente para ti.

—Yo también pienso lo mismo. Ayer dijo que mis camisetas parecen sacos.

—Qué ganas tengo de ver a mi profesor. —Mary aplaudió eufórica—. Voy a tener la oportunidad de tocarlo... es tan guapo. No sé cómo son los otros dos, pero Claude es encantador.

—Julien también es un encanto, solo que...

—¿Qué pasa? —Mary giró la cabeza para mirarme.

—Él es ciego.

—Oh...

—¿Y cómo fue la clase con él?

—Pues no pude dejar de mirarlo y sus ojos... por Dios. A pesar de tener una mirada vacía, el color azul es muy intenso. Sé que suena extraño, pero ese hombre ciego puede verme.

—¿Y quién no puede ver lo maravillosa que eres? Hasta un ciego lo hace —murmuró Amelia y me abrazó—. Eres genial, amiga, deberías tener más confianza en ti misma.

—Gracias, chicas, sois las mejores.

—Estoy emocionadísima con este baile. Me recuerda a las películas antiguas. Mi vestido es largo y blanco. Parezco una novia. —Mary se echó a reír y luego giró la cabeza—. ¿El tuyo cómo es, Amelia?

—Parece que la bruja de Brigitte me sigue odiando. Me dejó un vestido negro y largo, con mangas largas y sin escote. Es como una cortina. —Puso un puchero—. Me veo horrorosa.

—¿Sabes a quién me recuerda? —Mary la miró con entusiasmo—. A Morticia, de *La familia Addams*.

—Es verdad —dije en voz alta.

—Ay, por Dios. Odio esa película.

—No te pongas triste —dijo Mary—. Lo importante es que vas a estar toda la noche en los brazos de tu profesor.

—Eso si nos deja bailar...

—Tienen que hacerlo, es un baile de máscaras.

—No lo sé, algo no me gusta. Llevamos solo un par de días aquí.

—Supongo que se dio cuenta de que nos aburrimos y quiere subirnos el ánimo.

—Bueno, yo me voy —dijo Amelia—. Quiero aprovechar el tiempo para terminar mi resumen.

—Yo no tengo tareas —comentó Mary—. Hemos quedado en que yo voy a ser su profesora.

—¿Qué? No nos dijiste nada. —La miré mal.

—Bueno, Claude me dijo que todas sus alumnas suspendieron. Pero que mi forma de hablar le llamó la atención y piensa que podría conquistarlo. Y tiene razón, lo voy a conseguir.

—Suerte. —Amelia le guiñó un ojo y abandonó la habitación.

—Voy contigo.

Mary estiró el cuello y me dio un beso en la mejilla. Sonrió y se encaminó hacia la salida con una sonrisa en los labios. Miré el vestido y respiré hondo. Podía hacerlo, solo estarían mis amigos y los profesores. Y sentía que me lo merecía. Me había escondido demasiado tiempo.

Capítulo 22

Amelia

La noche del baile de máscaras

Miré el reloj despertador junto a la cama y me encogí por dentro. Apenas me quedaba una hora para arreglarme. Estuve leyendo y escribiendo el resumen para mi profesor. En las primeras páginas, tuve el placer de conocer a dos personas especiales. Lo que él no me había dicho era que el libro trataba de una pequeña historia de amor.

Març y Adeline eran los protagonistas. Dos adolescentes que huyeron de casa para estar juntos.

Tan solo había leído las primeras cinco páginas, como me había indicado él, y sin embargo, fueron suficientes para darme cuenta de que tenía talento para escribir.

De las dos preguntas que había en el papel, solo contesté a una de ellas. La otra me lo puso un poco difícil.

La primera pregunta era: ¿con cuál de los dos personajes te identificas? Mi respuesta fue: Març. Tuve que reconocer que me sorprendió. Pero él hablaba como yo, pensaba como yo e, incluso, era igual de invisible que yo, hasta que Adeline se había fijado en él.

La segunda pregunta era: ¿dejarías a tu familia para vivir un amor ciego?

Mi primer instinto fue contestar que sí, pero luego recordé lo que me había pasado y cambié de opinión. Mi confianza en los chicos tenía que mejorar y

quería mucho a mi hermano. Era difícil elegir y yo siempre había puesto la familia en el primer lugar.

Me deslicé fuera de la cama y me metí en el pequeño cuarto de baño. Me desnudé y disfruté de la ducha, dejando que el agua caliente fortaleciera mi cuerpo entumecido.

Me pasé una mano por el pelo y abrí la puerta. A primera vista, el vestido me pareció feo, pero cuando me lo probé, me di cuenta de que se amoldaba a mis curvas como un guante. La tela fina y sedosa las resaltaba.

Tiré del pomo y la puerta se cerró detrás de mí. Escuché música y guié mis pasos al ritmo de las notas que flotaban en el aire.

Brigitte nos había dicho que el baile se iba a celebrar en el jardín y era la primera vez que salía al exterior desde mi llegada.

Atravesé el pasillo mirando sus paredes pobladas por antorchas, omitiendo el ambiente de opresión que atormentaba mi mente. Me sentía extraña llevando ese atuendo y la máscara me cubría la mitad del rostro.

Llegué a la puerta de cristal que daba a la terraza del jardín y vi a Julia y a Mary paradas en el umbral.

—¿Pasa algo? —Me acerqué a ellas.

—Mira esto... —murmuró Julia—. Es precioso todo. Las flores, las lámparas, la comida, la música y... los profesores están guapísimos.

—Es verdad, parece que Brigitte se ha curado —dije en voz baja.

—Te queda muy bien el vestido. —Mary sonrió de lado—. Somos tres princesas y allí están nuestros príncipes, solo que no me atrevo a entrar.

—Entonces, entremos juntas.

—¿Has visto a los chicos? —preguntó Julia y no se molestó en mirarme; seguía rebuscando entre la gente—. No están.

—No, no los he visto. Y tampoco veo a las profesoras —comenté.

—¿Qué hacéis paradas aquí? —pregunto Brigitte y se cruzó de brazos, observándonos—. Me gusta lo que veo. Seguidme.

Dio la vuelta y bajó los dos escalones, decidida y con la cabeza bien alta. Llevaba puesto un atuendo color crema y un sombrero de plumas. Tuve que reconocer que se veía deslumbrante, como una verdadera reina.

—Brigitte es guapa —susurró Mary—. ¿Verdad?

—Y nosotras también. —Agarré su brazo y empecé a caminar—. Vamos a encontrarnos con nuestros príncipes.

Eran las ocho de la noche y, sin embargo, una cálida brisa nos dio la bienvenida en cuanto salimos al aire libre. Les sonreí a mis amigas, que también habían notado lo agradable que se estaba en el jardín.

Amelia y su profesor

—¿Amelia? —preguntó mi profesor, situándose a mi altura.

Se quedó mirándome un rato y luego se acercó un solo paso. Me quedé sin respiración y se me aceleró el pulso.

—Estoy nerviosa y todo esto... —Giré la cabeza y miré por encima de mi hombro—. Me gusta, pero me siento observada.

—¿Bailamos? —Estiró una mano y me estremecí por el chispazo que saltó cuando toqué sus dedos.

Percibí, por un brillo en su mirada, que se había dado cuenta de mi reacción y quise morirme. Él me intimidaba y su mirada intensa no ayudaba.

Me llevó hasta la pista de baile improvisada y colocó la otra mano en mi cintura.

—Esta canción —comentó, mirándome a los ojos— me gusta mucho. Voy a traducir la letra para ti. Cierra los ojos y déjate llevar por mi voz.

Asentí con la cabeza y obedecí.

—Caigo en un desmayo... —susurró cantando en mi oído—. Mi salvación

viene. Me dice que en el fondo, incluso cuando mi dolor sobrevive a un bermellón corazón, que late... —Me rozó con los labios el contorno de la oreja y oprimí un jadeo—. La batalla es hermosa, la del amor...

Dejó de cantar para deslizar sus manos por mi espalda. La sensación era increíble, y el suave roce de sus dedos estuvo a punto de derretirme por dentro.

—¿Cómo se llama la canción? —Abrí los ojos y lo miré.

La máscara blanca cubría la mitad de su rostro, pero me gustaba el misterio que nos rodeaba. Era excitante y hermoso a la vez.

—Se llama *Bleu Noir*^[7] y la canta Mylène Farmer. Es una de mis cantantes favoritas.

—Me gusta el francés... pero no lo entiendo.

—Las clases con mi madre te ayudarán a entender un poquito, pero si quieres yo podría echarte una mano para mejorar. —Habló con una voz grave y pausada, y me deleité con su eco en mi cabeza.

—Sería estupendo. Aquí me aburro mucho —suspiré.

—Estás preciosa esta noche y veo que acerté con el vestido.

—¡Pensé que lo eligió tu madre! —exclamé con un hilillo de voz.

—Cada profesor eligió el disfraz de su alumno.

—Oh... entonces, te gusta el color negro.

Sus labios empezaron a moverse, y quedé prendada por su preciosa boca.

—Me gusta cómo te queda, me gusta cómo resalta tu cuerpo, pero no. No es mi color favorito.

—¿Y cuál es?

—El azul, y echo de menos verlo... el cielo, el mar...

—¿No sales de aquí nunca?

—Hablemos de otras cosas, cuéntame algo de ti. ¿Tienes familia?

Tiró de mi cintura y mi cuerpo se pegó al suyo. Quedé tal como estaba, con el calor generado por nuestra conexión incendiándome por dentro y deseando que ese momento no acabara jamás. Sus pulgares descansaban sobre mi

espalda y me sentí pequeña y frágil.

—Tengo un hermano, mis padres fallecieron hace tres años en un accidente de coche —dije con voz trémula—. Y no hay nada más que contar.

—Te equivocas, Amelia. —Esperó un momento antes de añadir—: Estás aquí por una razón y quiero saberla.

—No hay que ser muy listo para saberla. Estamos dentro de una academia que se dedica a enseñar a... a...

—A besar. —Sus palabras enviaron un escalofrío a todo mi cuerpo y de repente me encontré temblando en sus brazos.

—Voy a buscar a mis amigas. —Mi voz se agitó y me maldije a mí misma por ser así, débil y tímida cuando se trataba de chicos.

—No vas a ir a ninguna parte. Tus amigas están disfrutando de una noche mágica en compañía de sus profesores. Tú también deberías hacerlo. —Buscó mis ojos—. Sé cómo eres, Amelia. Cuando te vi por primera vez, en tu habitación, sentí tu corazón frágil y roto. ¿Quién te hizo daño?

—Soy joven y es normal tener desilusiones —dije cortante. Lo último que quería era reabrir viejas heridas y estropear la noche con una huida inesperada.

—Amelia, no me ocultes detalles importantes. Dime que pasó, por favor. —Me dio una media sonrisa junto con sus ojos ligeramente entrecerrados.

—Vas a reír.

—No lo haré, te lo prometo.

Conté internamente hasta diez para calmarme y dije:

—Mi novio me engañó con mi mejor amiga y todo porque dijo que no sabía besar. —Un nudo se formó en mi garganta—. Dijo que mis labios son como los de un pez muerto. Ahora puedes reír. —Intenté salir de sus brazos, pero él me lo impidió.

—Cada vez que miro tu boca, quiero besarla. —Agachó la cabeza hasta que nuestras narices se tocaron—. Puedo quedarme horas mirando tus labios y estoy seguro de que no son fríos, sino calientes, ardientes como son los míos

ahora. ¿Puedes sentirlo?

—Sí...

Me di cuenta de que había dejado de respirar. Mis mejillas ardían y tenía la boca seca. Ese hombre tenía un don para las palabras; tocaban la fibra sensible y enamoraban poquito a poco.

—Ese chico no te merecía, solo buscaba diversión. Créeme que lo sé muy bien, yo también fui así. Para mí todas las chicas eran iguales, nada destacaba —dijo, sacudiendo un poco su cabeza—. Pero tú, Amelia, eres especial. Cuando vaya a besarte, y lo haré muy pronto porque esto me atormenta todas las noches, dejaré que hagas una valoración de cómo fue o cómo se sintió. —Esbozó una sonrisa llena de secretos que me hizo temblar—. Créeme que vas a decir que eres una maestra al respecto y que tus labios hacen maravillas.

Sus ojos se entretuvieron un instante en mis labios, hasta que finalmente alzó la cabeza y me miró a los ojos. Sonreí con debilidad, no podía evitarlo. Me sentía atraída por la fuerza y el empuje de la tempestad que se levantaba en sus ojos.

—Esto... yo...

No sabía qué decir. La cabeza me daba vueltas.

—No digas nada ahora. —Sonrió, bajando la mirada a mis labios—. Vamos a disfrutar de esta noche porque nos lo merecemos. Desde ahora en adelante todo va a cambiar, espero que estés preparada.

Asentí con la cabeza y dejé que guiara mis pasos por la pista de baile. Mis emociones estaban hechas un lío, pero eso no era el problema. El problema era que me gustaba demasiado mi profesor y temía que todo pudiera terminar de una manera desastrosa.

Julia y su profesor

El cielo estaba despejado y se veía negro azabache. La luna descansaba

apoyada en el horizonte y un millón de estrellas le hacían compañía. La noche era mágica, y Julien no podía verlo.

—¿Qué piensas? —preguntó él—. No dijiste nada en toda la noche. Ni siquiera cuando hemos bailado... ¿Es por eso? Siento haberte pisado los pies. Es que no sé bailar, y la ceguera...

—No, no es por eso. —Miré su rostro hermoso y suspiré—. Es por todo esto. Esta noche me sentí como una princesa de cuentos y estoy esperando que algo incómodo la estropee, que alguien diga que todo esto es mentira, que yo soy fea y gorda. —Agaché la cabeza y sollocé—. Siento arruinar tu noche, pero...

—Pero nada, ven aquí. —Abrió los brazos y esbozó una sonrisa—. Nada malo pasará, porque tu príncipe está aquí. Luchará contra todos tus fantasmas.

Lo abracé y metí la cabeza en su pecho. Se sentía tan bien. Su calor, sus brazos firmes sosteniéndome y los latidos enloquecidos de su corazón contra mi mejilla. La magia de su abrazo recompuso mis heridas y me sentí protegida; tenía el poder de traspasar corazas.

—No puedo ver, pero estoy seguro de que eres una chica hermosa. Alguien con esta voz tan melódica y con esta piel tan sedosa es digna de una belleza única. Echo de menos verme en el espejo. —Tomó una profunda inhalación—. Ver todo lo que me rodea, ver la belleza que esconde una noche tan cálida. Aprendí a vivir en la oscuridad, y créeme que no es agradable. No lo hagas tú también. —Una expresión de dolor cruzó su cara por un breve segundo antes de seguir hablando—. Yo necesito ver la luz de nuevo y espero conseguirlo contigo a mi lado.

—No lo sé, estoy tan rota por dentro, me hicieron tanto daño. —Sollocé.

—No quiero que llores. —Apretó mis manos y esperó a que recuperara la compostura.

La gente siempre me juzgaba y lloraba porque me ayudaba a superar un poco este tipo de situaciones. Pero odiaba hacerlo en público. Todo lo que siempre he querido hacer era mezclarme con los demás para que nadie me notase y no

sentir vergüenza.

—Voy a pegar tu corazón dañado trozo a trozo y devolverle la vida que le robaron. Y tú vas a guiarme hacia la luz. Prométeme que lo vas a intentar —susurró.

Mi cuerpo se relajó visiblemente. Sus palabras me impregnaron con las fuerzas que necesitaba para olvidar el pasado y seguir adelante. Era más de lo que nunca pensé que conseguiría.

—Lo prometo. —Sorbí mi nariz y alcé la mirada.

Acaricié su mejilla y él cerró los ojos. Era un hombre hermoso, y todo mío, de momento. Me tragué un suspiro. Podría mirarlo toda la noche y ser feliz.

—¿Un último baile, señorita? —susurró—. Me muero por pisarte los pies.

Eché a reír y el estridente sonido fue llevado a través del casi vacío jardín, sobre el debilitado sonido de música, mientras en los altavoces sonaba una canción lenta. Su brazo me rodeó y fui empujada a su pecho. Su tibia respiración quemó mi sien. En ese momento, la sinfonía de los sonidos se estaba reproduciendo solo para nosotros.

Mary y su profesor

Busqué un sitio alejado de las miradas de todas las personas que participaban en ese baile de máscaras. Encontré un rincón bastante tranquilo y me acomodé encima de un banco de madera. La música acariciaba mis oídos; absorbía los sonidos y los olores que me rodeaban.

El jardín era impecable. El césped, cortado. Ni una mala hierba y había rosales por todas partes.

—Precioso, ¿verdad? —preguntó mi profesor mientras se sentaba a mi lado —. Este lugar me recuerda a mi hogar, a mis padres... Mi madre trabajaba todos los días, sin embargo, el pequeño jardín que teníamos atrás era su gran orgullo.

—¿Qué pasó? ¿Cómo acabaste aquí?

—En primer lugar quiero que me digas por qué estas huyendo de mí. No quisiste bailar conmigo y tampoco hablar. ¿Hice algo mal? —Su tono era curioso—. Si es así, perdóname. Llevo tanto tiempo encerrado aquí que mis maneras ya no son las mismas.

—Todo esto es bonito, pero parece una mentira y no quiero ser parte de ella. Toda mi vida es una mentira, yo soy una mentira —dijo con voz trémula.

—Entonces deja que esta maravillosa mentira... —dijo con pesar—. Vivamos esta mentira como si fuera real, como si lo que estoy sintiendo por ti es de verdad. Te dejé llevar las riendas de las clases, porque lo necesitas. Necesitas ser tú quien maneja tu vida, no los demás.

—Cuando hablo contigo me olvido de todo. Es como si me conocieras de toda la vida. Nunca pensé darle una oportunidad a un lugar así. Estoy aquí por una apuesta que perdí... qué triste verdad —susurré con la cara vuelta para evitar que me mirara a los ojos.

—Por eso digo que la mentira que vivimos es más bonita que la verdad. —Tomó mi mano—. Permíteme que sea tu príncipe esta noche, regálame un baile, princesa.

—¿Solo uno?

—Lo que queda de la noche, quiero pasarla en tus brazos —repuso sonriendo, y en torno a sus ojos color miel se dibujaron arrugas finas.

—Me parece perfecto.

Tomé su mano y dejé que me guiara hasta la pista de baile improvisada.

Mark y su profesora

La música se escuchaba, las risas también. No quería salir y asistir a una estúpida fiesta de disfraces. Toda mi vida llevé una máscara y oculté mis verdaderos sentimientos para no terminar lastimado. Ponerme una careta de

nuevo sería como mirarme en el espejo.

Todo empezó cuando Cristal me dejó. Tan solo tenía dieciséis años y las hormonas revolucionadas. Ella me dijo que conmigo no tenía suficiente y que se aburría en mi compañía. En gran parte, tenía razón. No era muy hablador y tampoco muy romántico.

Como venganza, se juntó con mi mejor amigo y hablaron por detrás. Los rumores empezaron a circular y, en menos de una semana, todos pensaban que era gay.

Empecé a salir con chicas, muchas, y para tener una cuenta, hice una lista. Así empezó mi venganza, y el primer nombre en la lista fue el de Elena, la mejor amiga de Cristal. Mi lista empezó a crecer y los rumores empezaron a disolverse. En menos de un mes, mi lista ya tenía veinte nombres. Todas las chicas querían salir conmigo y eso enfureció a Cristal. Al principio se disculpó conmigo y me propuso que salgamos de nuevo.

Pero cuando le dije que ya no quería saber nada de ella, se metió en mi casa y me robó la lista. Al día siguiente, todo el instituto estaba repleto de panfletos y las chicas, molestas. Dejé un tiempo de estudiar y retomé mi vida normal. La lista ya no tenía importancia, pero apuntaba los nombres porque me había hecho una promesa a mí mismo. Todas las chicas que querían pasar la noche conmigo y mostraban cierto cariño, tenían que quedarse en mi memoria para siempre y por eso aparecían en mi lista.

Escuché un golpe en la puerta y me puse de pie. Había intentado sin éxito leer el maldito libro, pero nunca pasé de la primera página. Me recordaba a la persona que fui cuando salía con Cristal.

Me acerqué a la puerta y la abrí. Un ligero perfume a lilas cosquilleó mi nariz y me vi frente a mi profesora. Llevaba puesto un vestido rojo y bordado con negro. Su máscara de plumas negras cubría la mitad de su cara y solo brillaban ante mí unos labios rojos y apetecibles. Llegué a odiar ese pintalabios, descansaba todos los días en su boca, como si fuera su dueño.

—¿Por qué no estás vestido? —Me empujó hacia dentro—. No tengo

acompañante para esta noche.

—No voy a ir, lo siento.

—Vas a ir y vas a invitarme a bailar. ¿Sabes por qué? —Negué con la cabeza—. Porque tengo algo para ti y solo voy a dártelo después de la fiesta.

—Dudo que sea algo que me interese —dije, apenas alzando la vista—. Pero si se trata de ese pintalabios rojo...

—¿Pintalabios?

—Lo odio —gruñí y levanté la cabeza para centrarme en sus ojos—. Quítatelo.

—Quítamelo tú si esto es lo que deseas, pero solo con una condición. — Agarró mis manos y sentí chispas de energía construyéndose como millones de descargas eléctricas por mis brazos. Me sentí tenso—. Quiero que bailes conmigo.

—Odio bailar —confesé.

—Me dejaron plantada en mi baile de graduación, no lo hagas tú también.

La miré atónito. Era una mujer increíble, ¿quién podría hacer algo así? Yo, desde luego.

Me sentí mal, ella me miraba con una expresión triste. Pero no era un chico que decía cosas bonitas, era torpe y descuidado.

No obstante, quería mejorar. Y para empezar tenía que pedirle perdón y reconocer mis errores.

—Lo siento. Dame cinco minutos para cambiarme y te acompañaré a la fiesta. Y mientras, borra el pintalabios. Quiero ver tus labios y cada grieta que los marca. Son perfectos, es una pena esconderlos detrás de una pintura roja.

Su rostro palideció al cabo de un instante y me sostuvo la mirada. Sus ojos azules estaban humedecidos, brillantes, y al verlos así pensé en el mar. Una extraña sensación me turbó.

—¿Sabes por qué lo hago? —Se acercó a mí, evaluándome más de cerca—. Porque así puedo protegerme, es como una barrera. Llevo años encerrada aquí y nadie me ha besado hasta ahora. Y eso es porque mis labios saben a muerte.

De mi boca brotó una imprecisión breve y clara.

—¿Por qué dices eso? —Di un paso hacia delante y agarré el borde de mi camiseta, decidido a quitar ese pintalabios. Tiré hacia arriba y la acerqué a su boca. Pasé suavemente la tela sobre sus labios y luego los acaricié con los dedos. Había una cicatriz que cruzaba su labio inferior de un lado a otro. Me preguntaba si eso era lo que intentaba esconder con tanto empeño.

—Es fea, ¿verdad?

Desvió rápidamente la mirada antes de que pudiera intuir la tristeza que la embargaba.

—No, me gusta.

Mi dedo recorrió esa delgada línea y ella suspiró.

—¿Qué pasó? —susurré—. Puedes decirlo.

Su expresión se enterneció y se aclaró la garganta.

—Después del baile, te lo prometo. —Sonrió y besó mi dedo índice—. No tardes, te espero allí.

Entré en jardín y mis ojos buscaron a Alice, mi profesora. Me atreví bastante con ella y le había pedido lo imposible. Si ella tenía que superar un momento difícil de su pasado, yo no era nadie para obligarla a hacerlo. Pero ella me gustaba, y tenía la sensación de que podíamos ayudarnos mutuamente. No había mucha diferencia de edad entre nosotros, ella era bastante joven. Me preguntaba cuáles fueron las circunstancias que la llevaron a esta academia. Desde mi llegada, no hice otra cosa que hacerme preguntas. Todo me resultaba extraño, incluso el incidente de Amelia. Nadie hablaba de aquello, como si intentaran ocultar lo ocurrido.

Las clases de Francés con Brigitte eran aburridas y no aprendía nada. Era tiempo perdido que podría haber empleado en otras cosas más constructivas. Pero estaba encerrado dentro de una academia siniestra que, por extraño que

pareciera, me gustaba. Estaba desconectado del mundo real, un mundo que había cambiado muchísimo y me aplastaba continuamente.

Mis ojos recorrieron el lugar hasta que vi a Alice parada al lado de las escaleras. El vestido que llevaba era simple y discreto. Lucía hermosa, sin embargo, había una obvia incomodidad en su rostro.

Me acerqué a ella y la agarré por la cintura. Se sobresaltó, pero cuando me miró, relajó los hombros y sonrió.

—Luces perfecta —le dije—. ¿Bailamos? —susurré y besé su hombro desnudo—. Que sepas que hago un esfuerzo muy grande para estar aquí. Soy bastante torpe.

La música era suave y lenta cuando la llevé dentro del círculo de mis brazos. Una mano se acomodó sobre su cintura mientras que la otra tomaba la suya.

—No más que yo —admitió en voz baja—. No sé bailar. Desde cuando me dejaron plantada, no he vuelto a mover el trasero.

—Lo harás perfectamente —dije y la miré a los ojos—. Odio estas máscaras...

—Yo también. Pero así me siento menos observada.

—Cuéntame qué pasó.

La llevé hasta la pista de baile y rodeé su cintura con una mano. La otra la coloqué en su cuello, justo debajo de la oreja y acaricié su piel con delicadeza. Durante un instante no dije nada, me limité a sostenerla. El martilleo de la música competía con los latidos enloquecidos de mi corazón. Quería quedarme así para siempre.

—A los seis años, mi padre murió —susurró—. Se enfermó de tuberculosis y su estado se agravó cuando se rompió una pierna. Para mi madre no fue nada fácil llevar las cargas de la casa y pagar las facturas con un solo sueldo. Conoció a un hombre adinerado pero con un enfermizo deseo. Ella pensaba que era perfecto y lo amaba. Lo que no sabía era que él se dedicaba a la pornografía infantil. Tenía una página de Internet donde colgaba diariamente fotos de niños desnudos...

La mano que abrazaba su cintura subió ligeramente por su espalda y la apreté contra mi cuerpo. Gruñí en voz baja y me tensé por completo.

—Al principio pensé que me hacía fotos para el álbum familiar, hasta que me pidió que me quitara la ropa. Yo tenía solo diez años y estaba asustada. Tenía miedo a desobedecer sus demandas, mi madre me repetía todos los días que gracias a él teníamos una casa y comida.

—Desgraciado...

—Me decía que era perfecta, que era la niña más bonita que había visto y que pronto me iba a convertir en una mujer deseada por todos los hombres.

—¿Qué hiciste? ¿Le dijiste algo a tu madre?

—Tenía vergüenza —dijo en voz baja—. Luego empezó a tocarme, venía todas las noches a mi habitación... Solo me tocaba... yo fingía estar dormida. No dije nada a nadie. Tenía mucho miedo.

—Si no quieres seguir hablando, lo entiendo. Tiene que ser muy duro para ti recordarlo.

—Quiero hacerlo, quiero liberarme. —Tomó aire—. Aproveché que mi madre trabajaba turno doble y guardé algo de ropa y comida dentro de una mochila. Me escabullí por la ventana y... entonces caí. Vivíamos en una casa en las afueras de la ciudad... No me hice daño, solo en la cara. En el suelo había un montón de escombros. Él estuvo limpiando el trastero y había sacado fuera muchos trastos. Lo único que sentí fue un fuerte dolor en mis labios. Algo afilado me había cortado. Tapé mi boca y salí corriendo. Por el camino, perdí la consciencia y me desperté en una habitación rosa, llena de peluches y muñecas. Los padres de Eve, mi mejor amiga, me encontraron y me llevaron a su casa. Les conté toda la verdad y me escondieron. Llevaba peluca todos los días y gafas graduadas para que nadie me reconociera. A todos les dijeron que yo era la hija de un familiar que había fallecido. No supe nada más de él y tampoco de mi madre —dijo con voz rota.

Me eché hacia atrás y me topé con sus ojos negros clavados en mí.

—Santo cielo, vaya historia —hablé con lentitud, midiendo las palabras—.

Esto es... No tengo palabras. Lo siento mucho, yo...

—Ya pasó, pero la cicatriz se quedó conmigo para siempre. Nadie quiere ver una cara marcada, por eso me dejaron plantada siempre.

—Marcado o no, tu rostro es perfecto. Y es solo un cuerpo, lo importante está en el interior.

Se sonrojó y amplió aún más la sonrisa en sus labios juntos.

—Gracias.

—Simplemente tienes una marca de guerra, huiste de un monstruo y te salvaste. Te admiro, y la cicatriz... —Acaricié sus labios—. Me fascina. Me parece muy sexy. No quiero volver a ver esa pintura roja cubriéndola.

—Nunca más.

—Bailas muy bien. —Mi voz se escuchaba gruesa y profunda, pero tenía un tono especial, uno que solamente existía cuando le hablaba a ella—. Mejor que yo.

—Tengo un buen profesor.

Mis labios esbozaron una pequeña sonrisa. Su cara se encontraba a un respiro de la mía y quería besarla.

—Sí, recuerdo bien, me prometiste algo para después del baile —murmuré, mirándola.

—Mhm, pero te lo daré en la clase de mañana —comentó, tratando de mantener su voz ligera.

—¿Qué es? Me diste curiosidad.

—Es un objeto, muy valioso para mí.

—Entonces yo también tengo que regalarte algo.

—Me basta tu presencia aquí, tus palabras y, muy pronto, tus besos —dijo.

—Uy, sí, deseo añadir tu... Eh, bueno... Por supuesto —tartamudeé.

—Vamos a disfrutar de la noche. —Colocó su cabeza en mi hombro y dejó que guiara sus pasos por la pista de baile.

Se apretó contra mí y se contoneó pegada a mi cuerpo, moviéndose al ritmo de la música.

Anthony y su profesora

—No me gusta bailar —murmuré—. Mejor paramos y...

—Y nada. —Su mirada se ensombreció y me agarró con las dos manos por la nuca y me pegó más a su cuerpo—. Me decepcionaste.

—¿Yo? —Sentí una opresión en el pecho—. ¿Qué hice?

—No es lo que hiciste, es lo que no hiciste. Te dije que para seguir aquí, tienes que entrar en la piel de mi personaje, Alan. Te quejaste toda la noche y él nunca haría algo así —habló con una voz grave y cortante.

No me había dado cuenta de que había dejado de moverme hasta que tuvo que arrastrarme a la fuerza para que me moviera de nuevo.

—Lo siento, pero todo esto me supera. No estoy acostumbrado a tanta atención por parte de una mujer. Tus manos están por todos lados y... y... no sé cuánto tiempo voy a poder aguantar mis ganas de besarte. Deja de provocarme si quieres una noche romántica. —Deslicé una mano hasta la base de su cuello y la mantuve inmóvil mientras le acariciaba con suavidad el labio inferior con el pulgar de la otra mano.

De forma automática, abrió la boca y empezó a jadear. Cerró los labios alrededor del dedo y alzó la mirada; era sombría y apasionada.

—No sigas... —susurré—. Estoy tan duro ahora mismo, te deseo tanto... para, por favor.

—Nunca, quiero devolver el brillo a tus ojos, quiero ver la pasión en ellos, quiero que sientas deseo, lujuria... Quiero que te enamores, es la única manera para hacer que recuperes tu confianza. Lo único que te prometo es que nunca voy a hacerte daño.

—Si lo hago, si me enamoro, no hay quien me pare. Tomaré todo lo que deseo de ti, sin importarme las consecuencias. ¿Entiendes?

—Sí...

—Si te dejo entrar en mi corazón, te quedarás allí para siempre. Me hicieron daño y no voy a permitir que me lo hagan otra vez.

—Esto es lo que deseo. Te dije que vas a ser tú quien me pida el beso. Pero... Lo vas a recibir solo si sonríes y solo si le das vida a Alan. Necesito que alguien me haga soñar de nuevo, sentir la magia del amor, y solo él puede dármelo.

—Hecho. —Fue la única palabra que pude pronunciar.

Lo que ella quería yo también lo necesitaba. Vivir un amor ciego y ser amado de nuevo.

Capítulo 23

Amelia

Tres días después

Estaba castigada por segunda vez y no podía salir de la habitación. Había dejado la puerta abierta cuando había bajado al jardín.

Tenía que cenar sola y lo odiaba, siempre lo hice. Cuando mis padres murieron, las cenas se convirtieron en un constante duelo. Las risas y las bromas quedaron muy atrás y fueron reemplazadas por conversaciones mecánicas y frías entre mi hermano y yo. Poco a poco, terminé cenando sola en mi habitación. Era doloroso estar en la cocina sin mis padres, y a veces tenía la sensación de estar viéndolos por todas partes. A mi madre cocinando y a mi padre lavando los platos.

Un golpe en puerta me sobresaltó y el libro se me cayó de las manos. Aprovechaba para leerlo y hacer el resumen que me había pedido mi profesor. Me agaché para recogerlo y las hojas se enredaron con los dedos, dejando al descubierto la última página. Había dos palabras escritas, en francés: *trouve-moi*[8].

—¿Quieres abrirnos? —chilló Julia y cerré el libro de golpe.

—Voy.

Abrí la puerta y me encontré con dos pares de ojos asustados, mirándome fijamente.

—Déjanos pasar —susurró Mary y miró por encima de su hombro derecho.

—¿Se puede saber qué os pasa?

Las dejé pasar y cerré la puerta detrás de mí.

—Nos escapamos de nuestras habitaciones y no queremos que nos encuentre Brigitte —explicó Julia.

—¿También estáis castigadas? —Me senté en la cama.

—No, pero no queremos cenar sin ti.

—Gracias, pero mejor bajáis. No me importa quedarme sola. Si ella se entera de esto, os castigará.

—Me importan una mierda sus castigos —dijo Julia, estirándose en la cama a mi lado—. Necesito hablar con alguien.

—Y yo también —murmuró Mary y giré la cabeza.

Se había quedado de pie mirando fijamente mi libro con una mezcla de miedo y sorpresa. Soltó un suspiro y se llevó una mano a la cara, como queriendo llorar, pero no lo hizo.

—Me gusta tu libro, es más pequeño que el mío —susurró ella—. Creo que me enamoré.

—¿Qué? —chilló Julia y se levantó de un salto—. Esto no puede ser. Bueno, a mí también me impactó el profesor, pero no como para enamorarme. Admito que me sentí bien en sus brazos mientras bailábamos.

—¿Qué sientes? —pregunté mirándola a los ojos.

—No dejo de pensar en él y... —suspiró—. Es tan guapo. Sus palabras me llegan al corazón y su voz me vuelve loca.

—Es tu profesor, Mary. Es mayor que tú y él solo está haciendo su trabajo —expresó con frialdad Julia—. No deberías ilusionarte, vas a sufrir.

—Pero es que...

—Pero nada. —Se agachó delante de ella—. Vas a sufrir, todas lo vamos a hacer.

—No es verdad —dijo Mary—. Tú no estabas allí así que no puedes opinar.

—Mi profesor también es guapo, Mary. Los eligieron así para conquistar

mejor, para hacerte creer que de verdad sabes seducir.

—¿Pero qué te pasa? —pregunté, confusa—. Cada una puede hacer lo que le da la gana.

—Lo sé, pero intento advertirles —contestó Julia.

—Creo que deberías aplicarte la misma advertencia. —El tono de voz de Mary apenas había cambiado pero, en cierto modo, se había vuelto más duro—. Te vi con él, he visto cómo lo miras.

—¿Y tú qué sabes?

—Chicas... —gruñí—. Por favor. Tenemos que llevarnos bien. Tenemos a Brigitte vigilándonos y es mejor estar unidas.

—Algo tiene contigo —dijo Mary—. Cada vez que te nombra, se le infla una vena en el cuello.

—Es la madre de mi profesor —bufé—. No puedo cambiar esto.

—Lo sé, pero me extraña su comportamiento —habló Julia en voz baja.

—Podéis iros, no me importa comer sola. No quiero meterlas en problemas.

—Tienes razón. Te dejamos tranquila. Y, gracias. —Mary me abrazó y esbozó una sonrisa—. Me alegro de haberlas conocido. Espero que seamos buenas amigas.

—Las mejores —comenté y abracé a Julia.

Las chicas se fueron y aproveché para comer mi bocadillo. Mientras, seguí con la lectura del libro. Las páginas estaban cubiertas con escritura, garabatos y dibujos.

Me emocionaba con cada frase y cada palabra que leía y más sabiendo que fueron escritas por él. No me imaginaba que un hombre podía pensar así, tan romántico y tan tierno.

Recordé las palabras en francés y las busqué en el diccionario. Significaban: *encuéntrame*. No tenía sentido, era como si el libro tuviera continuación.

Escuché un ruido extraño y alcé la mirada. Me bajé de la cama y vi como un trozo de papel se deslizaba lentamente por debajo de la puerta. Lo miré atónita, dudando de si cogerlo o no. Pensé que podrían ser las chicas

gastándome una broma, pero también podía ser de mi profesor.

Me agaché y atrapé el papelito en mis manos. Leí la frase que había escrita, en voz alta:

— Encuéntrame en la página cincuenta y dos.

Busqué en el libro la dichosa página y encontré palabras en francés, acompañadas de tres frases en inglés.

Puedo estar en cualquier parte, búscame.

Mi corazón te llama en silencio, búscame.

Te encontré por casualidad, búscame.

Dejé el libro a un lado y empecé a buscar una explicación lógica a todo eso. Mi profesor me había dejado una nota por debajo de la puerta y el libro contenía indicios y secretos. Me preguntaba con cuántas chicas había jugado el mismo juego y qué era lo que quería de verdad. No obstante, quería encontrar la verdad, y si eso significaba encontrarme con él a escondidas, lo haría sin dudar.

Capítulo 24

Mary

Me aferré al brazo de Julia y respiré de manera profunda. Odiaba la academia; echaba de menos los rayos del sol, el canto de los pájaros y el viento acariciando mi cabello.

—Los chicos encontraron una botella de vino escondida detrás de unos libros —comentó ella y me miró con ojos brillantes—. Y quieren compartirla con nosotras.

—Bien, fiesta y juegos.

—Hemos quedado en encontrarnos en la habitación de Anthony después de la cena.

Empujé la puerta de la cocina y tuve que borrar la sonrisa de mis labios. Brigitte nos estaba mirando con el ceño fruncido, y detrás de ella había dos guardias de seguridad con los brazos cruzados.

—Sentaos —dijo ella fríamente—. Vamos a esperar a los demás.

—¿Qué pasa? —preguntó Mary, sentándose de mala gana.

—Las preguntas las voy a poner yo, *mademoiselle*.

Se acercó y dejó una botella de vino en la mesa, delante de nosotras.

Justo en ese momento, la puerta de la cocina se abrió y entró Mark, seguido por Anthony. Se pararon delante de la mesa y miraron la botella con asombro. Luego intercambiaron miradas confusas, hasta que Brigitte golpeó la mesa con el puño.

—Quiero la verdad. ¿Dónde habéis encontrado esta botella? —bramó.

—En la biblioteca —contestó Mark y metió las manos dentro de los bolsillos de sus pantalones vaqueros—. ¿Nos vas a castigar por esto? Yo solo tomé lo que encontré. Iba a decírtelo, pero veo que entraste en mi habitación, sin mi permiso... —Se acercó con cautela—. ¿Esto está permitido?

—Cuidado, joven. No me gusta el tono que usas para dirigirte a mí.

Los guardias se movieron de sus sitios y bajaron los brazos.

—¿Y qué vas a hacer? —La miró con intensidad.

—No voy a hacer nada. Tan solo voy a asegurarme de que esta noche no vas a salir de la habitación. Estos dos guardias van a vigilar tu puerta.

—Si me vas a encerrar allí, por lo menos... —Giró la cabeza con detenimiento—. Dame la botella de vino. Necesito compañía.

—Lleváoslo —ordenó.

Los dos hombres agarraron a Mark por los brazos y lo llevaron fuera de la cocina entre protestas y palabrotas.

—Esto pasa cuando hacéis cosas a mis espaldas. Aquí tenemos ojos en todas partes y puedo saber qué es lo que estáis tramando... No quiero más secretos. ¿Entendido? —rugió.

—Sí —contesté al unísono con mis amigos.

Brigitte agarró la botella de vino y abandonó la cocina.

—Nos hemos quedado sin fiesta. —Julia se deslizó en el asiento—.

—Nos tratan como unos prisioneros —expresó Anthony con rabia—. Ahora me arrepiento de haberme quedado aquí.

—Es verdad, pero por lo menos las clases son diferentes —dije mientras me sentaba al lado de Julia—. Me gusta todo lo que aprendo.

—No voy a desmentir nada, las clases son una maravilla —comentó Anthony—. Pero me siento con las manos atadas, Mark tenía razón. Este lugar es extraño... algo esconden detrás de las puertas cerradas.

—¿Qué crees que puede ser? —Julia lo miró expectante.

—No lo sé, pero pienso averiguarlo.

—¿Cómo? —pregunté susurrando—. Nos vigilan siempre y Brigitte dijo que...

—Me importa una mierda lo que ella dijo. —Se puso de pie de golpe—. No voy a seguirle el juego. Me voy a dormir, chicas. Buenas noches.

—Pero... —Me puse de pie—. No has cenado.

—No tengo hambre.

—Sea lo que sea, avísanos para ir contigo —susurré—. Yo también quiero descifrar el misterio.

—Está bien. Os avisaré.

Abrió la puerta y abandonó la cocina a grandes zancadas.

—Yo sí tengo hambre —murmuró Julia.

Me senté de nuevo y me quedé esperando. Faltaban cinco minutos para que los empleados trajeran la comida. Las palabras de Anthony me inquietaron y sabía que tenía razón, pero yo no quería irme o llevarme un castigo. Me gustaban las clases y el profesor.

La puerta se abrió y alcé la mirada. Edith, la cocinera, entró y esbozó una sonrisa. Era una chica joven y muy amable, pero no hablaba inglés. Solo se limitaba a sonreírnos y servirnos en silencio.

—*Salut*[9] —dijo Julia y se puso de pie para ayudarla con las bandejas—. Qué buena pinta tiene todo esto.

Asentí en silencio y tomé uno de los platos. La comida que nos servían era muy buena y el trato de los empleados, bastante afectuoso. La verdad era que yo no me quejaba de nada. Tenía amigos y un profesor encantador, sin embargo, lo único que echaba en falta era la libertad. Eso me recordaba a mis verdaderos padres. En esa casa, me estaba ahogando. Ellos me obsequiaron con dinero y frialdad. No sabían que yo solo necesitaba cariño y atención para ser feliz.

El resto del día pasó de la misma forma. Mis pies llevaron a mi cuerpo a donde se suponía que debía ir mientras mi mente se arrastraba por detrás, escondiéndose. Entré en la biblioteca y me acerqué a la ventana. Fuera hacía un tiempo estupendo y el sol brillaba de una manera especial.

—Una moneda por tus pensamientos —dijo Anthony mientras se sentaba encima del escritorio.

—Ah, hola. —Arrugué la nariz—. No tengo mucho que contar. Solo intento encontrar una explicación a lo que pasa aquí. Todo es extraño, sin embargo no me quiero ir.

—Me pasa lo mismo. —Una sonrisa alineó sus labios—. Y eso es porque fuera no me espera nada, no echo de menos a nadie. Perdí lo que más quería en este mundo.

—¿A quién?

—A mi hermana. Sabes... Tengo la sensación de que aquí puedo reencontrarme. No tenemos contacto con toda la maldad que hay en el mundo, estamos prácticamente aislados y en cierto modo protegidos.

—Me gustó el baile de máscaras. Fuera no tenemos posibilidad de momentos así.—Miré su hermoso rostro—. Deberíamos aprovecharlos y vivirlos con intensidad, sin límites.

—Me estoy enamorando... creo. —Se inclinó hacia delante, sus ojos azules estaban indecisos—. Y estoy un poco asustado, no quiero meter la pata. No sé si ella siente lo mismo, no sé si arriesgarme...

—Hazlo y disfruta. El amor no se planea, simplemente sucede.

Di un apretón a su hombro y me arrastré fuera de la biblioteca. Anthony tenía razón, en este lugar podríamos reencontrarnos.

Capítulo 25

Amelia

Desperté empapada en sudor y con el pijama adherido a mi piel. Hacía mucho calor y eso me provocaba insomnio. Tras respirar profundamente y calmar mi agitado corazón, noté que mi garganta demandaba agua a gritos. Sin hacer ruido, bajé de la cama y me acerqué a la mesa. Aún era de noche y tuve que encender una vela para ver a mi alrededor.

Caminé de puntillas y me acerqué a la puerta. Miré cómo la llama de la vela bailaba bajo mi respiración y contuve el aliento. Giré la llave en la cerradura y pegué la oreja a la puerta para comprobar que no había nadie en el pasillo. No quería encontrarme con otro guardia y acabar encerrada como la última vez.

Cerré la puerta detrás de mí con la llave y caminé de puntillas hasta la cocina. «Tomaré un vaso con agua y regresaré a dormir», me dije. Dejé la vela encima de la mesa y llené un vaso con agua fresca de la nevera. Eché un largo trago y observé el diseño de la cocina, hasta que algo me asustó al punto de casi escupir el agua. Tosí con intensidad e intenté callarme, para no llamar la atención. Vi una sombra cruzar por el umbral de la cocina y agarré con fuerza el vaso.

—¿Quién anda allí? —pregunté con voz trémula.

—¿Amelia? —La voz de Anthony resurgió en el silencio—. ¿Qué haces aquí?

Entró en el haz de luz que daba la vela y solté el aire de golpe. Lo miré con los ojos abiertos de par en par y me calmé.

—Me asustaste —dije y dejé el vaso encima de la mesa—. He bajado a tomar agua. ¿Qué haces tú aquí?

—Habíamos quedado todos para husmear un poco por la academia. Queremos saber qué pasa aquí.

Me quedé completamente quieta y perpleja al escuchar las palabras de Anthony. Julia me había dicho algo, pero no la tomé en serio. Pensé que fue algo furtivo. En mi cabeza, se cuestionaban un millón de preguntas, de las cuales podía obtener las respuestas.

—A mí no me avisó nadie que era esta noche —susurré.

—Por eso te pregunté qué hacías aquí a estas horas. Julia se fue a tu habitación para avisarte —dijo sin mucho entusiasmo—. Fue algo espontáneo entre Mark y yo, ellas tampoco lo sabían.

—Iré a por ella.

—No, quédate aquí. —Se interpuso en mi camino—. Es mejor si no nos separamos.

—¿Qué tenéis planeado hacer?

Mis cejas se arquearon con confusión.

—Iremos en silencio por el pasillo y comprobaremos las puertas —dijo—. Luego Mark intentará abrirlas con su tarjeta de crédito.

—¿Y si damos con la habitación de Brigitte? Yo no sé aún cuál es. —Tragué saliva. Mi voz era débil.

—Yo sí sé. Ayer, después de la clase de Francés, la seguí.

—Esto no me gusta, me da mal rollo y tengo miedo.

Me mordí el labio porque era mucho más complicado de lo que yo le había dado crédito. Pensé que solo querían comprobar las puertas, no abrirlas.

—Yo también tengo miedo —susurró Mary mientras se acercaba con pasos lentos—. Pero estamos juntos, si nos pasa algo podemos defendernos, ¿verdad?

Parecía confundida, sus ojos todavía aturridos por el sueño.

—¿Contra los guardias? —preguntó Anthony—. Es mejor si los evitamos.

Él exhaló y retrocedió unos pasos de nosotras.

—No te preocupes, Mary. Estaremos bien —dije, como si le hubiera leído la mente, o al menos las emociones.

Ella se acercó y puso una mano en mi brazo. Soltó una profunda bocanada de aire y enderezó los hombros.

—Faltan Mark y Julia —dijo Anthony en voz baja.

—Mark nos espera en el pasillo, se quedó vigilando —explicó Mary.

—Solo queda Julia... —Escuché pasos y dejé de hablar.

—Aquí estoy —avisó Julia con voz grave—. Qué bien que estas aquí, Amelia. Fui a tu habitación y me asusté cuando no me contestaste.

—Tenía sed...

—Seguidme, no podemos perder más tiempo —dijo Anthony. Se acercó a la mesa y tomó la vela encendida.

El silencio más puro fue lo único que nos dio la bienvenida al salir de la cocina.

Una pequeña cantidad de sudor bajó rodando por mi columna haciéndome temblar. Eso empezaba a asustarme. Mi corazón estaba acelerado, y de repente no podía respirar ni pensar. Se cortó la respiración en mi garganta, pero seguí caminando detrás de ellos. No quería ser la quejica del grupo. Las yemas de mis dedos rozaban la pintura de la pared conforme iba avanzando por el pasillo. Nuestros pasos eran rítmicos, pausados, y lo único que se podía escuchar en el lugar, aparte de nuestras respiraciones.

Tras media hora registrando todas las puertas, me pareció escuchar una voz rebotando entre los pasillos del gigante de hormigón.

—Chicos, alguien se acerca —susurré.

Mark sacó su tarjeta de crédito y abrió la puerta que teníamos delante. Se apartó y nos dejó pasar. Nuestros movimientos eran un escalofriante enredo de sombras en la oscuridad. Y estaba asustada.

La habitación estaba prácticamente vacía. Las ventanas dejaban pasar la leve luz lunar y me acerqué hasta allí. A través de las finas láminas de cristal, mis ojos encontraron un cielo estrellado, perdido en la inmensidad de la noche. Me di cuenta de una cosa, la ventana no tenía rejas.

—Chicos, esta ventana...

—No tiene rejas —dijo Mark y se dispuso a abrirla. Su mano giraba de un lado a otro, pero nada pasaba—. Está bloqueada.

—Déjame a mí.

Anthony se acercó y tiró con fuerza de la manilla. Su mano resbaló y perdió el equilibrio. Mi mano se aferró a su cintura y lo mantuve firme.

—Gracias —murmuró él.

—Aquí en el suelo hay algo —dijo Mary—. Parece un portillo...

Anthony y Mark se acercaron hasta allí y se pusieron de rodillas. Empezaron a tirar hacia arriba y el trozo de madera se abrió con un chirrido. Un fuerte olor a moho inundó la habitación y Mark se tapó la nariz de inmediato. Empezó a toser y se echó hacia atrás.

—Respira hondo —murmuró Anthony—. No podemos hacer mucho ruido.

—¿Qué pasa, Mark? —Me senté a su lado—. ¿Estás bien?

Él me miró por un largo minuto y luego asintió con la cabeza.

—Estoy bien, gracias.

Algo en su tono de voz me hizo dudar de sus palabras, pero decidí callarme.

—Nosotros vamos a bajar las escaleras, aquí hay un túnel —dijo Anthony.

Observé el portón abierto y estuve a punto de entrar en pánico. Tenía que admitir que si no fuera por lo que había vivido hace unas noches y por cómo nos trataban en la academia, no me habría importado.

—No sabemos lo que hay allí abajo, creo que deberíamos irnos a la cama —murmuré mirándolos con horror.

—Yo quiero seguir investigando. Creo que encontraremos algo importante —comentó Mary completamente segura de que estaba en lo cierto.

—Yo no. —Julia se echó hacia atrás y se estremeció visiblemente.

—Bueno, pues iré con Mary. —Anthony tomó la mano de ella y juntos bajaron las escaleras.

Ellos se llevaron una de las velas y cada uno de mis músculos se tensó. No me asustaba la oscuridad, sino la inseguridad y las sombras enmascaradas que traía consigo.

Julia vino a mi lado y apoyó su espalda contra la pared.

—¿Quién tuvo esta idea tan tonta? —dijo entre dientes—. Creo que todas las habitaciones están vacías y ese túnel... seguro que hay ratas o murciélagos dentro.

—Fue mi idea —graznó Mark.

—¿Y por qué no bajaste con ellos? —La voz de ella se elevó mientras hablaba.

—Porque... —Tomó una respiración profunda para estabilizar su voz—, el olor a moho y la humedad pueden provocarme una crisis.

—Suficiente —dije con voz cansada—. Esperaremos tranquilos hasta que Anthony y Mary vuelvan, luego hablamos.

Ellos no dijeron nada más, se quedaron quietos justo como lo había pedido. Dejé caer mi espalda contra la pared, preguntándome cuánto tiempo estaría esperando. La desesperación me inundó. No sé cómo lo sabía, pero estaba segura de que Brigitte nos castigaría.

El sonido de unos jadeos llenó mis oídos y entrecerré los ojos hacia el portón.

—No hay nada aquí abajo, solo ratas —refunfuño Mary mientras se dejaba caer contra el suelo de madera. Un suspiro salió de su garganta y agitó su cabeza.

—Entonces nos podemos ir, ¿verdad? —preguntó susurrando Julia—. Tengo mucho sueño.

—Sí, nos podemos ir... —dijo Anthony y subió el último escalón—. El túnel no tiene salida. Creo que tiene alrededor de unos cien metros.

—Seguramente alguien empezó a cavar y...

Pero antes de que pudiera terminar la frase, la oscuridad de la habitación fue atravesada por un rayo de luz brillante que entraba por debajo de la puerta. Casi gemí en voz alta con miedo, mientras el pomo de la puerta comenzó a girar.

La puerta se abrió y la cara de Brigitte se asomó en el interior.

—¿Se puede saber qué hacéis aquí a estas horas? ¿Cómo habéis entrado? Esta puerta estaba cerrada.

Casi salté ante el sonido de su voz alterada.

—No podemos dormir con tanto silencio. —Mark se puso de pie y se aferró a la pared. Tosió varias veces y luego clavó la mirada en suelo—. Necesitamos aire fresco.

—Quieres decir que lo necesitas, ¿verdad? —Ella se acercó a él—. ¿Por qué no me dijiste que estás enfermo?

—¡No lo estoy! —gritó él y apretó los puños—. No quiero que lo digas.

—Lo siento... mira, si quieres puedo arreglar para que salgas unas horas por la tarde al jardín.

—No necesito trato especial —espetó él—. Solo quiero saber qué pasa aquí.

—Paciencia, hijo... —Miró a lo lejos—. Pronto lo vais a saber. Ahora quiero que os vayáis a las habitaciones y que os quedéis allí. Estáis castigados.

—Fui yo... yo los convencí de salir de las habitaciones. —Mi respiración se detuvo por un segundo, sabiendo y aceptando a lo que me enfrentaba—. Castígame a mí.

Sus ojos se clavaron en los míos por un momento.

—Bueno, si es lo que deseas... —Se tocó la barbilla con el dedo índice—. Mañana te quedarás en la habitación todo el día. Dos guardias vigilarán tu puerta. Te saltarás las clases y comerás en tu habitación. Yo misma te traeré la comida.

—Pero... no es justo —murmuró Julia.

—Por supuesto que no es justo. Debería castigarlos a todos, pero como Amelia se ofreció a cargar con la culpa, la castigaré solo a ella. ¿Algo más, *mademoiselle*? —Las cejas de Brigitte se levantaron.

—No...

—*Parfait*[10] —dijo y nos miró con atención—. Que sea la última vez que desobedecéis las órdenes. Ahora, a vuestras habitaciones.

Mis amigos se apresuraron a salir por la puerta, menos yo. Caminé con pasos lentos y me paré frente a Brigitte. Su mirada se suavizó por unos segundos y abrió la boca para decir algo, pero la cerró de nuevo. Se apartó y me dejó pasar.

—*Bonne nuit*, Amelia. Eres muy rebelde, pero me gusta. Me recuerdas a mí.

No contesté, no porque no quería hacerlo, sino porque no sabía qué decirle. Su confesión me había tomado por sorpresa. ¿Detrás de esa expresión gélida había una mujer con sentimientos? ¿Qué le había pasado? ¿Por qué se escondía detrás de una máscara invisible?

Esas eran otras preguntas sin respuesta que se sumaban a mi larga lista de incógnitas.

Capítulo 26

Amelia

Con pasos lentos, llegué al cuarto de baño donde vi las ojeras que delataban mis pocas horas de sueño. Tras lavarme la cara y peinar mi revoltoso pelo, me cambié de pijama. Los acontecimientos de la noche anterior me golpearon de repente y tuve que sentarme encima de la cama. Me acordé de Brigitte y de su mirada. Tenía una sensación horrible en la boca del estómago; nunca la había visto tan furiosa.

Luego me acordé de sus palabras y me tranquilicé. Al final, no era tan mala como quería aparentar.

Parpadeé, y de repente el entorno volvió a mí. Miré alrededor de mi habitación. Era por la mañana. El sol entraba por la ventana, reflejándose en la brillante superficie del pequeño escritorio de madera. ¡Qué alivio era ver la luz del día!

La academia estaba en silencio y me sentía sola. Como si tal vez fuera la última persona que quedaba en el mundo. Y encima estaba castigada sin poder salir de la habitación en todo el día. ¿Qué podría hacer en una habitación tan pequeña? No tenía televisión, y los libros que había traído de la biblioteca, los había leído todos. Solo tenía un cuaderno y un lápiz. Podría dibujar, pero no se me daba bien.

La pequeña escapada fue un verdadero fiasco. No habíamos encontrado nada, solo una habitación vacía y un túnel lleno de ratas. Me preguntaba si lo

que pasaba en la academia era algo normal en Francia. Recordé haber leído que en algunos internados no tenían electricidad para que los alumnos no se sintieran tentados a usar las nuevas tecnologías, sin embargo no tenía ninguna explicación para los guardias que nos vigilaban.

El pomo de mi puerta giró y me sobresalté. Me quedé quieta para escuchar, pero no hubo más que silencio absoluto. Me puse de pie y me acerqué con pasos lentos.

—¿Hay alguien allí? —pregunté y agarré el pomo de la puerta con determinación. Sí tenía que enfrentarme a algo, al menos no lo haría con una actitud de cobarde.

Tras la chirriante puerta no se encontraba nada peligroso. Solo dos guardias que me miraban con el ceño fruncido. Me preguntaba si ellos habrían intentado abrir la puerta. No dije nada y dejaron de mirarme. Respiré por lo que pareció la primera vez en minutos.

Di un paso hacia atrás con la intención de cerrar la puerta, pero vi a Edith, la cocinera, acercándose. Se paró delante de mi puerta y me di cuenta de que llevaba una bandeja con mi desayuno. Sonrió con timidez y estiró las manos.

—*Bon appétit*[11] —susurró y retrocedió.

—Gracias.

Miré cómo ella se alejaba con pasos rápidos y me preguntaba por qué se había mostrado tan incómoda delante de esos dos guardias.

Con suma precaución, cerré la puerta y llevé la bandeja hasta el escritorio. La taza con leche humeante me recordó a mi padre. Siempre me preparaba un buen tazón por las noches, y siempre le añadía canela. Decía que ayudaba a soñar con príncipes azules.

Tomé la taza y mis ojos cayeron hacia abajo, en el trozo de papel que había en la bandeja. Alguien me había dejado una nota. Me preguntaba de quién podría ser. Dejé la taza al lado de la bandeja y tomé el papel.

Amelia, siento mucho que mi madre te haya castigado y me resulta difícil aguantar las ganas de verte hoy. Me siento solo sin tu compañía.

A las ocho en punto esta noche, los guardias toman un descanso. Edith se encargará de entretener a mi madre. Tienes vía libre para salir al jardín y vernos. Te echo de menos.

Adrien

Miré la hora en mi reloj de pulsera y solté un bufido. Eran casi la diez de la mañana. La espera se haría eterna, y yo tenía muy poca paciencia. Pero sin duda, no faltaría a ese encuentro.

Capítulo 27

Adrien, el profesor de Amelia

Miraba cómo la luz de la luna se reflejaba en el agua de la fuente que había delante de mí, mientras recordaba la razón por la cual me encontraba en ese lugar contra mi voluntad. Hace años, conocí a una bella chica, de ojos negros diáfanos. Tenía el pelo largo y liso, hasta la cintura. Sin embargo, sus hábitos eran poco usuales y cambiaron el rumbo de mi vida.

En el instituto fui un ejemplo para seguir, con buenas calificaciones y buena actitud. Pero ella me cambió y me llevó por un camino oscuro y azaroso. Entonces, no me importaba nada, solo quería estar con ella. Mi error fue enamorarme y aceptar todo lo que me ofrecía. Las drogas eran fuertes y me tenían en un estado eufórico constante, apenas podía pensar con claridad. Dejé mis estudios y empecé a gastar el dinero, incluso el de mi madre. Acabé con deudas y con hombres peligrosos buscándome en cualquier rincón. Esa relación no fue normal, fue enfermiza, venenosa y destrozó mi vida.

Era una noche silenciosa y perfecta para un encuentro a escondidas. Y lo único que tenía que hacer era dejar que el tiempo transcurriera con normalidad y disfrutar de su compañía. Cuando vi a Amelia por primera vez, sentí que la vida me sonrió, que decidió darme una segunda oportunidad. Su inocencia y su humildad me cautivaron por completo. Por eso quería hacerla sentir especial durante su estancia. Necesitaba sanar mi corazón herido y ella era la cura perfecta.

Bailar con Amelia, tenerla en mis brazos y ver cómo me miraba fue lo que necesitaba para saber que era la elegida.

—¿Hay alguien aquí?

Su voz melodiosa interrumpió mis pensamientos y giré la cabeza para buscarla con la mirada.

—Estoy aquí —susurré—. Al lado de la fuente.

Entró en la luz de la farola y mi seguridad se fue a la mierda. ¿Cómo alguien podía no enamorarse de ella?

Ella sonreía tímidamente mientras se acercaba a mí, y su cabello negro caía en cascada sobre sus hombros. Sus ojos tenían un brillo radiante y sus labios rosados se veían apetecibles. Cuanto más la miraba, más bonita pensaba que era. Ella se veía ardiente y ni siquiera se daba cuenta.

—Hola —murmuró.

—Hola, *petite*. —Alzó la mirada y sonrió—. Veo que mis indicaciones fueron exactas.

—Mhm... —Miró a su alrededor y luego se sentó en el banco que había detrás de ella—. ¿Por qué querías verme?

—Porque quiero conocerte mejor —contesté y me senté a su lado—. El baile se me hizo corto.

—Pero nos vemos en las clases y puedes preguntarme cosas.

—Las clases son cortas y, además, hay cámaras de vigilancia en las habitaciones —dije interrumpiéndola y ella agrandó los ojos.

—¿Cámaras? —preguntó bajito—. ¿Por qué?

—Es una larga historia y prefiero contártela poco a poco —comenté mientras miraba cómo jugaba con sus manos.

—Ahora entiendo por qué tu madre sabe todo lo que hacemos.

—Así es, y tienes que tener cuidado con los guardias.

—Eh, sí... —Me miró con resignación.

—¿Estás nerviosa?

—Un poco, me intimidas. Estamos a solas y...

—No debería, no muerdo. —Ella rio y aproveché para agarrar sus manos—. Mírame a los ojos, Amelia. Quiero que te relajes y escuches atentamente mis palabras.

Ella levantó la mirada y asintió.

—Las clases van a ser intensas, no puedo cambiar eso, pero los encuentros fuera de la academia, no. Quiero que te sientas cómoda conmigo, quiero que me cuentes tu vida, tus cosas, y yo te contaré la mía. Quiero que olvides que soy tu profesor, quiero ser tu amigo, tu confidente y quizás... en un futuro, algo más. Eso depende de ti.

—¿Qué está pasando aquí? —Entrecerró los ojos—. Parece que tienes miedo.

—Ya lo entenderás —dije con voz casual—. Solo dame tiempo. Y quiero que dejéis de investigar por vuestra cuenta. Las cámaras de seguridad están por todas partes, no podéis hacer nada sin que os vean.

—Está bien. —Retiró sus manos—. Confiaré en ti. —Dudó unos instantes y luego me miró de nuevo—. ¿Cuál es tu nombre? No me lo dijiste hasta ahora.

—Adrien.

—Me gusta. También me gustas tú.

Mis labios dibujaron una sonrisa muy amplia y enmarqué su rostro con mis manos.

—Tú también me gustas, por eso quiero que me conozcas bien antes de juzgarme. —Miré sus labios rosados y suspiré.

No podía besarla, no aún. No estaba preparada y yo tampoco.

—¿Por qué piensas que voy a juzgarte? —preguntó, con un deje de sorpresa.

—Porque tengo un pasado muy oscuro. —Acaricié sus mejillas con mis dedos pulgares—. Porque hice cosas malas.

—Adrien...

—Shhh, no digas nada ahora. —Agaché la cabeza y besé su frente—. Déjame mostrarte que no soy como dicen los demás.

Alzó las manos y las colocó en mis hombros, luego las movió lentamente

hasta que se enrollaron alrededor de mi cuello. Me abrazó y colocó la cabeza en mi hombro.

—Solo intenta no hacerme daño —susurró—. Ya me lo hicieron una vez.

—Lo prometo. —La estreché en mis brazos y sonreí.

Sonreí a la vida y sonreí al destino. Había encontrado un tesoro y planeaba quedármelo.

Capítulo 28

Amelia

Entré un poco tarde a la clase de Francés. Me dejé caer en la silla vacía frente a Julia y puse el libro encima del escritorio. Lo abrí y fingí leer.

Sentí los ojos de Brigitte sobre mí, pero la ignoré. O al menos lo intenté. Sabía que tenía que darle una explicación por haber llegado tarde y disculparme por mi contratiempo. Pero estaba confundida y, además, no me apetecía hablar.

Me gustó el encuentro que había tenido con Adrien, fue algo inesperado y lleno de sorpresas. De hecho, tuve que esforzarme para quitar la sonrisa de mi cara.

Pero la sonrisa volvía.

Él me dijo que quería conocerme mejor, y a pesar de mi timidez y de mi mala expresión con los chicos, había aceptado. Me gustaba y estaba fascinada por su acento, sus palabras románticas y su voz. Nadie me había hablado así y nadie me había mirado con tal deseo.

—*Mademoiselle* Amelia, ¿puedes explicarme por qué has llegado tarde? Esta clase no tiene pérdida.

Alcé la mirada, pero no hablé. Exhalé una bocanada frustrada de aire y cerré el libro.

—No quiero castigarte otra vez. —El ceño de Brigitte se profundizó—. Pero quiero hablar contigo después.

—No veo que tenga otra opción.

La clase transcurrió con normalidad. Brigitte nos llamó a la pizarra y nos puso a escribir algunas palabras. Luego nos obligó a leer párrafos enteros para perfeccionar la pronunciación.

—Te veo luego —dijo Mary cuando pasó por delante de mí—. Suerte.

—Gracias —suspiré—. Espero no tardar mucho. Tengo hambre.

Julia se acercó y me abrazó. Lo necesitaba porque me sentía fuera de lugar a veces.

—No le des mucha importancia —susurró ella.

Mis amigos abandonaron la sala y el silencio se apoderó de la estancia.

—Ven aquí, Amelia. Quiero darte algo —dijo Brigitte y abrió el primer cajón del escritorio.

Su voz cortó mis pensamientos. Me acerqué hasta allí; no tenía ni idea de lo que estaba por venir. Lo siguiente que vi fueron los ojos de Brigitte emitiendo un destello fugaz cuando dejó encima del escritorio un llamador de ángeles, de plata; una pequeña esfera redonda rodeada por dos alas. El sonido armonioso me sacó una pequeña sonrisa. Había escuchado hablar de algo así, pero nunca los había visto. Las leyendas decían que a los ángeles les encantaba ese sonido. Los humanos solo necesitaban agitar la esfera para que ellos acudieran en su ayuda o en su compañía. Los llamadores de ángeles eran un símbolo de protección.

—Este llamador perteneció a mi madre. Quiero dártelo a ti, lo necesitas más que yo —dijo en voz baja—. Si te sientes sola, agítalo. Llamará a un ángel de la guarda para sentirte protegida. La magia sigue dentro, solo lo ha usado mi madre.

—No sé qué decir... —murmuré.

—No tienes que decir nada. Guárdalo bien. —Tomó mi mano y lo depositó encima de mi palma. El tintineo que hizo envió un pequeño escalofrío a través de mi brazo. Se sintió extraño, pero me llenó de paz. Ese pequeño amuleto liberó un poder extraño y mágico.

—Gracias, me gusta —murmuré y sonreí. No pude evitarlo.

—Sé que te sientes sola, pero tu rebeldía llama la atención.

—¿Por qué? —Me di cuenta de que la preocupación en sus ojos se intensificaba con cada palabra.

—No puedo decirte nada, no ahora —dijo mirando hacia la puerta donde se escucharon pasos—. Vuelve a tu habitación. No salgas hasta la hora de comer.

La miré por un momento antes de asentir rápidamente. Ignoré la pequeña voz interior que me dijo que siguiera haciendo preguntas y abandoné la sala de estudios.

Sin decir una palabra, recorrí el pasillo entero hasta llegar a mi habitación. Giré el pomo de la puerta y entré. Guardé el llamador de ángeles debajo de mi almohada y me estiré en la cama. Faltaban dos horas hasta la hora de comer, y sabía que no iba poder descansar. Mis pensamientos estaban hechos un verdadero barullo. Brigitte no era tan mala, pero escondía un secreto. Uno que tenía pensado descubrir.

Incapaz de permanecer en mi habitación por más tiempo, me dirigí a la cocina con la esperanza de encontrarme con mis amigas. Durante las dos horas de descanso que tuve, todo se había venido cayendo a mi alrededor y mis propios pensamientos se volvieron en mi contra. Necesitaba hablar con alguien y decirle lo que había averiguado.

—Me preguntaba si te vería esta tarde—dijo Mary desde la mesa, mientras colocaba los cubiertos—. ¿Qué quería Brigitte?

—Nada importante, solo me regaló un llamador de ángeles.

—Mi madre tuvo uno, pero lo perdió. —Se frotó la parte posterior del cuello, con aspecto cansado—. ¿Por qué te lo regaló?

—Dijo que me ayudaría a superar las horas de aislamiento.

—Mm, puede que sí... —susurró y entrecerró los ojos—. ¿Pasa algo?

—Bueno, no sé si decírtelo o no... —Me mordí los labios. Se me hizo un nudo en la garganta. Miré a mi alrededor para comprobar que no había nadie más y, con la boca seca, me acerqué hasta la mesa.

—Solo si tú quieres, Amelia. —Se encogió de hombros.

—Aquí pasa algo raro...

—Dime algo nuevo.

—En las habitaciones hay cámaras de seguridad. Nos están vigilando y no solo a nosotros, también a los profesores —dije, con los hombros tensos.

—¿Qué? —chilló y le tapé de inmediato la boca. Sus ojos brillaron y su mirada se mantuvo en la mía durante un segundo.

—No grites, Mary —susurré—. Creo que aquí también hay cámaras.

Ella asintió con la cabeza y quitó la mano despacio.

—Lo... siento —balbuceó.

—Hola, chicas —dijo alegremente Mark y se paró delante de nosotras—. Uy, qué caras... ¿pasa algo?

Nos miró atentamente, y cuando Anthony palmeó su hombro, Mary soltó un chillido.

—¿Qué os pasa? —insistió Mark.

—Vamos, Amelia. Díselos, ellos también necesitan saberlo.

—Mary. —La miré de reojo molesta.

—¿Decir qué? —preguntó Julia y se sentó a mi lado—. ¿Qué me he perdido?

Ella me miró y luego a Mary. Sus ojos estaban muy abiertos y expectantes.

—Está bien —comenté exasperada y me puse de pie—. Aquí pasa algo muy raro.

—Eso ya lo sabemos —dijo Mark y se apoyó en el marco de la puerta—. Todos se comportan muy extraño.

—Hay cámaras de vigilancia en las habitaciones. —Solté un gran suspiro.

Ellos se giraron hacia mí y abrieron los ojos de golpe.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Anthony mirándome con el ceño fruncido.

—Me lo dijo...

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó Brigitte en voz alta. Me tensé. Sabía que eso significaba problemas—. Os quiero sentados...

—Sí, claro. Estoy harto de cumplir órdenes —contestó Anthony con tono cansado.

—¿Algún problema, joven? —Brigitte se acercó a él y lo miró fijamente a los ojos—. Puedes irte si no estás conforme con mis reglas.

—¿Por qué tantas reglas? Esta academia parece una cárcel. —Anthony presionó sus labios juntos con fuerza.

—Puede que lo sea —murmuró ella—. ¿Alguien más tiene preguntas? —Nos miró con detenimiento—. Estoy esperando.

—¿Por qué no podemos entrar en las otras habitaciones? ¿Y qué pasa con los fines de semana? ¿Por qué no podemos salir al exterior o a la ciudad? —preguntó Mark y estrechó la mirada hacia ella—. Me aburro aquí.

—Te recuerdo que entraste aquí por tu propia voluntad y las demás habitaciones están en obras. —Giró la cabeza y me clavó una mirada asesina—. No podéis abandonar este lugar, está prohibido y los fines de semana son para la lectura.

—Entiendo, estamos en una cárcel de máxima seguridad. —Se echó a reír Anthony.

—¡Silencio! —gritó ella—. ¿Qué estáis esperando? Sentaos para que puedan servirles la comida.

La comida transcurrió en silencio. Brigitte se había quedado en la cocina, junto a la puerta, y nos vigiló para que no pudiéramos hablar entre nosotros. Solo pudimos intercambiar miradas.

Mis amigos hicieron una fila para abandonar la cocina y me vi obligada a hacer lo mismo. Pasé por delante de Brigitte y sentí su mano en mi brazo.

—Tú no —dijo en voz baja.

Julia giró la cabeza de inmediato y dejó de caminar.

—¿Qué esperas, *mademoiselle*? —preguntó impaciente Brigitte—. A tu habitación ahora mismo.

Pude ver el impacto en el rostro de Julia. No tenía la menor idea de lo que pasaba. Articuló un: “Lo siento”, y fue tras los demás, que ya estaban a mitad de camino por un largo pasillo.

—Nosotras dos tenemos que hablar. Sígueme. —Brigitte chasqueó los dedos dos veces.

Tragué saliva y empecé a caminar a su lado. Mi corazón estaba acelerado. Poco quedaba de una Brigitte que había disfrutado orgullosa de su fiesta como una adolescente.

No entendía por qué se comportaba de manera tan estricta con nosotros, era como si la vida le hubiera dado la espalda y la hubiera castigado.

Ella se paró delante de una puerta maciza y miró por encima de su hombro derecho. Metió la llave en la cerradura y la giró dos veces. Tiró del pomo y la puerta se abrió con un chirrido.

Me dejó pasar y luego colocó las manos a su espalda. Me miró con esa expresión suya, frunció el ceño por un momento y dijo:

—¿Puedo confiar en ti? —Echó un vistazo a su reloj de pulsera.

Su pregunta me tomó por sorpresa. Las palabras se me atoraron en la garganta y mi pecho se agitó.

—Contéstame, Amelia —expresó con seriedad—. ¿Puedo confiar o no?

Analicé sus palabras cuidadosamente, para luego mirarla de nuevo y decir:

—No sé a qué se refiere.

—He visto cómo te mira mi hijo. Esa mirada me da esperanza. —Hizo una breve pausa—. Puede que consigas lo que yo no fui capaz.

—No entiendo —repliqué confundida.

—Esta academia es una cárcel y los profesores son los presos. Fueron condenados hace unos años por delitos graves. —Su voz sonaba pesada, como si le costara hablar.

—Está mintiendo —dije alzando la voz—. Seguro que piensa que yo le quiero quitar a su hijo y...

—No, Amelia. Escúchame, por favor. No tenemos más tiempo. —Miró de nuevo su reloj de pulsera—. Solo quiero saber si puedo confiar en ti. Mi hijo te necesita... —Tras decir eso, se le escapó un largo suspiro.

—No entiendo nada.

—Lo entenderás. Ahora no tengo tiempo para explicártelo. Las cámaras de vigilancia se iniciarán dentro de diez minutos. Necesito la respuesta.

—Sí, puede confiar en mí —me apresuré a replicar.

Ella relajó sus hombros y suavizó la mirada.

—Gracias. Ahora ve a tu habitación y no hables con nadie más de esto. Mi hijo te lo explicará todo. —Se acercó y atrapó mis manos—. No hables con nadie. Es muy importante —dijo en voz baja, sosteniéndome la mirada.

Asentí ligeramente con la cabeza y soltó mis manos. Dio la vuelta y giró el pomo de la puerta. Eché una mirada fugaz a la habitación antes de salir. No sé qué esperaba, pero era un poco mediocre. Grande, con hermosos muebles de nogal y una cama con postes que se elevaban hasta llegar a medio metro del techo. Al lado de la ventana había un tocador, lleno de perfumes y cremas. Y en la silla, descansaba el sombrero que Brigitte llevó puesto para la fiesta. Esa era su habitación y supuse que me había llevado allí porque era la única que no tenía cámaras de vigilancia.

Ella cerró la puerta y giró la llave.

—*Merci*[12] —susurró y me dio la espalda.

Mientras miraba cómo desaparecía de mi vista, intenté asimilar lo que ella me había dicho.

¿Una cárcel? Me preguntaba qué hicieron los profesores para acabar encerrados. Eran jóvenes y eso me desconcertaba. ¿Cuánto tiempo llevaban encarcelados? ¿A quién se le había ocurrido convertir una academia en una prisión?

Adrien había mencionado que su pasado era sombrío y que tenía una buena

explicación. Todo era muy confuso y temía lo peor. Necesitaba hablar con mi hermano, pero no podíamos hacer llamadas. Me sentía extraña, me sentía como otra presa más.

Capítulo 29

Anthony

Cerré el libro de golpe y me puse de pie. Lo había leído de un tirón. El personaje principal, Alan, se parecía bastante a mí. Tenía un lado romántico que lo dejaba salir a la superficie sin miedo, sin sentirse avergonzado.

Yo también lo tuve, hace años, y era lo que más les gustaba a las chicas. Las enamoraba con mis cartas y mis poesías, con citas románticas y con flores.

Podría ser de nuevo ese chico, revivirlo y enamorarme como antes. Pero tenía miedo, no quería pasar otra vez por lo mismo.

Recordé la promesa que me hizo mi profesora, que nunca me haría daño. Y por alguna extraña razón, la creía. No era un cobarde y siempre me había enfrentado a todo, a los golpes duros de la vida y a la tristeza que dejó atrás la muerte de mi hermana. Le había prometido que aprovecharía la oportunidad que me ofrecía la academia y tenía que cumplirla.

Miré el reloj de pulsera y sonreí. Quedaban diez minutos para la clase con mi profesora.

Y tenía planeado dejar a Alan hablar, y tomar las riendas de mi corazón.

Empujé la puerta y entré sigilosamente. Ella estaba de espaldas y miraba por

el cristal de la ventana. Caminé hasta allí y me paré a su lado. Giró la cabeza y me miró por encima de su hombro.

—Hola —dijo, en un tono suave y con cierta picardía—. ¿A quién tengo el placer de enseñar hoy?

—Tienes el placer de hablar con Alan y no necesita ninguna enseñanza. Sabe perfectamente lo que tiene que hacer.

Mi respuesta segura y sincera iluminó sus ojos.

—Encantada de conocerte. —Esbozó una sonrisa—. Me siento muy honrada.

—No más que yo, *belle*[13]. Quiero proponerte algo.

—Te escucho.

—Sé que no tenemos permitido salir al exterior, pero encontré un lugar mucho mejor. Anoche, después de llevarte a tu habitación, caminé hasta al final del pasillo y encontré una puerta que no está cerrada. La abrí y descubrí que detrás hay un perfecto espacio para una primera cita. ¿Me harías el favor de salir conmigo?

—Por supuesto —susurró nerviosamente—. Pero antes quiero darte algo.

Caminó hacia la biblioteca y tomó uno de los libros. Mientras lo abría se acercó de nuevo a mí.

—Esta flor se llama caléndula y sirve para recuperar los dolores del alma y para alejar el recuerdo de amores perdidos. Me la regaló mi madre cuando cumplí los nueve años. Dijo que me ayudaría a quitar el dolor que atormentaba mi corazón y a superar la muerte de mi padre. Quiero que la tengas tú, la necesitas más que yo. La metí dentro de este libro como marcapáginas para tenerla conmigo siempre. Amo leer...

—Gracias, Chloe. Es un gran detalle de tu parte, pero creo que debería ser yo quien te regale flores.

Me rasqué la nuca, incómodo.

—Haremos una excepción, entonces. Me puedes regalar flores en otro momento.

—¿Esta noche a las ocho? —Guardé la flor—. Estaré delante de tu puerta,

esperando.

—Ten cuidado, hay...

—Hay cámaras de vigilancia, lo sé.

Ella abrió la boca para decir algo, pero la cerró de nuevo. Di un paso hacia adelante y agarré un mechón de su pelo con mi dedo índice. Miré sus labios y una sensación de calor recorrió mi cuerpo. No podía ocultar mis intenciones pecaminosas, pero hice un esfuerzo y aparté la mirada.

—Te veo esta noche, *belle*.

—Por supuesto, Alan. —Su cálida mano tocó mi cara—. Y no hace falta que reprimas tus deseos. Eres libre de hacer lo que quieras.

—Lo haré. —Sonreí de lado y me alejé.

Abrí la puerta y abandoné la habitación con una sonrisa amplia en los labios. Sentí la magia del amor de nuevo y la calma de la ilusión.

Capítulo 30

Mary

Estaba sentada en la mesa de la biblioteca, meditando y recordando, sin prestar atención a lo que sucedía alrededor, cuando un pesado libro golpeó la mesa frente a mí. Di un pequeño salto y fulminé a Mark con la mirada mientras él se sentaba en la silla enfrentada a la mía.

Mark era lo opuesto a todos los chicos con los que tuve que lidiar en el instituto; alto, con cabello rubio y ojos verdes. Era en cierto modo dulce, pero escondía algo, y eso le daba un aire misterioso.

—Necesito tu ayuda. Tengo que leer este libro y hacer un resumen —dijo en voz baja.

—Todos tenemos tareas, Mark. Asúmelo.

Hice una mueca y me apoyé en el respaldo de la silla con un suspiro.

—Julia me dijo que tú no tienes tareas, y no sé a quién pedírselo. No se me dan bien estas cosas y quiero impresionar a Alice.

—Te gusta... ¿Dónde queda la soberbia con la que entraste aquí? ¿Sigues diciendo que solo quieres acostarte con ella?

—Si vas a seguir con el sermón, déjalo.

—Mark, lo siento —suspiré—. Solo que tienes que dejar de esconderte detrás de una máscara. Eres un buen chico.

—Lo intentaré. —Empujó el libro—. ¿Me ayudas?

—Se supone que tienes que hacerlo tú mismo. ¿Leíste el libro?

—Lo leí esta mañana, pero no lo entiendo. No sé qué decir al respecto. —Su voz era un susurro acuciante.

—Vamos por partes. ¿Tiene que ser un resumen corto?

—Sí, y además tengo que decir lo que sentí al leer el libro. —Frunció el entrecejo con precaución.

—Esto es sencillo, te ayudaré. Pero vas a escribirlo tú mismo, con tus palabras.

—Gracias —dijo, y su voz sonó ronca y dulce.

—Dime de qué trata el libro.

Mark se echó hacia atrás y adoptó una expresión seria y pensativa.

—Es una historia de amor entre una ladrona y un escritor.

—Interesante... ¿Cómo se conocen?

—Ella intenta venderle dos libros antiguos robados. De hecho lo consigue y luego él se da cuenta del engaño, pero no avisa a la policía. Sin embargo, la busca para pedirle una explicación y acaban teniendo una cita inesperada. Se gustan y deciden guardar el secreto.

—Bien, sigue...

—Lo que me sorprende es el final. Es triste. —Puso las manos sobre la mesa y se inclinó hacia mí.

—Oh, cuéntame.

—Alguien hace una denuncia y ella acaba en prisión.

—¿Y él qué hace?

Mark tardó en responder.

—Sigue con su vida como si nada hubiera pasado.

—¿Qué? —Pestañeé—. No, no me gusta... ¿Por qué?

—Eso me pregunto yo también. Escribiré el resumen, pero no se me ocurre nada para contestar a la pregunta.

—Podrías decir que te sentiste triste y que esa chica se merecía una segunda oportunidad. Todos tenemos derecho a ser perdonados. A lo largo de la vida cometemos numerosos errores y tendemos a caer en el desacierto. Y esos

errores son necesarios, y debemos permitirnos cometer faltas ya que estas serán las cosas que a largo plazo nos convertirán en la persona que queremos ser.

—Qué bien se te dan las palabras. Tienes razón, ¿por qué no sé me ocurrió todo esto? —Me miró y arrugó su rostro perfecto con un gesto de curiosidad.

—Será porque no crees en las segundas oportunidades.

Se quedó callado durante un minuto y luego se puso de pie. Besó mi mejilla y suspiró.

—Algo de razón tienes.

Dio la vuelta y abandonó la biblioteca. Me quedé mirando la portada del libro. Había una chica llorando y con la mirada perdida. Lo que aprendí durante los días que llevaba encerrada en la academia fue que los profesores escribieron sus propias historias. Alice escondía un secreto y temía un final trágico para su vida. Me preguntaba cuál era la historia de Claude. Él no me dejó su libro para leerlo. Tendré que pedírselo en la próxima clase.

—¿Qué haces, amiga? —preguntó Julia—. Te veo nostálgica, ¿pasó algo?

Se sentó a mi lado y tomó el libro de Mark.

—Estaba pensando.

—Que foto más triste. —Acarició la portada con sus dedos—. En cierto modo me recuerda a mí.

—¿Leíste el libro de tu profesor?

—No, aún no. Lo haré esta tarde. ¿Por qué?

—Por nada, era una curiosidad.

—Tengo hambre, voy a ver si queda comida en la nevera. ¿Quieres algo? —
Se puso de pie.

—No, gracias.

Ella salió y me eché hacia atrás. Miré los libros y aspiré el olor a papel. Me recordaba a los fines de semana que pasaba en la casa de mi tía Agnes. Era escritora y le gustaba tener la casa llena de libros y manuscritos. Ella fue la única que se interesó por mí en ese aspecto. Cada vez que iba a su casa, me

dejaba un libro para leer y me obligaba hacer un pequeño resumen. Me gustaba, me sentía importante. Cuando empecé a juntarme con malas compañías, dejé de ir a su casa, y poco tiempo después, ella falleció. Sufrió un ataque al corazón mientras hacía deporte por la mañana. La eché de menos, sin embargo, no volví a leer.

Tenía delante de mis ojos una biblioteca llena de libros donde podría descubrir un mundo lejano y paralelo al mío, con aventuras que no me dejarían indiferente. Sin embargo, eran en francés, un idioma que nunca aprendí.

El único libro en inglés era el de mi profesor, y quería conseguirlo para leerlo.

Mi vida fue un caos total. Empecé a salir de fiestas a los quince años y gastaba el dinero de mis padres en caprichos. Conocí a bastantes chicos guapos, pero todos querían aprovecharse de mí. También lo hizo mi último novio, Chad.

Cada fin de semana, salíamos de compras. Todo lo que él quería, yo lo pagaba. En el fondo de mi corazón sabía que él solo me estaba utilizando, pero hice caso omiso. No me gustaba la soledad, me asustaba, y su compañía rellenaba ese hueco tan profundo que formaba parte de mi vida.

Tenía dinero porque mis padres se sentían culpables. Viajaban mucho y apenas pasábamos tiempo juntos.

Todas las fiestas importantes las pasaba sola o en compañía de mi peculiar novio. Cuando me harté de todo eso, huí de casa y me alojé en un cutre hotel de dos estrellas. Necesitaba empezar de cero, encontrar mi propio camino y sentir la alegría de vivir. Abandoné mis estudios y encontré un trabajo en una tienda de juguetes.

Mis padres dejaron de llamarme y me reprochaban que hubiera escogido el mal camino. Me sentía libre y con muchas opciones. Aprendí a valorar lo que tenía y había creado mis propias historias. Buscaba la felicidad, la pasión y a alguien que me entienda.

Conocí a una familia maravillosa, la de mis jefes. Me trataron como a una

hija y, de vez en cuando, me invitaban a comer con ellos. Tenían dos hijos de doce y quince años, y se convirtieron en mis mejores amigos. Cuando salían de vacaciones me llevaban con ellos, esos dos gamberros necesitaban a quién echarle la culpa cuando hacían travesuras. Pero no me importaba, los quería y me sacrificaba para que la amistad no se rompiera.

En una de esas salidas, hicimos los tres una apuesta. Ellos decían que no era capaz de quitarme el sujetador en la playa, delante de un equipo de baloncesto que hacía un alboroto impresionante.

Era muy atrevida, sin embargo, cuando llegué delante de ellos y los vi a todos con los torsos desnudos y muy apetecibles, salí corriendo. Perdí la apuesta y tuve que dejar el trabajo para entrar en la academia. Fue idea de Sean, él había visto un anuncio en Internet y le pareció gracioso.

A mí no tanto, porque sabía besar y seducir. No era una inexperta, no obstante, vi la foto de mi futuro profesor y mis propósitos cambiaron.

Capítulo 31

Adrien

Tomé una camisa limpia y me dirigí a la ducha. El sudor me recorría desde la parte posterior del cuello hasta mi espalda baja. Aunque estaba encerrado en la academia, no significaba que no podía hacer ejercicio. Todas las tardes salía al jardín y usaba las máquinas que nos habían traído hacía dos años.

Me quité la ropa sudada y el cambio de temperatura me estremeció. Mi respiración se detuvo. Me quedé mirando la pared de la ducha. El frío me envió piel de gallina corriendo a través de mi cuerpo sudado. Probé el agua hasta que estuviera caliente y me metí en la ducha. Cerré los ojos y el asalto cálido de agua golpeó mi piel. Esperé hasta que los músculos que había hecho trabajar en exceso se calmasen y luego me enjaboné por completo.

La ducha había hecho maravillas en mi cuerpo y cambió mi estado de ánimo. No obstante, recordé que tenía una reunión con los demás y me impacienté. Ellos necesitaban abrir los ojos y salir del estado de letargo en el que se encontraban. Esta era la oportunidad que habíamos esperado: un nuevo comienzo.

Salí apresurado de la habitación y me encaminé hacia la sala de reuniones. Llegué al lado de la puerta y tuve que apartarme para dejar entrar a Alice.

—Odio cuando las puertas están cerradas —murmuró Julien y golpeó el suelo con su bastón.

—Después de tantos años, sigues con la misma historia. Sabes que tenemos

que mantener las puertas cerradas —dije y lo agarré por el brazo.

—Suéltame, puedo caminar perfectamente solo.

—Hoy no hay quien te aguante —bramé.

—¿Por qué estamos aquí, Adrien?

Su pregunta llamó la atención de los demás y se quedaron callados para escucharme.

—Porque necesitamos hablar. —Los miré brevemente antes de entrar en la sala—. Esta es la oportunidad que tanto habíamos esperado.

—Estoy de acuerdo contigo, pero ¿qué podemos hacer? —preguntó Julien, con su voz tensa.

—En primer lugar, tenemos que mantener la calma. —Mi voz era estable—. No podemos asustar a los alumnos. No más de lo que están.

—¿De qué... hablas? —dijo la última palabra con temor.

—Hace unos días, mi alumna salió de su habitación por la noche...

—Gran error, ¿no se le explicó que no pueden abandonar las habitaciones?

—Golpeó el suelo con su bastón.

Asentí con rigidez.

—Ella lo sabía, pero me dijo que solo quería ir a la biblioteca y coger un libro. Se sienten muy solos aquí y los entiendo. —Mi mandíbula se apretó—. Voltaire la pilló y la encerró en una de las habitaciones que hay en el pasillo. La chica se asustó bastante.

—¿Y qué pasó? —Alice se acercó a mí con cautela—. Voltaire es una bruta, el año pasado casi le rompió un brazo a una de las alumnas cuando quiso salir por la puerta principal. No entiendo por qué usan la fuerza contra ellos.

—Por lo visto, uno de los alumnos sabe cómo abrir las puertas con una tarjeta de crédito y la ayudó a salir. —Los ojos de ella se mantuvieron en los míos—. Ya le dije que tengan más cuidado.

—Interesante... —murmuró ella.

—Intentaré averiguar más cosas de lo que pasó. Más tarde, mi madre viene a verme.

Miré a Chloe y Claude, que nos estaban observando expectantes, y a Julien, que en realidad se mostraba indiferente.

—Dudo que lo vayas a conseguir —dijo Julien—. Ella no está haciendo nada para ayudarnos.

—Por eso tenemos que hacerlo nosotros. —Mis hombros se tensaron—. Tenemos que actuar ya.

—¿Cómo? Estamos encerrados y sin recursos. —Endureció su mandíbula, como si mis insistencias fueran intolerables.

—Los alumnos... son diferentes. Ellos tienen experiencia en el amor. Centrémonos en ellos.

—Llevamos tanto tiempo encerrados aquí que ya no sé ni cómo hablar con una chica. —Julien exhaló—. Me siento muy torpe en las clases.

—Es normal, llevamos años sin tener relaciones —dije con un suspiro—. Yo también estoy asustado, lo que estoy empezando a sentir por mi alumna es nuevo para mí. Aún no sé cómo manejarlo.

—No estoy asustado —bramó Julien.

—Dime que no te gusta Julia y niega que te quedaste con ganas de verla —dije en voz alta.

—¿Verla? Si estoy ciego, por Dios.

—Una ayuda aquí, por favor. —Levanté las manos al aire.

—Lo que Adrien intenta decirnos es que ellos pueden ser nuestra salvación —dijo Alice mirándonos—. Estoy segura de que cada uno de vosotros habéis sentido un deseo enorme de tocar y besar a los alumnos. Sin embargo, podemos acabar mal. Podemos enamorarnos y no ser correspondidos.

—Amelia me gusta y estoy seguro de que ella siente lo mismo —dije con una sonrisa—. Lo vi en su mirada. Llevamos años encerrados aquí, pero esto es algo que no se olvida. Sé leer cuando una chica está interesada en mí. No quiero perder esta oportunidad, voy a conquistarla.

—Yo también pienso aprovechar la oportunidad —dijo Alice mientras abandonaba la habitación.

—Yo me voy a dormir, chicos —avisó Chloe—. Mañana tenemos que levantarnos de buen ánimo.

—Lo intentaremos, *belle* —dije perdido en mis propios pensamientos.

—Parece que hemos tocado fondo —murmuró Julien mientras arrastraba su bastón por el suelo de madera—. Eso está bien, pero nos queda lidiar con tu madre.

—Sabes que no me gusta hablar de ella, así que no la menciones —dije y apreté los labios, mientras los otros empezaban a alejarse.

Me quedé mirando a Julien y torcí los labios; él era mi mejor amigo y me dolía verlo así.

Salí poco después, con un pensamiento en mi mente. Tenía que encontrar una solución para todos y revivir las amistades que fueron rotas por el desamparo.

Me detuve en la puerta de mi madre y cerré los ojos por unos segundos. Estaba exhausto mentalmente, mi día había empezado como una espiral de emociones y recuerdos. Estaba preocupado por Amelia y por mis amigos. Voltaire y los demás guardias tenían orden de usar la fuerza contra nosotros. Todo podría acabar mal. Sin embargo, me sentía capaz de tratar con ello.

Abrí los ojos y giré el pomo de la puerta.

—*Bonjour maman*[14] . —Me obligué a sonreír, tuve que esforzarme mucho. Di un paso dentro de la habitación y decidí aclarar las cosas primero; me sentía más confiado—. Tenemos que hablar de Amelia.

—*Mon fils*[15] . —Ella se acercó y sonrió, esta vez se veía sincera.

Su mirada se encontró con la mía y vi que sus ojos mostraban valor. También preocupación y cariño, sentimientos que hicieron que mi corazón diera una caída en picada.

—No te acerques más. —Levanté una mano al aire—. Estoy aquí para obtener respuestas. ¿Por qué no intentas proteger a los alumnos? Amelia está

asustada.

Ella hizo una mueca.

—Sabes que no puedo hacerlo. No puedo decidir nada...

—No es verdad —dije sin paciencia—. Tú trabajas para ellos.

—Soy una empleada más... pero puedo estar a tu lado, esto es lo más importante.

—¿A mi lado? Apenas nos vemos. —Mis emociones me estaban estrangulando. Tragué saliva, tener esta conversación removía el pasado. Tomé una respiración para estabilizarme antes de continuar—. Olvida lo que te dije.

—Para mí tampoco es fácil, tienes que creerme.

—Lo intento —le dije mirando a otro lado.

—Me arrepiento de lo que hice.

—Es tarde ya. Déjalo, madre. —Sus ojos se deslizaron hasta mi cara. Se veían plagados de dolor. —Hablabamos otro día.

—Intentaré ayudar.

—Gracias —dije con tono relajado.

—Sabes... —Respiró hondo y soltó el aire—. Este año tenemos una oportunidad.

—¿De qué hablas? —La miré fijamente, su comportamiento era muy extraño.

La peculiaridad en la esquina de su boca se hizo aún más particular cuando su sonrisa se hizo más amplia.

—Estoy feliz. —Su voz sonó tierna—. Creo que, dentro de poco, vas a salir de aquí.

—Pero... ¿qué estás diciendo? —La miré expectante—. Me quedan cinco años de condena.

—Mmm, verás... —Se quedó en silencio, contemplándome—. Los alumnos de este año son mayores de edad.

—Algo estás tramando. Sabes que no podemos salir de aquí hasta que todos ellos escriban una carta, la misma carta.

—Lo harán —respondió, sonriendo.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque Amelia se enamoró de ti y haría cualquier cosa por ti, incluso escribir esa carta. Los demás alumnos están en la misma situación. He visto cómo miran a tus compañeros por las cámaras y...

—¿Nos estás vigilando tú también? —pregunté, alzando la voz—. No quiero que lo hagas... no...

Con gran esfuerzo reprimí mi indignación.

—¿Por qué? —Sus ojos parpadeantes me miraron por encima de las gafas—. ¿Qué escondes?

—Nada —mentí.

No quería que ella se diera cuenta de que yo también me estaba enamorando, eso podría empeorar la situación. Tenía un plan, pero mi madre tenía que mantenerse al margen.

Lo que hicimos los cinco tuvo sus consecuencias. Hace cinco años conocí a Julien y, en menos de dos meses, ya estábamos rodeados de chicas guapas y dinero.

Él y Claude empezaron a dedicarse a la estafa, pero solo a grandes empresas. Ellos tenían un papel importante en la banda, y nuestra fama empezó a crecer. Al poco tiempo, dos bellezas inteligentes se nos unieron: Alice y Chloe. Los empresarios caían rendidos a sus pies y eso nos facilitaba el trabajo. Todo lo hacíamos a escondidas, desde la oficina del tío de Julien, y solo por las noches.

Durante cinco años, tuvimos más dinero que cualquier empresario rico de la ciudad. Sin embargo, no fuimos muy ahorradores y los gastos llamaron la atención.

Se me ocurrió una última misión, robar al jefe de mi madre y guardar el dinero para huir de la ciudad. Odiaba todo lo que significaba West, su reputación impecable, su mansión en el barrio más rico de la ciudad, su situación financiera y cómo trataba a mi madre. Estaba seguro de que eran

amantes.

Entré en su casa con mis amigos y conseguí abrir la caja fuerte. Le robamos un millón de dólares, pero no tuve tiempo para disfrutarlo.

La policía nos pilló y nos llevaron presos. Lo que me sorprendió, fue lo que pasó a continuación.

Nos dejaron a todos un contrato para firmarlo. Consistía en trabajar como profesores durante diez años para que los empresarios y West pudieran recuperar el dinero perdido, y había una condición a nuestro favor. Podríamos quedar libres solo si todos los alumnos firmaban una carta.

Yo, alumno de la Academia “Prisioneros del amor”, me comprometo a casarme con mi profesor. Me comprometo a obedecerlo en todo y cuidarlo durante toda mi vida.

Firmo esta carta para que mi profesor quede libre de sus cargos.

Nadie quería casarse con un extraño y nadie quería vivir con un ladrón. Mi madre siempre intentó convencer a los alumnos para que firmaran la carta, prometiéndoles que tendrían su libertad después de hacerlo, pero nadie quiso hacerlo y yo lo entendía perfectamente.

Yo tampoco haría algo así, sacrificar mi libertad por alguien desconocido.

No obstante, mi madre tenía razón en una cosa; los alumnos de este año eran distintos.

Era la primera vez que la esperanza me guiñaba un ojo. Era la primera que me enamoraba y me gustaba sentirme así. Amelia era una chica especial y no quería hacerle daño. Estaba seguro de que todo lo que pasaba en la academia la asustaba y la confundía. Cuando pisó en el interior se la privó de la libertad, tuvo que someterse a reglas estrictas y sin sentido. Necesitaba una explicación y estaba dispuesto a dársela poco a poco.

Quería salir libre, pero no aprovecharme de ella. No quería que hiciera algo por lo que pudiera arrepentirse durante toda su vida. Casarse con alguien no era un juego y no debería tomarse de tal manera.

El juez que había tomado la decisión de enviarnos a la academia lo hizo para quedar bien delante de las cámaras de televisión. Dijo que era un programa experimental para rehabilitar a los presos. Fue bastante mediático todo, pero los años pasaron y se olvidaron de nosotros. Dejaron de enviar alumnos mayores de edad y se nos complicaba la oportunidad de salir.

Julien tuvo una idea para remover un poco las aguas y dio resultado; los alumnos de este año eran distintos y accesibles. Cada uno de nosotros tuvo que escribir un libro romántico e idear un plan para conquistar a los alumnos; sin embargo, ninguno pensaba que se iba a enamorar.

—Tienes clases dentro de una hora —dijo mi madre, despertándome a la realidad—. Sedúcela, hijo.

Salió de la habitación pavoneando su vestido negro y silbando. No quería entrar en su juego y para eso tenía que hablar con los demás.

No hacía falta seducir a Amelia, ya había algo mágico entre nosotros. La llama del amor se había colado en nuestros corazones, sin embargo, esperaba no quemarnos.

Capítulo 32

Amelia

Dos semanas más tarde

Me pasé una mano por el cabello, agradeciendo en silencio que me había duchado antes de la clase. Estaba nerviosa, y no entendía por qué. Ya llevaba un par de encuentros con Adrien y debería de sentirme bastante cómoda a su lado. El revoloteo interior que percibía en la zona del estómago se vinculaba con mis emociones produciendo una ligera sensación de hormigueo.

Golpeé la puerta y apreté el libro contra mi pecho.

—Pasa.

La voz profunda y familiar me arrancó del trance. Entré y lo busqué con la mirada. Incapaz de disimular mis nervios, me quedé parada en el medio de la habitación.

—Amelia, ¿pasa algo? —Frunció ligeramente el entrecejo y se puso de pie.

—Estoy bien...

Cerré la boca, era evidente que había perdido la habilidad de pensar y de hablar.

Una sombra de preocupación le oscureció el rostro y se acercó de inmediato.

—Háblame, ¿qué está mal?

—Abrázame. —Empecé a temblar y el libro se me cayó al suelo.

—Ven aquí.

Me abrazó y metí la cabeza en su pecho. Intenté tragar saliva, pero tenía un nudo en la garganta de tanto contener el llanto. Me acarició la espalda con una mano, y su voz me apaciguaba diciéndome que me desahogara. Que estaba bien hacerlo.

Me aferré a él y a su consuelo. Echaba de menos a mi hermano, a mi mejor amiga, a la vida caótica que había detrás de esas paredes.

El cuerpo de Adrien era fuerte y firme, y no quería soltarlo. Lancé un suspiro ahogado y lo escuché gruñir.

—Amelia. —Agarró mi barbilla y la levantó para que pudiese mirarlo a los ojos—. Sé cómo te sientes. Atrapada, ¿verdad?

—Quiero ver a mi hermano, quiero escuchar su voz... —Las lágrimas empezaron a brotar sin remedio.

—Te prometo que lo vas a ver muy pronto.

Me secó las lágrimas y percibí una corriente entre nosotros que me dejó sin respiración.

—Deja de mirarme así —susurró—. Yo también quiero besarte, pero no aquí. No delante de las cámaras.

—Lo olvidé.

Me aparté, pero no le quitaba los ojos de encima. No quería romper el vínculo que se había creado entre nosotros.

—¿Leíste el libro? —Su tono había variado un poco.

Se quedó mirándome un rato y luego se acercó solo un paso.

—Sí.

—¿Tienes las respuestas? Son importantes para mí —dijo, y me palpitó el corazón.

—Solo contesté a la primera. Me identifico con Marc. Es un buen chico, tímido e invisible para los demás.

—Veamos... —murmuró, acortando aún más la distancia entre los dos—. Eres una chica guapa y con un corazón de oro, bastante tímida y para nada invisible. Tu belleza es cautivadora... para mí eres lo más hermoso del mundo.

—Gracias...

—¿Por qué no contestaste a la otra pregunta? —Alargó una mano y acarició mi mejilla.

El toque me estremeció y contuve la respiración. Movié ligeramente el pulgar y me acarició los labios con suavidad.

Cuando hablé, lo hice con voz ronca.

—Porque quiero a mi hermano, es lo único que me queda en este mundo. No podría dejarlo para vivir un amor ciego. Ya me decepcionaron una vez.

Dejó caer la mano y me sentí confusa. Se agachó para coger el libro y luego me lo dio.

—Si quieres leerlo, hazlo. Pero ya no vamos hablar de ello. Quiero hacer otra cosa. Quiero ganarme tu confianza. Si quieres vivir conmigo un amor ciego, no voy a separarte de tu hermano, tenlo por seguro.

—Confío en ti, pero tengo miedo. Necesito salir de aquí para averiguarlo. Y quiero vivir contigo un amor ciego —susurré.

—Tengo que tomar medidas ya. No quiero verte así, me duele. —Sus ojos azules perforaron a los míos. Me miraba con mucha ternura, pero también con tristeza, como si temiera perder lo que teníamos.

—¿Qué vas a hacer? —Sentí mi corazón hundirse en mi estómago.

—Actuar y poner en marcha mi plan —dijo tajante.

—No quiero que te pase algo.

—Tranquila. —Llevó mi mano a su boca y la besó—. Sé cuidarme y conozco la academia como la palma de mi mano.

—Ten mucho cuidado. No me gustan los guardias, me dan miedo.

—Déjalo en mis manos. Intenta mantener la calma y tranquiliza a tus amigos. —Suavemente acarició mi mejilla.

—Sabes... tu madre empieza a caerme bien. Me regaló un llamador de ángeles.

—Era de mi abuela. —Hizo una mueca—. Me alegro, pero no confíes mucho en ella.

—No entiendo...

—Amelia, por favor —habló con urgencia—. Sé de lo que hablo.

—Lo haré —suspiré. Mis ojos rastrearon su cara. Ninguna otra palabra se formó ante la tormenta de pensamientos batallando en mi mente.

Asintió con la cabeza y soltó mi mano.

Con el corazón encogido, abandoné la habitación. Todo iba demasiado deprisa, y sin embargo, lo único que deseaba en aquel momento era sentir los brazos de Adrien a mi alrededor, para siempre.

Capítulo 33

Adrien

Caminé alrededor de la biblioteca como un desastre neurótico. Sentía que todo había llegado a un punto crítico y demasiado arriesgado. Sin embargo, teníamos que aprovechar la situación para abandonar la academia y disfrutar de la libertad.

Miré a través del pasillo y vi una figura acercándose. Era Julien; el ruido que hacía su bastón al moverse de un lado a otro era inconfundible.

—¿Necesitas ayuda? —pregunté.

Las arrugas entre los ojos de Julien se apretaron.

—No necesito tu ayuda. Puedo solo —graznó.

—Amigo...

—No me llames así. Ya no somos amigos. —Golpeó el suelo con su bastón.

—Julien, por favor. —Me acerqué un poco—. Necesito que me escuches.

—¿Hay algo nuevo que quieras contarme? Lo dudo. Siempre la misma historia. Ya te dije que no te culpo, así que deja de insistir.

—Sabes que no me gusta oírte hablar así —dije molesto—. Eres un gran amigo y una persona maravillosa.

—Estoy ciego... —gruñó—. ¿Lo olvidaste? Odio sentirme tan indefenso. Aprendí a vivir en la oscuridad, sin embargo, echo de menos la luz, la alegría y los colores. Sabes que uno de mis grandes problemas fueron los días soleados, porque la luz del sol me hacía daño. Cuando me detuvieron, me sentí

aliviado. Sin embargo, la vida entre cuatro paredes puede ser una tortura, incluso para una persona invidente.

—Lo sé, pero el mundo no se acaba aquí. Simplemente hay que aceptar el destino que nos ha tocado.

—Supongo que tienes razón —dijo en voz baja—. Echo de menos nuestra amistad. Ahora mismo te diría que empiezo a sentir algo por Julia y que estoy asustado. No sé si es por la soledad que tuvimos que vivir durante tanto tiempo. Julia es maravillosa, pero no quiero confundir el amor con el interés.

—Yo también me estoy enamorando —susurré—. He pasado una noche estupenda en compañía de Amelia. ¿Recuerdas qué te dije cuando tus padres tomaron medidas? —pregunté mirándole.

Sonrió mientras asentía con la cabeza.

—Me dijiste que el amor está sobrevalorado, que es algo inexistente. Sin embargo, lo encuentras en cualquier lugar hacia donde miremos, esté presente o no. Todos necesitamos amor.

—Hay que arriesgarse, puede que te rompan el corazón, pero no es el fin del mundo —dije.

—Lo sé, pero la vida me castigó. —Tiró el bastón al suelo—. Esta es su forma de hacerme pagar y lo acepto, pero no olvido que fuiste tú quien no había comprobado el estado de esa bomba química.

—No fui yo quien la construyó.

—No, pero tu tarea era comprobar si funcionaba bien. —Inspiró hondo—. Déjalo, Adrien. No estoy enfadado contigo, estoy enfadado con la vida, conmigo mismo... con todo lo que me rodea —susurró—. Tienes un plan para salir de aquí, ¿verdad?

—Sí, tengo un plan. Pero es bastante arriesgado. —Miré en dirección a las cámaras de seguridad—. No me gusta que nos estén viendo ahora mismo, pero no pueden escucharnos.

—¿Por qué me has llamado a mí? Los guardias protestarán, no les gusta cuando tenemos reuniones sin avisarles.

—Porque contigo son más indulgentes y no sospechan cuando deambulas por los pasillos.

—¿Qué necesitas, Adrien? Mucho no puedo ayudar.

—Necesito que les digas a los demás que voy a arriesgar todo. *Casser les pieds à quelqu'un*[16].

—Te apoyaremos. West tendrá que liberarnos...

—No depende solo de West y lo sabes. Tenemos que agitar un poco las aguas y llamar la atención. No puedo creer que nadie se haya interesado por nosotros hasta ahora. No creo que se olvidaran de nosotros.

—Tú haz lo que hace falta.

—Lo haré, por eso os necesito. También necesitaré la ayuda de los alumnos.

—¿Crees que van a firmar la carta? Lo dudo y tampoco quiero que lo hagan. Prefiero quedarme aquí, no quiero obligar a nadie a que se case conmigo. Mi alumna no se merece esto. —Negó con la cabeza—. Ella es... es una chica increíble y...

—Te estás enamorando —sonreí.

—Creo que sí...

—Todos estamos en la misma situación. Este año los alumnos son distintos, son mayores de edad y con una gran personalidad. —Sonreí al recordar a Amelia.

—Espero que tu madre no nos está viendo ahora mismo —dijo él pensativo—. Seguro que no le gustará ver esa sonrisa tuya.

—¿Cómo sabes que estoy sonriendo?

—Porque te conozco muy bien y nunca te escuché hablar así. ¿Cómo es ella?

—Tiene unos ojos hermosos y no es por el color, sino por lo que transmiten y causan. Su forma de pensar me hace sentir en las nubes, y la nobleza que desprenden sus palabras es única. Es como que me devolvió la ilusión de soñar...

—Profundo... —suspiró—. Siento lo mismo y envidio tu manera de expresarte. Siempre lo hiciste mejor que yo —rió—. Si tu madre se da cuenta,

la liamos todos.

—Lo sé, por eso ella no sabe nada de esto. Solo espero contar con la ayuda de los alumnos.

Había trabajado muy duro para encontrar una solución sin perjudicar a nadie, pero era muy arriesgada. Alguien podría salir herido.

Capítulo 34

Julia

Estaba tan nerviosa que no podía dejar de temblar. Había recibido una nota de mi profesor, Julien, diciéndome que tenía clases por la tarde.

La verdad era que deseaba verlo otra vez, había algo en él que me llamaba mucho la atención. No sabía lo que era, pero la sensación me resultaba agradable.

Dentro de la academia siempre reinaba el silencio, y pasábamos la mayoría del tiempo encerrados en las habitaciones. No nos dejaban salir fuera y tampoco juntarnos para hablar. Parecía una cárcel y eso empezaba a asustarme. Echaba de menos a mi familia, el sol, la naturaleza y el alboroto que había en la ciudad por las mañanas.

Amelia nos dijo que tenía algo importante que contarnos, pero teníamos que tener cuidado para escaparnos de las habitaciones sin que nos vea Brigitte. Esa mujer parecía tener ojos en cada rincón de la casa y, cada vez que su mirada se cruzaba con la mía, sentía un escalofrío.

Metí el libro en la carpeta junto con el cuaderno que usaba para hacer las tareas, mirando fijamente la portada. Cada vez que leía algún fragmento de ese libro, mi cuerpo se tensaba y luchaba contra un deseo ardiente de sentir todo lo que expresaban esas palabras tan sensuales.

Salí de la habitación y cerré la puerta con llave. Por primera vez me sentí vigilada, era como si alguien estaba mirando atentamente mis movimientos.

Apreté con fuerza la carpeta contra mi pecho y empecé a caminar.

La oscuridad hacía que el pasillo pareciera largo y sin fin. Mis pasos hacían eco, dándole un toque terrorífico a la escena. Caminé más rápido y, cuando llegué delante de la puerta, miré la hora en mi reloj de pulsera. Había llegado diez minutos antes y esperaba encontrar a mi profesor dentro, no me gustaba quedarme sola en el pasillo.

Toqué a la puerta y, cuando escuché su voz, respiré con alivio, relajando mis hombros.

—Pasa.

Entré en la habitación y me sorprendió la luz brillante que la bañaba. La última vez que estuve allí, la oscuridad tuvo el protagonismo y la luz apenas asomaba la cabeza.

—Hola, Julia —dijo él y golpeó el escritorio con su bastón—. Siéntate, por favor.

—Hola. —Me senté y dejé el libro encima de la mesa—. Gracias por haber dejado las persianas levantadas.

—Intento hacer que te sientas cómoda. La oscuridad puede ser desagradable, sientes mucha soledad y los fantasmas nos comen vivos.

Sus palabras transmitían mucho dolor, y por primera vez dejé de sentir vergüenza. Me levanté y rodeé el escritorio. Llegué delante de él y coloqué mi mano encima de la suya. Agarró con fuerza el bastón y giró la cabeza.

—Tienes los dedos muy fríos —susurró.

—Y tú la mano muy caliente...

—Julia, mejor te sientas —dijo cortante y retiré mi mano—. Nos están vigilando. —Mis ojos se agrandaron y empecé a retroceder—. Tienes que actuar con normalidad —susurró.

—¿Qué pasa en esta academia? —pregunté y me senté—. Empiezo a sentir miedo... no me gusta estar aquí. Llevo unos días con una angustia que no me deja descansar por las noches. Cada ruido me sobresalta...

—Sabes que puedes irte cuando quieras, nadie te obliga quedarte aquí.

—No quiero irme. —Negué con la cabeza—. Tengo amigos maravillosos aquí y tú... bueno, me gustan las clases.

—Te entiendo, Julia. A mí tampoco me gusta estar aquí, pero desde que te conocí... —Dejó de hablar y se echó hacia atrás—. No puedo decirte nada más ahora, pero hay una reunión en el jardín. Mañana por la noche quiero que salgas de tu habitación sin que te vean. Hay solo dos cámaras en el pasillo. Una está a la derecha y graba la entrada. La otra está a la izquierda y graba el pasillo. Si te arrimas a la pared puedes recorrer el pasillo sin que te vean. — Mis ojos empezaron a recorrer su perfecto rostro. Encontraron los labios y suspiré—. Julia...

—Sí —contesté y tragué saliva.

Su voz sonó muy firme y no estaba acostumbrada a que me hablara así. Cuando estiró la mano, el puño de la camisa se movió y mostró un tatuaje.

—Deja de mirarme y presta atención, por favor.

—¿Tienes tatuajes? —pregunté y giró la cabeza.

Por un instante, sus ojos se clavaron en los míos y tuve la sensación de que su mirada vacía y apagada me estaba observando. Tiró de la camisa hacia abajo y cubrió el tatuaje.

—No es el momento adecuado para hablar de mí —dijo cortante—. Hay ciertas cosas que podrían confundirte, hacerte cambiar de opinión y no quiero que eso pase. Te debo muchas explicaciones, pero no ahora.

—Está bien.

—Sin embargo, necesito que me hagas un favor. —Movié su mano hacia mí y dejó encima del escritorio un papelito—. Quiero que leas en voz alta lo que hay escrito allí.

Tomé el trozo de papel y miré las letras con el ceño fruncido.

—Es en francés y no sé si puedo leerlo correctamente —dije bajito.

—Léelas, Julia. No importa si lo haces bien o mal. Necesito saber lo que pone allí.

Me aclaré la garganta y empecé a leer en voz alta. *Pour l'amour vrai, nous*

suirons le plan d'urgence[17]...

Durante media hora, mis ojos danzaron entre las letras, intentando leer el texto que Julien me había indicado. Cuando terminé, alcé la mirada y dejé el papelito encima del escritorio.

—Muy bien —dijo él pensativo.

—No lo entiendo.

—Yo sí, gracias, Julia. —Se puso de pie y agarró su bastón—. No olvides que te espero en el jardín esta noche a las doce.

—No faltaré —sonreí y me puse de pie—. ¿Tengo tareas?

—Sí, tienes que imaginarte un beso perfecto y quiero que la próxima vez me lo describas. —Llegó a mi lado y alzó la cabeza.

—No creo que sea una buena idea, no sé ni por dónde empezar —dije en voz baja.

—Bueno, supongo que has visto películas románticas. Empieza por allí —sugirió.

—Lo intentaré. Hoy te noto diferente, más tenso de lo normal. ¿Ha pasado algo?

—Sí y no. —Estiró una mano y la colocó encima de mi hombro—. «Sí» es porque no dejo de pensar en ti... —Sus dedos acariciaron mi cuello y jadeé—. «No» es porque nada me sorprende ya. Siempre lo mismo... estoy cansado.

Atrapé su mano y la llevé a mis labios. Besé los nudillos uno por uno y luego le di un apretón.

—Yo también pienso en ti, Julien. Más de lo normal y quiero ayudarte, quiero aliviar tu dolor.

—No, soy yo quien tiene que curarte a ti y devolverte la confianza que perdiste. Quiero que te mires en el espejo y que encuentres la belleza que irradia en tu rostro, en tu cuerpo y en tu alma. Nadie es perfecto, Julia.

—Odio mirarme en el espejo, pero lo haré por ti.

Solté su mano y él retrocedió.

—Nos vemos esta noche —murmuró con una sutil sonrisa en sus labios—.

Bueno, serás tú quien me vea.

—Siempre...

Abrí la puerta y salí de la habitación a toda prisa. Su presencia y su voz me ponían muy nerviosa; hacían que mi mente se empeñara en jugar con mis deseos. Levanté la vista despacio y busqué con la mirada las cámaras. Cuando las encontré, agaché la cabeza y caminé rápidamente. Julien y Amelia tenían razón, nos estaban vigilando.

Capítulo 35

Amelia

Tenía clases y estaba nerviosa. Adrien me había dicho que tenían que ser intensas para que nadie sospechara nada y eso calentaba mi sangre al máximo. Bastaba una mirada suya para hacerme temblar y despertar un inevitable deseo.

Caminé por el pasillo intentando evitar mirar a las cámaras, pero fue imposible porque mis ojos parecían tener un imán hacia ellas. Eran dos, una vigilaba las puertas de las aulas y la otra el pasillo.

Por alguna razón, no confiaba en Brigitte. Había algo que me resultaba extraño y estaba decidida a averiguarlo.

Llegué delante de la puerta y toqué dos veces.

—Pasa —contestó Adrien.

Abrí la puerta y lo encontré escribiendo algo en su ordenador. Me preguntaba si tenía acceso a Internet, porque podría contactar con mi hermano y pedirle ayuda.

—Siéntate y no me mires. —Su voz inexpresiva me heló los huesos.

—¿Pasa algo? —Mis ojos se abrieron rápidamente, perplejos.

—Sí —respondió con total seriedad—. Quiero que abras el libro y finjas que estás leyendo.

—Pero...

—Te explicaré qué pasa, pero no ahora —aclaró.

Abrí el libro y agaché la cabeza. Empecé a mover los labios, pero no podía tranquilizar mis nervios. La actitud fría de Adrien recorrió mi cuerpo como una energía vibrante, una que encendió mi cuerpo en una hoguera de emociones nuevas y atrapó mi corazón silenciosamente.

Mientras se me revolvía el estómago, intenté enfocar mi vista en las letras que bailaban delante de mis ojos.

—Hace unos años... —dijo y levanté una ceja—. Los ojos en el libro, Amelia. —Su voz aterciopelada me hizo sentir increíblemente nerviosa y me mordí el labio para no protestar. Estaba demasiado atrapada en esa oleada de emociones para discutir con él—. Mi madre empezó a trabajar para una persona con gran impacto en la sociedad —empezó a explicar—. Cuando las cosas se pusieron feas, ella empezó a temer por su vida.

—¿Y qué hizo? —pregunté titubeante y arrugué la nariz hacia él.

Por unos segundos mis ojos conectaron con los suyos y la habitación se quedó en silencio. Sentí un cálido y familiar cosquilleo en mi estómago y dejé que mi mente cayese en la relajación.

—Si después de esta clase no quieres volver a verme, lo entenderé —dijo con tristeza—. No quiero hacerte daño y no me gusta hablarte así, pero tengo que hacerlo.

—No entiendo por qué me dices todo esto. —Lo miré con el rabillo del ojo.

—Lo entenderás. —Estiró la mano y sus dedos tocaron mi brazo, enviando un hormigueo por mi cuerpo—. Puede que no te guste la verdad, pero tengo que intentarlo. —Su voz tembló ligeramente.

—Quiero saberlo —susurré, intentando cepillar mis pensamientos—. Creo que puedo manejar esto —prometí con adoración.

—Bien. ¿Pero puedes manejar esto...? —Deslizó despacio sus dedos por mi brazo.

El calor que salía de sus dedos mientras acariciaba mi piel envió sacudidas de placer a través de mi cuerpo. Absorbí una respiración profunda y sonreí tímidamente.

—Sí, puedo —contesté con firmeza.

Adrien se levantó y se acercó cautelosamente. Rodeó la silla y se colocó detrás de mí. Mordisqueó mi oreja y su toque tuvo un enlace directo con cada parte de mi cuerpo.

—¿Y esto? —preguntó con severidad—. Tienes que hacerlo, Amelia... tienes que resistir a mis toques...

—¿Por qué? —repliqué. Él respiró hondo.

—Porque solo así puedo salir vivo de aquí. —Respiró pesadamente—. Tenemos que engañar a mi madre. Ella sabe que nos gustamos —susurró en mi oído—. Ella nos está mirando ahora mismo. Quiero que te levantes y que golpees mi mejilla fuertemente. Quiero que te vea molesta conmigo...

—No puedo —dije, tratando de evitar que mi voz temblara.

—Hazlo si quieres ayudarme. —Su cuerpo se tensó, pero no se movió—. Por favor, confía en mí.

Me levanté de golpe y él se echó hacia atrás. Sus ojos se suavizaron y supe que me decía la verdad, pero tenía miedo. Él leyó la mirada confusa en mi cara y cerró los puños.

—¡Ahora! —ordenó con confianza.

Di un paso hacia delante y levanté la mano. Golpeé su mejilla izquierda con fuerza y cerré los ojos enseguida.

—No pares —susurró—. Empújame.

Lo empujé, incapaz de contener las lágrimas y abrí los ojos. Lo miré desesperada buscando su perdón y cuando me guiñó un ojo, asentí.

—¡Vete de aquí! —Su voz fue baja y mandó escalofríos por mi columna.

—Pero... —Fijé la mirada en el suelo.

—¡Fuera! —Se acercó y me agarró por el brazo—. Tiró suavemente y abrió la puerta—. Te quiero —susurró, mirándome impotentemente—. Te espero en el jardín esta noche.

Adrien me cerró la puerta en la cara y me sobresalté violentamente. Tomé una bocanada de aire mugriento, la sostuve y volví a exhalarla como si fuera

humo de un cigarrillo. Me enderecé y sentí que me recorría un largo escalofrío.

Desde el interior se escuchó un fuerte ruido, varios golpes secos y algo cayendo al suelo, luego rebotando varias veces. Intenté girar el pomo, pero estaba bloqueado; Adrien había cerrado la puerta con llave.

Me quedé por un momento completamente quieta. El ruido había cesado y solo se escuchaba mi respiración entrecortada.

Sequé mis lágrimas y me obligué a caminar. La bofetada que le había propinado a Adrien dolió, estranguló mi corazón y me impactó. Nunca había golpeado a nadie y se sintió horrible.

Me dijo que me quería, sus palabras fueron como un rayo de luz esperanzador en la oscuridad que nos rodeaba, iluminando cada rincón y despejando muchas sombras.

Pasaron tres semanas desde que había llegado a ese lugar y empezaba a odiarlo. Deseaba huir y llevarme a Adrien conmigo.

Había desarrollado sentimientos por él y me gustaba cómo pensaba y cómo me miraba. Tenía que confiar en él porque me había prometido explicármelo todo.

Capítulo 36

Anthony

Me había escabullido al jardín para robar un par de rosas. Había escrito una carta y había limpiado el lugar que había encontrado para la cita. Era una pequeña terraza rodeada de rejas con vista hacia la ciudad. Todo era perfecto, y solo faltaba encontrar la ropa adecuada para ponerme. En el libro, Alan llevaba camisetitas y yo solo había traído camisas.

Se me ocurrió pedirle prestada a Mark una de las suyas. Estaba seguro de que no le importaría, cada día lo veía con una diferente. Toqué a su puerta y me quedé esperando.

—Necesito hablar contigo —dijo Chloe acercándose a mí—. Sígueme.

—Pero...

Mark abrió la puerta de la habitación y se quedó mirándonos confundido.

—¿Hola?

—Hola y adiós —dijo ella y me agarró por el brazo—. No puede esperar, lo siento.

—Luego hablamos, Mark —murmuré y él asintió con la cabeza.

Seguí a Chloe hasta al final del pasillo y, cuando se dispuso a abrir la puerta de la habitación, me coloqué delante de ella.

—Espera, aun falta algo y no quiero que estropees la sorpresa.

Me estudió durante un largo, sofocante momento, y esbozó una triste sonrisa.

—Oh, lo siento... yo... necesito hablar contigo. De verdad que lo siento.

—Está bien, no importa —le aseguré, esforzándome por mantener mi voz apacible.

Abrí la puerta y dejé que su cabeza se asomara para registrar el área.

—Es precioso. —Se volvió hacia mí—. Es justo lo que haría Alan.

—Ya, pero no me diste tiempo a cambiarme de ropa.

—Es perfecto. —Me agarró por la camisa y me arrastró hacia la barandilla—. Se ve la ciudad... Y nosotros estamos atrapados aquí.

—Chloe, ¿qué pasa?

Se giró para mirarme y se quedó quieta. Sus ojos miraron con atención mi cuello, y cuando estiró una mano para tocar mi piel, retrocedí.

—Si quieres tocar las cicatrices, te dejaré después de contarte la historia que hay detrás —suspiré—. Prefiero no hacerlo en este momento.

—Tranquilo, no voy a obligarte. Sin embargo, yo tengo que contarte la verdad. —Se mordió los labios y cerró los ojos—. No quiero perderte, no quiero que pienses que te engañé. Te dije que nunca te haría daño y no lo voy a hacer.

—Abre los ojos —susurré—. No voy a ir a ninguna parte.

—Eso espero...

Se quedó mirándome fijamente, como si quisiera grabar ese momento para siempre en su mente.

—Lo siento —dijo—. Eres realmente una distracción.

—Bueno, tú también, *belle* —dije con una lenta contemplación.

Sus hombros se alzaron con una profunda inhalación.

—Este lugar es una cárcel. —Agachó la mirada—. No soy profesora, soy una impostora, una ladrona.

Tragó saliva y apretó los puños.

—¿Qué? —Retrocedí hasta que choqué contra la mesa—. ¿Quién eres? ¿Qué hiciste?

—Soy... ya no sé ni quién soy. A los quince años huí de casa y conocí a Alice. Encontrarla fue lo mejor que me haya pasado. Se convirtió en mi mejor

amiga, en una hermana... —suspiró—. Juntas hemos sobrevivido al mundo oscuro de las calles. Y lo hicimos robando. Pero solo a la gente rica. Así conocimos a los demás.

—¿A los demás profesores? ¿Sois ladrones todos?

—Y presos. Esta noche vamos a explicaros todo.

Parpadeé atónito. Me había inscrito a un curso para aprender a confiar de nuevo en las personas, especialmente en las mujeres, y todo resultó ser un engaño. ¿Pero para qué? ¿Qué querían conseguir con esa farsa?

—Me mentiste.

—No, Anthony. Te dije que nunca te haría daño y no lo voy a hacer. Me gustas y mucho.

Se acercó y tomó mi rostro entre sus manos. El calor de su toque me hizo querer apoyarme en ella.

—También me gustas, pero... esto...

—Te lo explicaremos todo. Quería que supieras antes, y quiero que confíes en mí. Todo lo que pasó hasta ahora entre nosotros es real —dijo, poniendo sus manos sobre las mías.

—No entiendo. ¿Qué hacemos nosotros aquí? ¿Somos estudiantes? ¿Qué somos?

Debió de haberse mostrado en mi rostro que estaba confuso y que lo decía en serio, porque torció el gesto. Sus manos se deslizaron fuera y su boca encontró la mía en un caliente y tierno beso. Se sintió como si mi vida estuviera en caída libre.

No podía decidir dónde poner primero mis manos. Me sentía afortunado, sus labios sabían a vida y a promesas. Deslicé mis manos alrededor de su estrecha cintura y cavé mis dedos en su trasero. La presión fue suficiente para hacer que gimiera en mi boca.

—Anthony... —Mi nombre era un roto sonido entre plegaria y gemido—. Me gustas mucho, vales la pena el riesgo.

Acarició mi mejilla con el dorso de su mano. Su mirada no se apartó de mis

ojos.

—Confiaré en ti, pero si me decepcionas... —Me apoyé en su mano—. Me dejarás más roto de lo que estoy.

—No lo haré. —Estiró el cuello y me besó—. La mejor cita que tuve en años. Gracias.

Capítulo 37

Mark

—¿Quieres abrir esta maldita puerta?

Abrí los ojos y miré a mi alrededor, asustado. Los golpes me sobresaltaron y me deslicé fuera de la cama sin importarme lo que llevaba puesto. Cuando abrí la puerta, la oscuridad no me dejó ver el rostro de esa hermosa voz femenina, pero sabía que era mi profesora.

Me empujó hacia dentro y cerró la puerta detrás de ella. Busqué con la mano el interruptor, pero ella me la atrapó, impidiéndomelo.

—No lo hagas, Mark —susurró—. No quiero que Brigitte sepa que estoy aquí.

—¿Pasa algo? —Me acerqué a ella y aspiré su aroma floral—. La noto tensa...

—Trátame de tú —murmuró y colocó mi mano en su pecho, justo encima de su corazón—. Creo que te ganaste este derecho.

—Lo haré, Alice. —Tragué saliva intentando descifrar lo que estaba pasando.

—Olvida que soy tu profesora. —Apretó mi mano—. Olvida por qué estás aquí.

—No entiendo que pasa. —Su pulso martilleaba bajo mi mano y algo me decía que estaba asustada.

—¿Leíste el libro?

—Lo leí, pero si vamos a hacer tareas ahora...

—¿Qué piensas de la historia? Necesito saberlo.

Permanecí quieto por un momento, hasta que pronuncié la idea que más me asustaba.

—Pienso que a veces hay que dar segundas oportunidades y pienso que el amor puede sanar heridas. —No sabía cuál era la expresión de mi cara y odiaba estar a oscuras, necesitaba ver sus ojos.

—Necesito tu ayuda... yo... bueno, esta no es una academia —susurró y llevó mi mano a sus labios—. Es una cárcel.

Mi aliento se quedó atrapado en la garganta y mi cuerpo se tensó. Cuando besó mi mano, tragué aire profundamente y me alejé.

—¿Qué quieres decir? —Busqué su rostro en la oscuridad.

—Si vienes esta noche al jardín, te lo explicaremos. Pero tienes que hacerlo con cuidado... hay cámaras de vigilancia en el pasillo y Brigitte nos está vigilando. —Llegó delante de mí y tomó mi rostro en sus manos—. Sé que no es justo pedirte esto, nos conocemos muy poco, pero hay algo que me hace confiar en ti.

—Alice... —suspiré—. No soy de confiar. Todo me sale mal, todos me rechazan. Dicen que soy una persona fría y que no tengo sentimientos.

—No es verdad. —Acarició mi rostro con sus dedos pulgares—. Tu mirada no miente...

—Mi vida es un caos. Cuando me apunté a este curso, no dije nada a nadie. Quiero mejorar como persona y pensé que tú o que esta academia podrían ayudarme —dije con tristeza—. Veo que fue un engaño.

—No. —Descansó su frente contra la mía—. Lo que pasa entre nosotros no es un engaño. Me gustas.

Apreté los labios deseando mirarla a los ojos en ese momento, necesitaba saber si decía la verdad. Las chicas que me decían eso siempre terminaban odiándome.

—No mientas —susurré—. Si quieres mi ayuda, la tienes... pero...

Bajó las manos a mi cuello y me besó apasionadamente. Su lengua separó mis labios, y respondí con la misma urgencia. Intenté hacer lo mismo que ella, no quería decepcionarla.

Deslicé mis manos por su espalda hasta su trasero y apreté suavemente. Gimió en mi boca y mordió suavemente mis labios.

—No está mal —dijo bajito—. Se puede mejorar—. Acarició mis labios y besó la punta de mi nariz.

—¿Por qué lo hiciste? —pregunté con agitación.

—Porque me gustas —susurró en mi oído—. Porque quiero conocerte mejor.

—Se supone que no nos podemos besar...

—¿Dónde has leído eso? —Besó rápidamente mis labios—. Esta es una academia para aprender a besar.

—Es una cárcel, y si estás aquí es por algo. —Se alejó y en ese momento me arrepentí de haberle dicho eso—. No quise decir eso —gruñí—. ¿Ves cómo lo estropeo todo? —Tienes todo el derecho, Mark. Estoy aquí por algo...

—¿Qué hiciste? —Fruncí el ceño ligeramente—. ¿Por qué estás aquí?

—Te dije que esta noche hay una reunión de profesores y alumnos a las doce. Os vamos a contar la verdad, pero quiero saber si puedo contar contigo. No quiero que pienses mal.

—Solo si no mataste a nadie —reí con nerviosismo.

—Nunca haría algo así. —Se acercó y me besó otra vez. Lo hizo despacio y saboreando mis labios, llevándome por un sendero desconocido. Nunca había sentido algo parecido, tan embriagador y placentero. Poco a poco mis labios tomaron el mismo ritmo que los suyos y las sensaciones me dejaron sin aliento. Deseaba más, deseaba tocarla y hacerla mía. Pero tenía que frenar esos impulsos; siempre estropearon los mejores momentos de mi vida.

Rompió el beso y se alejó.

—Me tengo que ir. Brigitte viene cada noche a las once para comprobar que estamos en las habitaciones. Nos vemos luego. —Abrió la puerta y salió sigilosamente.

Parpadeé varias veces intentando asimilar lo que había pasado y sonreí. Por primera vez había sentido la magia de un beso.

Capítulo 38

Amelia

Cerré la puerta silenciosamente y me pegué a la pared. Aguanté la respiración y empecé a moverme despacio. Nada de lo que veía me proporcionaba tranquilidad ni cobijo, ni tampoco la comodidad hogareña que se obtenía al sentirse segura. Las decoraciones, tanto en ventanas como puertas, elegantes y antiguas, no hacían más que acrecentar su tétrico panorama. Tragué saliva con tan solo pensar que podría encontrarme con Brigitte.

Solamente se oía el eco de mis firmes y lentos pasos. Habíamos quedado en abandonar las habitaciones a cada diez minutos de diferencia. Seguramente los demás ya estaban en el jardín, yo era la última en salir.

Escuché movimientos y me quedé quieta. Miré a mi derecha y no había nada, pero cuando miré hacia la izquierda, vi una silueta de mujer acercándose. Cerré los ojos por instinto, pero sabía que eso no ayudaba, ella me había visto.

Llegó a mi lado y me agarró por el brazo.

—¿Qué haces aquí a estas horas? —preguntó Brigitte mientras me sacudía.

—Tengo hambre —mentí y abrí los ojos.

—Sabes que no tienes permitido salir por las noches. —Aflojó su agarre—. Te dije que es peligroso.

—Lo sé, pero me duele mucho el estómago...

—Por cierto. —Estudió atentamente mi rostro—. Pensé que te gustaba mi hijo.

Inclinó la cabeza hacia un lado como si estuviera pensando, luego me lanzó una mirada perdida.

Mi aliento se quedó atrapado en la garganta cuando recordé la bofetada que le había propinado a Adrien. Él tenía razón cuando dijo que su madre nos estaba vigilando por las cámaras de seguridad, y tenía que seguir con la misma jugada, fingiendo que eso era verdad.

—Su hijo me faltó el respeto. —Levanté la barbilla desafiante.

—¿Cómo te atreves? —Apretó mi brazo fuertemente—. Mi hijo...

—Su hijo es un maleducado. —Cerré los ojos con fuerza, esperando alguna bofetada por su parte. Una que no llegó.

Abrí solo un ojo y la miré. Había cerrado los ojos y agachado la cabeza.

—Mi hijo... es así por mi culpa —susurró—. Me arrepiento por lo que hice. Él nunca me perdonó. Él me odia como todos los demás.

—¿De qué está hablando? —Tiré de mi brazo y ella me soltó.

—Yo solo quiero ayudarles, pero no me creen. Tienen miedo de mí —murmuró y dio un paso hacia atrás—. Intenta dejar la cocina recogida. —Giró sobre sus talones y se alejó, me dejó temblando y con dudas. Esa mujer me estaba confundiendo demasiado y necesitaba respuestas para salir de dudas.

Miré a las cámaras de seguridad y empecé a caminar por el pasillo mientras intentaba atar los cabos sueltos. Los supuestos profesores estaban encerrados por algo y Brigitte intentaba ayudarles, pero ninguno confiaba en ella. ¿Qué había hecho esa mujer?

Llegué delante de la puerta trasera y, cuando la abrí, un aire fresco golpeó mi rostro y estremeció todo mi ser.

Unas manos cálidas y fuertes rodearon mi cintura. Sonreí y eché la cabeza hacia atrás.

—*Bonsoir ma petite*[18]. —Por el tono de su voz, pude notar que estaba sonriendo.

—*Bonsoir* —contesté y me di la vuelta.

Sus brazos seguían alrededor de mi cintura y me sentía protegida y arropada. Estiré una mano y acaricié su mejilla, justo donde lo había golpeado.

—Lo siento —susurré y él negó con la cabeza.

—Lo importante es que mi madre se lo creyó.

Parpadeé, el frío fue reemplazado por un calor que impregnó mis ojos y mis mejillas. Agarró mi mandíbula con suavidad y me obligó a mirarlo. Mis ojos volvieron a parpadear y caímos en un silencio tenso. No podía decir lo que pensaba y yo no sabía exactamente cómo reaccionar. Estaba segura de que él quería besarme, pero por alguna razón, contenía sus ganas.

—Espero no decepcionarte —dijo al final—. No quiero perderte, ni tampoco lo que tenemos hasta ahora. Llevas solo un par de semanas aquí pero se sintió como una vida entera.

—No voy a ir a ninguna parte. Vamos a salir de aquí, juntos.

—Gracias...

—¿Qué hizo tu madre? —pregunté, y en ese momento nuestras miradas se cruzaron de nuevo.

—Algo que nunca haría una madre. —Cerró los ojos y respiró hondo.

Pude ver cómo estaba luchando contra su enfado, su dolor... cómo intentaba tragarse la respuesta sincera que pugnaba por salir.

Lo miré con cariño mientras me rodeaba con su calor y su fragancia. En ese instante me pregunté cuándo me había enamorado de él. Retuve el aire hasta que empecé a marearme y luego lo solté lentamente, recuperando la cordura.

—Eso es triste, pero ella se arrepiente. No sé, así me dio la impresión cuando habló conmigo.

—Luego te lo cuento, ahora vamos. Los demás nos están esperando. —Se alejó y extendió la mano.

La tomé y caminé en silencio a su lado. Los nervios se acumularon en mi estómago e intenté peinarme con la mano libre para soltar la tensión.

Había llegado la hora de saber la verdad y estaba aterrorizada. Temía lo

peor, aunque Adrien y los demás no parecían malas personas. Me di cuenta de que los unía una amistad especial, una que solo se encuentra raras veces en la vida.

—No tengas miedo. —Apretó mi mano—. Todo saldrá bien. Tengo el plan perfecto para salir de aquí.

Levanté la mirada y me encontré con los demás mirándonos sorprendidos. Me di cuenta de que éramos los únicos que se agarraban de la mano y me sentí incómoda.

Solté la mano de Adrien rápidamente, pero no tenía que haberlo hecho. Un sentimiento de pánico amenazó con regresar. Los conocía a todos, eran como unos amigos para mí, pero llevaba poco tiempo conviviendo con ellos. No confiaba en los demás profesores, apenas tuve la oportunidad de intercambiar palabras con ellos.

El único que me llegó al corazón fue Adrien, pero él también tenía un secreto, y temía lo peor.

—Puedes empezar, Adrien —dijo Claude, el profesor de Mary—. No tenemos mucho tiempo.

Adrien se acercó a mí y me agarró por la cintura, mirándome fijamente a los ojos.

—El plan consiste en hacer que mi madre piense que los profesores intentan abusar de los alumnos... —Mis ojos se agrandaron—. Tiene que pensar que aquí pasan cosas inadecuadas para que vengan a vernos. Necesitamos tener contacto con personas de fuera para hacer que nuestros mensajes lleguen a Armand.

—¿Qué? —preguntó Alice, indignada—. Esta es una mala idea. Él no nos ayudará, no después de lo que pasó.

—Lo hará. —Se giró para enfrentarla—. Necesita dinero.

—¿Cómo piensas pagarlo? —intervino Julien y golpeó el suelo con el bastón—. Te recuerdo que no tenemos nada, no nos pagan.

Aproveché el momento para alejarme de ellos y sentarme al lado de mis

amigos.

Mary y Julia miraban con atención la escena que montaban los profesores y parecían igual de confusas que yo. Los chicos tampoco reaccionaban, pero mostraban cierto desconcierto.

—¡Por favor! —dijo Chloe, la profesora de Anthony—. Estáis olvidando algo. —Nos señaló a los cinco—. Ellos tienen que saber toda la verdad, tienen que saber la razón por la que están aquí. Y todo depende de ellos... —Miró a Anthony—. Nuestra libertad está en sus manos. Si confían y creen que de verdad sentimos algo por ellos.

Julia se aferró a mi cintura y colocó la cabeza en mi hombro. Levanté la mirada y vi que Adrien me miraba con preocupación.

—Tienes razón, Chloe —dijo él y sus ojos se tensaron—. Esto puede ser bastante peligroso y tienen que saber la verdad.

Capítulo 39

Brigitte

Dejé de leer la carta y maldije en voz alta. Era la quinta vez que intentaban cerrar el proyecto y, si eso pasaba, mi hijo y los demás entrarían en una cárcel de máxima seguridad.

La presión de los medios de comunicación se hacía cada vez más fuerte, y West terminaría por ceder.

Les había enviado las grabaciones nuevas, en las que se veía claramente cómo el comportamiento de los presos había cambiado. Ellos necesitaban ver que tenían sentimientos y que nunca más iban a cometer errores y delitos.

Sabía que eran culpables y que merecían la condena, pero no podía dejar de luchar por ellos, por mi hijo. Estaban privados de libertad por mi culpa.

Adrien tenía que cumplir una condena de diez años por mi imprudencia. Él y los demás me culpaban, y tenían toda la razón.

—¿Quieres explicarme esto, Adrien? —Tiré la carpeta encima de su cama.

—¿Has buscado entre mis cosas? —contestó con enfado—. ¡Deja de meterte en mi vida!

—No te quiero cerca de mi jefe, ¿entendiste? —Me acerqué a la cama y tomé la carpeta—. Es una persona muy conocida...

—Siempre pensando mal de mí, mamá.

—Tienes todos sus datos, incluso el horario de cada día. —Me acerqué a él—. Estoy harta de cubrirte, de salvarte... ¿necesitas dinero?

—Y yo estoy harto de ti.

—Los robos han aumentado, tus amigos son una mala influencia, no te reconozco... tú no eres mi hijo. —Cerré los ojos con fuerza.

—Sabes que no me das lástima —dijo fríamente—. Engañaste a papá con... con este hombre. Se merece quedar sin nada.

—¡No lo hagas, Adrien!

—¿Por qué no? —Me miró fijamente—. ¿Lo amas?

—Sabes que no.

—¡No lo sé! —vociferó—. Solo sé que papá está sufriendo.

—No sabes la verdad, hijo.

—Pues dímelas, ¿qué esperas?

—No puedo, no ahora. —Negué con la cabeza—. Y todo esto tiene que terminar. No intentes robar a West, acabarás en prisión.

—Me voy, mamá. —Arrancó la carpeta de mis manos—. Y tú no me lo vas a impedir.

—O sí —dije con tristeza.

Me arrepentía de lo que había hecho. Pensé que West había entendido la situación de mi hijo, pero no fue así. Me engañó, me hizo creer que no avisaría a los policías y que las alarmas de la casa estarían desactivadas. Le conté el plan de mi hijo y confié en sus palabras.

Lo odié, todos mis sentimientos hacia él se volvieron confusos aquel día. Mi corazón sufrió, tanto que dejó de sentir por él.

West actuó con crueldad y castigó a mi hijo y sus amigos. Me dijo que tuvo sus razones, pero nunca se molestó en contármelas.

No obstante, le debía mucho, me había contratado a pesar de tener un pasado oscuro y me cuidó durante todos los años que estuve trabajando para él.

Estuve encerrada cinco años en una cárcel de mujeres por haber robado una farmacia. Lo hice por necesidad, mis padres estaban enfermos.

Ellos se habían quedado sin dinero cuando yo tenía apenas veinte años. Lo que yo ganaba no cubría los gastos y luchaba todos días para que no nos echaran a la calle. Comida nos traían los vecinos, pero los medicamentos eran imposibles de conseguir. En una de las noches, intenté robar la farmacia de nuestro barrio. Me pillaron y me encerraron. Mis padres se quedaron solos, y después de medio año, los echaron a la calle. Al poco tiempo después, murieron los dos y ni siquiera me había despedido de ellos.

Las luces de la habitación empezaron a parpadear y supe que la alarma silenciosa se había activado. Alguien había salido al exterior y estaba segura de que eran los supuestos profesores.

Me acerqué a las pantallas, pero las cámaras no mostraron nada. Doblé rápidamente la carta y la guardé en el bolsillo de mi vestido. Tenía que llegar antes que los guardias y cubrirlos, como siempre lo hacía. No era la primera vez que se saltaban las reglas. Hace medio año, intentaron huir y ataron a todos los guardias. Cuando salieron por la puerta principal, West y los policías los interceptaron. La alarma silenciosa estaba conectada con la oficina de West y con la sede central de la comisaría.

Salí de la habitación y eché a correr. La casa estaba en silencio y solo se escuchaban mis pisadas rápidas, acompañadas de mi respiración entrecortada. Pasé por delante de la habitación de mi hijo y dejé de correr.

Me acerqué y, como no tenía tiempo suficiente para esperar a que él abriera la puerta, saqué las llaves de mi bolsillo y me dispuse a abrirla. Giré el pomo y entré. Gruñí en voz baja cuando vi la cama vacía. Estaba a oscuras, pero la luz del pasillo iluminaba lo suficiente para darme cuenta de que él no estaba en su habitación.

Algo estaba tramando, y tenía que actuar de inmediato para impedir que lo descubrieran. Sus planes eran intrépidos y siempre terminaban mal, sacudiéndolo de mala suerte.

Traté de recobrar la calma y el equilibrio tan pronto como pude, y abandoné la habitación.

Choqué contra un cuerpo firme y agrandé los ojos cuando lo vi. Mi respiración se quedó atascada en la garganta y mi cabeza se sacudió salvajemente.

—Te estaba buscando —dijo él examinando mi rostro con atención—. La alarma se activó hace media hora, alguien intenta fugarse otra vez.

—¿Qué haces aquí, West? —Me quedé mirándolo. No había cambiado nada, ese hermoso hombre parecía no envejecer. Todo mi esfuerzo por evitar recordar lo que sentía por él, las veces que me había ofrecido su ayuda desinteresada y las miradas intensas que chocaron entre nosotros varias veces, acababa de esfumarse—. Lo tengo todo controlado.

—Parece que no, Brigitte. —Me agarró por el brazo—. Y esta es mi propiedad, puedo venir aquí cuando me da la gana.

La expresión en su rostro no estaba tan entusiasmada.

—Es peligroso para ti —susurré.

—¿Y para ti, no? Vives con estos presos todos los días. —Empezó a caminar, arrastrándome con él—. Quiero conocer a los alumnos de este año.

—Yo me encargo de la alarma. Espérame en la biblioteca.

Me miró unos largos segundos y me soltó. Alzó la mano y acarició mi mejilla suavemente. Pequeñas chispas de energía parpadearon entre nosotros como pequeñas descargas eléctricas. Su boca se curvó en los lados, satisfecho con mi reacción. Habló despacio.

—Tan hermosa... —suspiró—. Está bien. No tardes, no tengo toda la noche.

Me di vuelta y caminé sin mirar atrás. Tenía que encontrar la manera de esconder a mi hijo sin levantar sospechas, West no podía enterarse de que fue él quien había activado la alarma. Eso podría subirle la condena unos años más.

Capítulo 40

West

Había salido de mi casa en el medio de la noche porque se había activado la alarma silenciosa de la academia. Me había sorprendido que, la última vez que había hablado con Brigitte, ella me había asegurado que todo estaba bien. No quería problemas, los periodistas me perseguían a todos los lados; cazaban informaciones y polémicas relacionadas con mi proyecto.

Los primeros meses, se había mediatizado todo durante las veinticuatro horas del día. Se hicieron protestas, incluso intentaron cerrar la academia. No dejaron pasar los coches de *catering* con los alimentos y bloquearon la salida de los guardias que trabajaban allí.

Tuve que hablar con el alcalde y pedirle su ayuda. Aceptó y organizó una conferencia de prensa para tranquilizar a la población. Les aseguró que el proyecto era un experimento, que la academia era una institución de rehabilitación para los presos jóvenes y que no había ningún peligro porque que estaban bajo vigilancia constantemente.

Me senté en el sillón de la biblioteca y cerré los ojos, sintiendo en mis párpados la oscuridad que amenazaba con apresarme para siempre con ella. Sin embargo, vencí mis instintos y abrí los ojos, contemplando los estantes de libros viejos. La oscuridad se me antojaba como algo ordinario a esas alturas, y mis ojos ya estaban acostumbrados a lidiar con ella. Me sentía cansado y derrotado, junto al inicio del desmoronamiento de mi utopía. Brigitte. No

quería verla como un problema que tenía que resolver. No era una ecuación. Los dos luchábamos por la misma causa, pero aun así percibía cierto odio cada vez que ella me dirigía la palabra. Solo había hecho lo justo y necesario para ayudarla a salir de su propio infierno.

La última vez que la vi, lo pasé mal. Ella no quiso verme y los presos me insultaron. Dejé de aparecer por allí porque necesitaba organizar mi vida. Había dejado de lado a mis amigos y a la poca familia que me quedaba. El proyecto, la academia y los empleados ocuparon la gran parte de mi agenda y mi tiempo libre.

Había conseguido solo frustración. Fallé cuando había intentado conectar conmigo mismo y poner las expectativas en el primer plano. De nada sirvió dejar todos mis sentimientos abandonados.

En los momentos de vulnerabilidad, cogía el coche y me paraba delante de la academia, con la esperanza de verla. Me había enamorado de una sombra, de una mujer que solo existía en mis sueños. Todo me recordaba a ella, y por más que había intentado olvidarla, no lo conseguí. Brigitte, la mujer más hermosa que había visto, con un pasado deforme y oscuro, atormentaba mis noches.

Recordé cuando la vi por primera vez y esboqué una media sonrisa.

*—¿Por qué quieres trabajar aquí? —pregunté y ella alzó la mirada.
Sus hermosos ojos color azul, recorrieron mi rostro con una intensidad que me puso nervioso al instante.*

—Escuché que usted contrata personas para formarlas, y como no tengo estudios...

—Has estado en una cárcel. —Toqué mi barbilla, pensativo—. ¿Se puede saber por qué?

—Por robo. —Apartó la mirada—. Fue por necesidad... Ahora tengo un hijo de quince años y mi marido se quedó sin trabajo.

—Entiendo. —Me puse de pie, necesitaba dejar de mirarla. Su belleza no tenía límite—. ¿Puedo confiar en ti?

—Sí. —Giró la cabeza—. Necesito este trabajo y...

—Si te contrato, tendrás que sacrificar tu tiempo libre. Necesito a una persona que esté pendiente de mi horario las veinticuatro horas. Tendrás que viajar también...

—No hay problema, señor West.

—Llámame solo West.

Se puso de pie y se acercó. Extendió una mano y enseguida se la estreché. Reprimí un temblor y sonreí gentilmente, frotándole el reverso de la mano con el pulgar.

Me gustaba la calidez de su mano, y por unos segundos el mundo se desvaneció a mi alrededor, rodeándonos con un silencio extraño.

—Gracias, West. —Apartó la mano e inmediatamente sentí la pérdida.

Su inteligencia y su empeño me conquistaron, y mi confianza aumentó con el tiempo. Ella llevaba todas las cuentas de mis gastos y nunca me había faltado ningún céntimo.

Brigitte era todo lo contrario a su hijo y a su marido. Muchas veces la vi llorando a escondidas y sabía que era por la situación que vivía en su casa. Un hijo ladrón y un marido borracho eran lo que le amargaba los días.

Nunca intenté cruzar los límites, aunque muchas veces había deseado besarla. Mis fantasías tenían su nombre y mis sueños solo mostraban su cuerpo exquisito. No obstante, su marido se puso celoso y pensó lo peor de nosotros. La maltrataba y le pegaba todos los días. Intenté ayudarla, pero ella no quiso admitir nada. Rechazó mi ayuda y se encerró en un mundo lejano y ausente.

Ante los ojos de los demás, su marido era la víctima. Él les había dicho a todos que su mujer se había acostado conmigo por dinero. Intenté desmentir todo y salvar su imagen, pero nadie me creyó. Ni siquiera su hijo.

Brigitte tuvo que enfrentarse sola a los rumores que no paraban de salir, a los golpes de un marido maltratador y a las imprudencias de un hijo ladrón.

En una de esas largas y oscuras noches, las palabras sobraron, nos dijimos lo importante sin hablarnos. Lloró en mis brazos, el dolor que sentía era inevitable.

Al día siguiente, me pidió ayuda y discreción.

—Dime que esta vez no fue tu marido quien te hizo estos moretones. — Examiné atentamente su brazo izquierdo—. Déjalo, Brigitte. Te mereces otra vida. Te estás sacrificando demasiado por ellos...

—No puedo. Mi hijo lo quiere mucho y... y si lo dejo... —Retiró su brazo—. Adrien me odiará.

—Eso no puedes saberlo. Si le explicas...

—No insistas más, por favor —suspiró—. Estoy aquí por otra cosa. Mi hijo se juntó con malas compañías...

—Lo sé, no hace falta que me lo digas.

—Bueno, no sé si contártelo. No sé si confiar...

—Puedes confiar en mí, belle. Ya te dije que tienes mi ayuda.

—Encontré entre las cosas de mi hijo información sobre ti. Sobre tus cuentas, tus horarios, fotos...

—¿Qué me estás diciendo? —Fruncí el ceño—. ¿Tu hijo quiere robarme?

—No lo sé, pero si es así... quiero que tomes medidas. Desconecta las alarmas. No quiero que se lo lleven preso. Es muy joven. Tiene tan solo dieciocho años. Por favor, West.

—¿Me estás pidiendo que los deje entrar en mi casa a robarme? — pregunté confundido—. ¿Y si tienen armas? Podría poner en riesgo mi vida.

—No tienen armas...

—¿Cómo puedes estar segura? —Me pasé las manos por el pelo con nerviosismo—. Tengo que pensarlo. Te daré una respuesta estos días.

Hice lo correcto y me arrepentí. Dolía admitir que me acechaba una culpa contra la que no podía combatir. Lo último que quería era vivir en la mentira durante el resto de mi vida.

Comprendí el sufrimiento de Brigitte. Su vida no fue fácil, y justo cuando

empezó a confiar en mí, le arrebaté la poca estabilidad emocional.

Los ojos tristes y vacíos de Brigitte me acosaban todas las noches. Después del incidente ella no quiso verme y no hubo manera de conseguir su perdón. Le había mentado, pero lo había hecho con buenas intenciones. Tuve que avisar a los policías; los amigos de su hijo eran unos delincuentes.

Con el tiempo me consolé pensando que tal vez mi inconsciente pudo haber activado como mecanismo de defensa mi empeño en desarrollar un magistral plan de ayudarlos a salir de la prisión, por miedo a sufrir en un futuro en el hipotético caso de no conseguir el perdón de Brigitte. Todavía seguía sintiendo un reproche interior hacia mi persona por no habérmela jugado; e incluso una angustia contenida no por aquello que perdí, sino porque no fui lo suficientemente valiente para actuar de otra manera.

Ellos eran muy jóvenes para cumplir una condena en la cárcel de máxima seguridad junto a criminales y asesinos.

El proyecto de una academia para aprender a besar tomó forma en menos de unos meses. Tener fama y ser un hombre rico ayudó a que mi idea disparatada fuera aprobada por el alcalde de la ciudad. El hijo de Brigitte y los demás jóvenes disfrutaron de una oportunidad única en la vida.

Después de cinco años, el alcalde había decidido cerrar la academia y llevarlos a la cárcel para terminar la condena. Se aproximaban las elecciones y quería un gran espectáculo popular. Era el candidato con mayor perspectiva de ganar y no quería bajar la cabeza.

Para impedir que eso ocurriera, había encontrado una excelente salida. Sin embargo, tenía que renunciar a mi libertad. Eso ya no importaba, esos chavales necesitaban una segunda oportunidad. Había visto las grabaciones y el gran esfuerzo que pusieron para cambiar. Ellos desarrollaron habilidades emocionales y conductuales.

Quería devolverles la libertad y ayudarlos a seguir adelante con sus vidas. No obstante, necesitaba asegurarme de que había tomado la decisión correcta y, por eso, había decidido hacerles una visita sorpresa. No sabía que yo

también me iba a llevar una. Alguien había intentado huir y eso podría cambiar mis planes.

Capítulo 41

Adrien

Miré el reloj de pulsera y suspiré. La alarma silenciosa se había activado justo cuando abrí las puertas del jardín y solo mi madre podría apagarla. Pero yo no le había dicho nada de la reunión ni de la escapada que estaba planeando.

Hicimos bastantes reuniones en el jardín, porque mi madre nos lo había permitido. Su trabajo como vigilante de seguridad, a pesar de ser una tapadera, le propiciaba acceso a gran variedad de recursos, incluyendo tecnológicos, como cámaras de vídeo y radios de comunicación.

Frente a mí estaban mis amigos y los alumnos. Todos me miraban expectantes. Mordí mi labio inferior y me armé de valor. Sin dudarlo ni una vez más, di un paso hacia delante y me crucé de brazos. Ellos necesitaban saber la verdad y lo que hicimos antes de entrar en la academia.

Mis ojos encontraron a los de Amelia y me quedé maravillado por la dulce inocencia que desprendían. Ella me gustaba y no por la atracción física, sino por la atracción mental y sentimental. Era una persona sencilla que sonreía con facilidad, una que había sacudido mi mundo con su magia.

Un rubor arrasó sus mejillas y me miró con timidez, sus pupilas dilatadas por una mezcla de inseguridad y miedo. Pero podía sentir su emoción y el destello no logró ocultar que en sus ojos había algo muy profundo y hermoso.

—Adrien, tienes que decir algo. Nos descubrirán —expuso Chloe mientras

señalaba la puerta.

Asentí con la cabeza y me acerqué hasta donde estaban sentados los alumnos.

—Hace unos años, los demás profesores y yo... —Tomé una profunda respiración y negué con la cabeza—. Nosotros somos delincuentes... ladrones...

Todos me miraron con caras inexpresivas y no sabía cómo explicarles lo que había pasado, lo que hicimos hace unos años, sin demasiados preámbulos.

—Éramos jóvenes, como vosotros, y con las hormonas revolucionadas. — Me aclaré la garganta—. Todos provenimos de familias con problemas y necesitábamos encontrar algún refugio que no fueran las drogas y el alcohol. No digo que no somos culpables, pero tampoco para merecer esta condena. El dinero nunca fue robado...

—¿Cuánto dinero? —bramó Mark, el alumno que más quebraderos de cabeza le dio a mi madre.

Vislumbré una extraña expresión en su rostro. Desconfianza, mezclada con miedo en una batidora de sentimientos contradictorios.

—¿Y a ti que te importa? —El otro chico se puso de pie y le plantó cara—. Deberías preocuparte por la situación en la que estamos metidos. —Se giró para mirarme—. ¿Por qué debería confiar en vosotros?

—Porque...

—Se lo explicaré yo. Es mi alumno —dijo Chloe, bajando la voz. Liberó un profundo suspiro y se tomó un minuto mirando a su alrededor, antes de mirarlo a los ojos—. Anthony... estas tres semanas fueron maravillosas. Me permitieron disfrutar de tu compañía y tu sonrisa. La soledad duele... el corazón se marchita y solo siente vacío.

—No me decepciones, por favor —le dijo él y la atravesó con una mirada inquietante—. Confío en ti. Sin embargo, exijo más respuestas. Yo no elegí esto.

—Yo tampoco elegí esto. Cometimos un error, pero nunca quisimos hacer daño a nadie. —Ella tomó sus manos—. Adrien te lo explicará mejor. Dale una oportunidad.

Él la abrazó y besó su frente.

Nunca pensé que encontraríamos la oportunidad de soñar de nuevo; soñar con el amor, con amar y ser amado. Odiaba cuán vacía se sentía mi vida sin ese sentimiento tan bonito y mágico.

—Voy a explicarles que pasó. —Comencé con un semblante más serio—. Y depende de vosotros si queréis ayudarnos o no.

Miré de reojo a Amelia y me relajé. Ella no me miraba mal, sino todo lo contrario. Me miraba con adoración y con una ligera sonrisa tímida en sus labios. Valía la pena arriesgarme a salir de allí para estar con ella. Éramos el uno para el otro, y con cada día que pasaba nuestros sentimientos se volvían más fuertes y más intensos.

—Supongo que tenéis muchas preguntas vagando en vuestra mente, y dedicaré el máximo tiempo posible a solucionar todas, teniendo en cuenta que el tiempo del que disponemos no es el más duradero —dije con brevedad—. Iré por partes...

—No somos malas personas, si eso es lo que pensáis. —Chloe dio un paso hacia delante, interrumpiéndome—. Fue Brigitte quien nos metió en este embrollo.

—Deja de culpar a mi madre. —Me acerqué a ella—. Yo soy el culpable. Yo tuve la idea de robar a West.

—Y tu madre fue quien nos delató —bramó ella con voz queda.

—¡Dejad de pelearos! —La voz chillona de Mary me sacudió. Ella era la alumna de Claude y sabía, por lo que él me había contado, que raras veces la veía perdiendo los estribos. Dio un paso hacia delante y nos miró. En sus ojos se vislumbraban brillos de furia—. Voy a hablar en el nombre de los demás. Os creemos y estamos dispuestos a cooperar y ayudar, pero necesitamos saber que una vez fuera, no nos vais a abandonar.

—Yo no voy a hacer eso, Mary —dijo Claude sin rodeos—. Quiero conocerte mejor, quiero pasar tiempo contigo, quiero salir contigo a cenar, a comer, al cine... Mis sentimientos por ti son sinceros. Dejemos que esta maravillosa mentira se vuelva realidad.

—Quiero que sea verdad —susurró ella.

Él la miró fijamente y, de un movimiento, agarró su mano. La apretó y la llevó hasta sus labios.

—Te lo prometo.

—Me alegro de que todos estéis haciendo confesiones románticas, pero tenemos que darnos prisa —gruñó Julien.

No podía erradicar su sensatez. Era un hombre de ideas claras y no realizaría ninguna actividad que supusiera un riesgo innecesario o una completa pérdida de tiempo en circunstancias como las actuales. Y más aún después de la imprudencia que lo dejó ciego de por vida.

—¿No tienes nada que decirme? —cuestionó Julia, su alumna, en tono moderado, y le agarró la mano que sostenía el bastón.

—Sí que tengo, pero no aquí y ahora.

—Está bien —resopló ella resignada.

—¿Alguien más quiere decir algo? —pregunté—. Necesito decirles cuál es el plan...

—Yo quiero decir algo —dijo Mark y tomó la mano de Alice—. He leído el libro y me pareció triste. Yo habría escogido otro final. Esa chica merecía una segunda oportunidad... igual que tú. No voy a abandonarte.

—Gracias. —Ella sonrió abiertamente.

—Bien, suficiente —gruñí, mirando mi reloj—. Nos quedan un par de minutos. Antes de entrar aquí, nosotros nos dedicábamos a la estafa y al robo. Nuestras víctimas eran solo personas adineradas y gran parte del botín se repartía en los centros de ayuda humanitaria. Nunca habíamos levantado sospechas, hasta que tomé la peor decisión de mi vida. Fue mi idea robar al jefe de mi madre. Él era rico y se rumoreaba que eran amantes. Quería

vengarme y dejarlo sin nada. Lo que no sabía era que mi madre se lo había dicho todo. Él avisó a los policías y nos detuvieron la misma noche en la que intentábamos abrir la caja fuerte.

—¿Y por qué no estáis en una prisión de verdad? —preguntó Julia. Su frente se encontraba perlada de sudor.

—Porque West tuvo la idea de crear esta academia para recuperar el dinero que habíamos robados a los demás. —Hice una pausa para recuperar el aliento—. Fue bastante mediático todo. Se recogieron fondos para una campaña de rehabilitación para los jóvenes delincuentes.

—Muy conveniente para él —comentó Mary—. A él no lo habéis robado, y aún así ganó dinero con todo esto. ¿Cuántos alumnos pasaron por aquí?

—Suficientes —contesté—. Pero hasta este año, ninguno mayor de edad.

—Oh, entonces... —Ella se mordió los labios—. Lleváis años sin... oh, bueno...

—¿Qué estáis haciendo aquí? —La inesperada voz de mi madre se escuchó en el lugar como un eco dentro de una cueva—. A vuestras habitaciones ahora mismo. West está aquí. ¿Entendido?

Ellos asintieron y abandonaron el jardín en silencio.

Yo estaba congelado en mi sitio, pero volví a la realidad de inmediato e intenté entablar una conversación formal con mi alterada madre.

—No hacemos nada, solo intentamos conocernos todos mejor —suspiré. Era difícil controlar mis ganas de gritarle.

—A ver cómo explico yo todo esto. ¿Por qué mientes? —cuestionó con los brazos cruzados—. Tenemos que hablar, hijo.

—Ahora no, mamá —dije, pero ella no me hizo caso y me agarró por el brazo.

—Sígueme, tienes que estar en tu habitación. West quiere conocer a los alumnos y sabe que alguien de vosotros activó la alarma.

—Deja de controlarme. —Tiré de mi brazo—. Estoy harto de ti.

—Quiero ayudarte.

—¿Desde cuándo? —pregunté con ironía—. Estamos aquí por tu culpa, madre.

—Lo siento. —Clavó su penetrante mirada en la mía—. Hay una explicación y lo sabes.

—Es tarde para lamentos, mamá. Déjanos tranquilos, por favor.

—¿Estáis intentando escapar otra vez? —Me miró fijamente, intentando encontrar la respuesta en mis ojos—. No lo hagas, hijo. Los vídeos que les envié han dado resultados. Ellos piensan que habéis cambiado.

—No pienso obligar a nadie a que se case conmigo.

—Amelia firmará la carta porque le gustas.

—Te equivocas. —Me eché a reír—. Me importa una mierda lo que ella siente por mí —mentí—. No es más que una niña tonta. Una que pienso usar a mi antojo.

Se acercó y me abofeteó tan fuerte que mis ojos se cerraron por el impacto.

—¡No hables así! —dijo con lágrimas en los ojos—. No te reconozco... —Se tapó la boca—. Estoy segura de que tienes sentimientos...

—No sabes nada. —Froté la mejilla dolorida y la miré con frialdad—. Tú y West... Dios, como suena esto —suspiré—. ¿Papá lo sabe?

—No tiene que saber nada porque no hay nada. Nunca hubo nada. West solo me ayudó.

—Déjalo. —Negué con la cabeza—. Si salgo de aquí, me encargaré de decirle a papá toda la verdad.

—No, Adrien. Hay algo que tú no sabes. —Se secó las lágrimas—. Tu padre, él me maltrató, me golpeó...

—¡Cállate! Eso no es verdad.

—¿Recuerdas las noches que me encerraba en la habitación? —Asentí con la cabeza—. Era para que tú no me veas. Sus golpes... —suspiró—. Solo West lo sabe.

—Claro, cómo no.

—Créeme, por favor. —Agarró mi mano—. Tu padre nunca me amó.

—No sé si creerte. Nunca lo vi hablarte mal —dije con un tono exhausto en mi voz—. Tengo que pensarlo.

—Ve a la habitación. Yo llevaré a los alumnos a la biblioteca —murmuró y soltó mi brazo.

Me negaba a creer lo que ella me dijo. Mi padre no era capaz de hacerle eso, siempre se había comportado bien con nosotros. Era verdad que siempre le reprochaba a mi madre su pasado y el hecho de que ella era una delincuente. Pero nada más, ¿o lo hacía cuando yo no estaba en casa?

Capítulo 42

Amelia

El cálido fuego de una docena de velas iluminaba vagamente la penumbra mortuoria del pasillo. Mi respiración entrecortada hacía eco entre las sombras danzantes que aparecían y desaparecían por las paredes deterioradas por el paso del tiempo.

Solté la mano de Julia y me quedé mirando a Brigitte. Ella había interrumpido nuestra reunión y no le dio tiempo a Adrien de detallarnos su plan.

Lo que ellos hicieron tenía perdón. No emplearon la violencia y no hicieron daño a nadie.

No obstante, actuaron de manera incorrecta y robaron. Si los condenaron fue porque eran culpables. La justicia tuvo que intervenir para estimular cambios de conducta y orientarlos.

Somos responsables de nuestros actos y a veces necesitamos saber que no podemos hacer los que nos da la gana en la vida y salir ilesos. La adolescencia era la fase más intensa y más difícil que encontrábamos en nuestro camino. Era también un punto importante para el delito de una persona.

—Necesito que guardéis silencio —dijo Brigitte mientras encendía una de las velas que se había apagado—. Se supone que los profesores están durmiendo.

—¿Y nosotros qué? —bramó Julia—. Tengo mucho sueño. Estas no son

horas de visita.

—Tienes razón, pero van a ser solo unos minutos. West quiere...

—¿Quién demonios es West? —preguntó Mark—. Se lo nombra bastante.

—Soy yo.

La voz cortante y gruesa de un hombre rugió delante de nosotros. Mi vista enfocó su silueta y mis ojos se abrieron súbitamente de par en par. West me estaba estudiando con atención, sus cejas juntas. Tenía la edad suficiente para ser mi padre y lucía pacífico. Era atractivo a pesar de su edad, con un despeinado cabello castaño, una esculpida mandíbula, una boca interesante y un torso bien definido.

Giró la cabeza y la sacudió.

—Ya veo por qué estás tardando tanto, Brigitte... —Él dejó sus palabras flotando en el aire letal del pasillo.

—Lo siento, es que...

—No tienes que disculparte por ellos. —Sonrió amablemente—. Puedes retirarte.

—Pero...

—Necesito hablar con ellos a solas. —Se acercó y agarró con firmeza su brazo—. ¿Quién activó la alarma?

Vi en el rostro de ella una expresión de confusión y, en cierto modo, de sorpresa.

Mi corazón dejó de latir por un segundo y tragué saliva, pues sabía que el interrogatorio no acabaría ahí.

—Fui yo —intervino Julia y alzó la barbilla desafiante—. Necesitaba tomar aire, estas paredes son asfixiantes.

—Supongo que tienes razón. No es fácil estar encerrado aquí, pero no te creo, *mademoiselle*. —Soltó a Brigitte—. ¿A quién estás intentando cubrir?

—A nadie —contestó ella rápidamente.

—Supongo que Brigitte te explicó las reglas que hay que seguir. Nada de hablar en voz alta y...

Julia dejó de hablar porque él se había acercado a ella y la miraba con incredulidad. Los ojos de West eran duros y penetrantes. Llevaba unos sencillos jeans negros y una camisa blanca, ligeramente remangada.

—¿Te parece que estoy bromeando? —bramó él, perdiendo la paciencia.

—Deberíamos tranquilizarnos —dijo Brigitte y se colocó entre ellos—. Es muy tarde y estamos cansados.

—Tienes razón. —Él seguía con la vista puesta en Julia—. Me quedaré a dormir aquí y mañana hablaremos con más tranquilidad.

—¿Qué? —preguntó Brigitte abriendo los ojos de par en par—. Quiero decir que no tengo habitación libre y...

—Puedo dormir contigo. —Se acercó y rodeó su cintura—. Podemos compartir cama, prometo no tocarte.

—Esto es una locura. —Negó con la cabeza—. Dormiré en el sofá del salón.

—No hace falta, lo haré yo. —La soltó de mala manera y clavó los ojos en nosotros—. Mañana a las ocho en la biblioteca. Necesito respuestas y necesito saber si esta academia funciona como debería.

—¿Academia? —Julia se echó a reír—. Sabemos la verdad.

—No me sorprende. —Enarcó una ceja—. He visto cómo miras a tu profesor.

—No es mi profesor... —dijo con mucha claridad—. Es... es...

—Es un delincuente, igual que los demás —concluyó él—. Depende de vosotros si se quedan aquí o los llevan a una cárcel de máxima seguridad.

—Yo no pienso quedarme aquí —irrupí nerviosa. Tenía que seguir el plan de Adrien y mentir.

—¿Pasa algo, *mademoiselle*? —preguntó West y se giró hacia mí.

Aspiré una bocanada de aire, forzando a mi compostura a volver. Podía sentir que me estaba observando. Cuando miré hacia arriba, noté la curiosa expresión en su rostro.

—Mi profesor intentó abusar de mí. —Percibí un destello de inquietud en sus ojos, pero seguí hablando—. Si nos quedamos, deberían de hacer algo.

Tengo mucho miedo. —Aspiré aire con fuerza.

Me dolía decirle esas mentiras y esperaba con toda mi alma no equivocarme.

—Entiendo —murmuró West—. ¿Tú lo sabías, Brigitte?

—Eh, no...

—No mientas —dijo cortante—. Sabes que odio las mentiras. Me enviaste otros videos. ¿Intentas engañarme?

—Pero no es verdad. Mi hijo no haría algo así —bramó ella, molesta.

—Te recuerdo que tu hijo intentó robarme. Es un delincuente —suspiró—. Pensé que él había cambiado... incluso busqué una manera de ayudarlos.

—Ella está mintiendo. —Me señaló con el dedo.

—¿Por qué lo haría?

Él se la quedó mirando, aparentemente pensando en qué debía de hacer.

—No lo sé... —Ella se echó a llorar—. Mi hijo ha cambiado.

—Creo que tengo suficiente por hoy. —West nos miró—. Mañana hablaremos. Haré llamar a un psicólogo para averiguar qué pasa aquí.

Mis ojos brillaron y me alegré. Era justo lo que necesitaba Adrien para llevar a cabo su plan. Una persona ajena a todo, una persona dispuesta a ayudarlos.

—Prepararé tu cama —dijo Brigitte con voz temblorosa.

—Lo siento. —Él la agarró por el brazo y la miró a los ojos—. Encontraré una solución, te lo prometo.

—Gracias.

Julia tiró de mí y se estiró para susurrarme algo al oído.

—Todo va conforme el plan. Pero tengo miedo.

—¿Por qué? —Giré la cabeza para mirarla.

—Estoy confusa, bueno... me gusta el supuesto profesor, pero no sé si él siente lo mismo. —Se mordió los labios—. Él se mostró bastante frío en la reunión.

—Deberías preguntárselo. Tenemos que estar unidos.

—Lo sé, pero todo esto es de películas. Aún no me lo creo. —Me dedicó

una media sonrisa—. Me gustaría tener lo mismo que tú y Adrien. Se ve que le gustas. Y merece la pena luchar.

—Llevamos más de tres semanas encerradas aquí y la falta de conexión con el mundo exterior nos puede confundir un poco. Pensé lo mismo que tú, por eso hablé con Adrien. Necesitaba saber que no era solo una ilusión.

—Hablaré con Julien —dijo y retrocedió—. Nos vemos mañana. Seguiré con el plan.

Apenas en un abrir y cerrar de ojos, Brigitte se encontraba delante de mí y me miraba con el ceño fruncido.

—No sé qué pretendes obtener con estas mentiras, Amelia, pero esto no se queda así —dijo con voz queda—. Mi hijo es bueno... Confié en ti y pensé que lo querías ayudar.

—No son mentiras y lo demostraré. Pronto todo el mundo sabrá qué clase de persona es tu hijo. Nos habéis engañado. —Me zafé de su agarre—. Buenas noches.

Di la vuelta y recorrí el pasillo entero sin mirar atrás.

Capítulo 43

Amelia

—Amelia, ¿estás allí?

Abrí los ojos y miré a mi alrededor. Era de día y seguía en la cama. Habíamos quedado para ir a la biblioteca a las ocho de la mañana y hablar con West. Salté de la cama y me acerqué a la puerta.

—¿Quién es? —pregunté susurrando.

—Soy Julia.

Abrí la puerta y ella me empujó hacia dentro. Miró a mi alrededor y luego cruzó la habitación.

—Escóndete debajo de la cama —susurró, mirando reacia hacia la puerta cerrada.

—No pienso esconderme... —dije, negando con la cabeza—. ¿Qué pasa? ¿Qué hora es?

—Son las once. ¿No vino nadie para despertarte?

—No... no entiendo porque...

—Brigitte te está buscando. West llamó una psicóloga para atender tu caso.

—¿Mi caso? —pregunté con el ceño fruncido.

—Quiere saber la verdad. Tú le dijiste que Adrien te está acosando y...

—Ah... —Toqué mis labios—. Entiendo.

—Brigitte está furiosa —comentó mirándome a los ojos—. Ella dijo que eres una mentirosa y que deberías estar encerrada en un psiquiátrico. Por eso

creo que es más conveniente que te escondas. Ellos tomaron decisiones sin ti.

—¿Y luego qué? —Me senté en la cama y suspiré—. No podré esconderme para siempre. Tengo que enfrentarme a ella.

—Supongo que tienes razón. —Se sentó a mi lado—. No quiero que te vayas. No quiero perder tu amistad.

—No me iré de aquí, Julia. —Agarré sus manos—. Quiero quedarme y ayudarles a salir.

—Yo también... —Agachó la cabeza—. Me gusta Julien.

Un golpe en la puerta me sobresaltó. Me puse de pie y me acerqué hasta allí. Miré por encima de mi hombro a Julia y la vi frotándose las manos. Ella estaba igual de nerviosa que yo.

Me dispuse a abrir la puerta y cuando, lo hice, me encontré con la cara de West.

—*Bonjour mademoiselle* —dijo él con una sonrisa—. Siento molestarte, pero tienes que bajar a la biblioteca.

—¿Por qué? —pregunté, incapaz de añadir algo más.

—Tienes terapia con tu psicóloga. —Esperó unos segundos—. Tú y tu profesor estáis bajo vigilancia. Necesito saber si mientes.

—No estoy mintiendo. —Me enfrenté a él—. El profesor intentó besarme y tocarme.

—No tienes que darme explicaciones a mí, *mademoiselle*. Sin embargo, estarás excluida de tu grupo hasta que averiguamos la verdad —explicó firmemente.

—Entiendo —dije con escepticismo—. Bajaré enseguida.

—No tardes. —Sonrió, mostrando sus dientes perfectos y blancos—. Me intrigas bastante. Lo que estás diciendo no concuerda para nada con las imágenes que me mandaron. Entre tú y Adrien había química.

—Al principio me trató bien. —Me mordí los labios—. Supongo que se trataba de las primeras clases.

—Eso ya lo veremos.

Él me dio la espalda y se fue caminando por el pasillo hasta que desapareció de mi vista. No había guardias y las persianas estaban levantadas. La luz del sol brillaba con fuerza en todos los rincones mostrando el estado deplorable de la academia. El tono blanco de las paredes había desaparecido con el tiempo y dejaron un color grisáceo y zonas descascarilladas sin pintura. Las decoraciones, tanto en ventanas como puertas, antiguas y feas, no hacían más que acrecentar el tétrico panorama.

—Yo también me tengo que ir. ¿Estarás bien? —preguntó Julia con evidente tono de preocupación en su voz.

—Sí, tranquila. Gracias por venir —susurré convencida de mis palabras.

Julia se fue y cerré la puerta detrás de mí. Las cosas se complicaron y el plan de Adrien carecía de sentido. No sabía si seguir con la mentira o no. Pero si decidía seguir, tenía que tener cuidado, no era fácil mentirle a una psicóloga. Todo podría desplomarse y volverse en mi contra.

Tenía que verlo a Adrien y hablar con él, era importante que los dos nos pusiéramos de acuerdo con la misma versión de los hechos.

Cuando abrí la puerta para salir, choqué contra el cuerpo firme de Brigitte.

—¿A dónde crees que vas? —preguntó, cruzándose de brazos.

Retrocedí, pero recuperé la compostura casi al instante.

—Tengo que hablar con la psicóloga —mentí.

—De eso quería hablar contigo. —Se acercó y agarró con firmeza mi barbilla—. Sé que estás mintiendo, pero no entiendo por qué. Hay algo que no consigo ver... —Entrecerró los ojos—. El amor no se puede ocultar, los ojos son el espejo del alma. Y los tuyos te delatan, Amelia. Lo mismo pasa con mi hijo. Sus ojos brillan cuando te mira.

Tragué saliva, no quería llorar. Quería mostrarme firme y segura de mí misma.

—Pues te equivocas. —Apreté mi mandíbula—. Tu hijo es un delincuente. —Mi voz se ahogó—. Como los demás. Pienso salir de aquí y decirle al mundo entero qué clase de personas están encerradas aquí.

—No lo hagas. —Soltó mi barbilla y acarició fugaz mi mejilla—. Te arrepentirás por el resto de tu vida.

—¿Como tú? No lo creo. Por tu culpa ellos están aquí.

—Yo solo intenté ayudarlos. No sabes lo que pasó, no sabes cómo estaba Adrien hace años. —Agitó una mano distraídamente—. Había perdido por completo el rumbo de su vida.

—Una madre tiene que cuidar y apoyar a su hijo. Una madre lo amaría a pesar de todo.

—Yo lo quiero mucho. —Tapó su boca para no llorar. Alzó la cabeza y su mirada se encontró con la mía. Parecía cansada y triste. Una punzada de pesar se encendió dentro de mí. No debería hablarle de esa manera—. Pero tomé decisiones equivocadas pensando que eran las acertadas.

—Me tengo que ir. —Retrocedí bajo su mirada triste.

—Intentaré no meterme en vuestros asuntos, Amelia. Pero sé que estáis tramando algo.

—Sí, claro. —Reí amargamente.

—Adrien está en su habitación —susurró—. Las cámaras de vigilancia están apagadas ahora.

Un momento después, ella se dio la vuelta y se fue, dejándome sola en el pasillo demacrado y funesto.

Brigitte decía la verdad; se arrepentía. Sus ojos lo decían todo. No obstante, ella era una mujer bastante perspicaz y tenía que tener cuidado. No podía confiar en ella, había algo que me echaba hacia atrás.

Capítulo 44

Amelia

Caminé por el pasillo sin dejar de mirar a mi alrededor. Había un silencio espeluznante y la luz del sol emitía un extraño brillo verdoso.

El parecido a una cárcel era evidente, y eso empezaba a preocuparme aún más de lo que estaba. El recorrido se presentaba como una laberíntica vía de sombras y colores, y mi atención se perdía en los decorados del lugar. Sus estatuas grandes y sus cuadros de ancestros más ancianos que el tiempo mismo. Aquellos objetos distraían mi mente como un profundo sueño nocturno.

La puerta humilde de la habitación de Adrien se alzó ante mí y me dispuse a golpearla suavemente con el puño. Se escuchó un ruido desde el interior y luego algo cayendo al suelo, rompiéndose.

No dudé en abrir la puerta de inmediato. Entré con el corazón martilleando en mi pecho por el susto, y mis ojos no dieron crédito a lo que veían; mis piernas se habían quedado clavadas en el suelo.

—Adrien. —Mi mente estaba ordenándole a mi cuerpo que se moviera, pero este no respondía—. ¿Qué pasó?

Me sorprendí ante mi propio eco, como si no hubiera esperado que el sonido de mi voz recorriera la estancia entera.

Él levantó una mano en el aire, para pedir ayuda, y no dudé ni un segundo en ponerme de rodillas a su lado. Tomé su rostro en mis manos y limpié la sangre que cubría sus párpados. Una oleada de pánico se apoderó de mí y agaché la

cabeza porque necesitaba escucharlo respirar.

—Adrien... abre los ojos. —Mis palabras y mi voz parecían estar llevando una especie de retraso.

Movió sus brazos y gimió bajito.

—Duele...

Su voz ronca partió mi corazón en dos.

—Voy a pedir ayuda. —Me puse de pie.

Él agarró mi pierna derecha y abrió los ojos.

—No lo hagas —dijo, cerrando los ojos por el dolor—. Esto... ellos, fue West quién ordenó...

—¿Qué? —Lo miré con incredulidad—. ¿Por qué? No lo entiendo.

Me agaché a su lado y tomé sus manos. Las coloqué en mi pecho y lo abracé.

—Me llamó a la biblioteca esta mañana para amenazarme —dijo débilmente—. Me dijo que sabía que estaba mintiendo y que no iba a conseguir engañarlo.

—Vino a verme a mí también...

—¿Te hizo algo? —Se movió para mirarme.

—No, solo me dijo que tengo que ir a las terapias todos los días.

—No fue él quien me golpeó, nunca lo haría. No quiere enfadar a mi madre.

—Se alejó y con manos temblorosas acarició mis mejillas—. Fueron los guardias... Apagó las cámaras y dio la orden.

—¡Espera! —Lo miré a los ojos—. Tu madre lo sabe, ¿verdad?

—¿Mi madre? —Negó con la cabeza—. No, no lo sabe.

—Ella sabía que las cámaras estaban apagadas, me lo dijo y... y sabía que estabas en tu habitación. No confío en ella.

—Mi madre no haría algo así, Amelia. Te lo aseguro. —Agachó la cabeza y besó mis mejillas—. Tenemos que seguir con la mentira a pesar de todo —suspiró—. ¿Crees que puedes hacerlo?

—Lo intentaré, Adrien. —Sonreí tristemente.

—Tenemos que decir lo mismo... —Se alejó y apoyó su espalda en el borde

de la cama—. Te besé con fuerza e intenté... —Cerró los ojos.

—Adrien...

—Intenté violarte. —Abrió los ojos y apretó los puños—. Eso fue lo que pasó.

—Si la psicóloga piensa que estoy en peligro aquí, West estará obligado a dejarme ir.

—Lo sé, por eso tienes que hacerte amiga de esa psicóloga y contarle la verdad. Ella tiene que contactar con nuestro amigo, nada más. —Me miró tristemente—. Doy pena, ¿verdad?

—No, ¿qué estás diciendo? —Me acerqué a él.

—No soy más que un delincuente. No sé hacer otra cosa, nunca he trabajado... —Apretó la mandíbula—. Solo he robado. ¿Qué vida vas a tener conmigo?

—No digas eso, por favor. —Lo abracé—. Yo te quiero y no me importa tu pasado. Juntos podemos aprender muchas cosas y podemos vivir una vida muy feliz.

—Yo también te quiero, pero a veces el amor no es suficiente.

Me alejé y lo miré a los ojos.

—Te equivocas, profesor. —Sonreí—. El amor lo cura todo, y si estamos destinados a estar juntos, nadie se interpondrá en nuestro camino. Nos encontraremos al final... después de mil tropiezos. —Estiré una mano y acaricié sus labios rosados—. Quiero salir de esta academia contigo y... —Enarqué una ceja.

—¿Y? —Chupó mi dedo suavemente.

—Y aprobar con bríos, profesor —contesté alegremente—. Entré aquí con un propósito.

—Ajá... —Mordió mi dedo, provocando una excitación en mi interior—. ¿Y cuál es, *mademoiselle*? —Miró mis labios con deseo.

—Aprender a besar.

Inclinó su boca y acarició mis labios con los suyos, tomándose su tiempo y

permitiendo que mi anticipación creciera. Separé los labios, lista para más. Su lengua acarició mi labio inferior, probando, jugando. El beso se volvió hambriente y un deseo ardiente empezó a crecer dentro de mí. Sus dedos se enhebraron a través de mi cabello, acariciándome mientras nuestros labios se conectaban una y otra vez.

Separó los labios de los míos mirándome atentamente.

—Tenemos que seguir practicando. —La sonrisa en su rostro me maravilló.

—Lo haremos, profesor. —Le di un beso fugaz en la mejilla y me puse de pie—. Tengo que irme, me esperan.

—Ven esta noche a mi habitación —susurró—. Dejaré la puerta abierta.

—¿Y las cámaras de seguridad? Ahora creo que nos vigilarán más que nunca.

—La de mi habitación no funciona. Mi madre la apagó hace unos meses. Tan solo tienes que evitar las cámaras del pasillo.

—Lo intentaré. —Sonreí y abrí la puerta.

—*Je t'aime*^[19] —dijo justo cuando la puerta se había cerrado detrás de mí.

Con una sonrisa en mis labios, crucé el pasillo. Adrien me había dado las fuerzas que necesitaba para seguir luchando, y nada o nadie podría separarnos.

Capítulo 45

Jacqueline, la psicóloga

Cerré la carpeta y suspiré. West se había metido en graves problemas y su gran proyecto se estaba derrumbando.

Él me hizo un favor hace años y aprovechó el momento para involucrarme en su experimento. Acepté trabajar para él porque me sentía obligada, porque sentía que le debía algo.

Los primeros años, me mantuve al margen. Luego vi las grabaciones y sentí que era mi deber hacer algo. Nunca hubiera imaginado que dentro de esa academia estarían encerrados tres muchachos y dos chicas jóvenes. Me pasé horas interminables buscando una solución para ellos. Sabía que era imposible sacarlos de allí, el propio alcalde había dado la orden para encerrarlos.

Mi contacto con ese lugar era Brigitte. Junto con ella hice todo lo posible para que esos chicos tuvieran un buen trato por parte de los guardias. No obstante, el experimento empezaba a derrumbarse y lo único que me preocupaba eran las vidas de esas criaturas. No sobrevivirían en una cárcel de verdad, los presos los comerían vivos. Sin embargo, la idea de West era bastante arriesgada. Podría funcionar, teníamos casi todas las pruebas necesarias y los medios de comunicación estaban avisados. El único perjudicado era él; se había sacrificado para ellos. Era admirable en ese sentido, pero sabía que también lo hacía por Brigitte.

West estaba preocupado y me había llamado para resolver el problema.

Había una queja puesta por una alumna contra su profesor. Mi trabajo era averiguar si decía la verdad o no. Estuve mirando con atención las grabaciones y había llegado a la misma conclusión que él. La chica estaba mintiendo, se veía claramente que había sentimientos de por medio.

Si la chica decía la verdad, que su profesor había intentado violarla, teníamos que dejarlos a todos allí, en manos de la justicia. No podíamos arriesgarnos a dejar libres a unos delincuentes reincidentes.

Escuché un ligero golpe en la puerta y alcé la mirada.

—Pasa —dije con firmeza.

La puerta se abrió y entró la chica. Su rostro mostraba inseguridad y sabía que no hacía falta presionarla para que me contara la verdad. Me intrigaban las razones que la llevaron a mentir y estaba dispuesta tratar el asunto con tranquilidad.

—*Bonjour* —murmuró con voz débil—. Mi nombre es Amelia.

—Siéntate. —Señalé la silla—. Yo soy Jacqueline, pero puedes llamarme Jacky.

—Encantada. —Sonrió de lado, mostrando su nerviosismo.

—Bueno, voy a empezar por el principio. —Me eché hacia atrás, sin dejar de mirarla—. ¿Por qué estás aquí?

—Fue idea de mi hermano. Habían rumores de que no sabía besar y...

—¿Es verdad? —Coloqué las manos encima de la mesa.

—Sí —contestó bajito—. Y esperaba aprender aquí.

—Esperabas...

—Usted sabe la verdad. —Se movió en la silla con nerviosismo.

—Así es, Amelia. Sé quiénes son los profesores y sé perfectamente qué es este lugar —dije con encomiable calma—. Pero eso no me interesa. Quiero saber por qué estás mintiendo.

—No estoy mintiendo. —Se puso de pie y se acercó al escritorio—. Adrien intentó violarme...

—¿Dónde están las grabaciones? —pregunté mirándola atentamente—. Solo

he visto las que muestran perfectamente como florece un amor entre ustedes dos.

—Yo... yo no lo sé. —Retrocedió—. Tiene que haber por lo menos una. Yo lo había abofeteado y...

—*¡C'est fini*[20]! —Golpeé el escritorio con el puño—. Si seguimos así no llegaremos a ninguna conclusión.

—Creo que borraron las grabaciones —susurró.

—Voy a investigar un poco, pero todo esto me parece muy raro —mentí. No iba a investigar nada, solo necesitaba ganarme la confianza para averiguar la verdad—. Espero que seas sincera conmigo, porque si no lo haces... tendré que llevarte fuera de la academia para una evaluación más minuciosa. Estar aquí encerrada entre estas paredes frías y sin salir a la calle puede desarrollar ciertas fobias, y estoy segura de que encontraremos la razón con tratamiento.

Ella agrandó los ojos y contuvo una sonrisa. Tenía que averiguar por qué se empeñaba en insistir que su profesor había intentado abusar de ella. Se veía claramente que lo quería.

West estaba esperando una respuesta, y aunque no quería mentirle a la chica, tenía que hacerlo. Había algo extraño y sentía la necesidad de resolverlo. Siempre me gustaron los puzzles; de pequeña, mis padres me compraron un par de ellos y desde entonces no he parado de colocar pieza por pieza hasta terminarlos. Para mí eran un misterio. Me imaginaba que cada pieza tenía una historia que contar y que tenían que encajar perfectamente aunque eran distintas.

Lo mismo pasaba con las personas. Somos diferentes, pero encajamos a la perfección con nuestra otra mitad. Porque la vida no se forma con dos piezas iguales.

—Yo estoy diciendo la verdad —habló la chica—. Creo que las imágenes fueron borradas por Brigitte, ella es la madre de mi profesor.

—Hablaré con ella —dije pensando en alto—. Pero sigo insistiendo en lo mismo. Quiero sinceridad de tu parte. Si dices la verdad, mañana estaréis

libres.

—Es difícil confiar en alguien que no conoces. —Llegó delante de la puerta y se dispuso a abrirla.

—No te vayas. No he terminado la sesión. —Señalé la silla—. Siéntate.

Ella obedeció y se sentó de mala gana. Se cruzó de brazos y me miró con una expresión ceñuda.

—Yo trabajo para West, pero eso no significa que estoy de acuerdo con sus ideas retorcidas —dije suavemente—. Si veo que se está equivocando, intento alejarme. Pero lo tengo difícil... —suspiré—. Hace años, mi hija estuvo en problemas. La habían detenido por tráfico de drogas y West había conseguido que las pruebas desaparezcán. Desde entonces, no paró de pedirme favores. Y este es uno de ellos, pero aquí veo que hay algo que no encaja.

—Pasaron más de cinco años y los profesores siguen sin tener privilegios. Ellos deberían de estar libres.

—Por lo que había entendido, la única manera de salir libres consistía en contraer matrimonio. West conseguía que los políticos queden impresionados por su plan de rehabilitación, y los supuestos profesores, la libertad que tanto deseaban.

—No es justo.

—West tiene sus planes, pero estoy segura de que todo quedará resuelto mañana. Solo necesito que me cuentes la verdad —dije seriamente—. No quiero arriesgar mi puesto de trabajo.

—Sí, prometo contarle toda la verdad...

Una alarma empezó a sonar y Amelia dejó de hablar. Se puso de pie y se acercó al escritorio. Estiró una mano y me miró fijamente a los ojos.

—Gracias, Jacky. Hablamos más tarde. Cuando suena esta alarma tenemos que estar en las habitaciones.

Estreché su mano y sonreí. Había ganado su confianza y tenía la respuesta para West.

—Ten cuidado —dije con suavidad—. Nos vemos mañana.

Ella salió de la habitación y levanté la mirada. Había olvidado que había cámaras de seguridad. Ese lugar no me gustaba, me sentía vigilada.

Capítulo 46

Brigitte

Estaba muy preocupada. Alguien había apagado las cámaras de seguridad y necesitaba encontrar la razón. El único que podía haberlo hecho era West y eso significaba que tenía que verlo. Cada vez que me hablaba, mi corazón cosquilleaba de una manera extraña, despertando mis nervios y revolucionándolos.

Lo conocía desde hace mucho tiempo y lo veía como un amigo, pero había algo extraño en su mirada. Golpeé la puerta y me quedé esperando. Lo único que quería era saber la verdad.

La puerta se abrió y me quedé boquiabierta. West llevaba solo una toalla atada a su cintura y su pecho musculoso brillaba deliciosamente con las pequeñas gotas de agua que resbalaban sobre este.

Su sonrisa se ensanchó y estiró un brazo. Me agarró por la cintura y me metió dentro. Cerró la puerta y pegó su cuerpo contra el mío.

—Justo estaba pensando en ti. —Miró fijamente mis labios—. Necesitamos hablar.

—Sí, necesitamos... yo necesito saber...

—Shhh... —Colocó un dedo sobre mis labios—. Lo primero, quiero que escuches atentamente lo que te voy a decir y proponer, luego puedes preguntar lo que desees.

—Lo primero... —Intenté empujarlo—. Suéltame, por favor.

—No, no te voy a soltar. Necesito tenerte en mis brazos, puede ser mi última oportunidad —dijo con voz queda.

—No entiendo...

—Estoy enamorado de ti —murmuró y buscó mis ojos—. Necesito decírtelo, Brigitte. No aguanto más.

—Pero, ¿cómo...?

—Eres hermosa y no dejo de pensar en ti. —Sus brazos apretaron con fuerza—. Muchas veces intenté decírtelo, pero tuve miedo, y aún tengo miedo. Tengo miedo de perderte para siempre.

—Pero, no soy tuya...

—Lo sé y eso me duele. —Cerró los ojos—. Voy a decirte la verdad.

Dejó de abrazarme y se alejó. Pasó las manos por su cabello mojado y suspiró.

—Hace ocho años viniste a pedirme ayuda y te di trabajo. Luego, tu hijo intentó robarme. A mí no me importó y lo sabes. —Se giró para mirarme—. El dinero no es importante para mí. Antes de conocerte a ti y a tu hijo, mi vida era un caos, aburrida y sin chispa. Lo único que deseaba era llegar a lo más alto.

—West, ¿qué intentas decirme? —Froté mis manos y lo miré extrañada.

—Me enamoré de ti y sacudiste mi mundo. Todo a mi alrededor dejó de existir. —Se acercó—. Pero no quería perderte y por eso fingí esta amistad entre nosotros.

—Yo no sé qué decir. —Retrocedí—. Yo, bueno... a mí me gustas, pero...

—No digas nada ahora, por favor —susurró—. Y no te vayas. Necesito hablar contigo.

—No, no me voy —respiré hondo—. Necesito explicaciones.

—Voy a empezar por el principio. —Se tocó la barbilla, pensativo—. Creo que es lo mejor.

Se acercó y agarró mis manos temblorosas. Me miró a los ojos y empezó a tirar suavemente. Me ayudó a sentarme en la cama y se quedó de pie, mirando

fijamente mi escote.

—Veo que llevas el collar que te regalé. —Sonrió—. Lo que no sabes es que tiene un secreto.

—¿Un secreto? —Agaché la mirada.

El colgante en forma de rombo brillaba hermosamente sobre mi piel. Cerré los ojos, recordando el momento cuando él me lo regaló.

—¿Pasa algo, West? —Cerré la puerta detrás de mí y me acerqué a su escritorio—. ¿Por qué me quieres ver?

—Feliz cumpleaños, belle —habló con suavidad—. Quería verte porque tengo un regalo para ti.

Empujó una cajita pequeña envuelta en papel de regalo.

—Oh, gracias. —Sonreí—. Nadie se acordó de que hoy es mi cumpleaños.

—Quiero que te lleves el regalo y, si te gusta, quiero que te lo pongas —murmuró con entusiasmo—. Si mañana no lo llevas puesto, entenderé que no fue de tu gusto.

—Nunca me lo quité —susurré.

—Lo sé. —Se agachó delante de mí y estiró una mano—. Y esto fue la única razón que mantuvo viva la esperanza. La esperanza de que algún día sentirías lo mismo por mí.

Agarró el colgante y le dio la vuelta. Lo acarició lentamente y luego lo abrió. Mis ojos se agrandaron por la sorpresa, nunca me había fijado en ese detalle. —Hay algo grabado... quiero que lo leas. —Se puso de pie y colocó bien la toalla que rodeaba su cintura.

Agarré el colgante abierto y leí en voz alta: *Je t'aime mon amour*[21]

Mis ojos se llenaron de lágrimas y solté el colgante. En ese momento no sabía qué decir o cómo reaccionar y un repentino impulso de salir corriendo pasó por mi mente.

—Mírame —ordenó con suavidad—. No quiero que digas nada. Sé que todo

esto puede ser desconcertante, solo quiero que me escuches atentamente.

Asentí ligeramente con la cabeza.

—Si todo va conforme con mi plan, dentro de unos días... todos estarán libres. Incluso tú también. —Se acercó a la mesa—. Estarás libre de decidir por ti y de vivir una vida tranquila y libre de preocupaciones. Yo me aseguraría de que nada te faltara y tu hijo tendría una vida mejor lejos de esta ciudad.

—¿Tu plan? —pregunté bajito.

—Todo esto es parte de un plan, *belle*. Un plan que lleva años funcionando —suspiró—. No es fácil engañar a los políticos ni a los medios de comunicación. Pero yo lo conseguí.

—Me asustas...

—Después de esto, eres libre de abandonar la habitación. No voy a hacer nada para impedirlo —aseguró.

Capítulo 47

Brigitte

West se pasó una mano por el pelo mojado sin dejar de mirarme, y luego sonrió tristemente.

—¿Recuerdas la primera vez que nos vimos? —Hizo una pausa y asentí ligeramente con la cabeza—. Llevabas puesto un vestido azul del mismo tono que tus ojos.

—Tú llevabas una camiseta de color naranja...

—Estabas asustada y necesitabas el trabajo. —Se sentó a mi lado y suspiró—. Tu situación me conmovió, y cada vez que te veía, me sentía impotente. Quería ayudarte pero no sabía cómo hacerlo. Cada vez que veía algún moretón nuevo en tu piel, deseaba arrancarle la cabeza a tu marido.

—West, ya no importa. Él no puede hacerme daño, ya no...

—Pero lo hizo —sentenció—. Y yo permití que eso pasara, me sentí culpable.

—No, tú no tienes la culpa de nada. —Tragué saliva con dolor—. La culpa es mía. Por haber aguantado su maltrato. Lo hice por Adrien, él quiere mucho a su padre.

—Cuando viniste a mí y me pediste ayuda, no dudé en aceptarlo. Si dejaba que tu hijo se saliera con la suya ese día, podría haber acabado peor. Dijiste que quería hacerme daño robándome, pero era él quien se hacía daño.

—No lo entiendo.

—Avisé a los policías porque tenía un plan. Mantenerlos a salvo para no cometer más errores —dijo y me agarró la mano—. Solo intenté protegerlo de sí mismo. Ahora Adrien es un hombre de palabra, honesto y bastante inteligente. Todos estos años les sirvieron de aprendizaje a él y a los demás. —Sonrió—. Son unos buenos profesores...

—No sé qué decir. —Mordí mis labios—. Todo este tiempo te odié y mi hijo también.

—Lo sé, pero yo no dejé de amarte. —Soltó mi mano y se puso de pie—. Necesito que te vayas unos días.

—¿Qué? —Mi voz se ahogó.

—Van a pasar cosas muy feas y no te quiero aquí —dijo con seriedad.

—No puedo abandonar a mi hijo, no lo haré.

Me puse de pie y él me siguió.

Di la vuelta y encontré sus ojos. Le sostuve la mirada con insistencia. Quería que viera mi determinación en ellos y quería que se diera cuenta de que nada cambiará mi opinión.

—Conozco muy bien esta mirada, *belle*. —Estiró una mano y acarició mi mejilla—. Pero esta vez tendrás que obedecer.

—No quiero irme, West. —Atrapé su mano—. No puedo dejarlos solos. Adrien pensará que lo abandoné otra vez.

—Hablaré con él, pero hazme caso. —Se agachó y besó mi frente—. Todo estará bien.

—No sé a dónde ir...

—Mi chofer te llevará a mi casa y te quedarás allí hasta que todo termine —explicó con detenimiento—. Si no vuelvo, te pido solo una cosa.

—West, me asustas.

—No me olvides, *belle*. —Deslizó las manos hasta mi cuello—. Todo lo que hago es por ti y por tu hijo. No creas nada de lo que te van a decir fuera. Confía en mí.

—Confío en ti —murmuré.

Su mirada prometedora me dio la dosis de confianza que necesitaba. Había odiado sus métodos, pero siempre supe que no quería hacer daño a nadie. Era un hombre frío, nunca mostraba sentimientos, y verlo tan expuesto delante de mí quitó todas las dudas que había acumulado durante los últimos años.

La boca de West se encontraba a pocos centímetros de la mía y un deseo ardiente de besarlo pasó por mi mente como una estrella fugaz.

Me atrajo hacia él, consciente del deseo que veía en mis ojos, y me besó. Acarició mis labios con los suyos, tomándose su tiempo y permitiéndole a mi deseo que aumentara. Separé los labios lista para más. Su lengua acarició mi labio inferior al mismo tiempo que sus manos se deslizaron por mi espalda.

Se alejó, rompiendo el beso y gimió frustrado.

—Me gustaría seguir besándote, pero no hay tiempo. La psicóloga enviará mañana los informes y vendrán a detenerme.

—¿Qué estás diciendo? —Lo miré extrañada—. Detenerte... ¿por qué?

—Ahora no, Brigitte. No hay tiempo. —Me agarró por el codo—. Tienes que irte.

—No entiendo nada —balbuceé.

West abrió la puerta y me empujó suavemente.

—Mi chofer te espera —dijo apurado—. Hablaré yo con Adrien para explicarle por qué te fuiste.

—Yo también necesito explicaciones. No puedo irme así sin más. —Intenté agarrar su brazo, pero se alejó.

—*Je t'aime* —dijo antes de cerrar la puerta.

Me quedé estática y sin parpadear. Tenía que irme y abandonar a mi hijo. No podía despedirme de él y tampoco advertirlo. No entendía el plan de West y no entendía por qué lo iban a llevar preso.

Necesitaba respuestas, pero él se había negado a dármelas. Solo me quedaba rezar y confiar en su palabra. Lo quería, pero mi hijo era más importante. No quería decepcionarlo otra vez.

Retrocedí y me limpié las lágrimas. Miré las cámaras de seguridad y cerré

los ojos. Recordé que había encendido la cámara de West para vigilarlo, y el beso se había grabado. Tenía que ir al cuarto de vigilancia y quitar la cinta antes de irme.

Capítulo 48

Jacqueline

Golpeé la puerta de West hasta que por fin decidió abrirme.

—Déjame pasar. —Lo empujé, mirándolo mal—. Necesitamos hablar.

—Lo sé. —Abotonó su camisa con la mirada fija en el suelo—. ¿Hablaste con la chica?

—Sí, y tenías razón. Está mintiendo.

—Me alegro, es justo lo que necesitaba saber —dijo, moviendo los labios despacio.

—No lo hagas, West. Te encerrarán.

Su rostro adoptó una expresión terca, y dijo con pesar:

—En un psiquiátrico. Hay posibilidades de salir. Yo me encargaré de que así sea.

—Tenemos las grabaciones de la pelea. Eso es una prueba más. Ellos pensarán que abusaste de tu poder, que te aprovechaste de ellos para ganar alrededor de tres millones de euros ficticios. Ni siquiera existen, West —jadeé.

—Tengo que dejarlos libres, Jacky. Se lo merecen. Quieren cerrar el proyecto y meterlos en una cárcel de máxima seguridad.

Sabía que él tenía razón y que era la única solución. Estuvimos meses intentando encontrar una salida limpia para ellos sin involucrar a los pobres alumnos.

—¿Brigitte lo sabe? —pregunté con voz trémula.

—No, solo le dije que se vaya. No quiero que esté aquí mañana.

—La amas, ¿verdad?

—Demasiado. Lo hago por ella. Necesito su perdón. Por mi culpa su hijo la odia. Y también por culpa de ese desgraciado de Lionel. No puedo creer que arremetió contra mí. Entiendo que quiere ganar las elecciones, pero no pisotearme a mí. Y tampoco sacrificar la libertad de esos jóvenes.

—No tuviste elección. Esos jóvenes tomaron decisiones precipitadas... Brigitte te perdonará y Adrien también.

—¿Qué te dijo la chica?

—Que los profesores deberían haber salido de aquí hace tiempo y que necesitan mi ayuda. Quiero verla mañana otra vez.

—No lo hagas, esto se acabará pronto.

—Sé que te debo muchas cosas, pero también sé que eres una buena persona, West. Me ayudaste y gracias a ti tengo este trabajo. No me gusta saber que vas a sacrificar tu libertad así sin más.

—Jacky, ya está decidido. Mañana los policías vendrán a detenerme. —Se acercó y colocó sus manos en mis hombros—. Pero esto acaba de empezar. Tienes que trabajar con mi abogado en mi caso y en mi defensa.

—Lo haré. Todas las pruebas están a favor de tu supuesta locura. No tengo ninguna duda de que acabarás en un psiquiátrico.

—Bien. Gracias... —Bajó las manos y se alejó.

—¿Qué pasará con ellos?

—Lo tengo todo controlado. Mi chofer los llevará a mi mansión. Tengo preparada una sorpresa para cada uno.

—¿Y los alumnos? ¿Qué van a decir los padres y los medios de comunicación?

—La mayoría tienen problemas, eso no me preocupa. Se quedarán con sus supuestos profesores. Al parecer, encontraron su otra mitad.

—Veo que lo tienes todo bien calculado y espero con todo el corazón que

salgan bien las cosas.

Él alzó la mirada y asintió con la cabeza.

—Eres una gran mujer. Tu marido es muy afortunado —dijo en voz baja.

—Gracias, te dejo. Supongo que necesitas estar solo.

Asintió sin romper el contacto visual.

—Tengo que dejarle algo a Adrien. —Se pasó una mano por la nuca. Se quedó callado por un momento mientras me miraba.

—Hazlo, no esperes más —murmuré—. Nos vemos mañana. Buenas noches.

Abandoné la habitación y suspiré. Mañana era el gran día y tenía que estar preparada.

Capítulo 49

West

Metí la carta que había escrito para Adrien dentro del sobre y lo cerré. Le había explicado todo, pero también le había pedido su ayuda. Mi destino estaría en sus manos a partir de mañana y él tenía que saberlo. Se convirtió en un gran hombre y había encontrado el amor. Ya le tocaba disfrutar de la libertad y de una vida tranquila.

Cerré mi puerta sigilosamente y crucé el pasillo con pasos firmes. Odiaba ese lugar tan oscuro. Había intentado sin éxito cambiarlo y renovarlo. El alcalde se negó a hacerlo diciendo que ellos no se merecían ningún favoritismo.

Me paré frente a la habitación de Adrien y abrí la puerta. Crucé la estancia y me paré delante de su escritorio. Dejé la carta encima y cerré los ojos.

—Veo que ni siquiera te molestas en tocar la puerta —dijo Adrien detrás de mí.

—Lo siento, pensaba que no estabas. Solo quería dejarte algo.

Tomé la carta y me giré. Su rostro lleno de moretones me impactó, tanto que había sentido la necesidad de salir corriendo. No sabía que lo habían golpeado tan fuerte.

—¿Te gusta lo que ves? Por tu culpa estoy así... ellos me dejaron inconsciente —bramó, irritado.

—No lo sabía, pero tenían que hacerlo. Lo siento.

—Eres un maldito hijo de puta. Quiero que te vayas de aquí. ¡No quiero saber nada de ti! —vociferó, y en sus palabras latía una furia incontenible.

Sus ojos azules eran gélidos, y su rostro se tornó duro como la piedra.

Le sostuve la mirada y lo desafié:

—No me voy hasta que me escuches.

—Entonces me iré yo —rugió.

—Adrien, tu madre se fue.

Lo miré por encima del hombro y me fijé en sus ojeras. Estaba exhausto, pensé.

—¿Como que se fue? ¿A dónde? ¿Por qué no me dijo nada?

—Yo le ordené...

—¡Maldito! —vociferó, apartándose del escritorio con tal brusquedad que la silla cayó al suelo.

—Mañana estarás libre, tú y los demás. Y tu madre estará bien, te lo prometo.

—¿Qué me estás contando?

—En esta carta está todo explicado. Solo espero que me perdones.

—¿Perdonarte? —Alzó el mentón con orgullo y dignidad—. Nunca en la vida lo haría.

—Por favor, solo léelo. Esperaré tu llamada.

—¿Mi llamada? —Frunció el entrecejo.

—Después de leer la carta, tendrás que tomar una decisión. Espero que sea la acertada.

—Después de tanto tiempo... Destrozaste el matrimonio de mis padres y te libraste de mí. Lo siento, pero no puedo seguir hablando contigo.

—Entiendo. —Le di la carta y abandoné la habitación sin mirar atrás.

Ese encuentro fue desgarrador, me dolió verlo así. Sabía perfectamente que merecía todas sus duras palabras, sin embargo, nunca pensé que iba a ser tan difícil asimilarlo.

Brigitte

Había robado la cinta con la grabación de mi beso con West y me fui directa a la habitación. Escribí una carta para despedirme de mi hijo y luego hice la maleta. No tenía muchas cosas, desde que entré a trabajar como vigilante, nunca salí al exterior. Mi ropa estaba desgastada de tanto lavar y tenía pocos objetos personales.

Las compras las hacían los guardias y solo nos traían lo estricto y necesario para el aseo personal.

Tomé la maleta y eché una mirada a mi alrededor. No me sentía feliz, me sentía triste. Era la segunda vez que tenía que abandonar a mi hijo. Él era el motivo por el cual cada día decidía seguir adelante. Yo era su madre, y eso es para siempre, como el amor que sentía por él.

Agarré la maleta y la arrastré hasta la puerta. Giré el pomo con pesar y abandoné la habitación que fue mi hogar durante más de cinco años.

—Brigitte... —dijo Jacqueline detrás de mí—. Por fin te encuentro. ¿Te vas ya?

—Sí, me tengo que ir. ¿Pasa algo? —La miré a los ojos—. ¿Mi hijo está bien?

—Todos están bien. Solo quería asegurarme de que sabes lo imprescindible que es que te vayas de aquí.

—Lo sé, West me lo dijo —dije pensativa—. ¿Qué va a pasar mañana?

Mi corazón latía con fuerza en mi pecho.

—No te preocupes por eso, mañana vas a ver a tu hijo. Tú ya hiciste lo suficiente, *amie*[22]. Te mereces un buen descanso.

Sus palabras me convencieron, pero no sirvieron para relajar mis ánimos.

—Gracias, Jacky. Sabía que podría confiar en ti —comenté con añoranza—. Cuando me pediste las grabaciones, no sabía qué hacer. Al principio dudé, y tenía miedo de lo que podrían pensar los demás. Pero me convenciste de que era lo mejor y así fue.

—Todos saben que tu hijo y los demás están más que rehabilitados —expuso—. Mañana no voy a poder verte, tendré que ocuparme de... no puedo hablar. Te lo contará Adrien. Disfruta de tu libertad, amiga.

Me dio un corto abrazo y se fue. Aquellas palabras me hicieron reflexionar, pues no las entendía. ¿A qué se refirió cuando dijo que tenía que ocuparse de algo? ¿Qué plan se desmoronaba lentamente?

—Brigitte...

Me tensé al instante y me giré despacio.

—Amelia. ¿Qué haces fuera de tu habitación a estas horas?

—Te estaba buscando. Estuve pensando y... y... yo quiero que sepas una cosa. —Bajó la vista y se quedó quieta—. ¿Te vas?

—Tengo que hacerlo, ¿qué querías contarme?

—¿Vas a abandonar a tu hijo? Él te necesita, esto no te lo va a perdonar en la vida.

—Mi hijo me odia... pero lo hago por su bien.

—Yo mentí, Adrien me dijo que tenía que hacerlo y...

—Te entiendo, no tienes que disculparte conmigo. Por amor somos capaces de hacer sacrificios sin sentido, ¿verdad?

—Estoy enamorada de tu hijo.

—Lo sabía, *petite*. —Tomé su rostro en mis manos—. Y estoy muy feliz. Eres muy especial y créeme que te he cogido mucho cariño, a pesar de lo que viviste. Tuve que mostrarme fría contigo porque no sabía cuáles eran tus intenciones. Pero no te preocupes, mañana vas a recibir buenas noticias.

—Gracias, pero no te vayas. ¿Qué va a pasar con nosotros? Adrien tenía un plan, pero desde que lo golpearon él no levanta cabeza.

No tuve reacción inmediata a las palabras de Amelia. Me quedé allí, quieta, con la vista perdida al frente, mientras intentaba respirar con normalidad.

—¿Qué me estás contando? ¿Quién lo golpeó? —pregunté temiendo su respuesta.

—Fue West, bueno, él solo había dado la orden. Y ahora está aquí la

psicóloga y me está amenazando. Quiere ponerme en tratamiento...

—Oh, por Dios. —Cerré los ojos. Sus palabras se sintieron como un balde de agua fría. Era irme o sucumbir, en mis manos reposaba la responsabilidad sobre la vida de mi hijo. Inspiré profundo, no porque necesitaba respirar, sino como un intento de relajarme y aclarar mis pensamientos—. Jacqueline es de confiar, es mi amiga. Y West... tendrá que dar explicaciones. Gracias por contármelo, y gracias por cuidar de mi hijo.

Besé sus mejillas y tomé la maleta, arrastrándola por el largo pasillo hasta la habitación de West.

Capítulo 50

West

Tiré todas las cosas que había encima del escritorio al suelo porque necesitaba desahogarme. Esa era mi última noche en libertad y estaba solo, sin la compañía de nadie. Nunca quise casarme o enamorarme de otra mujer. Mi corazón le pertenecía a Brigitte.

Tenía cuarenta y cinco años y me sentía derrotado, con poca energía y fatigado. Me pasé los últimos años trabajando día y noche.

Necesitaba tener mi mente ocupada. Esa era mi razón de vivir, lo que me apasionaba, en donde me estresaba y me tranquilizaba.

Tenía más dinero en la cuenta de lo que imaginaba, y propiedades que ni siquiera había visto. Pero me sentía muy solo, mis días se habían llenado de una monotonía increíble. Ese tedio incesante que no sabía cómo definir, una cosa que parecía instalarse cada día más en mi vida, y no podía expulsarlo.

La puerta de la habitación se abrió de golpe y me quedé estático cuando la vi. Tenía la cara crispada y los ojos llorosos.

—Brigitte...

—¿Cómo pudiste? —Se acercó y me abofeteó—. Te odio.

Sus ojos azules se veían apagados, oscuros y tenían una expresión de abatimiento. Una sensación de amargura me recorrió la boca, porque no me gustaba verla así.

No dije nada, solo me limité a mirarla en silencio. Mi mejilla ardía,

punzante de dolor, pero no me importaba. Me había jurado a mí mismo que la protegería, que esos ojos color azul nunca más llorarían, y había fallado en el intento.

—Perdóname...

—Yo... cuando todo esto se acabe, te quiero fuera de mi vida para siempre. No quiero volver a verte. —Sus palabras me rebanaron las entrañas como si fuesen la hoja de un cuchillo afilado.

—Déjame explicarte —dije acercándome a ella. Mis manos se acomodaron lado a lado de su cabeza y acerqué mi rostro al suyo—. Yo te quiero.

Su respiración se aceleró y me miró como si estuviese asustada.

—No es verdad, no es amor lo que sientes por mí.

Intentó salir de mis brazos, pero la mantuve firme.

—No sabes cómo me duele verte así —dije con voz trémula—. Pero todo tiene una explicación. Mañana la tendrás. Solo quiero saber una cosa... puede que no vuelva a verte nunca más.

—Dime... —Se relajó y me miró a los ojos.

—¿De verdad me odias?

Ella cerró los ojos y gimió. Golpeó mi pecho con sus puños y se echó a llorar.

La abracé y ella se aferró a mi cuello. Sentí mis ojos húmedos y esa era la primera vez que lloraba. No lo había hecho desde la muerte de mis padres. Ellos murieron en un incendio hace diez años, y el hecho me había roto el corazón de tal manera que había llorado la pérdida durante semanas.

—No te odio —susurró con voz ronca—. Pero tengo todos los motivos para hacerlo.

—Tu hijo está bien. Hace rato fui a verlo.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó con los dientes apretados y mirándome con los ojos húmedos.

—Te dije que tenía un plan y necesitaba pruebas para llevarlo a cabo. Adrien tiene las respuestas, tan solo tiene que leer la carta que le dejé.

—Yo también le escribí una carta. Somos terribles, los dos...

—No, eres una gran mujer y madre —dije abrazándola con fuerza contra mi pecho—. Gracias.

—¿Por qué me das las gracias?

—Por este momento, lo necesitaba.

—Yo también. —Se apartó y me miró a los ojos—. A veces me pregunto qué podría haber sido de nosotros si rechazaba el puesto de vigilante. Hace dos años me divorcié...

—Tuviste que hacerlo y por eso insistí para aceptaras este trabajo. Fue lo mejor que pude hacer por ti en ese momento. Estabas destrozada y necesitabas tener a tu hijo al lado.

—Fui una tonta por no haberme dado cuenta. Eres un buen hombre, West, y me quieres a pesar de todo.

—Tú también me quieres.

Alzó la mirada, y por unos escasos segundos sentí el deseo cosquilleando mis labios. Lo necesitaba, sentía que me moriría si no probaba su boca, si nuestros alientos no se juntaban de nuevo.

Dio un paso al frente, extinguiendo el espacio que nos separaba, y me dejó rozar mis labios con los suyos. Cerró los párpados y se abandonó a mí.

El sabor inicial me embriagó, y un ardiente ramalazo atravesó mi pecho. Ebrio de necesidad, ladeé mi cabeza para tener mejor acceso a su boca e intentaba hacerla seguir mi ritmo. Deslicé la lengua entre sus dientes y sentí los suaves y torpes movimientos que hacía ella con los labios. Experimenté una oleada de sabores y cada suave centímetro se amoldó al mío. Sabía muy dulce y me deleité con las sensaciones de su cálida boca.

No podíamos respirar, no importaba, le decía que la amaba con besos y en ese momento deseaba que todo lo demás desapareciera.

—*Amour*[23] —Mi voz sonó entrecortada, y tenía ganas de cerrar los ojos y seguir besándola.

Me había perdido en el torbellino de sensaciones y emociones, llevaba

tiempo sin disfrutar tanto de un beso.

—Dime. —Su expresión cambió.

—Nada más me gustaría seguir, te deseo tanto...

—West... Pero tengo que parar, no aquí y no en este momento. No antes de saber toda la verdad y de estar segura de lo que sientes por mí. Está en tus manos si nos das una oportunidad. Te esperaré, siempre lo hice.

La abracé y ella suspiró en mi cuello. Empezó a llorar y sus lágrimas perforaron mi corazón, me dolía el pecho, pero no podía dejarme llevar por los sentimientos. La amaba, la amaba como nunca había amado a alguien o a algo jamás.

—¿Por qué siento que esta es una despedida? —Alzó la mirada.

—Tienes que irte. —La solté y apreté los puños—. Ahora, y no mires atrás.

—No... no me hagas esto. Quiero saber más, quiero estar contigo. —Se abrazó a sí misma—. No quiero irme.

Solo la miré porque no pude pensar en algo que decir. Me acerqué y la besé. La besé con ternura, como si el mundo se acabase, como si nunca la volvería a ver. Era un beso de despedida, uno que había llenado mis ojos de lágrimas en segundos. —Vete, por favor.

Se estremeció cuando lancé las palabras hacia ella y giró su espalda hacia mí. Mi corazón se encogió dolorosamente dentro del pecho. Un sollozo ahogado escapó de mi garganta, me dolía hablarle así y echarla de mi vida.

—Si esto es lo que quieres... —Parecía sin aliento. Podía escuchar lo difícil que era buscar las palabras—. Me iré.

Abrió la puerta y salió sin mirar atrás.

Eso fue brutal. Me acerqué a la pequeña biblioteca y me apoyé en la pared, con la cabeza colgando. No sabía si quería llorar o romper algo. Era demasiada emoción y muchos sentimientos revelados en tan solo unos minutos.

Capítulo 51

Julia

La mañana siguiente

Salí de la habitación y me extrañó el silencio. Ignorando la particular sensibilización que me estaba abrumando, caminé hasta la biblioteca haciendo caso omiso de las cámaras de seguridad. Ya no me importaba si alguien me estaba vigilando o no.

Empujé la puerta de madera maciza y se abrió con un chirrido.

—Pasa —dijo Julien—. Siento tu perfume...

—¿Dónde están los demás? —Caminé hasta la ventana y me giré para mirarlo.

—Tienen que llegar.

—¿Sabes algo de Adrien? No lo encontramos desde ayer.

—Sí, pero es mejor esperar a los demás —suspiró—. Te noto tensa, ¿estás bien?

—No, no estoy bien. —Dejé escapar un profundo suspiro—. Necesito saber qué sientes por mí. Ayer me dijiste que hablaríamos cuando estuviéramos solos.

Me acerque a él y coloque mis manos en sus hombros.

—Así es. No suelo expresarme en público. Me siento extraño cuando todos me miran y yo no puedo verlos. Me siento desnudo —dijo con un tono

entrecortado.

Me permití a esbozar una tímida sonrisa y sentí algo de tensión evaporarse de mis hombros.

—Lo mismo me pasa a mí. Cada vez que desvelaba mis sentimientos, algo malo pasaba, y siempre terminaba llorando —susurré.

—Eso no va a pasar mientras estemos juntos... nunca más. —Tomó mis manos—. Conmigo puedes hablar con soltura, nunca me voy a reír de ti.

—Es extraño escucharte. Nadie me habló tan bonito.

—Acostúmbrate porque lo haré todos los días. Me enamoré de ti, Julia, y quiero pasar el resto de mi vida a tu lado. Sé que puede parecerte extraño, llevamos poco tiempo viéndonos y...

—Y yo también te quiero —dije en voz baja.

—Cuéntame qué sientes. Sé que las miradas hablan, y es una pena que no pueda ver la tuya. ¿De qué color son tus ojos?

—Mis ojos son de color azul, como los tuyos, pero no tan bonitos —puntualicé con un semblante de risa que a él le causó gracia.

—Los míos son inútiles —susurró él y suspiró cuando sintió mi mano rozándole la mejilla—. No me sirven para nada.

Si algo comprendí mientras viví en la academia fue que el roce era algo fundamental para la vida. El acto amoroso de juntar piel con piel era necesario, si no todo carecía de sentido.

—No es verdad. —Me acerqué un poco más. —Adornan un rostro hermoso —dije y le rocé los labios con mis dedos—. Van a juego con esta boca tan sensual.

Estaba a punto de besarlo y yo no era así de atrevida.

—Bésame, Julia.

Su voz atormentada me sorprendió, pero hice lo que él me pidió.

Acerqué mis labios a su boca y con delicadeza los froté contra los suyos. Gimió en mi boca y mi corazón enloqueció. Nunca había sentido nada igual. Quería ir despacio, quería saborear el momento y grabarlo para siempre en mi

memoria. Mordí su labio inferior, luego el superior y, cuando me agarró por los hombros, deslicé mi lengua en el interior. Lo que sentí a continuación me dejó sin aliento. La boca de Julien se presionó fervientemente contra la mía y mi respuesta fue pegarme aún más a su cuerpo.

Cerré los ojos y me dejé arrastrar por la sensación. Sus manos trabajaban en mis caderas, frotando con suavidad y de repente me agobió la necesidad de tocarlo, por lo que comencé a deslizar mis manos en ascensión por sus brazos.

Hizo un sonido de protesta y se apartó.

—Los demás tienen que llegar —dijo en un jadeo—. Fue exquisito, maravilloso... gracias. Por un instante vi tu rostro... no sé cómo explicarlo. ¿Qué sentiste?

—Por un primer beso no está mal. —Las palabras se atoraron con timidez en mi garganta.

—¿Nunca te habían besado hasta ahora?

—No, nunca. Yo voy a confesarte algo. No quiero que pienses que me estoy aprovechando de tu ceguera. Y tampoco quiero que los demás piensen lo mismo. Yo soy gorda... bueno, ya no tanto. Me operaron hace un año y...

—No sigas, por favor. Estoy seguro de que duele recordarlo. Si estoy ciego, esto no significa que no puedo verte. Julia, he bailado contigo una noche entera. Estuviste en mis brazos y créeme que me gustó cada parte de tu cuerpo. No quiero que te avergüences más, eres preciosa. Para mí lo eres. Me gustas más de lo que lo puedo manejar. Y me siento impotente...

—No, no digas eso. Yo te quiero así. Ay, bueno... yo...

—Yo también te quiero.

Lo miré con los ojos con lágrimas. Ese hombre tan guapo dijo que me quería. Nunca me habían dicho nada igual y con tanta intensidad. Me sentía feliz, y por primera vez en la vida no me avergonzaba de mí misma.

—¿Estás llorando? —Alargó una mano y la posó en mi mejilla—. No quiero que lo hagas.

—Son lágrimas de felicidad...

La puerta de la habitación se abrió y me alejé de inmediato.

—No os preocupéis por mí —habló Alice, la profesora de Mark, mientras cruzaba la estancia—. Me gusta lo que veo.

—¿Dónde están los demás? —preguntó Julien.

—Tienen que llegar, y...

—¿Y qué?

—Adrien está mal, los guardias lo golpearon muy fuerte. —Ella gimió y me fijé en la cicatriz que cruzaba su labio inferior—. No he conseguido hablar con él, no dice nada y está ausente...

—¡Maldito West! —vociferó Julien—. Estoy harto de él y de todo esto. ¿No tiene suficiente con tenernos aquí encerrados? Ya recuperó su dinero.

—Su llegada es extraña y esa psicóloga me da mala espina. No sé si podemos confiar en ella.

—Amelia habló con ella —dije yo—. Creo que le contó algo, no sé muy bien qué pasó.

—Ya estamos aquí —dijo Claude, el profesor de Mary.

Detrás de él entraron los demás y se posicionaron delante de nosotros.

—Bueno, ¿cuál es el plan ahora? —preguntó Chloe, la profesora de Anthony—. Adrien no nos dice nada.

—Seguiremos con la huida. Conseguí *hackear* el sistema informático y esta noche podré abrir todas las puertas —comentó Alice.

—Esa es mi chica —comentó con orgullo Mark—. ¿Os dije que estoy enamorado de ella?

—Lo sabemos todos. —Chloe puso los ojos en blanco.

—Si seguimos con el plan de Adrien, tenemos que conseguir un coche. La idea era convencer a la psicóloga para que a nos ayude a contactar con Armand...

—La psicóloga es de fiar, pero hay algo muy extraño que está pasando ahora. Creo que sería mejor esperar unos días —dijo rápidamente Amelia—. Anoche hablé con Brigitte y ella me dijo que mañana nos darán buenas

noticias.

—¿Y dónde está ella ahora mismo? No se presentó en el desayuno... —
murmuró Mary.

—Ella se fue... anoche —contestó Amelia en voz baja.

—¿Cómo que se fue? —Alice la miró con el ceño fruncido—. En todos estos años que estuvimos encerrados aquí, ella nunca abandonó el lugar. ¿Por qué se fue?

—Tengo la respuesta aquí —dijo Adrien mientras entraba en la habitación y nos enseñaba una carta—. O eso creo. No la leí, y es de mi madre.

—Léela, necesitamos saber qué pasa —instó Alice.

Capítulo 52

Adrien

Los miré a todos y sentí tristeza. Les había fallado y los había decepcionado; mi plan se desmoronó y no había manera de remediarlo.

Tenía la carta de mi madre en mis manos y la de West en el bolsillo de mis pantalones. No me había atrevido a leer ninguna de las dos. No quería saber nada de ellos.

Vi a Amelia acercarse y di un paso hacia delante. Amaba a esa chica con locura y no quería perderla, pero sabía que ella se merecía algo mucho mejor que un delincuente merodeando en su vida.

Había intentado quedarme al margen después de la pelea, pero no dejé de pensar en ella, y de recordar nuestros encuentros y nuestros besos. Simplemente no podía olvidarla.

—¿Estás bien? —preguntó susurrando, y mis ojos viajaron hasta sus labios.

Tuve que apretar los puños y contenerme para no besarla. Era difícil resistirme a ella y a su especial encanto.

Un perturbador silencio envolvió la habitación y sabía que los demás estaban a tan solo unos metros observándonos, pero no podía reaccionar. Me daba vergüenza que me vieran así, tan abatido y confuso.

—Estoy bien, gracias. —Forcé una sonrisa.

—Si quieres... puedo leer yo la carta. —Se ofreció y colocó una mano en mi mejilla—. Lo siento...

Su voz sonó lastimosa y su mirada era tan triste que dolía.

—No te preocupes. —Tomé su mano y la besé—. Todo va a salir bien, lo presiento.

Alcé la mirada y tomé una profunda respiración. Miré la carta y me dispuse a abrirla.

Me sentía como si estuviera en el ojo del huracán que giraba alrededor de mí. Ellos eran mis amigos, fuimos inseparables durante más de diez años y me dolía haberles fallado. Sin embargo, pensé que una buena noticia podría mejorar la situación y revivir la amistad rota y perdida entre decepciones. Tanto mías como de ellos.

Cuando nos encerraron, nuestros juramentos cayeron uno por uno, y las promesas que nos hicimos para sobrevivir dejaron de tener importancia. La soledad, la oscuridad, la tristeza, la impotencia y la traición por parte de mi madre nos separó. Durante tres o cuatro años, fuimos como unos monjes solitarios, ninguno hablaba y ninguno de nosotros intentó huir. Tan solo habíamos aceptado nuestro castigo y nos habíamos rendido ante la situación.

Fui yo quien dio el primer paso, fui yo quien escribió un libro con el propósito de pedirles perdón y ayuda. Perdón por la traición de mi madre y ayuda para idear un plan para sobrevivir y salir de esa academia maldita.

Levanté el papel con manos temblorosas y empecé a leer en voz alta.

Hijo mío, te escribo porque no puedo despedirme de ti. Tuve que salir de aquí a las órdenes de West, entiéndelo, por favor.

Sé que lo odias, pero hay mucho de él que tú no sabes... deberías leer su carta.

Mañana todo se terminará, todos vais a estar libres, libres de empezar una vida fuera. Habéis sufrido mucho y yo también. Sé que es tarde y sé que no me crees, pero te pido perdón. Solo quise lo mejor para ti.

No intentes huir, sé que tenías un plan para escapar... quédate y espera.

Esta no es una despedida, mañana nos vemos. Te esperaré, no tardes, hijo. Y trae a Amelia contigo. Os quiero mucho a los dos.

Algo dentro de mi pecho se agitó, todos mis músculos se pusieron en función y rompí la carta en trozos pequeños. Apreté los puños y caí de rodillas al suelo.

Amelia se agachó delante de mí y me abrazó. Estaba temblando y quería llorar. Estaba confuso y totalmente perdido. Mis emociones peleaban entre ellas y buscaban un ganador. Querían perdonarla, pero yo no podía hacerlo. Había perdido cinco años de mi vida y había arrastrado a mis amigos conmigo por su culpa.

—Deberías perdonarla, Adrien. Tienes que dejar de luchar contra tus verdaderos sentimientos. Tu madre te quiere mucho y además fue la única que nos cuidó todos estos años —dijo Julien—. Yo no la odio, nadie lo hace. Fue para nosotros lo más cercano a una madre. Es verdad que tomó una mala decisión, pero todos cometemos errores y ella se ganó nuestro perdón con el amor que nos impulsó todos los días. ¿Recuerdas cuando golpeó a ese guardia porque se había negado a dejarnos salir de las habitaciones cuando no había clases?

Alcé la mirada y asentí con la cabeza. Las lágrimas brotaron de mis ojos y sonreí con tristeza.

—Esa es una madre que luchó por su hijo, luchó por nosotros —dijo Claude.

—Ellos tienen razón, fuimos privilegiados —murmuró Chloe—. Gracias a ella.

—Por su culpa nos encerraron aquí —dije con amargura.

—Podríamos haber acabado mucho peor. Nuestras decisiones nos llevaban por un mal camino... drogas, alcohol... —La voz de Alice se quebró en sus labios.

—En la carta, Brigitte dijo que mañana estaréis libres, es una buena noticia.

—Amelia tomó mi rostro en sus manos—. Vamos a empezar de cero y olvidar todo esto.

—No puedo ofrecerte nada, no tengo dinero, casa o...

—Tienes el amor que sientes por mí. —Calló mis labios con su dedo índice

—. No necesito nada más.

Esboqué una sonrisa y le di un beso corto en los labios.

—Deberíamos ir a dormir. Es muy tarde —sugirió Mark—. Los guardias no están por aquí y prefiero llevarme a Alice conmigo. Tenemos que hablar de muchas cosas.

Ella lo miró con dulzura y tomó su mano.

—Tienes razón. Es nuestra última noche aquí y deberíamos pasarla en compañía de lo que más queremos en este mundo. —Julien agarró a Julia por la cintura y la atrajo hacia él.

Me puse de pie y me quedé mirándolos a todos. Se veían felices, sus sonrisas lo decían todo. Y tenían razón, era nuestra última noche allí y deberíamos aprovecharla para profundizar nuestros sentimientos. Tomé la mano de Amelia y la apreté con suavidad.

Ella alzó la mirada y me sonrió con timidez.

—¿Tu habitación o la mía? —pregunté susurrando—. Tenemos que hablar y tenemos que escoger un camino.

—Tu habitación, es más grande. —Se arrimó a mí—. Yo ya sé lo que quiero y depende de ti para que se cumpla.

—Ven conmigo, *petite*. —Besé su coronilla—. Encontraremos la solución perfecta.

Capítulo 53

Julia

Caminaba al lado de Julien y miraba a mi alrededor. No echaría de menos ese lugar en absoluto, pero recordaría con mucho cariño las clases y los momentos que había compartido con mi hermoso profesor.

—Estás muy callada —murmuró Julien—. ¿Te arrepientes de algo?

—No. —Me aferré a su brazo—. Solo estaba pensando que echaré de menos a mi profesor.

—¿Y quién te dijo que no lo vas a volver a ver? —Giró la cabeza y me dedicó una sonrisa pícaro—. Tienes mucho que aprender y yo estaré encantado de continuar con las clases.

—Qué buena noticia.

Me paré frente a su puerta y él dejó de caminar.

—¿Ya estamos? —Torció los labios—. Olvidé contar los pasos... Cuando estoy contigo me olvido de todo, incluso de que soy ciego.

—Julien...

Miré cómo buscaba con la mano la cerradura para meter la llave y tuve que apretar los puños para no dejarme llevar por el impulso de ayudarlo. Palpó con cuidado la puerta y, después de un par de segundos, lo vi girando la llave dos veces.

Empujó la puerta y la sostuvo para que entrara.

—Eres la primera persona que ve mi habitación. Ni siquiera sé si está

ordenada —dijo mientras cerraba la puerta—. Pero estoy contento, por primera vez desde que dejé de ver, siento que vale la pena luchar por el amor.

—Para mí el amor fue una carga...

No pude terminar de concretar la idea, básicamente porque en mi cabeza era imposible de completar un solo pensamiento coherente. Estaba sola con él y sentía un suave cosquilleo que subía lentamente por mi espalda en remolino. De pronto me di cuenta de que me había olvidado de respirar.

Su habitación era más grande en comparación con la mía. Los techos inclinados eran interesantes y le daban un ambiente íntimo.

—Me aseguraré de hacerte olvidar el pasado. Ven aquí —dijo con aquella sonrisa que me hacía sentir tan a gusto, y estiró una mano.

Me acerqué con pasos pequeños y un escalofrío se estableció en mi piel cuando tomé su mano. La vulnerabilidad se apoderó de mí y lo abracé. El latido de su corazón rugió en mis oídos y supe que estábamos sintiendo lo mismo.

—Me siento feliz contigo aquí. Eres la luz que tanto ansiaba encontrar. — Depositó un beso en mi frente—. Quiero pasar la noche en tus brazos.

Mi mente se adentró directamente en ese pensamiento con deleite.

—Yo también.

Pasé mis manos por su pecho y sus hombros, masajeando suavemente. Su piel se sentía caliente al tacto y sus músculos firmes, tensos. Mi estómago estaba con nudos mientras sostenía mis palmas fuertemente apretadas contra su pecho. Había deseado tocarlo desde la primera clase.

Tomé su mano y la apoyé sobre mi pecho, dejando que sintiera los latidos de mi corazón. Sus ojos se cerraron y se acercó un poco más.

—Julia. —Mi nombre sonó como una súplica.

Mis manos encontraron su camino por entre el cabello de su nuca y usé esto como palanca para atraer su boca a la mía. Sus labios eran dulces, expertos, y mientras me apretaba contra él pensé que nunca había sentido nada igual. Nunca me había sentido tan segura como en aquellos brazos.

El beso había comenzado suave y vacilante, pero a los pocos segundos se volvió salvaje y caliente, nuestras lenguas coqueteando y saboreando al otro. Julien era muy bueno besando.

Se apartó ligeramente, respirando con fuerza contra mi boca.

—Te quiero, Julia. —Pasó su pulgar por mi labio inferior—. Quiero pasar el resto de mi vida contigo.

—Yo también te quiero.

Mi corazón latía con fuerza.

—Pero... —Tragó saliva con fuerza—. No puedo ofrecerte nada, no tengo trabajo, dinero, casa y... seré un estorbo continuamente. Pero te quiero tanto...

—No necesito nada, Julien. Solo a ti. —Me mordí el labio y contuve el aliento—. Yo puedo trabajar y...

—No quiero que lo hagas —suspiró—. No quiero ser una carga para ti. Me gusta lo que tenemos y estoy enamorado de ti, pero no puedo castigarte.

—Es mi decisión y quiero esto. Vamos a vivir juntos y vamos a ser muy felices.

—Julia, no me merezco una mujer como tú. La verdad es que no sé si me merezco esto. Lo que hice, lo que pasó hace años... mi pasado no es agradable.

—Cumpliste con tu castigo, no lo hagas más. Te mereces una segunda oportunidad y ser feliz.

—¿Tú crees? Llegué a pensar que nunca iba a salir de aquí, y aún menos enamorarme —dijo con una sonrisa.

—Tienes que vencer tus miedos y permitirte vivir este amor.

—Lo haré...

Lo besé de nuevo, silenciando sus palabras. Mis ojos se cerraron y saboreé el momento. Y mientras lo hacía, el amor que sentía por él crecía junto con el deseo que aumentaba en mi interior.

Capítulo 54

Mark

Entré detrás de Alice en la habitación y me acerqué al escritorio. Encima, había un par de dibujos y algunos bocetos. En todos aparecía un hombre sin rostro... una silueta oscura como una sombra. Tomé una hoja y la acerqué para mirarla mejor.

—¿Por qué este hombre no tiene cara? —dije con la mirada fija en el dibujo.

Ella se acercó al escritorio y cogió uno de los cuadernos. Lo abrió y me enseñó los últimos bocetos. Mis ojos se abrieron de par en par y ladeé la cabeza.

—Ese soy yo —dije con asombro.

—Sí, eres tú —murmuró—. Y el otro hombre no tiene rostro porque hasta ahora no había conocido a nadie digno de mi amor.

—Entonces...

—Me gustas, Mark.

Se inclinó acercando sus labios a los míos.

—También me gustas —susurré contra su boca.

Mi cabeza sabía que estaba cruzando la barrera invisible que había creado para protegerme y que me quitaba la máscara que llevé toda mi vida. En ese instante, mi corazón se sentía alegre porque ella lo completaba. No hacía falta poner su nombre en mi estúpida lista, ella representaba todo lo que había pedido para ser completo y todo lo que alguna vez había necesitado para ser

feliz.

Sus labios se separaron ligeramente, en una invitación abierta para mí, y me incliné lentamente, presionando un suave beso en su dulce boca. Mi lengua empujó y coqueteó con la suya.

Agarré su trasero y la presioné contra mi firme longitud, frotando con las manos arriba y abajo con desesperación. Todos mis sentidos estaban eufóricos, sin embargo, no quería perder los estribos. No quería asustarla o aprovecharme de ella con rudeza, no antes de ver dónde nos encontrábamos.

—Alice...

Ella parpadeó varias veces antes de abrir los ojos y mirarme.

—¿Mark? —Su pregunta fue un susurro, una súplica.

—¿Qué pasará mañana?

—No entiendo. —Tragó saliva—. ¿A qué te refieres?

—A nosotros. Quiero saber si estás dispuesta a venir conmigo —hablé con una voz grave y cortante que me sorprendió—. ¿Quieres seguir con tus amigos?

—Por supuesto que me iré contigo. Ellos son mis amigos y los llevaré siempre en mi corazón, pero a ti te quiero. No voy a dejar escapar la oportunidad de ser feliz y de vivir un amor mágico.

—Entonces, bésame. Tenemos pocas horas hasta mañana y no quiero desperdiciar ni un segundo.

Alice se puso de puntillas, me agarró con las dos manos por la nuca y me pegó más a su cuerpo. Inclinó la cabeza y se me puso la piel de gallina cuando me mordió el lóbulo de la oreja.

—Los besos los vas a dar tú. —Se echó hacia atrás y separó los labios de forma casi imperceptible.

—He hecho un montón de tonterías, he tratado a las mujeres con indiferencia y nunca le di una oportunidad al amor. Sin embargo, no me arrepiento y eso es porque te estaba esperando a ti. Y sí, los besos te los daré yo... siempre. —Esbocé una sonrisa—. Solo espero estar a la altura. Vine aquí para aprender...

—Mark, bésame —gruñó.

Su mirada era sombría, apasionada.

—¿Impaciente? —No podía mantener la diversión fuera de mi voz.

La esquina de su boca se levantó en una pequeña sonrisa sexy y miré fijamente la cicatriz. Me moría por besarla y quería poner mis manos en su cabello. Realmente era la cosa más extraordinaria que había visto en toda mi vida y tuve que luchar contra el impulso de saltar sobre ella.

Me incliné un poco más y dejé que mi boca tocara suavemente la suya, como si fuera la única oportunidad que pudiera tener alguna vez.

Todos los músculos de su cuerpo se tensaron y por unos segundos se quedó quieta, sorprendida por el beso. Moví mis labios y ella abrió un poco la boca, dejando mi lengua adentrarse como una loca y probando todo. Gimió bajito y mis manos se movieron hacia abajo, rozando con mis pulgares los huesos de su cuello.

Su boca era una maravilla. El calor se había introducido en mis huesos, atizando el fuego de mi sangre. Me sentía como si llevara esperando ese momento toda la vida, pero no podía dejarme llevar por mi entrepierna. Lentamente me aparté de sus labios tras saborearlos por última vez.

—Depende de ti lo que vaya a pasar a continuación. —Mi voz era ronca e impaciente.

—¿Porque soy la mayor? —Elevó una ceja.

—Porque no quiero presionarte. —Besé de nuevo sus labios—. Solo me llevas tres años.

—Entonces... ven conmigo a la cama. —Me sonrió.

Capítulo 55

Anthony

Cerré la puerta con llave y me pasé una mano por el pelo. Hice una profunda respiración y me giré para mirarla.

Algo cruzó por sus ojos, algo tan intenso y sensual que realmente hizo que me dieran ganas de estirarme hacia ella y besarla, pero recordé a Alan. Él nunca haría algo tan precipitado, él era un romántico empedernido y tenía que actuar como tal.

Chloe parpadeó esas largas pestañas hacia mí, sacó su lengua para pasarla por su labio inferior, y se me olvidó cómo respirar por un segundo.

—¿Qué hacemos ahora? —Mi voz se puso ronca en contra de mi voluntad.

—Quiero que olvides todo lo demás. Me refiero a las clases, a tu pasado...

—Chloe, no puedo.

—Entonces, confía en mí y cuéntamelo todo. Tienes el cuerpo marcado. — Ella cerró sus dedos alrededor de mis muñecas y exhaló.

Me pregunté si alguna vez iba a ser sencillo hablar de mi pasado. No obstante, confiaba en ella y la quería.

Sabía que tenía que compartir con ella mis recuerdos para alejar el miedo y la inseguridad. Las mujeres me habían fallado siempre, y nunca había estado en control del rumbo de mi vida. Por Chloe, cambiaría todo eso. Le contaría toda la verdad, porque a partir de este momento éramos solo nosotros dos.

—Tengo el cuerpo marcado porque perdí a mi hermana pequeña —dije las

palabras con voz trémula—. Un cáncer de piel arrebató su vida, la robó de mi lado, dejándome solo y con un gran vacío en mí que no he podido rellenar con nada.

Era pequeño y con la mente atormentada cuando me hice los cortes. Recuerdo la cara de tristeza de mi hermana, cuando me vio lleno de sangre, y sus palabras llenas de rabia: «*Eres un tonto, pero eres mi otra mitad. Marcaste tu piel por mí y, sin embargo, sufres más que yo. Te quiero, gamberro, pero esto no voy a perdonártelo*». Me perdonó en su último día de vida y también me hizo prometerle que intentaría con todas mis fuerzas confiar de nuevo en las mujeres. No obstante, me di cuenta de que ellas huían cuando me veían desnudo, que no querían tener nada serio conmigo, que solo veían una cara bonita, nada más. Tuve dos novias, pero me decepcionaron. Para protegerme de la crueldad, empecé a etiquetar a las mujeres que se cruzaban en mi vida.

—¿Etiquetar? —Sus labios se apretaron y retrocedió.

—La primera fue mi hermana y se llevó la etiqueta de *Ángel*. Intenté sin éxito encontrar a otra mujer digna de llevar la misma etiqueta, todas me decepcionaron. Se llevaron las peores etiquetas.

—¿Yo tengo una? —Dejó escapar un suspiro irregular.

—Tú tienes dos. —Me acerqué a ella, cerrando la distancia entre nosotros—. Una es *Preciosa* y la otra es *Ángel*.

—Oh... Esto es tan hermoso. —Me miró con mucho cariño, era algo maravilloso. Por primera vez me sentía feliz, por primera vez alguien me respondía con apego. —Eres preciosa, eso pensé la primera vez que te vi.

Ella se ruborizó ligeramente ante mi comentario, pero era verdad. Era bonita con ese vestido que cubría prácticamente toda la parte delantera y se amoldaba a sus curvas. La parte de atrás del vestido era la que más me excitaba, la que me hacía querer arrancárselo para verla desnuda en toda su gloria.

Mierda, era un hombre muerto cada vez que la veía. Mis dedos ansiaban

tocarla, por sentir su sedosa piel.

—Gracias.

Un rubor arrasó sus mejillas y me miró con timidez, sus pupilas dilatadas por una mezcla de inseguridad y miedo. Pero podía sentir su emoción y el destello no logró ocultar que en sus ojos había algo muy profundo y hermoso.

—Y eres un ángel enviado por mi hermana para cuidar de mí. ¿Puedo besarte? —pregunté en voz baja.

Asintió con la cabeza y me acerqué, vagando mis dedos sobre sus mejillas.

Cuando cerró los ojos, la atraje hacia mí y acerqué mi boca a la de ella. Chloe deslizó su mano a través de la parte trasera de mi cabeza y me mantuvo allí.

Me conmocionó la intensidad del placer que recorría mi sangre, el deseo salvaje que ella había despertado en mí solo con tocarme de esa manera. Sus dedos se mezclaron con mi cabello, acariciándome mientras nuestros labios se conectaban una y otra vez.

Nunca había experimentado una necesidad como aquella y nunca pensé que alguna mujer podría despertar esos profundos sentimientos en mí. Parecía un sueño, uno que me mantenía con los pies en el suelo, pero con el corazón latiendo a martillazos.

Mi mano estaba descansando en su cintura, mis dedos acariciaban el tejido de seda de su vestido; no quería parar, pero tenía que hacerlo.

Rompí el beso y me la encontré observándome con su mirada fija en mí. Se veía aturdida, sus labios estaban húmedos y sus mejillas ruborizadas.

Lucía bonita, porque había puesto un brillo electrizante en sus ojos besándola de esa manera.

—Nunca me besaron así —dijo, y el tono de su voz surgió desigual, ronco.

—Esto es solo el principio. —Sonreí para ahuyentar la tensión—. Vamos, necesitamos descansar.

Capítulo 56

Mary

Tomé la mano de Claude y la coloqué en mi pecho, encima de mi corazón. Sentí que la sangre comenzaba a correr debajo de mi piel y alcé la mirada.

—¿Recuerdas nuestra primera clase? —susurré, moviendo los labios despacio.

—Perfectamente. —Me dio una mirada intensa.

—Me dijiste que iba a suspender...

—Y tú dijiste que me harías vibrar de deseo con un solo beso y lo quiero ya.

—Sonaba divertido, así que arrugué mi nariz hacia él.

—Cierra los ojos —susurré.

—Quiero verte.

Colocó las manos en mi cintura y sentí pequeños temblores comenzar en la base de la columna. La mirada en sus ojos y la expresión en su rostro derritieron mi cuerpo, haciéndolo líquido y prendiéndolo fuego.

—No puedo hacerlo si me miras así. —Soné oxidada para mis propios oídos.

—Tendré que hacerlo yo.

Él se quedó callado por un momento mientras me estudiaba.

—Hazlo —murmuré, bajando la vista hacia mis pies.

Claude levantó mi barbilla con sus dedos y mis ojos se cerraron mientras él se inclinaba y le daba un único beso a mis labios. Su lengua empujó en mi

boca para persuadir y coquetear con la mía.

Dejé escapar un suave gemido cuando lo sentí presionar contra mi cadera.

—Ahora déjame besarte como es debido —dije, inclinando un poco la cabeza. Incluso yo podía escuchar el ronco gruñido gutural de mis palabras susurradas.

—¿Mi beso no fue bueno? —Frunció el entrecejo.

—Fue maravilloso, pero prometí hacerte vibrar y quiero cumplir con mi palabra.

—Estoy deseándolo.

Llevé mis labios a un suave y sensible punto de su cuello, justo debajo del lóbulo de su oreja.

Lo besé ligeramente y moví mis dedos por su nuca . Tan pronto como mi boca alcanzó su mandíbula, usé la lengua para lamer en un continuo y húmedo movimiento hasta la comisura de sus labios. Terminé con un lento círculo de mi lengua en el punto en el que empecé chupando ligeramente, luego atrapé sus labios con los dientes, raspando y mordisqueando con delicadeza.

Sus labios eran gruesos y cálidos. Hice algo más que besarlo, lo devoré con hambre. Gimió en mi boca y devoré ese dulce sonido con ansias. Mi lengua salió a jugar con la suya y mis manos estaban por todas partes. Había soñado con ese beso todas las noches.

—Jesús, Mary. —Su voz era baja pero fuerte—. Estoy temblando y no es por el frío. Ahora es mi turno. Pero...

—¿Pero?

—Tengo que decirte algo muy importante antes de seguir con los besos.

Su voz era tranquila y estuvo en silencio por un minuto. No me moví, no parpadeé y no hice nada más que mirarlo fijamente hasta que decidió hablar.

—Me gustas, Mary, más de lo que uno puede imaginar. Y quiero que estés consciente de que tengo un pasado sombrío.

—¿Me quieres?

Nos miramos uno al otro durante un largo e intenso momento hasta que él se

acercó y puso una mano en cada una de mis mejillas y me tiró hacia arriba para plantarme un beso.

—Te quiero, Mary.

—Yo también. —Le devolví el beso—. Nada se interpondrá entre nosotros, Claude. Yo también tengo un pasado y no estoy orgullosa de algunas decisiones que he tomado. Lo importante es el presente y lo que tenemos ahora.

—Va a ser difícil para mí integrarme de nuevo en la sociedad.

—Lo sé, pero no estarás solo. Me tienes a mí y a tus amigos. Deja de ahogarte en el pasado y en los remordimientos.

Me sonrió y sentí que mi corazón daba un vuelco en mi pecho. Se inclinó hacia delante y presionó sus labios ligeramente contra los míos.

—Gracias. Es un privilegio tenerte en mi vida y, pase lo que pase, me alegro de haberte conocido. —Me dio una mirada picarona.

No había más duda sobre eso, no cuando me estaba mirando con esa calidez brillante en sus ojos y esa sonrisa de complicidad en esa cara demasiado bonita.

—Entonces, bésame y deja que nuestro amor florezca... Que nos haga reír, que olvidemos las tristezas, que aleje las sombras y que nos haga felices. Nos lo merecemos.

—Tienes razón, y pienso besarte toda la noche porque te quiero.

—Yo también te quiero. —Entrelacé mis dedos con los de él y llevé su mano a mis labios.

Amaba que a pesar de su pasado y de los años que estuvo encerrado en la academia, confiara en mí por completo con todo su corazón.

Presioné un beso en su palma y sus labios se entreabrieron. Di la vuelta a su mano y le di otro beso en sus nudillos.

Suspiró e inclinó la cabeza para besarme. Lo hizo como si fuera la primera y la última cosa que quisiera hacer cada día de allí en adelante.

Sentí el fuerte latir de su corazón y recordé mis sentimientos por él. Desde el

primer momento que nuestros ojos se vieron, supe que mi alma había encontrado su pareja.

Capítulo 57

Amelia

Adrien soltó mi mano para cerrar la puerta y luego se giró para mirarme. Su rostro había mejorado y los moretones habían desaparecido por completo.

Él era hermoso, sin embargo estaba tan asustada que era un momento difícil para apreciar toda esa belleza.

—Amelia... —Se acercó y enmarcó mi rostro con sus cálidas manos—. No estés triste, por favor.

—No estoy triste, sino asustada. No sé qué pasará mañana y no quiero perderte. Lo único que sé es que quiero estar contigo... —Mi voz se apagó, mientras mi lengua de repente se olvidó de cómo funcionaba.

—Yo también, *petite*, y no voy a ir a ningún lado. Te lo prometo.

—Cuando vine aquí, nunca pensé que me iba a enamorar. —Realicé una respiración temblorosa en mis pulmones tratando de controlar la emoción—. Pensé que era una academia normal, con profesores mayores y feos. Nunca imaginé que era una cárcel...

—Fuiste valiente. Muchos alumnos abandonaron, huyeron sin siquiera escucharnos. Solo queríamos una oportunidad para explicarle al mundo que habíamos cambiado y que queríamos vivir una vida normal y tranquila —continuó—. Gracias a vosotros y a este amor que siento por ti, decidí intentarlo una vez más.

—Me quedé solo por ti, quería conocerte mejor y vivir un amor ciego —

confesé.

—La vida me dio otra oportunidad. —Deslizó una mano hasta la base de mi cuello y me mantuvo inmóvil mientras me acariciaba con suavidad el labio inferior con el pulgar de la otra mano.

—Te la mereces y los demás también —dije y me quedé corta en comparación con la complejidad de las emociones que me embargaban.

Sus lentas caricias eran más ligeras que el aire y, aún así, retumbaba en mi interior un constante y rítmico martilleo.

—Sin embargo, me haces perder el norte. —Una sonrisa asomó por la comisura de su boca—. Cada vez que miro tu boca quiero besarla y créeme que lo haría todos los días de mi vida. Viniste aquí para aprender, pero voy a decirte algo, Amelia. Besar no es algo que se aprende, es algo que se siente, se quiere y se prueba. Uno lo hace mejor, otro peor, sin embargo, siempre sientes algo. Y ese algo dispara el deseo. El mejor beso es aquel que hace temblar tu corazón y acaricia tu alma.

—Quiero un beso así.

Mi ritmo cardíaco se disparó, pero traté de parecer tan tranquila como fuera posible.

—Recuerdo nuestro primer beso... —Sonrió—. Me revivió. Ese beso fue perfecto.

—Yo también lo recuerdo, pero este otro será diferente, Adrien, porque seré yo quien te lo dará.

—¿Vas a besarme? —preguntó, y entonces se inclinó para dibujar una hilera de besos suaves como plumas por mi cuello—. Me siento como un niño pequeño deseando recibir su premio.

Deslizó las manos por mis brazos y luego entrelazó sus dedos con los míos.

—Espero hacerlo bien...

Me puse de puntillas y acerqué mis labios a su boca. Suspiró en una invitación abierta para mí, y no dudé en besarlo. Fue suave, casi inocente, como un beso entre amigos. Tracé con mi lengua su labio inferior y su lengua

tocó a la mía. Una ráfaga de calor se disparó en mi pecho y dejé escapar un gemido irregular. El deseo se extendió por mí como un líquido espeso. Esto hizo que mi mente se quedara borrosa y que mi corazón comenzara a latir con fuerza.

El beso fue abrasador. Me entregué por completo, poniendo mi corazón, y supe que nunca me cansaría de saborearlo. Introdujo su lengua en mi boca, profundamente, mientras acariciaba mi espalda hacia abajo. Sentí que mi mundo empezaba a girar vertiginosamente y me aferré a sus hombros. Mi corazón empezó a latir con más fuerza y me estaba sintiendo cada vez más vulnerable.

—Amelia... —Rompió el beso jadeando—. Deberíamos parar. Esto es demasiado para mí.

—Tienes razón. Yo también siento el deseo.

Vi temblar su labio inferior ante mis palabras y antes de que pudiera decir algo más, agarró mi cara con sus dos manos y me dio un beso casto en la boca.

—Quiero que vengas conmigo a New Jersey y que conozcas a mi hermano. —Le di una sonrisa de medio lado.

—Antes tenemos que ver a mi madre, hay asuntos que tengo que resolver. Después de leer su carta delante de mis amigos, me di cuenta de que ellos tenían razón. Debería perdonar lo que hizo y olvidar el pasado.

Se echó hacia atrás, así que estábamos mirándonos el uno al otro.

—Ella te quiere mucho y lo ha demostrado.

Torció el gesto, y un pequeño hoyuelo afloró de forma fugaz en su mejilla derecha.

—Después, iré contigo. Quiero conocer a tu hermano y ver la ciudad donde te criaste. ¿Tienes amigos allí?

—Muy pocos. —Me encogí de hombros—. ¿Vas a leer la carta que te dejó West?

Cerró los ojos para pensarlo en silencio.

—No quiero saber nada de él ahora. Lo haré cuando todo esto haya

terminado. Nos hizo mucho daño.

—Está bien, lo entiendo.

Sus grandes hombros se levantaron y cayeron. Apretó los dientes y me miró fijamente durante un minuto.

—Vamos a la cama, estarás cansada. —Me pasó un dedo por debajo de la barbilla y me obligó a mirarlo—. Podemos continuar con los besos.

—Suená bien. —Procuré sonreír.

Capítulo 58

Adrien

El resto de la noche pasó volando, y no había pegado ojo. Estaba nervioso e inquieto, no sabía exactamente qué iba a pasar con nosotros y tampoco cómo iba a manejar mi vida de nuevo. Hasta el momento, mis únicas preocupaciones eran mantenerme al margen de todo y encontrar una salida. Tendría que encontrar un trabajo, terminar mis estudios y buscar una casa donde vivir con Amelia. No quería dejar todo el peso encima de sus hombros, ella también tenía que terminar los estudios y encontrar el trabajo de sus sueños.

Sin embargo, había pasado una noche tranquila y sin pesadillas. Amelia durmió acurrucada en mis brazos y eso fue como una centinela que me protegió contra los demonios.

Poco a poco fui dándome la vuelta, con cuidado de no despertarla, ya que aún tenía su cabeza descansando sobre mi pecho. Su expresión era serena y pacífica. Me tomé unos minutos para mirarla, era muy bonita y fue entonces cuando me di cuenta de que llevaba semanas soñando con tenerla en mis brazos y resistiéndome a la tentación que había sentido desde el mismo momento en que la vi por primera vez.

Amelia movió la cabeza y levantó la mirada, sus ojos conectaron con los míos. Sentí su perfume, sus labios de color rosa pedían besos y su cabello sedoso quería enredarse con mis dedos.

—Hola, *petite*.

—Hola. —Se estiró como un gato mientras me miraba con atención.

—¿Cómo has dormido? —Mi voz era apenas un susurro.

—Muy bien —contestó con voz alegre y estiró el cuello para besar mis labios con una dulce delicadeza.

Mi lengua se adentró hambrienta y mis brazos la estrecharon con fuerza contra mi torso desnudo. Su pecho se movía rápidamente de arriba abajo, sentía el mismo deseo que yo y sonreí al darme cuenta de lo afortunado que era.

Un puño golpeó la puerta y rompí el beso. Me pasé las manos por la cara y me eché hacia atrás.

—Tengo que abrir —murmuré, mirándola.

Arrugó la nariz y se dejó caer pesadamente encima de las almohadas.

Me bajé de la cama y me puse rápidamente una camiseta. Giré la llave en la cerradura y abrí la puerta.

—Hola —dijo una mujer atractiva y de mediana edad. Lucía una figura perfecta y el pelo le caía en tirabuzones por los hombros. No iba maquillada, pero su aspecto era increíble—. Siento molestarte, Adrien, pero os tenéis que ir de aquí cuanto antes. Los medios de comunicación ya están llegando.

—¿Quién eres? —Me aclaré la garganta.

—Soy Jacqueline, la psicóloga.

—No entiendo por qué tanta prisa. —La miré con dureza.

—Los policías tienen que llevarse a West y es mejor que vuestras caras no salgan en la televisión. Os perseguirán a todos lados y...

—Dame cinco minutos —dije con pesar—. Tengo que avisar a los demás.

—Ya lo hice yo. Te esperamos en el jardín —añadió—. Tengo tres coches fuera listos para llevarlos lejos de aquí.

Asentí con la cabeza y cerré la puerta. Amelia se acercó por detrás y me abrazó.

—Es una buena noticia, ¿verdad? —susurró.

Me volví hacia ella, y le di un beso largo y apasionado.

—La mejor. —Sujeté su cara con mis manos y le eché la cabeza hacia atrás para que no pudiera escapar de mi mirada—. Te quiero.

—Yo también te quiero. —Esbozó una sonrisa lenta.

Empujé la puerta de cristal que daba al jardín y escuché voces a mis espaldas. Hablaban en francés, y entre ellas reconocí a la de West.

—Ve con tus amigos, ahora vuelvo.

Solté la mano de Amelia y besé su frente.

—¿A dónde vas? —Frunció el entrecejo—. Nos tenemos que ir.

—Solo quiero comprobar una cosa.

Me di la vuelta y empecé a alejarme. Mis pasos se estrellaron contra la madera del piso, rápidos y fuertes. Quería ver cómo se lo llevaban y necesitaba asegurarme de que ya no sería un problema para nosotros.

Atravesé el pasillo vacío, mientras mis pies me llevaban más allá del ruido y las voces. Mi cerebro se ordenaba, a través de las emociones mezcladas. Mi pulso se aceleró y me detuve en seco cuando lo vi. Aspiré el tosco aire y dejé que un escalofrío inundara mi cuerpo.

West estaba mirándome mientras uno de los policías le colocaba las esposas. Cerré los ojos con fuerza y recordé el momento en el que me habían colocado las esposas y me llevaron preso. Aún podía sentir como el frío metal apretaba mis muñecas y me quitaba la libertad.

—*Emmenez-le*[24] —vociferó alguien y abrí los ojos.

West agachó la cabeza y soltó un suspiro sonoro. Cuando pasaron por delante de mí, él alzó la mirada y me dijo: «Mi vida está en tus manos».

No entendí a lo que se refería y tampoco entendía por qué se lo llevaban. Lo único que me importaba en ese momento era que había recuperado mi libertad.

—Adrien, nos tenemos que ir —dijo Jacqueline—. Vamos, tu madre está deseando verte.

Capítulo 59

Amelia

El aire frío me golpeó la cara mientras abría la puerta del coche. Justo lo que necesitaba para despejar mi cabeza. Después de tres horas de viaje, por fin habíamos parado. El trayecto se sintió tenso, nadie habló, solo se limitaron a observar por las ventanas del coche cómo el paisaje parpadeaba ante nosotros.

A pesar de las situaciones que habíamos vivido durante las últimas semanas, me sentía afortunada. Había conocido a personas extraordinarias y me había enamorado.

Nunca había querido esconderme del mundo exterior. Sin embargo, lo había hecho. El dolor que había sentido cuando perdí a mis padres y la desilusión en el amor me rodearon como un muro protector y me mantuvieron alejada de la vida real.

Se sintió bien volver, abrir los ojos a la realidad y darle una oportunidad al amor.

Nos encontrábamos frente a una mansión de dos plantas, con una hilera de coloridas flores y arbustos que tomaban la mayor parte del jardín delantero. Había un camino empedrado que llevaba de la acera a las escaleras delanteras, y el paisaje que se extendía frente a nosotros me subió un poco el ánimo, había olvidado que se sentía estar rodeada de naturaleza.

—¿Dónde estamos? ¿De quién es esta casa? —pregunté y me volví hacia

Adrien.

Su mirada estaba centrada intensamente en las escaleras que adornaban la entrada principal.

—Estamos exactamente donde empezó la pesadilla. —Su voz era débil, agotada.

—¿Qué hacemos aquí? —bramó Claude—. Odio este lugar.

—No lo sé... —titubeó Adrien.

—Aquí empezó todo —susurró Alice.

Me aferré al brazo de Adrien y los miré con atención. Se veían alarmados y preocupados.

Él agarró mis manos y las apretó con fuerza durante un largo minuto. Sus ojos se dirigieron a los míos. Esbozó una sonrisa fugaz y tensa.

—Quédate a mi lado, no me sueltes —dijo con dulzura.

—No lo haré. —Me limité a decir.

Una refrescante sombra cayó sobre nosotros y yo entrecerré los ojos hacia arriba para ver a Jacqueline cruzándose de brazos.

—Vamos dentro, necesito hablar con vosotros —dijo de manera desenfadada.

—No pienso hacerlo —gruñó Adrien—. Es la casa de West y aquí...

—Tu madre te espera y quiere hablar contigo.

—¿Mi madre está aquí? —Su voz era irreconocible, su rostro contorsionado por la ira—. Bueno, no me extraña.

—Por favor, Adrien. No saques conclusiones precipitadas —dijo ella, tras un momento de vacilación.

—Vamos a entrar, ¿qué puede pasar? —bramó Julien y golpeó el asfalto con su bastón.

Adrien tomó mi mano y me condujo hacia la puerta principal. Los demás nos siguieron en silencio, sumidos en sus pensamientos y haciendo caso omiso a todo lo que nos rodeaba.

—Esto no me gusta —susurró Adrien.

—Tu madre está aquí —expresé con un tono de voz neutro y pausado—. Esto significa que nada malo puede pasar.

Asintió con la cabeza y se echó a un lado para dejarme entrar. Tomó un poco de esfuerzo conseguir que mis piernas se movieran, si bien un poco rígidamente al pasar el umbral.

El pasillo se curvaba en un afilado ángulo recto que se abría hacia una amplia sala. En el centro de la planta baja, se hallaba un salón enorme y un comedor formal. Frente a eso, había una gran biblioteca, llena de libros, recuerdos y fotografías familiares. Dos sofás de cuero estaban en frente de una chimenea vacía, enmarcados con una mesa auxiliar de cristal y una lámpara de pie.

—Es una casa preciosa —murmuré, arrugando el rostro—. ¿West tiene familia?

—Que yo sepa, no.

—Quiero que me escuchéis con atención. —Jacqueline dio un paso hacia delante y colocó las manos a sus espaldas—. Esta casa ya no es de West porque tiene otro dueño. Aquí estáis seguros, nadie os molestará.

—¿Y quién es el nuevo dueño? —demandó Chloe.

—Adrien tiene la respuesta, aunque no lo sabe —contestó, inclinando su cabeza atrás para mirar la cara de Chloe—. West le escribió una carta, tan solo tiene que leerla para saber la respuesta a tu pregunta.

—¿Leíste la carta? —instó Chloe, sin expresión.

—No, no lo hice —declaró él con pesar.

—Como os decía, aquí podéis quedaros hasta que encontréis trabajo y casa —comentó Jacqueline, moviéndose por la habitación para pararse delante de nosotros—. West dejó para cada uno de vosotros un cheque. Es su forma de disculparse por todo lo que pasó.

—No necesito su dinero. —Julien dio un paso hacia delante y golpeó el suelo con su bastón—. No quiero nada suyo.

—Lo vas a necesitar, Julien —dijo en voz baja Jacqueline—. No es nada

fácil encontrar un trabajo. Tómallo como un préstamo.

—Mi amiga tiene razón —dijo Brigitte mientras cruzaba la estancia y se paraba delante de nosotros. Su pelo castaño caía en cascada sobre los hombros y la sonrisa que había en sus labios parecía sincera y cálida.

Adrien la miró de soslayo. Durante un par de minutos, ninguno de los dos dijo nada. Un silencio extraño se instaló entre todos, hasta que finalmente Brigitte estiró una mano y acarició la mejilla de su hijo. Durante varios segundos lo observó con cierto aire maternal, luego preguntó:

—¿Puedo abrazarte, hijo?

Adrien resopló. Asintió con cara de resignación y la esquina de su boca se levantó en una pequeña sonrisa tímida.

Brigitte lo abrazó. Cerró los ojos y permanecieron así durante unos segundos. Lo necesitaban, y la forma en que se apoyaban el uno al otro hizo que sintiera un balón repentino de emoción asentarse en mi garganta mientras los observaba.

—¿Por qué estás aquí? —Adrien sonaba frustrado y decepcionado—. No quiero pensar mal, pero me es imposible resistirme.

Se apartó y la miró con intensidad.

—No tengo a dónde ir. Sabes... —Ella se mordió los labios con nerviosismo—. Nuestra casa... tu padre vive allí con... —Tomó aire y desvió la mirada—. Con su novia.

—¿Qué me estás contando? —Fruunció el entrecejo.

Vi por el rabillo del ojo como los demás se iban para dejarles la privacidad que necesitaban en ese momento para resolver los asuntos familiares. Decidí seguir el ejemplo y retrocedí.

Adrien me agarró por el brazo y me jaló a su lado. Quería ser capaz de apoyarlo, pero no estaba segura de que yo fuera lo suficientemente fuerte para hacerlo.

—Tu padre me echó de casa cuando empecé a trabajar en la academia como vigilante de seguridad. —La voz de Brigitte tenía indicios de culpabilidad

mezclada con penitencia.

—Papá no haría algo así...

—Adrien, tú no lo entiendes... nunca lo entendiste. —Le dio una mirada triste—. Hablaremos luego, ahora necesitáis descansar un rato y alimentaros. Hay comida preparada. Avisaré a los demás.

Ella dio la vuelta y me quedé mirándola hasta que desapareció de mi vista.

—Eres muy duro con tu madre y un poco injusto —comenté y alcé la mirada—. ¿No ves cuánto te quiere? Hay una historia detrás de sus palabras. Deberías escucharla.

—No sé qué pensar ahora mismo. No tengo nada...

—No digas eso ni en broma. Me tienes a mí, a tu madre y a tus amigos. Esto es lo más importante. Entiendo que estés agobiado y asustado, pero no estás solo. —Lo abracé—. Te quiero.

—Gracias, *petite* —susurró con voz trémula.

Capítulo 60

Adrien

La comida transcurrió con normalidad. Fue agradable verlos a todos disfrutando de la libertad y haciendo planes a futuro. Me sentía afortunado de tenerlos como amigos.

Yo también tenía una idea de cómo empezar a organizar mi vida a partir de ese momento y cómo hacer para no separarme de ellos. Tenía que quedarme en París y publicar todos los libros que había escrito durante mi estancia en la academia. La escritura fue como una terapia para mí, me ayudó a superar la soledad y a soñar con un mundo mejor.

Mientras mis amigos se acomodaron en el salón para escuchar lo que Jacqueline tenía que contarnos, aproveché el momento para salir al jardín y leer la carta de West.

Me senté frente a la piscina y miré cómo el sol se reflejaba en el agua cristalina. Había pasado demasiado tiempo desde mi último chapuzón. Fue en el cumpleaños de Claude, cuando alquiló una cabaña en las afueras de la ciudad por tres días. Podría recordar aquel momento con una sonrisa en los labios, pero me sentía avergonzado de lo que hice durante esos días. Había bebido tanto que apenas recordaba cómo terminé pintando todas las ventanas con grafitis.

Metí la mano dentro del bolsillo de mis pantalones y saqué el sobre que contenía la carta. Me eché hacia atrás para protegerme de los rayos de sol y

tomé una bocanada de aire.

Bajé la vista hacia el papel arrugado que se encontraba en mis manos y apreté los labios. Mis ojos danzaron entre las letras y empecé a leer en voz baja.

Adrien, te escribo porque tengo que pedirte disculpas por los golpes que recibiste, pero todo tenía que ser muy real.

Voy a explicarte todo, mi plan, mi relación con tu madre, lo que le hizo tu padre... todo.

Sé que desconfías de mí. Te encerré a ti y a tus amigos en esta academia durante años, pero lo hice por tu propio bien y por el de tu madre.

Ella vino a pedirme trabajo porque sabía que yo tenía empleados que estuvieron en la cárcel. Me gusta dar segundas oportunidades a las personas porque sé que se lo merecen. Somos humanos y nos equivocamos y todos aprendemos de nuestros errores.

Tu madre, una mujer valiente que luchó por el bien de su hijo, que aguantó los insultos y los golpes de tu padre maltratador... Una madre que te quiere con locura.

Esta mujer me cautivó y caí, me enamoré, pero nunca se lo dije. Odiaba ver esos moretones en sus brazos, sus piernas... Fuiste ciego, Adrien... estabas tan absorto en un mundo de mentira que no has visto lo que tenías delante de tus ojos. Nadie te culpa, eras joven.

Sé que no me vas a creer, pero te entregué porque quería ayudarte. Ideé este plan para mantenerte fuera de la cárcel. Quería que estuvieras con tus amigos y con tu madre, que aprendieras de tus errores y que cambiaras. Te di una segunda oportunidad.

Y cambiaste. Todos los días miraba las grabaciones y me sentía orgulloso de tus logros. Leí tus libros y vi como la relación con tu madre empezó a echar raíces.

Ahora voy a explicarte mi plan.

Cuando te llevaron preso por intentar robar mi dinero, vi a tu madre destrozada. Estaba en una situación oscura y sin salida. Tu padre no paraba de pegarle y ella se negaba a irse de la casa. Junto con un amigo y mi abogado encontramos la solución perfecta. Y como tenía dinero y contactos, la idea de rehabilitar a los presos jóvenes gustó al alcalde.

Aportaba todos los meses pruebas de vuestra mejoría gracias a las grabaciones.

Pero los años pasaron y cada vez veía más difícil sacarlos de allí sin cargos. Los periodistas empezaron a husmear y nuevos rumores salieron a la luz. Querían meter a más presos, querían convertir la academia en una cárcel de verdad y querían encerrar a tu madre.

Por eso me presenté aquí, porque había encontrado la solución. Mis empleados falsificaron documentos y pruebas para luego enviarlas al alcalde. Me culpaban a mí de haber aprovechado de la situación para hacerme rico. Así vosotros quedaríais libres para siempre.

A mí me llevarán a un psiquiátrico, lo tengo todo preparado con mi psicóloga de confianza. Pero no pienso quedarme toda la vida allí. Tú me vas a sacar. Todo mi dinero está a tu nombre. Todo lo que tengo es tuyo. Quiero que compres el psiquiátrico.

No te preocupes por tu madre. Yo le dije que se vaya porque no quería que la llevaran presa a ella también. Toda la documentación fue destruida, ella no aparece como empleada mía.

Todo lo hice por amor, por darle una vida mejor a tu madre. Estoy seguro de que ahora me entiendes, sé que te enamoraste de Amelia. Por amor eres capaz de hacer cualquier sacrificio y locura. Amo a tu madre, pero no estoy seguro de que ella sienta lo mismo.

Espero que después de todo esto, me des una segunda oportunidad. Es a tu elección si me lo merezco o no.

Las letras me inundaron de golpe y me quebraron. Raras sensaciones se deslizaron por mi columna vertebral mientras intentaba asimilar todo lo que

leí. Sin pensarlo, reaccioné rompiendo el papel en trozos pequeños hasta que vi mis manos vacías.

Mi corazón se aceleró. Toda esa información cambió las cosas. Me pregunté si debía confiar en él y creer todo lo que me dijo. Toda mi vida pensé que mi padre era una buena persona, un poco severo a veces, pero nunca dudé de sus intenciones.

Recordé haber visto a mi madre con moretones, pero nunca presté atención a esas marcas, fui como un ciego mientras viví con ellos. Las palabras de West me atravesaron de una manera que no creí posible. Me sentía culpable de no haberlo visto cuando todo pasó. Mi madre había pasado por un infierno sola, sin mi ayuda y mi apoyo incondicional.

Mi mano cubrió mi acelerado corazón, intentando restarle importancia, y me puse de pie. Tenía que pedirle perdón a mi madre y tenía que decirles a todos que yo era el nuevo dueño de la casa.

Capítulo 61

Brigitte

Me senté frente a una pequeña mesa decorada con cristal de Murano, en la terraza, y disfruté de la tranquilidad. La luz del sol llenaba el espacio, calentándome. Me sentía extraña al estar de nuevo rodeada de naturaleza y disfrutar de libertad.

Una emoción se despertó a través de mí y casi rompí a llorar con el pensamiento de que mi hijo me odiaba. Me sentía fuera de lugar, nada de lo que yo decía podría cambiar el pasado. Mis errores seguían interponiéndose entre nosotros, tanto que todos mis esfuerzos hasta el momento no tenían ni la más mínima importancia. Me había sacrificado por él y por su bien.

Cuando mi exmarido me echó de casa, me sentí feliz y culpable al mismo tiempo. Había recuperado mi vida, sin embargo, Adrien perdió a su padre. Un hombre que nunca me trató bien y nunca me amó.

Recién había salido de prisión y él fue el único que se fijó en mí. Cuando me quedé embarazada, se enfadó muchísimo, sin embargo, decidió dejarme vivir con él y hacerse cargo de su hijo. Después de dar a luz, empezaron los maltratos, tanto físicos como psíquicos. Lo odiaba, pero trabajaba y necesitaba el dinero que él nos proporcionaba para la educación de Adrien.

Luego, conocí a West. Me extrañó su bondad y su cordialidad. Pensé que tenía pensamientos ocultos y que solo quería aprovecharse de mi situación, pero no fue así. Él quería ayudarme.

Mis sentimientos hacia él eran confusos. Hace un día me dijo que me quería y que estaba enamorado de mí. Entonces, algo cambió. Todo el afecto y el respeto que tenía por él se esfumaron y dejaron salir el único sentimiento que había intentado disfrazar en secreto. Lo oculté para no hacerme falsas ilusiones y para no hacerle daño a mi hijo. Simplemente pensaba que no me merecía otra oportunidad y que el amor no era para mí.

—¿Mamá?

Me giré de la imagen que había estado contemplando para encontrar a Adrien parado en el umbral de la puerta. Sonreí hacia él y me levanté. Hice una profunda respiración y puse tanto cariño en mi voz como me fue posible cuando respondí:

—Dime, hijo.

—Necesito hablar contigo... sobre papá.

Cada músculo de mi cuerpo se tensó.

—¿Estás seguro? —Me aferré al borde de la mesa.

—No, pero quiero saber la verdad. ¿Te hizo daño? ¿Papá es malo? — Presionó sus labios con fuerza.

—Adrien, él me hizo mucho daño, pero no quiero que lo odies.

—Tengo que hacerlo, mamá. Nadie tiene derecho a tratarte mal. —Dio un paso hacia delante—. Sé que no quise ver lo que era obvio, o simplemente no me importó. Sé que no me merezco tu perdón, pero sé que lo lamento. No quiero detalles porque seré capaz de buscarlo y darle su merecido.

—Pasaron muchas cosas, pero eso ya está olvidado. Dejamos el pasado atrás, hijo. Los dos necesitamos perdonarnos.

—Mamá, lo siento...

Con los ojos brillando por las lágrimas, se acercó y me abrazó con fuerza. Suspiré para mí y tragué saliva, incapaz de sentir su tristeza por más tiempo.

—Hijo, no llores —susurré.

—Fui un tonto —gruñó—. Debería haberte defendido y haber hecho algo para protegerte.

—Ya pasó. Tú no tienes la culpa de nada.

—¿Mamá? —Me miró a los ojos—. ¿Sientes algo por West?

Me quedé allí sin decir nada, demasiado aturdida y confundida para responder. Mis emociones me estrangulaban, pero conseguí mantener la calma y contestarle:

—Sí, pero no sé lo que es. No encuentro el nombre perfecto...

—¿Es amor? —Enarcó las cejas—. Puedes decírmelo, mamá. Necesito saberlo para tomar una decisión.

—Adrien, hijo...

—No te avergüences. —Esbozó una sonrisa tímida—. Ahora creo en el amor y sé que no puedes dictarle al corazón lo que hay que hacer en estas situaciones. Y quiero que estés feliz, tú también te mereces una oportunidad. Pero no sé si West también se lo merece.

—Yo puedo asegurarte que no es mala persona. Y todo lo que hizo a lo largo de estos años fue para mantenernos a salvo. Muchísimas veces intentaron cerrar la academia y llevaros a una cárcel de máxima seguridad, junto con presos peligrosos.

—Confío en ti. —Apartó el cabello que cubría mi frente—. Sabes, todo esto es mío, él me dejó todo a mí.

—¿Qué? ¿Está loco? —Aspiré profundamente.

—Parece que sí, por algo lo llevaron a un psiquiátrico. —Soltó una carcajada.

—Ay, hijo. —Lo abracé—. Gracias, te quiero mucho.

—Yo también, mamá.

Capítulo 62

Julia

Me di la vuelta por la suave voz de Mary para verla entrando en la cocina aferrada al brazo de Claude, con un nostálgico brillo en su rostro. Se había cambiado de ropa y llevaba una minifalda de color azul y una blusa entallada blanca y con un generoso escote, muy típico de ella. La verdad era que ella estaba preciosa.

Claude tenía el pelo negro y desordenado, y sus ojos verdes destacaban de todo lo demás. A medida que se acercaba, sonrió de una manera que podría derretir a cualquier chica. Sin embargo, no se podía comparar a la sonrisa de Julien.

—¿Has visto a Adrien? —preguntó él y estiró la mano para coger un vaso.

—No —contesté en voz baja.

—Por fin recuperé mi móvil y mi ropa. —Mary se apoyó en la mesa y me miró con interés—. Te veo feliz.

—Lo estoy. —Me acerqué a ella—. Julien es un amor.

—¿Un amor? —preguntó riendo Claude—. Lo conozco muy bien y ese apodo no le pega para nada.

—¿Y según tú, cuál debería ser? —Enarqué una ceja hacia él.

—Pues...

—Dilo, Claude —graznó Julien. Entró en la cocina y soltó el brazo de Amelia, que venía con él. Esbozó una sonrisa pícaro y caminó despacio,

moviendo su bastón de un lado a otro.

—Es un aguafiestas. Siempre lo fue —comentó Claude sin dejar de reír.

—Tienes razón —dijo Adrien mientras entraba en la cocina.

—Dejad las tonterías —gruñó Julien—. ¿Está *mon amour* aquí?

Mi corazón se aceleró cuando escuché sus palabras, y una tensión de la que no había sido consciente hasta ese instante se relajó de golpe. Me tomé un instante para mirarlo y preguntarme qué había hecho para merecer su amor. Era un hombre guapo, inteligente y con un corazón tierno.

—Estoy aquí.

Me acerqué a él y tomé sus manos. Una sonrisa sincera apareció en sus labios y reprimí la necesidad de estremecerme.

—Te eché de menos —murmuró y levantó mis manos para besarlas.

—Oh, por favor —Claude entornó los ojos.

—¿Qué pasa aquí? —Mark asomó la cabeza—. ¿Es una reunión?

—De hecho, sí. —Adrien dio un paso hacia delante y rodeó la cintura de Amelia con sus manos—. Quería decirles que leí la carta de West.

—¿Y qué decía? —preguntó Chloe—. Ya nada puede impresionarme.

—No estés tan segura... —Adrien tomó una profunda respiración—. Me contó su plan, y debo admitir que sus intenciones no fueron malas. Solo intentó mantenernos alejados de una cárcel de verdad, con presos peligrosos.

—Nos mantuvo encerrados en esa academia durante años —bramó Alice.

—Lo sé y eso no tiene perdón. Pero míranos ahora. Después de tanto sufrimiento, por fin estamos libres y felices. No quiero imaginarme qué hubiera pasado si nos hubieran llevado a una prisión —suspiró Adrien.

—Es verdad... —exhaló pesadamente Claude.

—Tenemos la oportunidad de empezar de nuevo y quiero hacerlo, pero no sin vuestro consentimiento —dijo Adrien.

—¿A qué te refieres? —preguntó Julien.

—West dejó toda su fortuna a mi nombre, incluso esta casa.

Claude se atragantó con el bollo que estaba comiendo y Julien dejó de

sonreír. Soltó mis manos y dio un paso hacia delante.

—¿Todo? —preguntó, soltando una risa sin humor.

—Todo y, al parecer, está enamorado de mi madre. —La voz de Adrien era un susurro apenas audible.

—Esto lo explica todo. —La voz de Chloe hizo que Adrien girara el cuello hacia ella para mirarla—. Está intentando ganarte, ya sabes... —Dobló sus brazos y se apoyó en la mesa.

—O puede ser una estrategia para proteger su fortuna —comentó Claude y se dejó caer a su lado.

—No lo creo, por eso necesito vuestra opinión. Y quiero saber si estáis de acuerdo con mi decisión. —Adrien cerró los ojos durante unos segundos—. Voy a liberarlo, creo que mi madre se merece ser feliz. Pienso que él puede cumplir su sueño.

—¿Liberarlo? Pero ¿se lo llevaron preso? —Amelia lo miró confusa.

—Lo llevaron a un psiquiátrico, solo tengo que comprarlo y...

—Escucha... —Claude se acercó a él y le colocó una mano en el hombro—. No necesitas nuestro permiso para hacerlo. Este es tu problema ahora, pero si necesitas nuestra ayuda, estamos dispuestos a dártela. Eres nuestro hermano.

—Gracias.

Se quedaron en silencio y se miraron a los ojos, hasta que la puerta de la cocina se abrió de golpe.

—Necesito vuestra atención —dijo Jacqueline, suplicando con la mirada.

Capítulo 63

Jacqueline

Ellos me miraban como si hubieran visto a un fantasma, y no los culpaba. Mi aspecto era deplorable, había llorado sin parar durante una hora.

Hace cuatro horas, en la academia

Alisé mi vestido y me senté en el sofá. Los profesores necesitaban explicaciones y yo era la única que las tenía. West y su abogado me mantuvieron al día con todo lo que hicieron para tener la academia abierta.

—No soy la indicada para darles toda la información, pero intentaré hacerlo y responderé a todas las preguntas que tenéis.

—¿Qué pasará con la academia? —preguntó el profesor ciego. Se sentía extraño llamarlo profesor, ninguno de los cinco podría ejercer como tal; sin embargo, quedé impresionada con el material que escribieron durante la encarcelación.

—Van a cerrarla y reformarla. Quieren transformar el lugar en una residencia de mayores.

—¿Y con las grabaciones? Todo lo que nosotros escribimos...

—Van a destruir todo y vuestros nombres van a ser borrados para siempre.

—¿Qué quieres decir? —Una de las profesoras se puso de pie y me

escudriñó con la mirada.

—Para que todo quede olvidado, es necesario cambiar vuestras identidades.

—Esto es de locos —bramó el otro profesor—. No voy a olvidar mi nombre, nadie dijo que teníamos que hacerlo.

—Lo siento, pero es mejor así. Vuestros nombres ya no existen.

Me puse de pie y abrí mi maletín. Saqué un sobre amarillo de papel y lo dejé encima de la mesa. Odiaba hacer eso, siempre fui yo quien tuvo que entregar mensajes, dar malas noticias... Y todo porque le debía un favor a West. También lo hice por Brigitte. Su sufrimiento tenía que llegar a su fin.

—Aquí tenéis vuestra documentación. Estos son los nuevos nombres que vais a usar. Dentro encontraréis los cheques y las direcciones de vuestras nuevas casas. Cada uno de vosotros recibió una formación, y esa fue elegida con mucho cuidado. Estudié las grabaciones y vuestro comportamiento. Al fin y al cabo, esto fue solo un experimento.

—Entonces, tenemos que aceptar todo esto, ¿verdad? —preguntó el ciego.

—Sí, vuestro pasado ya no existe. Nadie, excepto vosotros y los alumnos sabrán lo que habéis hecho. Pensamos que era lo mejor para vosotros.

—¿Pensasteis? —Escupió una de las profesoras—. ¿Sin habernos preguntado?

—Lo siento, pero vuestra opinión...

—Lo sé, fuimos un experimento, nada más. ¿Alguna vez te preguntaste qué hubieses hecho si se tratara de tu hija? —Ella enarcó una ceja hacia mí.

—Mi hija no tiene nada que ver con esto.

—¿Ah, no? Por lo que escuché, ella se metió en graves problemas. Tuvo suerte, su madre hizo todo lo posible para limpiar su nombre, ¿verdad?

—*Mi vida privada no es de vuestra incumbencia.*

—*Basta* —gruñó el ciego mientras golpeaba con su bastón el suelo—. *Creo que es mejor si nos dejas solos. Ya hiciste suficiente.*

Abandoné el salón a grandes zancadas y me encerré en la pequeña oficina que había al lado de los dormitorios.

Me senté en la silla frente a la ventana y cerré los ojos. Cuando accedí a trabajar para West, no imaginé que llegaría a cogerles cariño. Me dolió decirles la verdad, pero lo que más me entristeció fue ver la decepción en los ojos de Brigitte. Le había ocultado ese detalle porque sabía que no iba a aceptarlo.

Aún recordaba la conversación que había tenido con West hacía unas semanas.

—*¿Qué estás haciendo, West? Es muy tarde, deberías ir a casa y descansar un par de horas.*

—*No puedo, tengo que encontrar una vía de escape para esos muchachos. No quiero que la prensa esté detrás de ellos constantemente y no quiero que su pasado sea un inconveniente a la hora de encontrar un trabajo.*

—*Si no se cambian de nombres, no lo veo posible...*

—*¡Eso es! Gracias, Jacky.*

Hace una hora, en la casa de West

Escuché mi móvil sonando desde adentro de mi bolso y mis ojos se movieron hasta allí. Me puse de pie, me acerqué a la mesa. Contesté al cuarto tono y permanecí en silencio. Si el abogado de West me llamaba, algo importante había ocurrido.

—*Hola, Jacky, soy Bastien. ¿Estás en la casa de West?*

—*Sí, ¿pasó algo?* —*Cambié el teléfono de oído, con la esperanza de recobrar la compostura.*

—*Ellos están contigo, ¿verdad?*

—Sí.

—El alcalde va hacia allí. Tienes que esconderlos. Nadie tiene que verlos.

—Lo haré, pero... ¿Qué quiere el alcalde? Ya le envié las pruebas —le dije, aunque mi voz sonó entrecortada e insegura.

—Quiere conocer al nuevo propietario. Dijo que le resulta extraño que West haya vendido la casa.

—Pero Adrien no está preparado, él...

—Jacky, lo siento. Pero no pude hacer nada para impedirlo. Sabes que él y West no se llevaban bien. Cuando se enteró de lo ocurrido, dijo que haría todo lo posible para meterlo en la cárcel. No se ha tragado la historia de la locura.

—Mon Dieu[25]. Tengo que colgar.

—¿Por qué debería hacerte caso? —Alice me miró con recelo—. Desde que hemos salido, no hiciste otra cosa que molestarnos.

—Necesito que me escuchéis. El alcalde está por llegar. Quiere conocer al nuevo dueño. Él sospecha que West está tramando algo y no nos dejará tranquilos hasta meterlo en la cárcel.

—¿Y a mí que me importa? Se lo merece —farfulló el ciego.

—Tranquilos —gruñó Adrien—. Ella tiene razón. Quiero recordarles que es el mismo alcalde que dio la orden de llevarnos presos. Es un hombre sin escrúpulos y sin sentimientos. Y también... recordarles que West tuvo la idea del proyecto.

—Está bien. —El ciego retrocedió.

—Yo me encargaré de recibirlo. He leído mi ficha y sé perfectamente cómo actuar para no levantar sospechas —aseguró Adrien.

—Eso espero —susurré y lo miré de arriba abajo—. Pero tendrás que cambiarte de ropa. Ahora eres un rico empresario, Adrien.

Capítulo 64

Adrien

El sol estaba ascendiendo sobre la casa cuando terminé de ducharme y vestirme. Había elegido una camisa blanca y un pantalón negro. Era lo único que me gustó. West tenía solo trajes hechos a medida y camisas de seda.

Saliendo de la habitación, me dirigí a la sala de estar.

—Adrien...

Me di la vuelta sorprendido. Amelia esbozó una sonrisa radiante y caminó a mi encuentro.

—Amelia, ¿qué haces aquí? Deberías irte con los demás. —Me rasqué distraídamente la parte posterior de la cabeza.

—Quería despedirme. —Se inclinó hacia mí y me miró con cara de preocupación—. Odio dejarte solo.

—Tranquila, *petite*. —Presioné un suave beso en sus labios—. Solo estaremos separados unas horas.

—Eres muy guapo.

Amelia sonrió dulcemente y mi pecho se apretó. Era lindo tener a alguien que se preocupara por mí. Ella había quebrado mis barreras y me había enseñado lo que significaba vivir momentos únicos. Ella me salvó de una amarga y sola existencia, y me aceptaba como era.

—*Merci*. —Besé la cima de su cabeza.

—Amelia, nos tenemos que ir.

La voz profunda y ligeramente sin aliento de mi madre retumbó detrás de nosotros.

Amelia asintió con la cabeza y sonrió ampliamente, mostrando unos hoyuelos que la hacían lucir más joven de lo que era. Luego se acercó y me depositó un beso en la mejilla. Su boca se curvó en una sonrisa rígida y dio un paso hacia atrás.

—Ten cuidado —susurró mi madre y se llevó a Amelia con ella.

Me quedé solo, y por alguna razón empecé a sentir pánico y desesperación. Durante ocho años, la soledad había sido la única compañía que tuve por las noches. Ella intentó atraparme y jugar con mis pensamientos.

Conocí la cara negativa de la soledad, la que para muchos pasaba desapercibida. Una cara oculta por una sombra positiva que intentó apoderarse de mi vida. Ella intentó dominarme con su silencio tranquilo, me dejó reflexionar con calma y conocerme, descubrir fortalezas y mejorar actitudes. El aislamiento me separó de los demás y me hizo incluso claustrofóbico, como si no perteneciera a ningún lado ni a nadie. Luché y encontré algo por lo que vivir. Empecé a escribir, inventé mundos alegres y personajes llenos de amor. Eso me ayudó a mantener a raya la absoluta soledad.

Me arrastré hasta la puerta principal y la abrí justo cuando un coche negro y lujoso entraba en el camino y se acercaba a la casa.

Esperé a que los hombres salieran del coche y bajé las escaleras para recibirlos, adoptando una expresión seria.

Había llegado la hora de enfrentarme al alcalde, a ese hombre tan despiadado que nos quería encerrar en una cárcel de máxima seguridad.

Mis ojos finalmente encontraron la cara de aquel hombre y mi cuerpo se estremeció. Era un tipo bajo con un torso enorme y brazos que le llegaban prácticamente hasta las rodillas. Su pelo era canoso y un grueso bigote le bajaba por ambos lados de los labios.

—*Bonjour* —chasqué los labios y miré de reojo a los dos hombres que lo

escoltaban.

—¿Es usted Cédric Ferrec? —Su voz vibró con demasiada sonoridad en la tranquilidad que nos rodeaba—. Soy el alcalde de esta ciudad.

Me ofreció la mano, mirando por encima de mi hombro.

—Sí, soy yo. —Lo escrudiñé con ojos prudentes—. ¿En qué puedo ayudarle? No sabía que en Meaux, el alcalde diera la bienvenida personalmente a sus habitantes. —Le estreché la mano.

—Es una visita oficial. —Me miró con detenimiento—. Necesito información y usted es el único que puede dárme la.

—Por supuesto, ¿quiere pasar dentro? —dije con presteza, sorprendiéndome de mis propias palabras.

—Detrás de usted.

Ellos me acompañaron hasta la sala de estar sin perder de vista mis movimientos.

—Esta casa tiene mucho valor sentimental para West —dijo el alcalde con encomiable calma.

—¿Quién es West?

—Es el antiguo dueño. —Me miró con el ceño fruncido.

—Lo siento, fue mi abogado quien se encargó del papeleo. No tuve el honor de conocer al antiguo dueño —mentí—. Quería comprar una casa en un lugar tranquilo y sin muchas pretensiones.

—Entiendo... ¿Entonces no sabe quién es West y qué fue lo que hizo? —Me miró de reojo.

—¿A qué se refiere?

—Está detenido. El asunto es complicado, pero hay algo que no cuadra. —Se tocó la barbilla con los dedos—. Digamos que conozco muy bien a ese bastardo y sé por certeza que no es loco. Van a meterlo en un psiquiátrico...

—Lo único que puedo decirle es que quizás sea cierto —dije, mi voz tensa—. Solo un loco vendería esta casa por tan solo cinco mil euros.

—¿Cinco mil euros? —Se atragantó con sus propias palabras.

—La casa necesita unos arreglos, pero aún así es un precio muy bajo. —
Clavé la mirada en su rostro mientras hablaba.

—Me parece extraño. —Guardó silencio un momento— ¿Tiene familia?

—Eh, no. Mi madre me abandonó...

—Lo siento, no lo sabía. —Hizo una mueca—. Solo quería saber hasta qué punto llegó el proyecto de West y si esta venta entraba en sus planes. Quiero asegurarme de que va a quedarse en ese psiquiátrico lo que le queda por vivir —pronunció con inmenso cinismo.

La expresión en su rostro era una mezcla confusa entre una sonrisa torcida y un indiscutible rictus de furia.

—¿Qué fue lo que hizo? ¿Por qué está detenido?

—No puedo hablar de aquello, pero solo puedo decirle que se aprovechó de cinco jóvenes para ganar una fortuna —sentenció en un susurro.

—Entonces, supongo que tiene usted razón. Debería quedar encerrado.

—No quiero retenerlo más. —Ladeó la cabeza, apretando los labios—. Será mejor que me vaya. Bienvenido a la ciudad.

Estiró la mano y se la estreché de inmediato. Por lo visto, se había tragado la mentira.

Capítulo 65

Lionel, el alcalde

Observé por la ventana del coche como la casa desaparecía de mi vista y fruncí el entrecejo. El encuentro estuvo bastante chocante, y las respuestas de Cédric me dejaron con dudas. Sin embargo, su tranquilidad me inspiró confianza.

Había perdido la fe en las personas hace años. Todos me fallaron y me dejaron solo. Cuando me eligieron como alcalde, salieron a la luz todos los negocios sucios que había hecho para ganar popularidad y fama. Mi mujer me abandonó y mis dos hijas dejaron de hablarme. Me quedé solo, pero resurgí de mis cenizas como el ave fénix.

Hace ocho años conocí a West, en una de las fiestas privadas que organizó su empresa. Recién me había enterado de que habían intentado robarle y le ofrecí mi ayuda para castigar a los delincuentes. No obstante, él tuvo una idea; un proyecto que luego tomó forma de inmediato. Lo apoyé en todo el momento porque pensaba que esos muchachos pagarían por sus actos con prisión.

Pocos años después, me enteré de que los condenados tenían privilegios y eso era inadmisibles. Si alguien cometía un delito tenía que ser castigado duramente.

Intenté cerrar el proyecto y enviarlos a una cárcel de verdad, pero el caso se había vuelto mediático y no quería perder las elecciones. Esperé pacientemente unos seis años hasta que encontré la manera de presionar a West

para cerrar la academia. Su punto débil era esa mujer: Brigitte. Hablaba de ella con orgullo y, a pesar de ser la madre de uno de los delincuentes, le ofreció un trabajo en aquella academia.

Le dije que tenía pruebas suficientes para enviarla a una prisión por encubrimiento. Y también le dije que tenía pensado transformar la academia en una cárcel de máxima seguridad. Nunca vi a West ponerse tan furioso, todo lo que salía de su boca eran puras amenazas. No me importó, se lo merecía por haberme mentido.

Me extrañó el giro que dieron las cosas y las pruebas que encontraron en su contra. Todo había sido un engaño. West se aprovechó de esos delincuentes para hacerse millonario.

Capítulo 66

Mary

Empujé el vaso vacío y tomé la mano de Claude. Él alzó la mirada y esbozó una sonrisa sincera.

Mis ojos se clavaron en los suyos y me atraparon.

—Eres la chica más hermosa de este restaurante y me siento afortunado de ser tu acompañante. —La sonrisa le iluminó el rostro.

—Gracias.

—¿Pasa algo? —Entrelazó sus dedos con los míos—. Te noto rara, ¿con quién hablabas por teléfono?

—Con las personas que me criaron... les dije que la academia se cerró. No les di muchos detalles, solo que el director había quedado detenido. No quería preocuparlos.

Tras desahogar toda aquella información, me fijé en su mirada. La calma que conservaba y la tranquilidad que desbordaba. Era admirable cómo mantenía la serenidad en momentos críticos. No como yo, que me asustaba constantemente. Visto así, él era el pilar y la estabilidad que estaba buscando en la vida.

—Hiciste bien...

—Quieren conocerte —murmuré.

—¿A mí?

—Les dije que me enamoré de un hermoso estudiante.

—¿Estudiante? —carraspeó—. Mary, soy mayor que tú.

—Yo tengo veintiún años y tú...

—Yo tengo treinta. ¿Qué van a decir al respecto? —preguntó en voz baja.

—Ellos quieren lo mejor para mí, pero no puedo decirles la verdad y lo sabes. Esto es un secreto que lo vamos a guardar para siempre.

—Lo sé, lo siento —musitó—. Estoy tan perdido ahora. Mi nuevo nombre es Ethan, un joven ambicioso que, después de haber perdido a sus padres, estudió Ingeniería y terminó la carrera con los mejores resultados. No voy a negar que me siento halagado. Siempre quise ser un arquitecto.

—Y ahora lo eres —dije antes de tomar su rostro con ambas manos y pegar mi frente con la suya—. Esta es tu segunda oportunidad. No la estropees.

—Lo sé... —suspiró—. Sabes, tengo padres. —Me miró a los ojos—. No voy a volver a verlos nunca. Junto con la documentación nueva, venía la información de todo lo que está pasando ahora. Cerraron la academia y les dijeron a todos que nos llevaron a una cárcel de máxima seguridad con una sentencia de cadena perpetua. Mis padres estarán devastados.

—Lo siento. —Mi estómago dio un vuelco—. Esto es cruel.

—Tenemos que irnos —dijo Jacky y tocó ligeramente mi hombro—. Adrien llamó y dijo que el alcalde ya se fue. Al parecer, todo salió bien.

Asentí y tomé la mano de Claude. Le di un pequeño apretón para llamarle la atención y esbocé una sonrisa.

—Vamos a estar bien —susurré.

Julia

Era una hermosa tarde de verano. No había ni una nube en el cielo. El sol lucía cálido, y los pájaros cantaban.

Dejé escapar un suspiro y agarré con fuerza el brazo de Julien.

—Puedo solo. —Inclinó la cabeza hacia mí.

—No puedes y deja de protestar.

—No necesito una cuidadora. No necesito a nadie.

Mi corazón se atascó en mi garganta. Odiaba cuando me hablaba con frialdad. Entendía su impotencia, y podía sentirla a través de sus palabras. Había leído que el cerebro de las personas ciegas funcionaba diferente y sufría variaciones. Ellos podrían interceptar el eco para distinguir los obstáculos. Eso ayudaba a Julien a caminar tranquilamente por la calle sin mi ayuda. También asociaba los sonidos a diferentes objetos para poder reconocerlos.

No me asustaba la idea de cuidarlo y ser su guía en la vida. Tan solo tenía que documentarme un poco para aprender cómo interactuar con una persona ciega y asegurarme de que ambos estuviéramos cómodos. Adaptar mi casa para personas que tienen problemas de visión y encontrar algunas actividades cotidianas.

—¿Quieres callarte y escuchar? No soy tu cuidadora, soy tu novia y tienes que hacerme caso. ¿Entendido?

Me tragué el nudo que se formó en mi garganta y me quedé callada. Le había dicho que era su novia y eso se sintió extraño. Alcé la mirada y vi una sonrisa asomándose a sus labios.

—Lo siento, tienes razón —dijo, y su inspiración de aire sonó dolorosa—. Esto es nuevo para mí. Nunca tuve una novia.

—Estamos igual. —Me estiré para besar su mejilla—. Eres mi primer novio.

—Espero cumplir con todas las expectativas a pesar de mi discapacidad.

—Por supuesto, Julien. ¿O debería llamarte Jaque?

—No, no me llames así. Ese no es mi nombre. Solo lo voy a usar porque estoy obligado a hacerlo.

—Quiero que vengas conmigo a New Jersey. No tengo una buena relación con mis padres, pero no quiero preocuparlos. En la televisión salió el escándalo y no paran de llamarme. Les debo una explicación. —Mis cejas se arrugaron.

La verdad era que no tenía ni idea de cómo presentárselo a mis padres. *¿Mi*

supuesto profesor de francés? ¿Novio? Era un poco extraña la situación, pero ellos no tenían que saber la verdad. Habíamos quedado en guardar el secreto.

—¿Qué les vas a decir? —preguntó Julien.

—Les vamos a decir que estamos enamorados y que luego vamos a volver a Francia. Quiero quedarme aquí, quiero conocer este país. Y quiero aprender el francés. ¿Me enseñarás? —Le apreté el brazo.

—Lo haré, *mon amour*.

Tomó mi mano y entrelazó sus dedos con los míos.

—Tenemos que alquilar una casa y encontrar trabajo. —Plasmé una sonrisa—. Pero soy feliz. Cuando pisé por primera vez la academia, no sabía lo que me iba a encontrar. Te había visto en una fotografía y estaba nerviosa.

—¿Qué pensaste de mí en el primer encuentro? —murmuró colocando mi cabello detrás de mis orejas.

—Pensé que eras maravilloso... y tuve la extraña sensación de sentir tu mirada en mí. Eres un hombre guapo, con unos ojos preciosos.

—Julia... tus palabras son como un bálsamo para mi corazón. Te imagino como una chica risueña, con una piel perfecta y con un rostro hermoso.

Sus palabras hicieron que mi garganta se apretara con emoción. Mi corazón golpeaba con fuerza dentro mi pecho, sintiéndose como si acabáramos de cruzar algún tipo de barrera juntos.

Notándome valiente, me puse de puntillas y rodeé su cuello con mis brazos. De pronto, sus manos estaban en mi cintura, atrayéndome hacia él, como si me hubiera leído el pensamiento. Mis labios encontraron los suyos y el beso fue ardiente, profundo y exigente. Cerré los ojos para saborear el momento y una debilidad deliciosa inundó mi cuerpo.

Escuché pasos que se acercaban y tuve que romper el beso. Giré la cabeza y vi a Mary parada delante de nosotros. Nos miraba maravillada y sonreía de oreja a oreja.

—Siento interrumpirlos, pero nos tenemos que ir. —Ella se aclaró la garganta y acomodó su cola de caballo sobre su hombro derecho—. Se ven

guapos juntos.

Sonrió, rebosante de una dulzura juvenil, cálida, con un destello de absoluta confianza.

—Gracias —dijo Julien.

Él estiró la mano y se la tomé de inmediato. Mi cuerpo se relajó visiblemente ante ese toque. Lo guié hasta la salida del restaurante y sonreí. Él me necesita tanto como yo a él. Se sentía tan bien tenerlo en mi vida que a veces me preguntaba si era un sueño.

Estaba enamorada y esta vez era correspondido. Aquel maravilloso hombre me regalaba un amor alejado de las mentiras, un amor capaz de destruir todos mis miedos y dudas.

Amelia

Me pasé una mano por el pelo y miré el móvil. Brigitte me lo había devuelto para que pudiera llamar a mi hermano y contarle lo que había pasado antes de que la noticia saliera en la televisión. Nuestras identidades no iban a ser desveladas, pero el nombre de la academia sí.

Deslicé mi mano por el de cristal de la mesa y agarré con los dedos el teléfono. Lo desbloquéé y marqué el número de Harry. Cuando escuché su voz, empecé a llorar.

—¿Amelia? ¿Estás bien? —preguntó ansioso.

—Estoy bien. —Mi garganta se tensó mientras hablaba. Tragando saliva, miré a mi alrededor, sin saber cómo ocultar mi llanto. No quería que mis amigos me vieran llorando.

—¿Dónde estás? ¿Por qué no me llamaste estas semanas? Estoy muy preocupado, Amelia —preguntó con el mismo tono que empleaba para regañarme.

—Es una larga historia —suspiré—. Enciende la televisión, en las noticias

hablan de lo que ha pasado aquí. —Mi voz tembló, me costaba encontrar las palabras para explicárselo.

Al cabo de un momento carraspeó y dijo con voz grave:

—Amelia, voy a coger un avión ahora mismo.

—No hace falta. —Sequé mis lágrimas—. Mañana estaré en casa. Y no voy a ir sola.

Lo escuché contener el aliento.

—Explícame qué pasó. Por mi culpa te fuiste de casa. Fue una mala idea enviarte a esa academia —gruñó.

—No, no fue una mala idea porque me enamoré de un chico maravilloso. —Pasé una mano temblorosa por mi rostro—. Mañana lo vas a conocer.

—Me alegro por ti, pero... ¿qué pasó? —insistió.

—Detuvieron al director de la academia por un delito de estafa. —Hice una pausa y respiré hondo porque me acercaba a los aspectos más importantes del asunto y no quería desvelar ningún dato de los que habíamos acordado mantener en secreto—. Te lo contaré todo mañana.

—Estoy ansioso de verte y... de conocer a tu chico. Aunque todo me parece muy repentino, le daré una oportunidad.

—Espero que lo trates bien.

Tardó en contestar, y pensé que no me había oído.

—Mmmm, lo intentaré... Pero no prometo nada —dijo por fin.

—Tengo que irme. Nos vemos mañana.

Dejé el móvil encima de la mesa y miré en dirección a mis nuevos amigos. Se veían felices. Tal vez no eran perfectos, pero compartían uno de los más hermosos sentimientos: el amor.

—Amelia...

Alcé la mirada y me encontré con la cara de Brigitte.

—¿Pasa algo?

—No, mi niña. Todo está bien. —Frunció ligeramente el ceño—. ¿Has llorado?

Hice una respiración tan profunda como pude antes de hablar.

—Extraño a mi hermano.

Ella tomó mis manos y las apretó con delicadeza.

—Te entiendo —susurró. Soltó mis manos y se sentó a mi lado—. Más de lo que te puedas imaginar.

—Pero valió la pena.

—Jamás podría agradecerte todo lo que hiciste por mi hijo. Sé que perdiste a tus padres, y aún así no dejaste de luchar por seguir adelante. En tu alma hay mucha bondad, Amelia. Te pido perdón si te sentiste cohibida...

—No tienes que pedirme perdón. —Tomé su mano y apreté con firmeza sus dedos. No pude evitar reprimir la más sincera de mis sonrisas. Me recordaba en cierto modo a mi madre.

—Gracias —pronunció con voz quebrada.

—¿Podemos volver?

—Sí, *ma fille*[26]. Adrien nos espera.

Sonreí; todas las preocupaciones se esfumaron. Estaba deseando volver y reencontrarme con él. Había encontrado la razón que me iba a hacer sentirme completa. A su lado sentía calma, y a la vez una alegría que se desbordaba de mi ser. Y lo más asombroso de todo era que con él sentía una conexión tan única y especial que jamás había tenido con nadie.

Su felicidad estaba ligada a la mía y teníamos una sincronía perfecta. Había muchas cosas que me encantaban de él: la forma en que me miraba y me sonreía, lo cómoda que me sentía a su lado; tan libre y tan real. No había nadie más perfecto que él para tomar mi mano y recorrer el mundo.

Salvar su vida y la de los demás fue una decisión acertada. Aunque al principio todo parecía imposible, sabía que la verdad no tardaría en hacer justicia.

Capítulo 67

Amelia

Dos años más tarde

—¿Lo tienes todo preparado, *amour*? —preguntó Adrien mientras entraba en la habitación—. Mi madre y tu hermano nos esperan abajo.

—No quiero olvidarme nada.

Giré sobre mis talones, mirando a mi alrededor.

—Solo vamos a estar fuera un par de semanas.

Él se acercó y me abrazó por detrás. La sensación de su firme pecho presionando contra mi espalda me desinhibió. Mi pecho de pronto se sintió apretado, y tragué con fuerza, forzando a mis emociones a quedarse en un segundo plano.

—Lo sé, pero sabes que me gusta tenerlo todo bien organizando —murmuré.

—Estoy ilusionado. Eché de menos a mis amigos —dijo con calma.

—Yo también.

—Hablé con Julien y dijo que tiene todo preparado como la última vez. Dormiremos en la misma habitación.

—Perfecto, me encantan las vistas —dije con una sonrisa.

—También estará West. Le di permiso para salir. Aunque mi madre lo visita cada semana, sé que se necesita de la libertad para disfrutar del amor.

Se volvió hacia mí. Me cogió la mano y se la llevó a los labios. Me dio un

beso en la palma, y la ternura del gesto me estremeció.

Lo miré. Miré ese rostro hermoso que me enamoraba todos los días, y miré esos labios que daban ganas de besarlos en cada momento.

—Ellos se quieren mucho —susurré.

—Sí, y me gusta verlos así. Mi madre sonríe, está feliz. —La inocencia brillaba tan fuerte en sus ojos que me abrumó. Me sostuvo la mirada, y en aquel momento sentí que se me aceleraba el pulso.

En una décima de segundo, supe lo que iba a hacer y la llama tenue del anhelo se transformó en un río de lava ardiente. Adrien inclinó la cabeza y separé los labios en un gesto inconsciente. Sus labios presionaron los míos en un beso pasional y poco inocente. Su lengua empezó a coquetear con la mía y empecé a sentir el deseo atravesando mi cuerpo. El tiempo se desintegró poco a poco y el mundo exterior desapareció, dejando atrás un silencio nervioso.

Una mano sujetó mi nuca y la otra rodeó mi cintura, de modo que nuestros cuerpos se enlazaron. Sonrió contra mi boca y subió las manos hasta mis hombros. Sus dedos se enhebraron a través de mi cabello, acariciándome mientras nuestros labios se conectaban una y otra vez. Su toque se sentía bien.

Nuestra pequeña sesión de diversión se estaba saliendo de control rápidamente y estaba preocupada que mi hermano o su madre pudieran entrar en la habitación.

Gemí en voz alta y rompí la magia del momento.

—Amelia... —protestó.

—Tenemos que bajar. —Me mordí el labio.

—Tienes razón, lo siento.

—Una cosa —dije con cierto nerviosismo—. Nunca me dijiste si he aprobado el curso.

—¿Te refieres a la prueba práctica? ¿A cómo besas? —Presionó su frente contra la mía.

—Mhm...

—Pensé que te lo había dejado claro. Aprobaste con bríos. Tus besos son

perfectos, nuestros besos son maravillosos. —Esbozó una sonrisa pícar—.
Tus besos son adictivos.

—¿Nos besaremos siempre así? —Me alejé de él lo mínimo posible.

—Por supuesto, *amour*. No hay besos mejores que los besos franceses.

Me besó otra vez y me sentí en el cielo.

Nuestros besos no eran algo para mostrar o para impresionar, sino toda una muestra de cariño y ternura. Un momento intenso y feliz, donde nuestras almas se mezclaban y volaban juntas. Nuestros besos eran eternos y hacían que el mundo se detuviera.

Los besos franceses tenían un sabor exquisito, te hacían sonreír y vibrar. Eran los momentos bellos del amor que vestían de alegría mi alma.

FIN

Agradecimientos

Quiero agradecer a las personas que participaron en la materialización de este libro, leyendo el manuscrito, corrigiendo errores, haciendo sugerencias y dándole forma.

Se puede decir que vivo en mi imaginación, buscando y creando un mundo perfecto para mis lectores. No tengo límites para soñar... me siento viva cuando sonrío y lloro con los personajes que manejo con la magia de mis dedos.

Tardé en escribir este libro, pero con la ayuda de mi familia y mis amigos, el camino se hizo más corto.

Muchas fueron las personas que en forma directa o indirecta, y aún sin saberlo, me ayudaron a desarrollar esta hermosa historia romántica.

Y por último agradezco a todos ustedes que invierten su tiempo en leer esta novela.

Si te ha gustado

French kiss

te recomendamos comenzar a leer

Bajo tu hechizo

de *Sofía Arias*



Capítulo 1

La luz de la luna se filtraba con timidez por entre las ramas, y el paso tranquilo de los caballos apenas hacía crujir el manto de hojas cobrizas que cubría el suelo del bosque. Tres jinetes, ataviados con ropas oscuras y embozados bajo sus capas, trotaban en fila: el primero, más corpulento (aun sin serlo demasiado) que los otros dos, portaba un arco y un carcaj a la espalda; el más menudo cabalgaba entre sus compañeros, con la cabeza gacha; el último, el que parecía más alto, barría los alrededores con la vista y se revolvía inquieto sobre el animal. Montaban sin silla ni estribos, pero con las riendas bien sujetas.

A poca distancia, sobre una loma cercana y bien ocultos por la maleza que tapizaba la tierra, el general Ulter y una docena de guerreros a caballo vigilaban la marcha de los jinetes que avanzaban, sin prisa ni cautela, por uno de los senderos periféricos que cruzaban las tierras de Kaard como una fea cicatriz. Era uno de aquellos caminos que los campesinos trataban de evitar a toda costa por la proliferación de forajidos; los hombres del clan batían con denuedo la zona para limpiarla, pero los bandidos aparecían siempre como una enfermedad mal curada.

El viento arreció y los viajeros se arrebujaron más en sus capas. El general olisqueó el aire como un perro y notó en los huesos el avance implacable del invierno.

—¿Qué hacemos? —preguntó uno de los hombres que tenía a sus espaldas.

Ulter vaciló; una violenta ráfaga enmarañó sus rubios cabellos, y él entornó sus ojos claros. El paso de tres forasteros no le inquietaba lo más mínimo, y por su forma de avanzar parecían más perdidos que otra cosa.

—Vamos a seguirles con disimulo —dijo por fin—. Si continúan en esa dirección pronto abandonarán nuestras tierras y lo que les pase dejará de ser

asunto nuestro.

El sendero se quebró en un claro del bosque. Un rayo de luz que se coló por entre las copas de los árboles iluminó el perfil afilado de Keinn, que abría la marcha, e hizo brillar sus ojos dorados. El viento agitó su capa y un mechón de pelo oscuro se pegó a su rostro como el lametazo de un perro. Los caballos piafaron, inquietos, y comenzaron a pisotear la dura tierra, pues advertían un peligro que no sabían ubicar.

Kaone, el tercer jinete, se acercó hasta Keinn, aprovechando el parón para estirar los músculos, y le dio un buen manotazo en el hombro.

—Confíesalo de una vez, Keinn. Nos hemos perdido y no tienes ni idea de dónde estamos.

Keinn se frotó el cuello y soltó una risotada.

—No lo entiendo. El camino a Allacian parece haber cambiado de sitio desde la última vez.

El otro jinete observó a los dos alternativamente, y refunfuñó bajo la máscara que le cubría el rostro.

—Ha sido su culpa, Naora —gruñó Kaone—. Bueno, y mía en cierto modo, por hacerle caso. Pero, que quede claro: él insistió en que conocía la ruta.

Naora elevó la vista hacia lo alto, pero el cielo apenas sí se distinguía bajo los frondosos abedules que poblaban el bosque. El ocaso estaba próximo; la tarde moribunda iba tiñendo las nubes de un hermoso tono púrpura.

—¿No tenemos ningún mapa?

Keinn y Kaone se encogieron de hombros.

—No —contestaron al unísono.

—Entonces, ¿qué hacemos? ¿Continuamos o damos media vuelta?

Keinn resopló, indeciso, antes de mirar sobre su hombro.

—¿Sabes? Creo que nos están siguiendo —susurró, sin variar la expresión del rostro.

Naora se estremeció. Hacía rato que había percibido un aura maligna detrás de ella, aunque había intentado convencerse a sí misma de que se trataba de su propia imaginación.

—Yo también lo he sentido —dijo por fin.

Pronto los ahogaría la oscuridad. Aquello podía ser una ventaja o todo lo contrario, dependiendo de quiénes fueran sus perseguidores. El aire trajo consigo un olor agrio, penetrante, que les hizo arrugar la nariz. Kaone se acercó a Naora, y el calor que desprendía su cuerpo pareció reconfortarla un poco.

—Yo digo que nos vayamos.

—Y yo digo que nos entreguéis vuestro oro y recéis para que os dejemos con vida —respondió una voz áspera que surgió desde la nada.

Los tres se giraron hacia el lugar del que provenía la voz y desenvainaron las espadas. Varios hombres grandes como montañas surgieron de la espesura armados con cuchillos largos.

—Seguid vuestro camino y dejadnos tranquilos —dijo Kaone con la voz más gélida que encontró.

Algo más allá, todavía ocultos a los ojos de los forasteros, los hombres de Ulter se agitaron al ver a los bandidos. Sin embargo, el general permaneció impasible. Se limitó a reclinarsse sobre el cuello del caballo para observar mejor la escena. Un grupo de rufianes, media docena o tal vez alguno más; era difícil de apreciar desde la distancia.

—Y ahora, general, ¿intervenimos? —volvió a preguntar el mismo guerrero de antes.

Ulter lo miró por entre las pestañas. Era un soldado joven, quizás ansioso por demostrar lo valiente que era.

Resopló. Aquellos cachorros siempre resultaban un fastidio.

Los bandidos se miraron unos a otros, desconcertados ante la inesperada muestra de valor. Hasta que, después de unos instantes de absoluta quietud, el que parecía el jefe bramó como una mala bestia y azuzó a los suyos contra los jinetes.

Aullaban como carroñeros que acaban de encontrar un cadáver bien gordo ante ellos.

Keinn y Kaone se adelantaron para proteger a Naora. Desde el caballo, y luchando con espadas, contaban con una tibia ventaja.

Siempre que no les hicieran desmontar.

Ulter gruñó; la noche engullía el paisaje a velocidad de vértigo y sabía que iba a perderse la batalla. Habría jurado que los jinetes mantenían una precaria formación de defensa, lo que no resultaba fácil cuando uno se enfrenta a un hatajo de malparidos sin honor. El jinete menudo había retrocedido por detrás de sus compañeros, pero no parecía asustado; al contrario, sostenía un mandoble sobre su cabeza que debía pesar tanto como él, y sin doblar los brazos. Ulter vislumbró el resplandor azulado de la hoja y se preguntó cómo podía un tipo tan canijo sujetar un arma tan descomunal. Si alcanzaba a alguien de refilón, sería raro que no lo decapitara.

—Nunca había visto ese estilo de lucha —comentó, intrigado, uno de sus hombres.

—Tampoco yo —convino el general.

—Es... ¿elegante?

Se defendían bien para hallarse en una inferioridad numérica tan clara, y atacaban todavía mejor: un par de bandidos ya se agarraban las tripas con las manos dando alaridos. Era de suponer que les habían hecho un buen agujero.

—Vaya, han tirado a uno... Y están a punto de descabalgarse a otro.

Dos de los bandidos habían rodeado a uno de los forasteros; se colgaron de él hasta obligarle a desmontar y empezaron a propinarle patadas.

—Muy propio de esa gentuza. No saben lo que es el honor.

—No —dijo Ulter—. Aunque probablemente saben lo que es el hambre y la desesperación.

—Y ahí ha caído el que faltaba.

Naora distinguió de refilón unas siluetas recortadas contra los rayos postreros del sol. Hombres que parecían montañas, a caballo; acompañados de lobos, o tal vez de perros grandes. Inmóviles. Acaso observaban, o quizá solo ocurría que estaban descansando en la zona y no les habían oído.

No había tiempo, en cualquier caso, para preocuparse por ellos.

Una sombra atacó a Kaone por la espalda cuando trataba de llegar hasta ella. La empuñadura de la espada se deslizó con torpeza de entre sus dedos y alguien le asestó una patada en la mandíbula que le dejó atontado. El joven extendió la mano en dirección a Naora moviendo los dedos y, de pronto, sus ojos perdieron el brillo. Miró hacia ella; las pupilas habían desaparecido bajo un velo púrpura.

A la desesperada, Keinn retrocedía evitando las cuchilladas de otros dos hombres, y de pronto Naora sintió unos dedos que le apretaron el cuello. Manoteó con desesperación intentando quitárselos de encima.

«Qué indignidad», se dijo, iracunda.

Alguien de su condición, derrotada por unos perros insolentes que ni siquiera deberían osar rascarse en su presencia. Angustiada, pensó en lo que diría su hermano si pudiera contemplarla en esos momentos. Imaginó su expresión de vergüenza y el rojo tiñó sus mejillas.

Los dedos no aflojaron su presa. Naora trató de alejarse, pero el tipo era demasiado grande y la había agarrado a conciencia. Se dejó caer y se revolvió

en el suelo. En el forcejeo, la máscara salió despedida y la capa resbaló de sus hombros. Su espesa melena de color rosáceo quedó suspendida en el aire durante algunos segundos.

—¡Es una mujer! —gritó alguien con asombro.

Se escucharon varias carcajadas feroces. De pronto, Keinn y Kaone habían perdido todo interés para los bandidos y varias siluetas se aproximaron a la joven, que imaginó sus dientes renegridos y la lascivia brillando en sus ojos de cerdo. A pocas zancadas de distancia, Kaone luchaba por incorporarse, sacudiendo la cabeza.

«Ayúdame, Kaone», pensó Naora. «Necesito ayuda».

Con un terrible esfuerzo, mordiéndose el labio inferior con fuerza para que el dolor le impidiera sucumbir, Kaone volvía a extender la mano en dirección a ella. El púrpura de sus ojos destelló en la negritud que les envolvía, apenas quebrada por los tenues rayos de luna. Meneó los dedos y hasta Naora llegaron las palabras susurradas a la brisa.

Al principio, solo sintió un ligero temblor. Un tronar lejano y una leve vibración bajo sus pies.

Y, al poco, un segundo temblor, más potente; la tierra osciló como si fuera un gran pedazo de tela del que alguien estirara. Remolinos de hojas secas danzaron a su alrededor. Los hombres agitaban los brazos en el aire, tratando de mantener el equilibrio.

Y Naora trató de huir.

—¡Estate quieta, zorra! —ladró alguien a su espalda.

—¡Es una mujer! —había gritado el cachorro.

—¡Vamos!

Ulter dio la orden y los soldados se pusieron en marcha como si fueran un solo hombre, y el ruido de los cascos rebotó en la tierra como el tañido de un tambor. El general apretó el paso; hizo un gesto al guerrero que cabalgaba junto a él para que preparase el arco. La cuerda emitió un quejido al tensarse y

el soldado se detuvo para buscar un disparo cómodo.

Naora gruñó cuando vio una bota enorme alzarse a pocos centímetros de su rostro. Casi esperaba oír el sonido de sus propios huesos al quebrarse. Pero, apenas dos segundos después, todo cuanto escuchó fue un zumbido seco. Una flecha atravesó el aire, vino a clavarse en un tronco cercano y se quedó vibrando. El tiempo pareció detenerse para todos.

Pestañeó, perpleja. Desde las profundidades del bosque se abrió paso una voz potente, y los contornos desdibujados de varios hombres a caballo asomaron entre los abedules.

—Entregad las armas. Soy el general Ulter. Estas son tierras de Vadynd de Kaard. Entregad las armas —repitió, en tono glacial— y, por esta vez, permitiré que conservéis la vida.

Los bandidos inclinaron la cabeza en actitud sumisa antes de arrojar las armas al suelo. Solo su jefe, fanfarrón y desafiante, sostuvo la mirada al general. Jugeteó unos instantes con el cuchillo y fingió sopesar si debía o no rendirse. El soldado volvió a apuntar con su arco; la cuerda produjo un sonido ronco. El general avanzó un paso, y un palmo de hierro asomó de la vaina que le colgaba al cinto.

—Está bien, está bien... Me rindo —dijo el bandido, y arrojó el cuchillo con fuerza a los pies del general.

La hoja se clavó en la tierra, como un desafío. Pero el general se limitó a esbozar una sonrisa desdeñosa.

—Marchaos de aquí. Si vuelvo a encontrarme con vosotros, os prenderé y os mostraré la justicia del señor de Kaard. Estamos bastante hartos de los ladrones, así que es probable que decida cortaros el cuello uno a uno.

—Cómo no. Sois el primo del señor, ¿no es cierto? Ya nos vamos. Buscaremos otro sitio para trabajar. Dadle recuerdos al jefe Vadynd, ¿de acuerdo? Hemos oído que no se encuentra muy bien últimamente.

El general apretó los dientes y observó cómo se alejaban. Kaone se llegó hasta la mujer y le tendió una mano con gentileza para ayudarla a ponerse en pie. Keinn se incorporó poco a poco y sacudió la cabeza con un gesto de dolor.

—¿Habláis mi lengua? ¿Estáis bien? —preguntó el general, y clavó la vista en él.

—Hablamos vuestra lengua, señor. Estamos algo magullados, pero sobreviviremos. Muchas gracias por vuestra ayuda, general —contestó, y se palpó el rostro como para comprobar que los huesos de su cara seguían intactos.

Naora se apresuró a embozarse bajo la capa y la máscara, y ocultó el rostro. Recordaba las órdenes tajantes de su hermano Atori acerca de mostrarse ante los bárbaros, pero, aunque no lo hubiera hecho, la mera visión del general Ulter, alto como un titán y de fiero aspecto, habría bastado. Era un hombre rudo, de cabellos rubios, mandíbula cuadrada, piel de bronce y expresión dura.

Sus soldados tampoco parecían mucho más finos. Todos ellos vestían cómodas ropas de cuero, botas y largas capas de piel de zorro sujetas con fíbulas de metal; el general, además, llevaba brazales de plata y un extraño casco puntiagudo con emblemas grabados.

—¿Qué hacéis por estas tierras?

Keinn y Kaone cruzaron una mirada antes de contestar.

—Nos hemos perdido.

—¿Ah, sí? —Ulter enarcó una ceja—. En ese caso, ¿adónde pretendíais ir?

—Al reino de Allacian.

Ulter estudió sus rostros, a todas luces incrédulo. Un cuervo graznó a los lejos, y rompió el incómodo silencio que los envolvía.

—Está cayendo la noche —dijo por fin el general, y dejó escapar un prolongado suspiro—. Os ruego que aceptéis nuestra hospitalidad hasta mañana. Estas sendas son peligrosas, y en la oscuridad es más difícil

orientarse.

—Sois muy amable, general. Aceptaremos vuestro ofrecimiento con gusto. Mi nombre es Keinn, y mi compañero se llama Kaone.

Hicieron una profunda reverencia. El general frunció el ceño.

—Y ella, ¿cómo se llama?

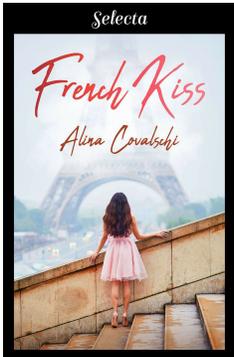
Kaone esbozó media sonrisa y contestó con frialdad.

—Su nombre no es de vuestra incumbencia, general.

Ulter la miró, pero sus ojos no podían traspasar la máscara que le protegía el rostro. Se encogió de hombros e hizo una señal con la mano para indicar el camino.

—Es por aquí.

Secretos guardados bajo llave y mentiras con fecha de caducidad. Más allá del misterio, la chispa de la atracción puede tender un puente entre los corazones de dos extraños.



Aprender a besar. Un problema que parece común entre los adolescentes, pero en el caso de Amelia todo va mucho más allá. Una experiencia traumática con el chico de sus sueños la hace inscribirse en una Academia para aprender a besar. Cuatro alumnos más y cinco profesores la reciben en su nueva aventura.

Amor, intriga, mentiras y secretos serán los principales ingredientes de esta historia. Aprenden muchas cosas, pero, sobre todo, que nada es lo que parece y que el mundo perfecto no existe, aunque los maestros quieran llevarlos hacia él.

Una vez que se proponen desvelar todos los secretos ocultos entre aquellas paredes, ya no hay vuelta atrás.

París, la ciudad del amor.

Pero... ¿alguien dijo el precio que había que pagar para conseguirlo?

Descúbrelo.

Alina Covalschi nació el 29 junio 1982 en Rumania, aunque actualmente reside en Madrid. Apasionada de la lectura y con una gran imaginación para crear historias. Compaginando el trabajo con la escritura, escribió sus primeros libros en una conocida plataforma sumando actualmente treinta libros.

Su género favorito es el romance. Entre sus aficiones está dibujar, escribir, leer y viajar. Echa un vistazo a su página de Facebook para más información.

Edición en formato digital: marzo de 2019

© 2019, Alina Covalschi

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17606-48-0

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

NOTAS

- [1] *Amour et lettres*: Amor y letras
- [2] *Mademoiselle*: señorita
- [3] *Bonjour mademoiselle*: hola, señorita.
- [4] *Ma petite*: mi pequeña
- [5] *Bonne nuit*: buenas noches
- [6] *Bonjour*: buenos días
- [7] *Bleu noir*: negro azul
- [8] *Trouve-moi*: encuéntrame
- [9] *Salut*: hola
- [10] *Parfait*: perfecto
- [11] *Bon appétit*: buen apetito.
- [12] *Merci*: gracias
- [13] *Belle*: hermosa
- [14] *Bonjour maman*: buenos días, mamá.
- [15] *Mon fils*: hijo mío.
- [16] *Casser les pieds à quelqu'un*: expresión coloquial en francés y significa «Dar la lata a alguien».
- [17] *Pour l'amour vrai, nous suivrons le plan d'urgence*: para un amor verdadero, seguiremos el plan de emergencia.
- [18] *Bonsoir ma petite*: buenas noches, mi pequeña
- [19] *Je t'aime*: te quiero.
- [20] *C'est fini*: se acabó.
- [21] *Je t'aime mon amour*: te quiero, mi amor.
- [22] *Amie*: amiga
- [23] *Amour*: amor.
- [24] *Emmenez-le*: Llévároslo.

[25] *Mon Dieu*: Dios mío.

[26] *Ma fille*: mi niña.

Índice

French Kiss

Introducción. Amelia

Capítulo 1. Amelia

Capítulo 2. Amelia

Capítulo 3. Amelia

Capítulo 4. Amelia

Capítulo 5. Amelia

Capítulo 6. Amelia

Capítulo 7. Amelia

Capítulo 8. Amelia

Capítulo 9. Amelia

Capítulo 10. Amelia

Capítulo 11. Julia

Capítulo 12. Amelia

Capítulo 13. Amelia

Capítulo 14. Amelia

Capítulo 15. Mark

Capítulo 16. Mark

Capítulo 17. Anthony

Capítulo 18. Amelia

Capítulo 19. Amelia

Capítulo 20. Mark

Capítulo 21. Julia

Capítulo 22. Amelia

Capítulo 23. Amelia

Capítulo 24. Mary

Capítulo 25. Amelia

Capítulo 26. Amelia

Capítulo 27. Adrien, el profesor de Amelia

Capítulo 28. Amelia

Capítulo 29. Anthony
Capítulo 30. Mary
Capítulo 31. Adrien
Capítulo 32. Amelia
Capítulo 33. Adrien
Capítulo 34. Julia
Capítulo 35. Amelia
Capítulo 36. Anthony
Capítulo 37. Mark
Capítulo 38. Amelia
Capítulo 39. Brigitte
Capítulo 40. West
Capítulo 41. Adrien
Capítulo 42. Amelia
Capítulo 43. Amelia
Capítulo 44. Amelia
Capítulo 45. Jacqueline, la psicóloga
Capítulo 46. Brigitte
Capítulo 47. Brigitte
Capítulo 48. Jacqueline
Capítulo 49. West
Capítulo 50. West
Capítulo 51. Julia
Capítulo 52. Adrien
Capítulo 53. Julia
Capítulo 54. Mark
Capítulo 55. Anthony
Capítulo 56. Mary
Capítulo 57. Amelia
Capítulo 58. Adrien
Capítulo 59. Amelia
Capítulo 60. Adrien
Capítulo 61. Brigitte
Capítulo 62. Julia
Capítulo 63. Jacqueline
Capítulo 64. Adrien

Capítulo 65. Lionel, el alcalde

Capítulo 66. Mary

Capítulo 67. Amelia

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Alina Covalschi

Créditos

Notas